

IVÁN LÓPEZ PARDO

EL REINO DEL SILENCIO



AMBIENTADA EN
SANTANDER

EditorialFanes

AGRADECIMIENTOS

1

2

3

4

5

6

7

8

Día 2

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Día 2

1

2

3

4

5

6

7

1

2

3

4

5

6

7

8

EPILOGO

EL REINO DEL SILENCIO

IVÁN LÓPEZ PARDO

El reino del silencio

Primera edición: noviembre, 2019

© Iván López Pardo, 2019

Ilustración de portada © Editorial Fanes, 2019

Diseño y maquetación © Editorial Fanes, 2019

© Editorial Fanes, 2019

<http://www.editorialfanes.com/>

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la re-producción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

AGRADECIMIENTOS

A la vida, por demostrarme una vez más que puede ser maravillosa y cruel al mismo tiempo, pero que, bajo ningún concepto, le debe absolutamente nada a nadie.

A toda la gente buena que está en mi mundo en este momento. Sois muchos y me ayudáis a no perderme. ¡No sabéis cuanta suerte tengo de contar con vosotros!

A mis padres por, a su forma, educarme lo mejor que pudieron. Si me estáis viendo por alguna rendija, espero no defraudaros demasiado.

A mi hermano Carlos por ser el mejor ejemplo a seguir que pueda tener nadie. A mi cuñada Merche por ser tan buena persona y tratarme siempre como si llevara su misma sangre. A mi sobrino Charlie por demostrarme que se puede ser joven, pero tenerlos como el caballo de espartero.

A Lucía y la pequeña María por aparecer de refilón en mi vida y llenarla de risas, esperanzas futuras y amor a quemarropa. Habrá que seguir luchando con el cuchillo entre los dientes para llegar a esa escena de atardecer, tantas veces idealizada, dónde y cómo nosotros sabemos, Nubecilla...

A Paula por demostrarnos a todos que no siempre para vencer hay que hacer las cosas como dicta lo que hacen y dicen los demás mortales. Estoy profundamente orgulloso de ti, campeona.

A todos los que he conocido por mediación de este mundillo maravilloso de libros y letras: David Pérez, Eva Pelayo, Paula Maíllo, Laura Campo, Maribel Valdivia, Eva Pedraza y Alejandro Revuelta de "Fanes", Conchi Revuelta de "Plaza y Janés", Aroa de "La cultueta Cántabra", Patricia Prida de "Proyecto terror", Dolores Gallardo, Mariña Álvarez y José Carlos Rojo de "El Diario Montañés", Nacho García Álvarez de "Noche de rock". A Nano Teja de Juana de "Arco FM", Claudio Acebo, Víctor Puente Guadalupe. Y, por supuesto, a Maxi de la Peña por luchar tanto para que se descubriese la verdad.

A la literatura por darme la oportunidad de expandirme, explayarme y dejar ver algunas cosas de mi, que de otra forma me sería imposible.

A todos los que, hiciera lo que hiciera, nunca me visteis de otra forma que como vosotros queríais verme... vuestras caras de sorpresa con algunas cosas que he ido consiguiendo en este tiempo hacen que merezca la pena seguir luchando...

Iván López Pardo

El total de este libro, sus personajes, sus paisajes e incluso su trama, representan la visión que el autor necesitaba desarrollar para confeccionar su progreso y no necesariamente sus opiniones personales van ligadas al mismo. Para plasmar la figura del asesino de la novela, el autor se ha inspirado en la mera leyenda popular, intentando tratarlo con el máximo respeto y ajustando ese mito en boca de las gentes de la ciudad de Santander a lo que su universo requería para finalizar la saga.

Día 1

Martes 20 de agosto de 1987

Santander, nueve y media de la mañana

La mano, firme y serena, ultimaba con cuidado los detalles. La escena ya estaba preparada para ese único momento de éxtasis en el que todo el esfuerzo, riesgo, preparación y meticulosidad, le habría merecido la pena.

El hombre, con semblante impertérrito perpetuo y la mirada satisfecha del que sabe que está por encima de todo, echó un último vistazo a la mujer anciana, siempre eran ancianas, a la que acababa de negar el privilegio de continuar viviendo. Como siempre, después de jugar con ella un rato, la había vestido, maquillado y peinado para la ocasión. Hizo la cama y había arreglado todos los detalles de la estancia para que esa foto que sacaría llegado el momento y que guardaría como trofeo junto con las demás que ya tenía, fuera perfecta.

Sabía que nadie lo sorprendería en su ritual, pues ya se había encargado de averiguar la situación de su víctima en los días de cortejo previo, como él denominaba el periodo que comprendía su presentación y acercamiento con las ancianas hasta el momento del ataque. Como acostumbraba, había entrado al domicilio de su víctima de forma pacífica. Su aspecto agradable, su refinada educación y su palabrería le ayudaban a coger rápida confianza con ellas cuando las conocía, en los parques o la salida de los mercados, hasta el punto de que era invitado por ellas mismas a su propia casa para que les echara una mano en cualquier cosa que necesitaran. Arreglar una puerta, poner un grifo, calibrar la antena de la tele y ese tipo de trabajos que, a aquellas mujeres, por edad y soledad, se les escapaba.

El hombre del semblante impertérrito agarró con firmeza la cámara que guardaba en el compartimento interior de su bolso de trabajo. Y antes de tomar la imagen que representaría su trofeo, recordó, con odio en la mirada, la escena que marcó su personalidad y que cada vez que conseguía emular, a fuerza de asesinatos, aliviaba un poco su profundo dolor interno.

Julio de 1967

Una oscura habitación era testigo de cómo la locura, la desaprensión y la maldad, teñían de amargura lo que debería ser un hogar. Un hombre corpulento, con los ojos inyectados en sangre y alcohol, no dejaba de gritar a una mujer que se encontraba tirada en el lecho conyugal, agarrándose fuerte la cara con las manos. La sangre y las lágrimas brotaban a partes iguales por su rostro. La mujer lucía arreglada como si para un día de boda se tratase; maquillada, peinada y ataviada con un elegante vestido de gasa verde. El hombre se encontraba descamisado. Portando tan solo el pantalón de lo que parecía ser un traje gris. Agarraba con ahínco una botella de orujo de Liébana. Y, cuando no estaba bebiendo de ella, escupía palabras con odio y desprecio.

—¡Eres una golfa!

Tan solo los lloros de la mujer osaban interrumpirlo en aquella habitación.

—¿Has disfrutado contoneándote como una zorra para que todos te miraran, so puta?

El puñetazo en las costillas dolió como una coz de astado.

—Yo... solo quería bailar contigo, cariño —contestó ella temblando.

—¡Te he dicho que no repliques! ¡Furcia!

De nuevo otro golpe impactó en la mujer, esta vez en la cabeza, a la altura de la sien. En el mismo momento, la mujer dejó de moverse.

En una esquina de la habitación, un testigo forzado de la cruel escena contemplaba con angustia lo que, pese a su corta edad, comenzaba a ser algo habitual para él. Se encontraba sentado en el piso, agarrando, con toda la fuerza que el pánico le permitía, sus piernas con los brazos. Acercando a su vez, sus rodillas al máximo a su barbilla. La sangre, síntoma de que intentó mediar en la locura de su padre, fluía, como otras tantas veces, de su nariz.

El hombre descamisado y alcoholizado, al ver que su mujer había perdido el sentido, decidió dar media vuelta y abandonar la estancia, no sin antes hacer un ostentoso amago con la mano a su propio hijo a modo de amenaza.

—Y tú... ¿qué coño miras, saco de mierda? —balbuceó con rabia el borracho antes de dar un tremendo portazo que hizo estremecerse al pequeño.

Pasado un rato el niño se levantó y fue a atender a su madre. Nunca antes había estado tanto tiempo sin moverse, y con miedo se acercó a ella. La mujer continuaba inmóvil. Con todo el cuidado que su urgencia le permitía, movió el cuerpo inerte de su madre para descubrir que no respiraba. En la oscuridad de la habitación, que solo se veía alterada por la luz del alba filtrada por las rendijas de la vieja persiana que la custodiaba, el niño descubrió que la persona que más quería en el mundo ya no podría continuar en él. Pese al dolor que eso le producía, y aunque entendiese que su vida iba a cambiar por completo, casi se sintió aliviado. «Él ya no podría dañarla más», pensó, mientras un mar de lágrimas ahogadas en rabia le inundó el rostro.

Con cuidado la enderezó para colocarla. Pese a los golpes que había recibido, a él le seguía pareciendo un ángel. «Se había puesto tan guapa ese día. Había brillado con esa luz que la hacía tan especial en la boda de su primo a la que habían asistido», se repetía una y otra vez para sí, mientras la abrazaba con todas sus fuerzas.

Miles de pensamientos lo aturdieron mientras la observaba, apoyada contra la almohada

como si de una muñeca se tratara, hasta que, después de un rato que no consiguió ubicar en el tiempo, se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla, comprobando que el cuerpo ya estaba frío y se despidió con un seco: «Adiós, mamá».

El joven salió al pasillo con paso decidido. Como otras tantas veces, sabía que su padre estaría tirado en el sillón del salón «durmiendo la mona» como apodaba a ese lapso somnoliento su recién fallecida madre.

Con el mayor de los sigilos se acercó a la sala y espió a su progenitor. Como había predicho, el hombre, aún descamisado y con la expresión rota por el alcohol y el cansancio acumulado, estaba literalmente tirado en el sofá. Con la botella caída al lado y los pantalones manchados por su propio orín.

No perdió demasiado tiempo el joven en alejarse de ahí. Entendía que en ese estado su padre no estaba ya para presentar demasiada batalla, pero era consciente que, si deseaba que su propósito le saliese bien, no podría descuidarse. Tenía un objetivo marcado que iba a luchar por conseguir hasta el final.

Entró a la cocina con una inusitada fuerza que hasta ese momento desconocía, pero que lo obligaba a continuar hacia su objetivo. Sabía lo que buscaba. El cuchillo jamonero de su padre. Hacía tiempo que, por si acaso algún día se veía con la suficiente fuerza y el valor necesario, había estudiado los utensilios de la casa que podrían ser utilizados como arma y llegó a la conclusión de que aquel cuchillo, siempre tan afilado, era la mejor opción.

Como de costumbre, tanto el cuchillo de cortar jamón como la propia pieza de carne se encontraban en las baldas superiores del mueble de la cocina. Su padre tenía la mala costumbre de decidir y gobernar quién y cuándo podía acceder a las cosas en aquella casa. Se esquiló como pudo, desde una banqueta que se tambaleaba tan solo con mirarla, hasta subirse en la encimera, antes blanca, ahora beis por el humo del guisar y el fumar cerca de ella durante muchos años, y, una vez de rodillas en el mármol, se estiró cuanto pudo hasta que sus dedos sintieron la madera que albergaba el jamón y en la que le esperaba su futuro mejor amigo afilado. Durante cerca de un minuto y por más que lo intentó, no consiguió traer hacia sí el jamonero. Su padre lo escondía siempre al fondo para evitarlo. Una gota de sudor cayó por su frente. Era consciente de que, si su padre despertaba de su ebrio letargo y lo sorprendía ahí, la paliza sería terrible. De repente, y sin esperarlo, el jamonero se volcó con fuerza y el joven tuvo que esquivar todo el set «tipical spanish» que se le venía encima. Por fortuna, lo consiguió.

Contuvo la respiración en los instantes posteriores, temiendo que el estruendo hubiese despertado a su padre, pero tan solo se escuchó un gemido borracho en babas procedente del salón. Guardó todo el silencio que pudo hasta que, disipado el mayor peligro, bajó a toda prisa de la encimera, agarrando con fuerza el cuchillo y se acercó a terminar su trabajo.

Antes de acometer contra su padre, el joven sopesó durante unos segundos si prefería hacerlo desde detrás o a la cara, pero en seguida obtuvo una satisfacción en forma de su primera erección ante el pensamiento de ver la cara que aquel pobre diablo pondría al abandonar este mundo. No tuvo dudas.

El hombre corpulento, vencido por el orujo, no representó oposición ninguna. El corte en la garganta fue rápido, profundo y mortal. La sangre manaba con la misma rabia que le había empujado a él a hacerla salir del cuerpo del otro. Los ojos reflejaban sorpresa, dolor y clemencia. Las manos en el cuello poco pudieron hacer para evitar una muerte segura y fue

solo cuestión de segundos que aquel cuerpo, que se contoneaba al son de una mortuoria danza, dejara de moverse.

El joven lo observó durante unos segundos. Clavando su mirada en la del otro. Su rostro no reflejaba absolutamente nada. El odio y la rabia habían desaparecido y tras ellos llegó un sentimiento de placer que, aunque fue la primera vez que lo sintió en su corta vida de diez años, lo acompañaría el resto de ella.

A partir de ahí, un baile de orfanatos y familias de adopción lo custodió mientras crecían tanto su cuerpo, su mente, como sus ansias de matar. Siempre a las mismas víctimas. Por un lado, borrachos a los que torturaba de las formas más crueles que podía y, por otro, a ancianas que no ofrecían demasiada oposición. Siempre con el mismo modus operandi, llegar a conseguir prepararlo todo para homenajear a su madre en el lecho de muerte. Siempre con el mismo odio hacia su padre...

Nueve cuarenta y cinco

El subcomisario Marcos Márquez conducía acelerado por las calles de Santander. Cruzaba el paseo De Pereda nervioso, sabedor de la importancia del asunto que le había hecho abandonar su puesto en la comisaría de la ciudad. La mujer de sus sueños, la que nunca consiguió por más que intentó, el hombro en el que se había apoyado en la distancia durante los últimos diez años, requería su ayuda y, por más que hubiera otros asuntos importantes que tratar, desde el mismo momento que escuchó la voz de la mujer de hielo, como la llamaba entre el cariño y la rabia de no haberla conseguido nunca, supo que no podría concentrarse en nada más hasta que se encontrase con ella.

Mientras se dirigía al punto de encuentro, cruzando la avenida de Reina Victoria y su frondoso tejado de árboles, examinó mentalmente la breve conversación que había tenido con Rebeca Pereira hacía escasos quince minutos, intentando encontrar algún detalle que se le hubiese escapado:

—Subcomisario Marcos Márquez, diga —respondió sentado a la mesa de su despacho, mientras tomaba una taza de café.

—Necesito verte. —El policía supo al instante que se trataba de ella—. Estoy en la ciudad.

—De acuerdo. —acertó a responder tan solo él.

—Me hospedo en el hotel Santemar. Pregunta por mí en la recepción. Es importante...

Sin más tiempo para la conversación, la línea se interrumpió y Marcos sintió que aquel era uno de esos días en los que todo cambiaba de repente. Colgó el auricular y sacó de su cartera una foto de su gran amor, Rebeca Pereira, y sonrió mientras la acariciaba.

—¡Bienvenida de nuevo, niña!

Salió de sus recuerdos de golpe, o casi, pues estuvo a punto de chocar con otro vehículo en un cruce de sentidos. «Debe ser algo realmente importante», se dijo ausente, al tiempo que se disculpaba indiferente con el conductor del otro vehículo.

Cuando Marcos conoció a Rebeca quince años atrás, el policía no pasaba por su mejor momento, ni profesional ni personal. Su esposa, a la que quiso mucho en su momento, pero que después del huracán gallego decidió aparcar en parte de su recuerdo, había fallecido atropellada por un borracho poco antes. Marcos quedó viudo, con tres hijas a su cargo y la perspectiva de la vida del que piensa que todo el universo conspira contra él para amargarle la misma. En el trabajo andaba medio enfadado con su padre, el gran comisario que durante años había cimentado un gran legado que a Marcos se le antojaba como una losa difícil de llevar, ya que deseaba más reconocimiento y sus continuos problemas con el alcohol hacían peligrar todo su mundo.

La llegada desde tierras gallegas de aquella belleza fresca, la chiquilla de aspecto virginal era ocho años menor que él, supuso un verdadero terremoto en los cimientos de su ser, que extendió en el tiempo un tira y afloja por varios años hasta que, cuando más cerca estuvo de conseguir su objetivo, la moza decidió retornar a su Coruña natal, dejándolo con un palmo de narices y el

orgullo herido de muerte.

No supo absolutamente nada de «su niñuca» durante un tiempo, hasta que un día recibió una carta que le devolvió, aunque solo fuera en parte, un motivo para tener fe.

Septiembre de 1978

Querido Marcos:

Hace tiempo que quiero escribir estas letras y, hasta hoy, nunca había conseguido reunir el valor suficiente para hacerlo.

Cuando me fui de Santander, lo hice porque así debía hacerlo, porque lo necesitaba y porque pensaba que era lo correcto. Con todas las cosas que habían ocurrido, no tenía las fuerzas necesarias para quedarme y afrontar la realidad. Preferí el camino fácil, la huida hacia delante. Ahora sé que te he fallado como amiga, porque más allá de los sentimientos que hubiera por tu parte, eso es lo que siempre hubo. Una bonita amistad.

Y escribiendo esto no quiero regodearme en eso, esta misiva representa todo lo contrario. Siempre me pareciste un buen chico, Marcos. Apuesto, resuelto, inteligente, e incluso agudizabas mi sentido protector con tus problemas hasta tal punto de sentir cierta debilidad por ti, pero, por explicarlo de alguna manera, en aquella época yo no estaba disponible. Mi corazón estaba fuera de onda. El que tú insistieras tanto de golpe, tampoco ayudó, pero no estuvo bien marcharme así cuando tú no estabas en un buen momento y arrastrabas tantas cosas contra las que luchar.

Por eso, hoy, casi un año después, te ofrezco retomar esa amistad. De momento solo es eso, no malinterpretes mis intenciones. Si lo deseas, prometo ayudarte con todas las cosas que pueda. De momento, continúo viviendo en La Coruña, pero quién sabe... La vida es larga y cambiante y nunca sabemos qué nos deparará el destino.

Después de aquella carta, la extraña pareja retomó el contacto que fluyó de forma asidua, tanto por correo como por teléfono. Ella cumplió con lo prometido y ayudó al policía en todo lo que pudo para que este retomara toda la rectitud que nunca debió abandonar. Quedaban al menos un par de veces al año, ya fuese en sus ciudades de origen o «entre medias» para pasar tiempo juntos como si de una pareja, sin sexo de por medio, se tratase. Y, aunque Marcos intentó no dejarlo ver, para los dos fue claro en todo momento, que el policía continuaba bajo los efectos de un certero flechazo de ese Cupido que tan cínico le parecía. Ella siempre se mostró correcta, cercana, pero dejando claro a la vez que aquello no era más que una buena amistad. Tampoco nunca había ocurrido absolutamente nada que invitara al policía a pensar que sucedería. Y, aun así, este nunca perdió la esperanza.

Durante todo ese tiempo, Marcos había tenido innumerables escauceos con unas cuantas mujeres, pero, para su desgracia, ninguna conseguía llenar el hueco que la gallega de su amor había dejado en su alma. Siempre ocurría lo mismo, cada vez que una chica se interesaba en él para algo serio, Marcos se alejaba por completo, negándoles a los dos la posibilidad de comenzar una historia.

Cuando Marcos Márquez aparcó en frente de hotel Santemar, notó cómo los nervios volvían a aflorarle como en los días en los que creyó que aquella mujer era para él. De camino, como siempre que sabía que se iban a encontrar, el pulso se le aceleraba y las piernas parecían que no

iban a lograr mantenerlo erguido. Por otro lado, estaba preocupado. ¿Qué sería tan importante para que Rebeca optase por personarse en la ciudad en vez de comunicárselo por vía telefónica como en cualquier otra ocasión? «Pronto lo sabré», pensó, cuando enfiló el *hall* de entrada del hotel.

Rusia, diez en punto de la mañana

El día era gris, como si el cielo, de forma irónica, estuviese de luto por la muerte del hombre que había amado al principal enemigo del Dios que reinaba en él.

La lluvia asolaba la entereza de Abraham, el señor de lo oscuro, que abanderaba a la legión de criados sin rostro que lloraban con lágrimas de fuego la pérdida de su mandamás y que portaban su féretro, caminando con dificultad entre el barro y el lodo.

El silencio era casi sepulcral en aquella explanada repleta de tumbas y tan solo el sonido de las pisadas al golpear la tierra y de la lluvia al caer, lo perturbaban.

A lo lejos, una figura observaba la escena con un maremágnum de sensaciones encontradas. Samuel Abascal iba a volver a encontrarse con su padre diez años después con la sensación del que está tan lejos de los momentos pasados con el otro, que no se cree ya ni la misma persona.

Santander. Diez y cinco de la mañana

El objetivo estaba cumplido. Sus ansias de venganza estaban saciadas, aunque solamente se tratase de algo momentáneo. El Mataviejas, como lo había apodado la prensa local, o el asesino de ancianas, como a él le gustaba que lo denominasen, bajaba las escaleras de la vivienda donde acababa de efectuar su último ataque. Orgullosa, tranquilo, ataviado con su ropa de trabajo, la que le facilitaba introducirse en las casas de sus víctimas, sabedor de que la policía aún no tenía ni idea de quién era la persona que estaba asolando a la ciudad y atemorizando a los ciudadanos. Sonrió al pensar que tampoco podrían asociarle con los otros crímenes que, de forma más espaciada en el tiempo, a veces incluso actuaba en otras provincias, efectuaba contra los hombres, adictos al alcohol, que tanto odio y asco le evocaban. Aunque él consideraba que todos sus asesinatos eran parte de un todo. La forma de llevarlos a cabo era, de forma premeditada, completamente diferente a los de las señoras mayores. Lo que sí tenían en común todos sus trabajos era que los estudiaba hasta la extenuación con el fin de conseguir que pareciesen asesinatos casuales. De todas formas, era perfectamente consciente de que sus ansias de homenajear con estos rituales a su madre y castigar a su padre, el motivo real por el que hacía lo que hacía, iban a conseguir que cada vez tuviese que perpetrarlos más a menudo, pero en el fondo no le importaba. Nunca tuvo miedo ni a la policía, ni a la cárcel, ni siquiera a la muerte. Siempre había pensado que si por lo que fuese lo llegaban a atrapar, ya se encargaría él de montar el espectáculo suficiente para pasar a la historia como un monstruo. Que no era lo que prefería ante la posibilidad de seguir en libertad, pero que, llegado el momento en el que no pudiese zafarse más de la justicia, al menos eso satisficiera su ego.

Envuelto en sus victoriosos pensamientos y excitado por lo que acaba de ocurrir, el hombre del semblante impertérrito enfiló la cuesta del hospital en dirección a su morada. Consideraba que

el trabajo fuera ya se había terminado en aquella jornada. Ahora le tocaba finalizarlo en casa, para al día siguiente comenzar un nuevo «cortejo» con una nueva víctima.

Ya en el interior del gran hotel Santemar, un Marcos Márquez inquieto y expectante, acudió a su cita con el destino:

—Por favor, ¿podría usted decirme en qué habitación se hospeda Rebeca Pereira? —Marcos se mostró seguro pese a que su respiración continuaba agitada.

—¿Es usted Marcos Márquez? —contestó de forma amable la bella mujer que custodiaba el mostrador.

—Sí... ¿Por? —la pregunta de la recepcionista del hotel Santemar cogió desprevenido al policia.

—La señorita Pereira ha dejado esto para usted. Después, ha salido y aún no ha regresado. — La mayor de las sonrisas acompañando el mensaje de eficiencia.

Marcos cogió el sobre sin entender nada.

Rusia, diez y diez

Dos hombres cruzaban la mirada entre un espeso manto de lluvia al pie de una tumba, sabedores de lo delicado de la situación. El mayor, en un estado de tristeza inusual en él, abrió los brazos como si fueran alas, al tiempo que le indicaba a su hijo que se acercase. Samuel lo abrazó sin saber bien a qué atenerse. Hacía demasiado tiempo que no se veían e ignoraba cuánto le habría afectado esa pérdida. Optó por no decir nada, pues era perfectamente consciente de que la voluble personalidad de su padre podía ser un polvorín a punto de estallar en esos momentos.

Después de unos segundos, que se le hicieron eternos, el abrazo terminó y se sorprendió al ver una lágrima fluir de los ojos enrabietados de aquel que consideraba sin sentimientos.

—Me alegro de verte —añadió tan solo el ángel caído sin intentar disimular el dolor que sentía.

Los años habían pasado rápido para Samuel. Llevaba una vida rematadamente feliz en compañía de su amada esposa Estela y su hijo, de veinte primaveras recién cumplidas, con el que compartía nombre y adoración por la matriarca de su casa, y que ya se encontraba en la mejor universidad de Francia cursando Derecho. Samuel no había vuelto a ver a su padre ni había querido saber absolutamente nada de lo que le rodeaba o de su vida anterior en todo ese tiempo. Era consciente de que, tal y como habían acordado, en algún momento, cuando Estela ya no estuviese, debería volver a aquella vida oscura, pero esperaba que eso ocurriese lo más tarde posible. Trataba de no pensar en ello, pero era algo, que, desde su inmortalidad, lo asustaba bastante. Estela había sido su debilidad desde niño y el solo pensamiento de perderla hacía que le costase incluso respirar.

Pese a eso, no pudo declinar la invitación que su progenitor, el señor de lo oscuro, le había hecho. En estos diez años, Abraham nunca había faltado a su palabra y no había intentado ponerse en contacto con él. Samuel agradecía eso, tanto como sabía que si esta vez lo había hecho era porque lo consideraba importante. Lo que nunca imaginó, es que lo fuera tanto como para ver llorar al mismísimo satán de pena y rabia.

Santander, diez y diez

A pesar de la preocupación inicial ante lo extraño de la situación, el subcomisario Marcos Márquez aguantó hasta salir del hotel Santemar para abrir el sobre que Rebeca le había dejado en la recepción. Eran dos líneas en las que lo citaba en la playa que se ubicaba justo enfrente. Marcos guardó la cuartilla de nuevo en el sobre, extrañado, y se dirigió a la primera playa del Sardinero con paso decidido. Tenía claro que algo pasaba, Rebeca era una mujer práctica que no solía acudir al misterio para acompañar a sus acciones y aquello, al menos, era algo novedoso en su operar.

Miró el Rolex de oro que su padre le había regalado un tiempo antes por sus veinte años en el cuerpo. La mañana se apresuraba a pasar de largo sin dejarle aprovecharla, por lo que no tenía tiempo que perder. Al principio de aquella jornada, Miguel le había dejado encima de su mesa los informes de ese supuesto asesino de ancianas que parecía que iba a animarlos lo que quedaba de verano y sabía que se debía a su trabajo. Pero cuando escuchó la voz de su eterno amor platónico en aquella extraña llamada, no pudo resistirse a ir a su encuentro.

Rusia, cementerio de Novodévichi, Moscú

—No creí que fueras a venir.

El señor de lo oscuro resultaba incluso frágil bajo el espeso manto de lluvia y el silencio sepulcral que los envolvía. Para Samuel fue una situación difícil de asimilar.

—Soy tu hijo —contestó, tan solo al tiempo que ponía su mano derecha encima del hombro del otro evidenciando que lamentaba lo ocurrido.

—Me alegro de que estés aquí. —Una forzada sonrisa manifestaba el dolor que Abraham sentía.

La legión de sirvientes sin rostro comenzaba a abandonar en silencio el lugar. Tan solo padre e hijo se quedaron al lado de la tumba, mientras un incómodo silencio tomó el mando. La lluvia había comenzado a golpearlos si cabe con más fuerza y la sensación de desamparo y vacío que suele acompañar esas situaciones en los cementerios, los envolvió por completo. Los dos sopesaron en silencio qué era lo más adecuado para añadir en esa escena en la que a los dos les costaba tanto aceptar el papel que les había tocado desempeñar.

—Y... ¿esto? —El más joven rompió el hielo señalando al camposanto en el que se encontraban.

—Aunque no esté de acuerdo con todo lo del otro, respeto las cosas que yo mismo sugerí en su momento. —Abraham pareció recomponerse al menos en el gesto.

—Ah, no sabía. —Samuel consideró en silencio cuántas cosas más desconocería de esa funesta caja de sorpresas que era su progenitor hasta que añadió:

—Te contaría cómo me va la vida, pero sospecho que lo sabes casi mejor que yo mismo.

—Uno debe mirar por sus activos, ya sabes. —La sonrisa perruna se llenó de dientes y Samuel respiró porque su padre volvía a parecerle tan inquietante como de costumbre—. ¿Me acompañas?

Santander, El sardinero

Dos minutos más tarde, Marcos llegó a la balconada del Rhin, que servía para rendir

homenaje a un *Mar Cantábrico* que reinaba solemne, dominando todo lo visible hasta la fina línea en que el horizonte se desdibujaba con la nada. Buscó en vano entre la gente, que comenzaba a acumularse en la arena, a Rebeca Pereira durante unos segundos hasta que la descubrió paseando por la orilla. Pese a que los años se habían ido acumulando en la hoja de ruta de ambos, volvió a sentirse como un quinceañero cuando contempla a su primer amor desde la lejanía.

Rebeca lucía un precioso vestido, veraniego y floreado, en tonos verdes. El pelo castaño, tirando a rubio, suelto y colocado a un lado de uno de sus hombros y, como siempre, parecía flotar por el mundo, ajena a cualquier cosa que no fuera la propia magia que desprendía con solo existir.

La marea estaba bastante baja con lo que Rebeca se encontraba lo suficientemente alejada como para que la opción de llamarla a gritos quedara descartada para Marcos en el acto. Por lo que, pese a no apetecerle en absoluto, el policía se vio obligado a bajar a la arena para ir en su búsqueda. Se quitó los zapatos, la americana y la corbata. Se desabrochó un par de botones de la camisa, así como los de las mangas que remangó acto seguido y comenzó a andar, mientras observaba a aquella que no pudo ser, y que con ello representaba la mayor de las torturas, pero que siempre terminaba ganando la batalla de la cercanía por más que él se propusiera terminar con aquel dulce suplicio.

Rusia, diez y cuarto de la mañana

Samuel asintió ante la proposición de su padre, sabiendo que poco podría hacer para negarse con la diferencia de poder que había entre ambos. Enseguida aparecieron en Roma, La ciudad eterna que tanto gustaba a su padre, no así tanto la vecina El Vaticano y sus habitantes a los que odiaba con todas sus fuerzas. Ambos caminaban entre la muchedumbre que se agolpaba admirando la fontana de Trevi. Gracias a los poderes de Abraham, nadie podía verlos.

—¿Cómo van tus progresos? Esa guerra económica que intentabas parece que va viento en popa, ¿no? —Samuel sabía dónde debía tocar.

—Ya pensé que no me ibas a preguntar por la que, esperemos que dentro de mucho tiempo, volverá a ser tu causa. —Aunque sus palabras parecían sinceras, un escalofrío recorrió el cuerpo de Samuel—. Verás, Tengo controlados a Ronald Reagan y Pinochet en las américas y a Margaret Thatcher y a Mijaíl Gorbachov aquí en Europa, eso unido a la sociedad de consumo, que cada vez está más instaurada en el mundo, hace que todo vaya como quiero para continuar ganando poder en la sombra. Y con lo impredecible del ser humano, la mayoría de las veces no tengo ni que hacer ya nada para que haya guerras, revueltas, manifestaciones que acaban en tragedia o misteriosos accidentes. De verdad, cada vez es más fácil obtener el poder de sus almas. Te va a encantar cuando vuelvas a tu trabajo.

—Y... ¿a Fidel Castro no lo tienes controlado?

En lo alto del rotundo Emmanuel, Samuel observaba a la gente como si fueran miniaturas.

—La verdad es que no. Nunca me ha hecho falta, no sé cómo lo consigue, pero siempre termina haciendo lo que más me conviene. —El señor de lo oscuro rio complacido—. Aun así, estos últimos meses no estoy pudiendo dirigir el mundo todo lo que me gustaría. —El semblante de Abraham languideció en cuanto se acordó de su recién fallecido «mejor amigo» como él lo llamaba siempre.

—¿Ha sido muy duro?

Samuel no sabía bien cómo afrontar esa conversación, ya que, aunque lo sospechaba, nunca había tenido la evidencia de que los sentimientos de su padre y su criado hubieran sido más que los necesarios en esa relación laboral que parecían tener. Desde luego, tampoco lo había escuchado de sus labios y en la única ocasión que pudo escucharlo, justo cuando su padre les contaba cómo conoció a Edgar Allan Poe y, por ende, a su odiado Giacomo, ocurrieron los detonantes de su partida para vivir la vida de la que ahora tanto disfrutaba.

—Bastante, llevábamos mucho tiempo juntos. Siempre ha sido mi mano derecha, ya sabes. —Samuel continuó preguntándose mientras escuchaba si en verdad, hubo entre los dos hombres algo más hasta que su padre añadió cortante—: Ah, y en este tiempo, además, he perfeccionado mis habilidades. Ahora, además de conseguir que los demás hagan lo que yo quiero, soy capaz de meterme por completo en su mente y saber exactamente lo que están pensando. La mayoría de las veces, ya ni me hace falta parar el tiempo.

Samuel entendió a la perfección la amenaza velada y dejó de flirtear con ese pensamiento que tanto lo intrigaba.

—Yo también he mejorado bastante, aunque parece que sigo lejos de ti, padre. —Disimuló el hijo.

Lo último que quería Samuel era retar a su padre en ese momento. Su carácter ya era una bomba de relojería de por sí, como para probarle después de lo de Giacomo.

—Tiempo al tiempo. Recuerda que tú me matarás. —El resentimiento y el odio hablaron con la fuerza del que siente el dolor más extremo.

—¿No has podido ver nada más allá de ese momento o alguna otra bifurcación en el futuro?

De nuevo, habían cambiado de lugar. Ahora flotaban por el antiguo foso del Coliseo que, en su día Abraham sugirió que se construyese al mismísimo emperador Vespasiano para celebrar la muerte del hijo del otro con un lugar que honrara a las fiestas paganas que tanto le gustaban.

—Nada, todo sigue igual. Lo que no consigo ver es por qué cambiarás y te unirás al otro. Es como si esa parte de la película estuviera en negro...

—Eso no pasará jamás. No te traicionaré.

—Nunca digas nunca, hijo mío. —Ahora el que posó la mano en el hombro del otro fue el padre—. Y ya que te lo preguntas, el infierno que tantos años te oculté, sigue creciendo con las almas oscuras que no aprovecho para agrandar mi poder y que, por su maldad, serán buenos soldados en mi cruzada. También veo que deseas saber si el señor Poe continúa encargándose de que todo vaya bien allí. Pues así es, hijo mío. Exactamente así. —Samuel frunció el ceño en desacuerdo con que su padre le leyese el pensamiento—. Aunque ahora no lo creas, cuando os conozcáis mejor, os caeréis bien. Edgar es un genio en lo suyo de escribir, pero también es capaz de tener todo en orden en mi particular averno.

—¿Sigue escribiendo? —Cambio drástico de tercio.

—Por supuesto, de hecho, que lo haga será una de las claves de mi éxito llegado el momento. Y no te molestes en preguntar a qué me refiero, porque aún no es el momento para que tú te impliques de nuevo. Ahora debes volver con los tuyos.

Abraham abrió los brazos como si fueran las alas que antaño tenía y padre e hijo se fundieron de nuevo en un sentido, al menos de cara al padre, abrazo.

Santander, diez y cuarto

Rebeca Pereira jugueteaba sentada en la orilla con unas conchas. El agua mojaba sus pies descalzos, confiriendo una imagen añorada a la visión que el policía tenía a unos pocos metros. Justo antes de que Marcos Márquez consiguiera llegar hacia donde se encontraba, la mujer se volvió y le dedicó una sonrisa, que hizo que a él se le iluminara el mundo a pesar de que el sol parecía querer prender los termómetros desde bien pronto.

—Gracias por venir tan rápido. —Concedió la mujer con un gesto conciliador, que Marcos notó en el acto; parecía querer esconder un inusitado nerviosismo.

—Cómo no hacerlo. Me tenías preocupado. —Ni todos sus años de experiencia en complicados interrogatorios conseguían que Marcos no se deshiciera al mirar esos ojos verdes que tanto le atraían.

Rebeca se levantó para darle dos besos. Marcos notó al momento más tensión que de costumbre.

No se veían desde hacía año y medio, algo raro, pues desde hacía casi una década quedaban al menos un par de veces al año. Siempre porque ella no había encontrado un hueco en su sufrido trabajo de forense en su Coruña natal. Algo que a Marcos le había molestado, pero que no pudo reprocharle en exceso por miedo a que se alejara por completo.

—¿Qué ocurre, Rebeca? —atajó Marcos, intentando que el tema no se desviara. Ella rio nerviosa.

—Y... ¿a ti? ¿Días duros en el trabajo?

Nada más decirlo, hizo un gesto al policía para que pasearan por la orilla. Él comenzó a seguirla, expectante.

—Puedo imaginarme que sí y de eso quería hablarte.

—¿Hablarme de la dureza de mi trabajo? —Marcos intentaba tantear la situación en vano.

—Sí, he venido a comentarte un par de cosas que no sé si te gustarán..

—Prueba —invitó él cada vez más nervioso.

—Es sobre el asesino de ancianas que tenéis en la ciudad. —Marcos levantó una ceja en el acto—. Por lo que sé, no estás siendo informado del todo.

—¿Por lo que sabes? —Márquez no salía de su asombro.

—Verás, Marcos...

Aquella duda en los ojos de la siempre segura Rebeca Pereira, dejó totalmente claro a Marcos que algo no iba bien y que igual su repentina visita sí que iba a estar justificada.

—Hay una cosa que debía haberte dicho hace un tiempo y no he podido, pero prefería que fuera en persona...

No le hizo falta ni una sola palabra más al policía para entender acerca de qué asunto se trataba. Su corazón se aceleró producto de la rabia.

—¿Cuánto hace? —cortó dolido como si de la mayor de las traiciones se tratara. Para él, así era en realidad.

—Casi un año —replicó Rebeca con el máximo cuidado al tiempo que una ola mojaba sus pies descalzos.

—Perfecto, pues que seas feliz —añadió de forma amarga sin ni siquiera levantar la vista del suelo—. Y ¿qué tiene eso que ver con mi caso, por cierto? —Los ojos aguantaron las lágrimas.

—Bastante. Se llama Jaime. También es gallego y es...

—¿Jaime Carvayo? ¿El comisario jefe de Galicia? —Ahora sí le parecía la más cruel de las traiciones.

—Así es —concluyó ella casi avergonzada, al tiempo que él se detuvo en seco—. No sé ni cómo ha ocurrido, pero estamos enamorados.

—¿En serio, Rebeca? ¿Un policía? ¿Cómo yo? ¿No había otro tipo en todo este maldito mundo? —La tensión podía cortarse a cuchillo.

—Ya sabes que por mi trabajo tengo mucho contacto con el cuerpo y...

—Ya veo que con unos más que con otros —volvió a increpar.

—Por más que te duela no te consiento que...

—Está bien. Necesito un tiempo para asimilar esta mierda. —Con la mayor de las amarguras hizo un gesto con la mano al tiempo que negaba con la cabeza.

—Repito que yo no lo busqué, pero estamos enamorados —intentó excusarse nuevamente de forma tensa.

—Eso es precisamente lo que me jode. ¿Vais a casaros?

Aun con todo el dolor que aquello le producía, Marcos intentó mantener una conversación

normal. La respiración, sin embargo, estaba igual de agitada que si acabase de terminar una carrera.

—Sí, en unos pocos días. Ha ocurrido todo muy rápido, pero esto no tiene por qué cambiar nada entre nosotros. —Un último intento desesperado por parte de la mujer—. Podemos seguir siendo amigos —Cogió las manos del hombre con ternura.

Una mirada de odio por respuesta precedió a unos intensos segundos de silencio.

—Eso es verdad. A veces la vida tiene estas cosas —ironizó el hombre. — Todo cambia para que nada lo haga. —Apretó los dientes un segundo antes de atacar nuevamente—. No sé cómo he estado tan ciego tantos años. Nunca iba a conseguirte porque tú nunca quisiste más que un novio en funciones sin sexo —soltó con brusquedad las manos de la mujer.

—Insúltame si quieres. Nunca he querido hacerte daño. Todo lo contrario.

Rebeca decidió guardar de forma momentánea su orgullo, como entendiendo que las palabras del policía no eran más que las de un niño dolido al perder el juguete que más quería.

Continuaron caminando en silencio por espacio de dos minutos. De fondo, el ruido del mar, de la gente que ya comenzaba a poblar aquella arena dorada y de los pájaros que revoloteaban en el cielo; conferían lo que en otro momento sería una agradable música de fondo al paseo que desde hacía unos minutos se había convertido en lo más parecido a un funeral. Mientras caminaban por la arena, cada uno se encontraba inmerso en sus pensamientos. El subcomisario intentando reconducir sus ideas hacia otra cosa que no fuera la derrota más amarga y la forense esperando para comprobar hacia dónde se encaminaba aquella situación.

—¿Sabes qué? —interrogó al fin él.

—Dime. —Ella contuvo la respiración, pues sabía que su propósito de seguir teniendo en su vida al que consideraba su mejor amigo pendía de un hilo.

—Tengo mucho trabajo que hacer y no me apetece estar ahora mismo contigo. —La frialdad del que ya está obligándose a olvidar—. Puedes hacerme un informe de lo que sea que quieras decirme que yo no sepa sobre el caso. —El policía se detuvo de golpe.

—Marcos, por favor. —Sus ojos suplicaban clemencia—. No quiero terminar así.

—Puedes dejarlo en la recepción del hotel y yo lo recogeré mañana.

En ese momento, él se dio la vuelta y comenzó a caminar por la playa en la otra dirección.

—De acuerdo, lo haré —gritó—. Aun así, si quieres, a las diez de la noche te espero en el restaurante del hotel y cenamos juntos. Si no vienes lo entenderé, pero no quiero que esto se termine así.

—Sé feliz, *niñuca*.

Fue lo único que contestó Marcos, mientras huía con toda la dignidad que consiguió reunir del lugar en el que acababa de morir en vida una vez más, a causa de la misma estocada recurrente de rechazo amistoso que lo perseguía desde hacía años.

Ella no añadió absolutamente nada, tan solo se limitó a observar cómo uno de los hombres de su vida se alejaba herido de desamor. A todas luces se iba para no volver.

Santander, once de la mañana

El hombre del semblante impertérrito tragó saliva mientras sujetaba las pinzas con el papel fotográfico. La oscuridad era casi total en la pequeña habitación. En la bandeja, las mezclas de los líquidos de revelado ya conseguían el efecto deseado. En el mismo instante en que vislumbró los primeros atisbos del momento que con tanto ahínco preparó para inmortalizar y guardar como trofeo, sintió asco y excitación a partes iguales. Un segundo más tarde, dentro de su pantalón una prominente erección tomó vida propia...

En otro punto de la ciudad, Tasio Márquez, el icono de la justicia santanderina durante décadas, paseaba por la bahía de la ciudad, disfrutando del retiro que tanto se había ganado, sin más aspiraciones que la de que sus juanetes no lo castigaran demasiado y lo dejaran completar la ruta que, antes de salir de casa, se había propuesto seguir. El día era bastante agradable y aunque una pequeña brisa lo acompañaba en su caminar, no resultaba ser excesiva. No obstante, cuando esta se detenía el calor apretaba con ganas y eso a él le encantaba. Paseó con la lentitud del que ya tiene todo hecho en la vida y ahora disfruta de ella, por aquel lugar que tantos secretos suyos conocía, pues gustaba de contárselos desde bien pequeño. El sol, rotundo y dorado, se reflejaba emitiendo un haz de luz brillante, casi cegador, en el mar Cantábrico, que ese día mezclaba tonos turquesa con cobalto, y que descansaba tranquilo, casi manso, en ese retiro engañoso en forma de estuario que era esa parte de la bahía de la ciudad de Santander, sabedor de que en otros lugares su ira y su fuerza eran descomunales y temibles por igual. El cielo, azul como el más puro zafiro, lucía despejado, limpio, albergando tan solo una bandada de cormoranes que danzaban por él de forma instintiva y alegre poniendo, con los sonidos que emitían, banda sonora a esa postal, preciosista y rotunda. Una bella imagen que en las playas de las cercanas Somo y Pedreña se dulcificaba, mezcla de arena color oro y el verde de su incipiente vegetación, y que contrastaba con las montañas situadas al fondo, abruptas e imperiales. Esa dulzura inicial poco a poco se difuminaba entre sus encinares hasta llegar a la parte más alta de la Peña Cabarga, con su roca caliza coronándola, dotando de magia a esta idílica visión. Se apoyó en la barandilla que impedía que los despistados cayesen a aquel mar Cantábrico que tanto amaba y se limitó a disfrutar de la brisa que le golpeaba el rostro casi con cariño, mientras pensaba en su familia y en la suerte que había tenido en la vida.

Pese a que ya veía el ocaso de sus días más cerca de lo que le gustaría, respiraba complacido. Todo había salido bien durante esos años. Su matrimonio era ejemplar y su esposa era el mejor apoyo que una persona podría tener. Se querían desde siempre con locura y no parecía que eso pudiese cambiarlo nada. Sus dos hijos, Marcos y Estela, habían crecido sanos y felices y ahora formaban sendas familias que, aunque también tuvieran sus propias dificultades como todas en este mundo, parecían haber resuelto los más graves. En el trabajo se había coronado como la viva imagen del triunfo de la justicia y la rectitud en la escena cántabra. Y aunque unos años atrás se vio obligado a dejarlo por unos problemas de salud, que afortunadamente ya había superado,

desde hacía un tiempo continuaba estando ligado a la pasión de su vida. Su amigo y sucesor en el cargo de comisario, Miguel Echeverría, lo había nombrado asesor del cuerpo de policía a ratos más frecuentes de lo que le gustaba a su esposa, sabedor de todo su potencial. En resumen, se jactó de su suerte pensando que, aunque la felicidad plena seguramente no existiese y que, como siempre le decía su amigo Miguel, lo más fácil es que fuese aburrida, él, que comenzó desde bien abajo, viviendo una descarnada guerra entre hermanos y algunas de las partes más negras de la historia de este país, teniendo que luchar contra la corrupción y las injusticias que plagaron España después, podía presumir de considerarse un tipo al que la vida lo había tratado bien. Mientras miraba a un niño y a su padre correr, uno detrás del otro, a no demasiados metros de donde se encontraba, sonrió pensando que algo bueno tendría que haber hecho él mismo en todo eso, para que con lo perra que suele ser la vida, le hubiese resultado así de amable.

Rusia, once de la mañana

Ya en su despacho de la gran mansión de las afueras de Moscú, que llevaba por nombre «palacio de la medianoche», el señor de lo oscuro meditaba sobre la conversación que acababa de tener con su hijo antes de que volviese a marcharse para vivir esa farsa de vida que le impedía luchar junto a él por aquella causa que, en ese preciso instante, ni a él mismo parecía importar. Con el dolor apretándole esa alma que no creía tener tan fuerte como no ocurría desde que fue expulsado de los cielos, pensó que, aunque a su hijo le pareciese fascinante su nueva habilidad para saber lo que piensan los demás, para él, una vez acostumbrado a la novedad, era realmente tedioso en una conversación. Con la utilización de ese truco o no se dejaba hablar al otro o se debía escuchar dos veces la misma pregunta antes de poderla responder. Pero el momento difícil de verdad llegó cuando, sin poder evitarlo por más que lo intentó, sus pensamientos se centraron en los últimos días que había pasado con su amado Giacomo. Ahora que lo había perdido para siempre, nunca se perdonaría no haber sido valiente en su momento. Al fin y al cabo, él era el señor de lo oscuro y podía haber hecho lo que le hubiese venido en gana, pero se dedicó a negar lo que sentía durante todo ese tiempo. Al tiempo que su mente volaba hacia sus recuerdos, que no por haberlos visto antes de que ocurrieran terminaron resultando menos dolorosos, una lágrima de fuego quemaba la carne del rostro en su inexorable descender.

Santander, once y dos minutos

Las imágenes de la muerte de su madre a manos de su padre y la posterior de este, volaron por la cabeza del hombre con el semblante impertérrito, mientras con una mano sujetaba la foto de la víctima que acababa de liquidar y con la otra saciaba su apetito sexual más oscuro. Entró en un estado de semi trance cuando soltó la foto, colocándola en la encimera de revelado para continuar observándola y comenzó a acariciar el colgante que había tomado prestado del domicilio de la anciana. Era algo que hacía siempre y que le reportaba el placer suficiente como para sentirse superior.

En el momento de la descarga, una risa descontrolada y maquiavélica, comenzó a retumbar en la pequeña y oscura habitación. Sabía perfectamente que no estaba loco, pero a veces, para soportar sus propios actos, prefería fingirlo...

De vuelta hacia el parquin del hotel Santemar, donde un grupo de jóvenes esperaban nerviosos a que su examen de conducir comenzase, Marcos Márquez se maldijo en silencio y se juró que, por nada del mundo, iría a esa cita que Rebeca le acababa de proponer. Aunque le doliese como un cristal de fuego clavado en lo más hondo de su alma, se prometió que jamás en lo que le quedaba de vida, volvería a verla. Estaba convencido de que no podría conseguir olvidarla de otra manera.

De camino al Seat Málaga granate que había adquirido un par de años antes, le invadió un viejo enemigo conocido en forma de debilidad ante el alcohol que, aunque nunca había dejado de hacerle visitas de forma regular, había conseguido tener controlado finalmente en los últimos tiempos. Justo al enfilar el aparcamiento del hotel, echó un vistazo a La Cañía, uno de los bares más típicos de la zona y la ciudad, y, haciendo un alarde de fuerza de voluntad, continuó caminando hasta llegar al coche. Una vez dentro, encendió el radiocasete y los primeros acordes de *Run to the Hills* de su grupo favorito, Iron Maiden, comenzaron a retumbar por todo el automóvil. Marcos suspiró, encendió el motor y, mientras movía la cabeza al ritmo de la endiablada melodía, condujo sin rumbo por las calles de El Sardinero. Mientras los temas de aquel recopilatorio, que se había autofabricado y que había bautizado escribiendo a boli en la etiqueta de la cinta de casete como «Los Maiden por mí», tomaban vida uno tras otro sin descanso. Acompañándole en la dura travesía que acababa de comenzar hacia el olvido de aquella que se le había clavado a fuego en el centro mismo de su ser.

Madrid, once y media

Samuel Abascal llegó a su domicilio de la calle Serrano, una de las calles más elitistas de Madrid, con un nudo en la garganta. Esperaba ver a su mujer lo antes posible y rodearla con sus brazos en un abrazo infinito. Eso solía tranquilizarlo en ocasiones así, y esperaba que esta vez también diese resultado. Haber estado con su padre, y toda la oscuridad que lo rodeaba, le había recordado una certeza que, aunque siempre estaba presente, aquella mañana se le había atragantado como el pensamiento más difícil de digerir. A todas luces, para él, lo era. Algún día ella ya no estaría y, en aquel duro momento, destrozado y partido en dos de dolor, debería volver con su padre y combatir junto a él en aquella guerra que, si no le parecía estúpida, en ese preciso instante creía bastante lejana a sus verdaderos objetivos en la vida.

Entró por la puerta principal, abriéndola con llave. Pese a que, en su condición de hijo del ángel caído, disponía de habilidades especiales, por lo general en su domicilio, y ya casi en la mayoría de las facetas de la vida en las que su mujer estaba cerca, si no era del todo imprescindible prefería no utilizarlas.

Las cosas iban bien para ellos. Desde mediados del año mil novecientos ochenta y uno habían vuelto a vivir en España. El divorcio se legalizó, en forma de irónica celebración, justo el día de San Fermín de ese año y eso hizo que, después de un periplo casi idílico por tierras suizas, la familia Abascal regresara a su país de origen. Samuel, que había apostado de manera firme por el sector informático que tanto había escuchado alabar a su padre años atrás, adquirió una empresa de fabricación de *hardware* y una importante franquicia americana de perfeccionamiento de *software* que iban viento en popa. También varias propiedades en el país y en el extranjero. Una de ellas en Santander, para que Estela, su mayor debilidad, pudiese ir a visitar a su familia cuando quisiera. Para él, con sus habilidades, era fácil adelantarse a los movimientos del mercado, y si

algo no salía como él deseaba, solamente tenía que «jugar» un poco con sus adversarios para conseguirlo. Por motivos de trabajo, acostumbraba a viajar con frecuencia alrededor del mundo, pero gracias a sus poderes los tiempos se simplificaban mucho. También sus habilidades especiales le permitían delegar más y con mayor tranquilidad de que nada iba a salir de otra forma que él no quisiese, que a ningún otro jefe en el mundo. Eso, pese a todo, le permitía disponer de muchísimo tiempo libre para estar con su familia.

Se miró en el espejo del coqueto recibidor que, como toda la casa, la misma Estela Márquez había decorado con tanto esmero y el reflejo le devolvió la imagen que él deseaba mostrar. El traficante de almas podía cambiar su aspecto a su antojo, pero desde hacía mucho había decidido tener un físico acorde al de la edad que ponía en su documento nacional de identidad y, sobre todo, la que fuera conforme con la de su amada esposa.

Estela, que se había convertido en una escritora de éxito gracias a las ayudas de su marido, cosa que, por supuesto, ignoraba por completo, se encontraba trabajando en su escritorio. Sentada frente a su vieja máquina de escribir, tecleando como loca y dando rienda suelta a su imaginación, dio un respingo en su asiento cuando escuchó la puerta principal abrirse. Como siempre que esto ocurría, el corazón le dio un vuelco y se levantó, envuelta tan solo en una manta, para ir al encuentro de su marido.

Rusia, últimos de julio de 1987

Abraham, el señor de lo oscuro, revivía en sus pensamientos los últimos momentos de la persona que una vez lo enamoró, pero a la que también, por cobardía, terminó traicionándolo, apartándolo al ostracismo de ser su sirviente...

Una oscura habitación iluminada tan solo por un añejo candil y en el que el hedor de la muerte campaba a sus anchas, era testigo de cómo una pareja imposible compartía sus últimos momentos entre la pena, la desolación y el rencor hacía sí mismos por no haber disfrutado de todo lo ofrecido por un destino que uno cree controlar y el otro perseguir en vano.

Abraham, en la penumbra de su dolor, suspiraba de rabia sentado en el lecho, mientras agarraba la mano del que durante tantos años fue su fiel criado. Giacomo, que postrado y sin más fuerzas que las que la muerte le otorga como irónico bonus track, lo miraba con la impotencia del que sabe que más allá de perder la vida, se quedará también sin lo que más ha querido en ella.

—¿Sabes que ahora me arrepiento de no haber continuado con lo que teníamos? —El señor de lo oscuro tragó una saliva que le ardía por dentro como el fuego más candente—. Tantos años creyéndome mejor que los seres humanos y ahora me doy cuenta de que no soy tan diferente.

—Tú eres la más especial de todas las criaturas de la creación —contestó con un débil chorro de voz, el que siempre se mantuvo a la sombra del ángel caído—. Y por eso debías atender a todos los...

Un estertor en forma de dolorosa contracción y funesta tos lo detuvo durante unos segundos. Abraham esperó sin interrumpir, observándolo con la preocupación, la rabia y la impotencia del que, casi por primera vez en toda su larga existencia, se siente inútil.

—Debías atender... —prosiguió el sirviente al rato— a todos esos asuntos importantes que se te presentaron para intentar recuperar tu lugar en el cielo

—No me excuses, Giacomo... fui un necio. Me negué a ser feliz y no me lo perdonaré jamás. Aquellas palabras fueron difíciles de asimilar para ambos, pues ninguno de los dos creyó antes que el señor de las almas oscuras pudiera ser capaz de pronunciarlas desde la verdad de su ajado negro corazón, pero al que estaba a punto de expirar le otorgaron un sentimiento de falsa paz que, aunque conocía bien su inminente destino, facilitó ese infausto trámite que debía canjearle a la gran dama negra.

Madrid, once y media pasadas

Estela corrió hasta la puerta principal de la vivienda. Un lujoso dúplex aguardillado que sentía vacío y frío sin su marido, pero que se llenaba de calor cuando él regresaba.

Los años habían pasado también para ella, y aunque la que tuvo retuvo y siempre había sido una mujer de bandera, sus facciones e incluso su cuerpo comenzaban a emitir síntomas de que la juventud nunca volvería, y que el camino de la madurez hacia otras etapas menos vistosas, había comenzado. Aun así, para Samuel, su mujer era la creación más bella sobre la faz de la tierra, y eso que él, por su condición del traficante de almas, había visto casi todo lo que se puede ver en este mundo. Cada vez que la contemplaba sentía como si el sol se iluminase, dando luz a todo su mundo. Dotándolo de los más bellos colores.

La mirada cómplice de ambos nada más verse, delató que la llama del amor continuaba más viva que nunca. Samuel, que pese a poder desplazarse en cuestión de segundos por todo el mundo intentaba no hacerlo si no era necesario para sentirse normal y que nadie sospechara nada, llevaba varios días ausente de su hogar por motivos de trabajo. Ambos lo detestaban, pero los reencuentros solían merecer la pena. Con todo, la invitación de su padre había retrasado más al antiguo traficante de almas y eso, unido a que siempre que pensaba en que algún día ella ya no estaría, sentía que debía aprovechar su compañía al máximo, hizo que el abrazo y el posterior beso pasional fueran de los que ganarían un concurso a la mejor escena romántica en esos premios de la tele que tan de moda se estaban poniendo en esos locos años ochenta en los que la cultura estadounidense comenzaba a devorarlo todo.

No consiguieron aguantar las ganas ni para llegar al lecho. La pasión los desbordó en la misma entrada de la vivienda. Las prendas fueron volando una a una por los aires y todo el mobiliario se convirtió en el mejor aliado para ayudarles a llegar a ese clímax de placer que tanto habían ansiado encontrar en los días previos.

Rusia, últimos de julio de 1987

Dos mujeres, tan bellas y voluptuosas como peligrosas y sádicas, entraron en la habitación en la que su amo y su amante se despedían con dolor.

—¿Por fin vais a reconocer que siempre fuiste unos blanditos y unos desviados? —Davinia, de pelo negro como el azabache, sonreía cínica, conocedora del efecto que sus palabras provocaban en ambos hombres.

—Hoy no es el día —respondió seco Abraham, al tiempo que, de forma intimidatoria, entró en el cerebro de la mujer desgarrando su psique con el más atronador de los gritos de advertencia.

—Per... perdón —atinó a decir solamente la concubina.

—¿Por qué habéis entrado? —interrogó el señor de lo oscuro sin levantar la vista de su enfermo Giacomo.

—Tenemos visitas acercándose —respondió la otra mujer, de cabellos dorados como el trigo, más rotundidad en las formas y cara de niña que casi conseguían camuflar la maldad de su interior—. Deberías ir a recibirlas.

Abraham soltó la mano de su sirviente con delicadeza. Respiró casi bramando como un toro a punto de salir del redil, se levantó, miró de forma inquisitiva a sus pintorescas amigas y añadió con odio en la voz:

—¡Quedaos aquí hasta que vuelva! ¿De acuerdo?

Las dos mujeres asintieron en silencio sin querer echar más leña a la ya de por sí ardiente hoguera. Un segundo más tarde, el ángel caído desapareció de forma repentina, sabedor que aquellos que habían osado ir a interrumpirlo en aquel momento tan doloroso, iban a pagar con mucho dolor su inconsciente osadía.

Santander, doce cuarenta y cinco

Después de practicar con ahínco el onanismo más lujurioso por un espacio de tiempo que, aunque amplio, no conseguía determinar en el tiempo, el hombre del semblante impertérrito cayó exhausto en el sofá. Miró su reloj y, aunque aún quedaban muchas horas para la noche, decidió que no quería hacer nada más en todo el día. Siempre que hacía su ritual se quedaba sin energía, por lo que se dispuso a pasar las horas que quedaban hasta la noche viendo en su nuevo VHS un pack de antiguas películas que había adquirido no hacía tanto tiempo atrás en el hipermercado Simago del centro de la ciudad. Le encantaba ir a ese sitio, también a los almacenes Pérez del Molino o a al lujoso Lainz. Le recordaban la elegancia de otra época que él creía que se estaba perdiendo con el progreso y las vidas iguales que parecían traer consigo esa sociedad de consumo que tanto detestaba.

Se sentó en su sofá con una sonrisa de oreja a oreja. La primera cinta que vería sería *¿Qué fue de baby Jane?*, la preferida de su madre, también una de las suyas. Se acomodó en su refugio, se tapó con su manta, pese a ser agosto, y se dejó llevar por aquella trama que pese a haber visto varias veces siempre lo sorprendía y angustiaba a partes iguales. Por un momento, al ver a su idolatrada Bette Davis, sintió sensación de pena por la pobre anciana a la que había negado la vida horas antes, pero enseguida pensó en su padre muerto y en lo mucho que aquello le excitaba y se dejó envolver de nuevo por el metraje de Robert Aldrich.

Madrid, doce cuarenta y cinco

Samuel y Estela descansaban en el lecho después de haberse entregado a la pasión más ardiente fruto del amor que, como si fuera el primer día de su enamoramiento más el consecuente extra añadido de cariño por todo lo compartido en los años anteriores, los envolvía, haciendo que hasta el más insignificante de los segundos y la más nimia de las vivencias les pareciese el momento más perfecto.

—Bienvenido a casa, cariño —masculló Estela con tono juguetón, mientras acariciaba su torso desnudo.

—Si siempre vas a recibirme así, creo que me voy a ausentar más a menudo. —La complicidad extrema por compañera de juegos.

—Tú mismo, pero si tardas demasiado tendré que buscarme un amante que me sacie mis necesidades. —El comentario vino acompañado por un gesto de niña pícaro que hizo que, en ese mismo momento, Samuel tuviera ganas de volver a poseer a su esposa.

—Le diré a las otras mujeres con las que tengo una aventura en todos esos países exóticos que visito, que me debo a mi esposa entonces.

Ambos sonrieron y volvieron a lanzarse a satisfacer sus más lascivos deseos. Samuel, por su

condición del traficante de almas, podía conseguir que cualquier mujer sintiera la atracción más adictiva hacia él, amén de lograr elevarlas al más alto escalón del clímax a base de orgasmos y fuegos artificiales internos que conseguía con algunos trucos ajenos a cualquier otro mortal, sin embargo, con su mujer, nunca le hacía falta utilizar nada de eso.

Santander, una del mediodía

Marcos, que se encontraba sentado a la mesa de su despacho de la comisaría de la ciudad de Santander, reparó en que los informes sobre el asesino de ancianas que le había pasado el comisario Miguel estaban incompletos. Quizá Rebeca tuviese razón. Odiaba que la fuente de donde procedía esa nueva información fuese la que era, pero igual debía pasar por la recepción del hotel Santemar para recoger y cotejar los documentos que le dejaría aquella a la que había empezado a odiar sin dejar de querer, con el resto de la información que ya tenía. Aunque un creciente nerviosismo lo envolvía por lo que había pasado con Rebeca y ya necesitaba verla, se había prometido que nunca más dejaría que volviese a jugar con él. Al fin y al cabo, de forma consciente o no, eso es lo que ella hacía. Mentalmente, Marcos repasó la parte amorosa de las cuarenta y ocho primaveras que atesoraba a sus espaldas y se dio cuenta que, sin saber cómo, con el paso de los años había vuelto a amar como cuando no era más que un adolescente imberbe. Como muchos otros hombres, con el inicio de la pubertad, había sido poco más que un bobo que telegrafiaba sus movimientos «al enemigo» y que se arrastraba ante el menor síntoma de que algún espécimen del género opuesto le hiciera el más mínimo caso. Desde un par de años antes de cumplir la veintena había sido un mujeriego canalla que hizo lo que prácticamente le vino en gana con las mujeres. Más adelante estuvo formalmente casado y aprobadamente enamorado de María, la madre de sus tres hijas, hasta que su repentina muerte lo llevó de nuevo a ser un truhan, coleccionador de trofeos, que flirteó con todo lo que se movía, para, después de caer rendido al desamor que le ofreció Rebeca durante los últimos años, haber vuelto a ser el bobo del principio.

Rio de forma amarga y decidió que sería mejor pensar en el trabajo. Aquel asesino no parecía descansar y su labor era ayudar a encontrar la forma de atraparlo. Por desgracia, ni su rango ni su edad permitían que lo hiciera desde las calles, como a él siempre le había encantado hacer, pero debía asumir su rol y aprovechar toda la experiencia que atesoraba para dar con la forma de conseguirlo. Después de volver a releer los papeles de la información que disponían de la investigación, creyó que, pasado el enfado inicial, había llegado el momento de hablar con Miguel Echeverría. El comisario de aquel caos que algunos llamaban comisaría y que desde siempre había hecho las veces de mentor con ese joven díscolo, que hasta no hacía demasiado siempre había sentido cierta pelusilla de su padre, el gran adalid de la justicia santanderina, Tasio Márquez. La relación con el gran dúo que su padre y Miguel formaron durante años estaba en su mejor momento y lo que Rebeca le había contado de que se le estaba ocultando información, hizo regresar ciertos fantasmas del pasado en forma de complejos que no le gustaban en absoluto. No podía perder más tiempo. Debía solucionar ese asunto cuanto antes, aunque le diese miedo a preguntar y encontrarse una respuesta que no deseaba escuchar y lo cambiase todo.

Se levantó decidido y casi rezando a un Dios que no creía porque nada de lo escuchado a la gallega fuese cierto, partió rápido a ver a su padrino.

Rusia, últimos de julio de 1987

En su recuerdo, Abraham contempló cómo luchó con toda la rabia que la segura muerte de Giacomo le provocaba hasta conseguir una auténtica carnicería. Sus adversarios eran una dupla de soldados del cielo que, seguramente sin saber cómo ni ellos mismos, había conseguido traspasar el escudo de camuflaje con el que el ángel caído dotaba a todas las propiedades que regentaba y que permitía mantenerle a él y a los suyos fuera de su alcance. Dicha protección, conseguía despistarlos hasta tal punto que los comandos de la luz pasaban por al lado de donde se encontraban sin percatarse de su presencia. Sabía que la brigada de la claridad no escatimaba en esfuerzos por hallarlo en la tierra, pero, por lo general, eran en vano. Y si, en algún momento, los comandos de la luz osaban entrar en sus dominios, no volvían a salir jamás de ellos. En el inframundo que Abraham había formado en los ultramundos las cosas eran diferentes. Allí nadie, ni siquiera «El otro», se permitía el lujo, o la locura según se mirase, de acercarse siquiera. Él mismo no había vuelto a pisar el cielo desde su expulsión. Por suerte, su condición de hijo del paraíso le otorgaba libertad total de movimiento por todas las dimensiones a su antojo y no le costaba más que segundos visitar su reino de tinieblas en el que llevaba siglos preparando un ejército oscuro con el que tomar el lugar que le vio nacer.

La lucha fue desigual. Los ángeles de ese Dios por el que Abraham tanto odio sentía, no eran rivales a la altura de su poder. Pero, en vez de acabar la contienda de forma rápida como podría haber hecho en cualquier otro momento, esta vez, el señor de lo oscuro, jugó con sus adversarios todo lo que pudo. Aplicándoles un dolor indescriptible. No solía ser cruel con los soldados de la luz, por más que lucharan contra él y sus intereses. Entendía que, a diferencia de los seres humanos, aquellos ángeles eran de su misma especie y solamente no habían elegido bien el bando o eran lo suficientemente jóvenes para no haberle conocido. Por desgracia para aquellos dos infelices, esta vez no cumplió esa norma.

Santander, una y cuarto

Tres fuertes y secos golpes, marca familiar de la casa, resonaron en la puerta del comisario Miguel Echeverría. Los años habían pasado de forma amable para aquel que llegó de rebote al noble oficio de defender a los ciudadanos por medio de la justicia en forma de leyes que, a veces, ni los propios implicados entendían. En sus cincuenta y seis años de vida había vivido mil y una aventuras y había aprendido, de la mano de su compañero y mentor Tasio Márquez, casi todo lo que alguien aplicado podría absorber de su oficio. Llevaba ya diez años, desde que Tasio se jubilara por los problemas de salud que casi lo mandan al otro barrio, ejerciendo como comisario de la ciudad de Santander con más o menos éxito. Sabía de antemano que no tenía la misma personalidad, fuerte y decidida, que su predecesor, pero, aun así, conseguía suplir esas pequeñas carencias con tesón y otras muchas cualidades que le hacían tener mejor relación con la prensa local que al gran Tasio, por ejemplo. No obstante, tuvo que luchar mucho para que no tomaran su carácter conciliador como síntoma de debilidad, pero su gran relación con el idolatrado Tasio y los apoyos de su ahijado Marcos, la persona que más lo había hecho sudar en su vida, fueron facilitándole el camino.

—¡Adelante, Marcos! —Cuando llevas décadas conociendo a alguien no necesitas casi nada para reconocerlo.

La cara del más joven declaró sus intenciones en el acto. Miguel tragó saliva, pues bien sabía

lo que significaba que un Márquez pensara iniciar una guerra.

—¿Todo bien? —Miguel trató de conciliar al miura que se le venía encima—. ¿Has descubierto algo sobre el asesino de ancianas?

—Sí, que me mientes y me ocultas información. —Tal y como Miguel había predicho, el ataque por parte de su ahijado no se hizo esperar.

—¿A qué te refieres? —Como buen perro viejo, el comisario intentó ganar tiempo para estudiar la reacción de su rival.

—El informe está incompleto. —Los ojos inyectados en rabia no invitaban a vacilar demasiado.

—No sé de qué me hablas.

Miguel continuó rellenando el papel que tenía enfrente como si nada. Por lo que conocía a Marcos, que era mucho, entendía que cuanto más le dejara hablar, su personalidad impetuosa más lo haría cometer algún error que le diera ventaja. Al fin y al cabo, sabía que su ahijado tenía razón en lo que acababa de decir.

—No me vengas con hostias, Miguel. —La mirada de un tigre enjaulado—. ¿Cuánto tiempo llevas protegiéndome? —La insinuación hizo sonreír a Miguel, que continuaba escribiendo sin mirar a su pupilo—. ¿Quieres mirarme a los ojos de una maldita vez? —La táctica del mayor para sacar al otro de sus casillas estaba funcionando a la perfección.

—Desde siempre. Te protejo desde que te conozco. Tu padre hizo lo mismo conmigo. —El comisario había decidido que ya era el momento de comenzar el contraataque.

—¿Que no me vaciles, coño! Me refiero a lo de los casos. ¿Desde cuándo me ocultas información para que no me implique?

—Eso lo dices tú. —Miguel afrontó la mirada del otro de forma inquisitiva.

Sabía que, de siempre, Marcos era una auténtica bomba de relojería que si no se controlaba estallaba por los aires a la mínima. Pero hacía varios años que se había tranquilizado bastante. Desde que su padre casi falleció de cáncer diez años atrás y, sobre todo, desde que conoció a aquella muchacha que lo tenía domesticado, aunque fuera el único que no sospechaba que aquello era más egoísmo circunstancial que amor puro, su errático carácter se había taimado de forma considerable. Pero, aun con eso, él solamente cumplía la única promesa que tuvo que hacer a su padre cuando pensaba que se iba a morir. Mantenerlo apartado, por su propio bien, de la acción. Todos sabían que Marcos era un gran policía, excelente incluso, pero también que su personalidad, acomplexada y con una inseguridad que se teñía de lo contrario en forma de prepotencia casi suicida, iba a traerle demasiados problemas. Por eso, cuando Tasio se salvó, de forma milagrosa, de las fauces de aquella perra muerte que en su condición de policías siempre sentían tan cerca, los dos decidieron, aunque él fuera ahora el que mandaba, que lo mejor era apartar a Marcos de la calle. No encontraron mejor manera de hacerlo que ascendiéndolo. De esta forma podrían aprovechar las muchas virtudes que tenía el policía en otros campos. Garantizarle un futuro a él y a las tres hijas que, sin saber cómo, hacía como que criaba con la ayuda de todas las mujeres de la familia y, por encima de todo, así evitaban que siguiera cometiendo los errores que lo habían acercado en demasiadas veces a un funesto final. De lo que también estaba absolutamente convencido Miguel era de que iba a aguantar sin reconocerle nada de eso hasta que ya no tuviera otra opción, pues lo contrario sería un suicidio.

—Siempre tienes la misma información que yo. Y no tengo nada más que decir sobre este tema. —Lucha de egos en los ojos—. Tenemos demasiado trabajo, Marcos, vamos a lucharlo.

Para sorpresa de Miguel, el hijo que nunca tuvo, pero al que siempre trató como tal, se levantó

y se acercó a la puerta. Para él, esta había sido la gota que había colmado el vaso. No era capaz de aguantar más en un mismo día. Marcos sintió que su pecho ardía aún por la traición de Rebeca como para aguantar otra que casi le dolía más. Conocía perfectamente al comisario y sabía que cuando no se defendía de algo, era porque no podía.

—Eso no es lo que dice Jaime Carvayo, el gallego. —La expresión de Miguel, que reflejaba la más culpable de las sorpresas, terminó por delatarlo—. Nos vemos, señor comisario.

—¡Marcos! —El grito debió escucharse en toda la planta.

El comisario Miguel no intentó ni levantarse, pues entendió que ya era tarde. Acto seguido, levantó el auricular de su teléfono y comenzó a llamar enfadado a la comisaría de La Coruña. Debía escuchar una explicación y una súplica.

El excomisario Tasio Márquez esperaba a la una y media del mediodía a la sombra que le proporcionaba la puerta de La Bombi, uno de los restaurantes más laureados de la ciudad de Santander, a que su esposa se reuniera con él para celebrar un evento importante para ellos, que no era otro que el que todavía estaban vivos, juntos y felices. Acababa de terminar el paseo que había comenzado a media mañana por la bahía y repasaba mentalmente algunos de los momentos más intensos al lado de la mujer que una vez que lo secuestró el corazón, allá por los años cuarenta, no lo había vuelto a soltar ni para descansar en el agarre. Aunque su relación había parecido idílica de cara a terceros, como ocurre con todas, habían tenido sus más y sus menos. Los fuertes caracteres de ambos habían proporcionado grandes dosis de discusiones, gritos, rabietas y sus consiguientes reconciliaciones dulces a su vida. Pero se sentía muy orgulloso de haberla escogido a ella, y, sobre todo, de que ella lo hubiera escogido a él, pues, además de haber demostrado que eran una pareja de las de «para toda la vida», había conseguido engendrar una familia, a base de hijos y nietos, de las que la gente de a pie envidiaba al ver en las revistas.

—¿Llevas mucho esperándome, Cucu? —la voz de su mujer lo sacó de sus pensamientos y una sonrisilla de admiración se le cayó del rostro.

—Lo mínimo que debería esperarse a una gran dama.

—Calla, zalamero, y vamos a entrar ya, que llevo una mañana de papeleos pesadísima que me ha abierto el apetito.

Ella acarició su rostro antes de besarlo como si tuviera cuarenta o cincuenta años menos y se encontrasen en un portal despidiéndose.

Asunción se acababa de jubilar hacía unos meses y aún se encontraba en ese proceso arduo y, como te descuides, poco gratificante, de cumplimentar todos los impresos que cualquier Estado que se precie, exige a sus ciudadanos para poder afiliarse a ese noble arte de no volver a trabajar y cobrar por ello de forma legal.

Después de la muestra pública de amor y cariño que escandalizó a un par de señoras que pasaba por allí y no debían tener demasiadas cosas que hacer en su vida más que mascullar entre dientes que ya no tenían edad para eso, la pareja se adentró en el lujoso restaurante dispuestos a dejarse envolver por las excelentes viandas, con fama en toda la región, que aquella casa ofrecía.

Rusia, últimos de julio de 1987

Nada más destrozar a sus rivales, Abraham volvió a la mansión y, antes de entrar en la alcoba en la que Giacomo agotaba sus últimas horas de vida, se encontró con algo que hubiera

preferido no escuchar. Giacomo estaba pidiendo, como macabra última voluntad, a sus dos concubinas que en cuanto él muriese, eliminaran a Estela Márquez para que así su hijo se viera obligado a volver con su amado señor de lo oscuro cuanto antes para comenzar con esa guerra que tanto anhelaba.

—Debéis hacerlo por mí, pero sobre todo por vuestro amo —argumentaba un débil Giacomo—. No sé cuánto tiempo puede quedarle de vida a esa mujer, pero no he visto a Abraham bien. Si se derrumba y se pierde en su objetivo, ya no podrá volver a levantar el vuelo de nuevo.

—No te preocupes, carcamal. —Como siempre, Davinia era pura educación—. Puedes morirte tranquilo. Acabaremos con esa zorra de la forma que más nos gusta... y hasta te lo dedicaremos.

Mientras la morena sentenciaba aquella amenaza lapidaria, la rubia, Sylvana, se relamía pensando en lo mucho que iban a disfrutar aquello.

—No debéis hacerlo como siempre o Samuel o el propio Abraham averiguarán que habéis sido vosotras y no tardaréis en acompañarme en mi funesto destino. —La frialdad del que ya ha asumido que no tiene ninguna opción—. Esta vez, debéis ser frías y hacer un trabajo limpio y discreto. De lo contrario, podéis declarar una guerra entre padre e hijo que daría al traste con las opciones de victoria de nuestro señor.

—Es tentador matar a esa furcia después de violarla y que luego los hombres se peleen por ello. —La bella Sylvana tomó la palabra—. Pero creo que esta vez te haremos caso y lo realizaremos de forma silenciosa.

En ese momento, la mente de Abraham dejó de recordar y volvió al presente que tanto le atormentaba. Debía decidir si permitía que todo ocurriese como su amado Giacomo había propuesto. Atormentar a su propio hijo para hacerle volver, cosa que no sabía bien cómo terminaría, O, en cambio, arreglar las cosas incumpliendo la última voluntad de aquel al que tanto, y de forma tan cobarde, amó.

Sentado a la mesa de su despacho, el mismo día del entierro de su fiel amado, mirando con vehemencia una copa del brandy más caro que hasta ese instante dormitaba en su mueble bar, Abraham, el señor de lo oscuro, tomó la decisión que cambiaría su destino para siempre.

Madrid, cinco de la tarde

Después del caluroso reencuentro y de haber comido una ensalada de pasta que ambos hicieron como Dios los trajo al mundo, o en el caso de Samuel, satanás, la pareja disfrutaba de un baño en el nuevo y exclusivo jacuzzi de hidromasaje traído desde los mismísimos Estados Unidos de América por Samuel. Momentos de relax para saborear la paz que había llegado después de las tormentas de sexo de por la mañana, como si en ese momento no hubiera absolutamente nada que les pudiera importar fuera de ese refugio de descanso. A decir verdad, pocas cosas había que pudieran enturbiar esa calma, pero en su condición de simples personas, tenían la facilidad de darles demasiada importancia a esos pensamientos. La familia estaba moderadamente bien, sobre todo para tratarse de la vida que les tocaba vivir a los seres humanos en la que nada era perfecto. Su hijo era moderadamente responsable y cursaba con éxito sus estudios en Francia. Los negocios de Samuel iban viento en popa, gracias a sus habilidades de traficante de almas que facilitaban todo. También la carrera literaria de Estela crecía a ritmo vertiginoso, y solo el miedo a lo que pudiera ocurrir en el futuro, síntoma claro y definitorio de que estaban enmarcados dentro del género humano, los preocupaba y apretaba en momentos como ese. Por su parte, Samuel, hijo del Dios de lo oscuro, pero medio humano en el fondo, temía con todas sus fuerzas que llegara el día en el que ella ya no estuviera a su lado, cosa que lo atormentaba en silencio. Estela, ajena a todo lo fantástico que envolvía a su esposo, también sentía pánico a las posibles ausencias y despedidas que el curso natural de la vida comenzaría a traer en no demasiado tiempo. Sus padres eran ya mayores y aunque siempre los había visto como las personas más fuertes del mundo, era consciente de que, en algún momento, comenzarían a mostrar la debilidad que el paso de los años adhería a los mortales. Aun así, para antes de que llegase ese fatídico momento, tenía pensado volver a instalarse en su Santander natal querido, para así poder estar a su lado. Por otro lado, el que su hijo se hubiese separado de ella tampoco la convencía demasiado. Pero entendía que, ya que podían darle los mejores medios para que estudiara esas ciencias de la literatura que junto con el despertar literario de su madre, tanto lo habían perseguido desde niño, no debían negárselo. De momento el joven cursaba Derecho, pero tenía en mente comenzar la otra carrera al licenciarse como abogado. Samuel había insistido que, aunque a su madre le pareciese una profesión digna de las ratas, primero debía formarse en eso.

—¿Quieres ir a La Dorada a cenar esta noche, cariño? —Samuel reposaba en la bañera, con los ojos cerrados y los brazos extendidos todo lo que daba de largo.

—Por supuesto, me encanta ese sitio. —Estela, apoyada en el torso de su esposo, disfrutaba del masaje de burbujas y cálidas corrientes—. Supongo que tú trabajarás toda la tarde y yo quiero aprovechar también. En cuanto nos levantemos, quiero continuar escribiendo, que está el libro en lo más emocionante. ¡Tengo unas ganas de que lo leas! —exclamó ella con la ilusión de una niña pequeña en la mañana del día de Reyes—. Me está quedando de once.

—Pues lo leeré en cuanto te animes a dejar que lo haga, que quiero ver cómo termina tu

trilogía. —Atacó Samuel, curioso.

—Ya sabes que hasta que no lo termine te toca aguantar cómo te pongo los dientes largos —respondió ella de forma pizpireta.— Aun así, ya sabes que como siempre, serás el primero en leerlo.

Samuel sonrió, sabedor de que por su condición podría tener acceso a ese manuscrito cuando se le antojara, pero también porque era el mayor fan de su esposa. Si ella hablaba con esa pasión de su nuevo libro, tan solo podía significar que era bueno. La primera vez que leyó algo suyo, cuando todavía vivían en la ciudad suiza de Delémont, ella escribía nada más que por *hobby*. Plasmaba en papel las historias que se le desbordaban de su portentosa imaginación solamente para saciar sus inquietudes y porque le gustaba hacerlo. Él se lo tomó como cuando un padre se dispone a descubrir por primera vez algo hecho por su hijo, recibéndolo con admiración, ilusión y expectación, pero sin demasiada seriedad crítica. Sin embargo, pronto descubrió que no podía estar más equivocado. Nada más dejarse envolver por las primeras frases ya se percató de que aquello que su esposa había creado era bueno, muy bueno. A pesar de ello, tuvo que ayudarla bastante a progresar en un sector en el que, sin contactos y dinero, sobrevivir era tan difícil como no morir de ego. Por suerte para ella, los enchufes y el dinero no eran problema alguno para su esposo, y el mundo pudo disfrutar de sus dos primeros libros, que se habían convertido de forma vertiginosa en *best seller*. Y a los que la crítica, tanto de los especialistas de los medios especializados como del público en general, había tratado con benevolencia en los primeros, y admiración en los últimos. Cosa que a Samuel lo llenaba de orgullo, pues no había nada en el mundo que lo hiciese más feliz que verla a ella sonreír.

—Yo me salgo ya —comentó Estela de pronto—. Que si sigo aquí un minuto más se me va a quedar la piel arrugada de por vida.

A pesar de los años que llevaban juntos, el inexorable paso del tiempo en la anatomía de su esposa, y el sexo mañanero del que habían gozado por la mañana que siempre rebajaba los ánimos masculinos, Samuel se quedó embobado observando cómo ella abandonaba el jacuzzi, con el agua desfilando de manera sensual por su piel hasta el mismo momento en que la tela de la toalla lo privó de su excitante deleite. Ella, que como buena fémica se percataría en un estadio a rebosar de gentío de cualquier mirada de deseo hacia su persona, ejerció su ritual con la mayor de las dedicaciones, mientras sonreía para sí.

—No tardes en salir demasiado, cariño. —Fue su despedida, acompañada de un pícaro guiño de ojo.

Santander, cinco y media

Marcos, que había mal comido en la bodega La Montaña, de la calle San Fernando, más por falta de apetito que porque lo que le ofrecieron en aquella casa no estuviese delicioso, había decidido no volver en lo que quedaba de día por la comisaría. Estaba seguro de que de ser así iba a tener un problema en forma de pelea o discusión con sus compañeros. Notaba cómo la sangre le hervía dentro de su cuerpo. Hacía tanto tiempo que no sentía tanta ira que él mismo se estaba asustando. A pesar de sus cuarenta y tantos años nunca había conseguido controlar la impetuosidad de su carácter. Siempre le dijeron que con la edad maduraría, pero él no pensaba que madurar fuese otra cosa que perder fuerzas, pararse por ello a observar a los más jóvenes que se bebían la vida a sorbos descontrolados y, por las responsabilidades que aquella sociedad absurda y

estereotipada a su juicio imponía, de esta forma parecer más cabal. Pero él siempre defendía que, si a una persona de sesenta años o más se le devolvía al cuerpo fuerte y febril de la adolescencia, aliviándole de sus preocupaciones y dotándole de la energía inicial, iba a volver a disfrutar de todas las bondades de la juventud de nuevo, cayendo incluso en los mismos errores o en otros más importantes.

Paseaba con rabia, envuelto en sus pensamientos, con el sol como compañero por los jardines de José María de Pereda, cuando avistó a un carterista a punto de perpetrar un robo. Aquel pobre diablo era un asiduo de la comisaría y, pese a que con las manos era bastante hábil, su discreción no parecía ser tan perfecta como su oficio exigía. Marcos se colocó a una distancia prudencial para no ser descubierto por aquel ladrón sin guante blanco y se limitó a caminar de forma tranquila detrás, contemplando la escena.

El hombre, bastante arreglado para no levantar sospechas, aunque con la expresión del que se ha criado en los barrios marginales que acogían al hampa en cualquier ciudad, había escogido sus víctimas. Una pareja de turistas paseaba obnubilada ante la belleza de los jardines y el paseo a los que aquel ilustre escritor cántabro cedía el nombre. El ladronzuelo los seguía a un par de metros y cuando se encontraban justo enfrente del grandilocuente edificio del banco Santander, sustrajo del bolsillo de su pantalón la cartera del hombre con una hábil maniobra que combinaba el clásico despiste mediante tropezón y la pericia de sus manos transmitida durante generaciones de rateros y perfeccionada a base de años de hurtos. La pareja no se dio ni cuenta y continuó como si nada, paseando mientras descubría la ciudad.

El carterista se disculpó y se alejó sonriendo sabedor de lo fácil que eran para él ese tipo de acciones. Marcos continuaba detrás, acercándose cada vez más. Esperando el momento perfecto para reducirle y detenerle. El hombre de las manos inquietas se situó en un semáforo que acababa de cambiar a rojo, de espaldas a la bahía. Marcos se colocó a su lado y sonrió, mientras con un brillo de odio en la mirada ardiente, le comunicó que lo había descubierto. El otro tragó saliva y con un movimiento imprevisto empujó al policía hacia atrás, echando a correr al momento como alma que lleva el Diablo. Marcos cayó al suelo, levantándose casi en el acto y se puso a perseguirlo, agradeciendo no haber dejado de salir a correr por *hobby*, aunque su trabajo de despacho ya no lo requiriese.

Rusia, seis de la tarde

Abraham meditaba en su despacho envuelto en su propia oscuridad. Por primera vez, desde que miles de años atrás llegó a él, el mundo se le antojaba más oscuro fuera de sus posesiones que dentro. Cerró los ojos con fuerza. Respiró hondo, cogiendo todo el aire que su capacidad torácica aguantaba y, sin más, desapareció...

Santander, seis de la tarde

El ladrón avanzó por la calle del insigne Marcelino Sanz de Sautuola, esquivando y chocando con toda la gente que a esa hora comenzaba a agolparse en la ciudad después de la jornada de playa. Marcos, que a punto estuvo de ser atropellado por un coche en el cruce del parque al Paseo Pereda, cada vez estaba más cerca de él y el fondo físico del que ha hecho deporte toda su vida, comenzaba a imponerse. El ratero torció hacia la calle Pedrueca dirección a la plaza de Pombo,

pero resbaló con una baldosa que estaba suelta cayendo de bruces contra un coche que, por suerte para él, no iba demasiado deprisa. Segundos más tarde, y ante la estupefacción de los ciudadanos que paseaban por la vía, el policía se colocó a su lado con las esposas en la mano.

—Me has hecho sudar. ¿Eh, malandrín?

De un rápido movimiento puso las esposas en las muñecas de aquel hombre, que aún no sabía cómo había caído al suelo. Lo ubicó de forma brusca en la parte delantera del vehículo y se dispuso a registrarlo.

—Yo no he hecho nada, jefe. Se confunde usted. —A veces, las excusas están tan interiorizadas en algunas personas, que hasta llegan a parecer sinceras.

—Ya, claro. —Escupió, recuperando el aliento Marcos—. Y esta carterita con dinerito y documentación de otro, ha llegado a tu bolsillo por arte de magia, ¿verdad?

Marcos blandía su trofeo cerca de la cara de aquel criminal que ya sospechaba que aquel no iba a ser un día precisamente fácil.

—¡Dispérsense! —añadió, dirigiéndose a los curiosos—. ¡Aquí no hay nada que ver!

Aunque los cuerpos del Estado español ya no infundían el mismo respeto, más bien miedo, que, en otras épocas no demasiado lejanas, el subcomisario Marcos Márquez consiguió normalizar la situación y la muchedumbre, que se había agolpado alrededor de ellos durante aquellos pocos minutos que duró todo, se dispersó y ambos, extraña pareja, comenzaron el camino hacia la comisaría en silencio.

Madrid, seis y media

La tarde fue pasando como la pareja había predicho. Ella se fusionó con la máquina de escribir, jugando a ser Dios en ese refugio de las letras que tanto la reconfortaba. Y él se centró en su trabajo, más por olvidar el pensamiento funesto que lo acompañaba desde que vio a su padre por la mañana, que porque realmente le hiciese falta, pues lo bueno de ser quién era, era que podía delegar a su antojo con total seguridad. Pero por más que intentó distraerse, albergaba desde su encuentro con el señor de lo oscuro un mal presentimiento. No sabía a qué se debía y esperaba que tan solo fuera sugestión, pero un negro augurio lo envolvía desde horas antes e ignoraba cómo hacerle frente.

Santander, seis y media

Un sol, que ya comenzaba a preparar la hora en que dejaría su puesto de trabajo a su hermana la luna, azotaba a la extraña pareja mientras continuaba su camino hasta la comisaría situada en los bajos traseros de la casa consistorial de la ciudad. Uno era un hervidero por la ira acumulada a lo largo del día, el otro por los nervios que le provocaba la incertidumbre de saber, si en esta ocasión, durante la estancia en ese hotel, de barrote y celda que solía frecuentar, iban a ser muy duros con él. Casi no se habían cruzado palabra, primero para recuperarse del esfuerzo anterior y después para no forzar la situación. Continuaron así hasta que, a la altura de la gran plaza porticada de la ciudad, el ratero comenzó con una estrategia que, de antemano, podría considerarse como curiosa.

—Si me dejas ir, podría ser tu chivato, que me conozco yo a media Santander. Dame una oportunidad.

—Déjate de tonterías, anda —avisó Marcos—. No tengo el día.

—Bueno, o si prefieres puedo darte una parte de lo que me trabaje —insistió el rufián.

—De verdad, déjalo. Voy a hacer como que no he escuchado nada —bramó el subcomisario con tono serio—. No te aviso más, a la próxima te toca el premio gordo.

Al instante, apretó su agarre en el brazo del otro hasta casi cortar el flujo sanguíneo. El hombre de las manos largas, que ante la mirada hierática de su acompañante acababa de menguar varios centímetros, tragó saliva y se mantuvo en silencio todo lo que restó de camino.

Marcos miró su reloj y comenzó a dar vueltas a la decisión que ya creía tomada de sobra, pero que una creciente angustia nerviosa en su estómago, como si del mono de un vulgar yonqui de los que tanto abundaban en el país en esos negros años ochenta se tratara, se encargaba de hacerse ganar notoriedad. Se imaginó a Rebeca sola en la cafetería del hotel y se le partió el alma, pero por nada del mundo podía volver a ser el perrito fiel que no obtiene a cambio más que relativas dosis de cariño, cuando lo que él quería era ser la persona que compartiese sus días. Pasó al lado de las cafeterías de la calle San Francisco y su voluntad se vino abajo. Se reconoció que mataría por un trago. Ya no podía negárselo durante más tiempo. Su problema con el alcohol era algo que lo perseguía desde la muerte de su esposa, más de quince años atrás, y que estaba seguro, ya nunca iba a abandonarlo.

En un momento de descuido, el carterista silencioso se revolvió, asestándole un codazo en mitad de la cara que lo derribó, y echó a correr. Marcos se golpeó la cabeza contra el suelo y vio cómo todo se volvió oscuro de forma súbita.

Rusia, siete de la tarde

Dos mujeres increíblemente bellas acababan de terminar uno de los juegos sexuales que tanto les gustaban. Se encontraban en los mágicos aposentos que su dueño tenía destinados para ellas dentro de su propia mansión en tierras eslavas. A sus pies, varios cadáveres yacían mutilados, destripados y cercenados por la locura de quienes hacía ya tiempo que pasaron todos los límites de lo cabal. Como siempre, la orgía de lujuria y desenfreno, que llevó a aquellas pobres almas al éxtasis más elevado, terminó con las dos vampiresas saciando sus más bajos instintos en forma de tortura y violencia. No les importaba, para ellas los seres humanos no eran más que juguetes, si no ganado, y no sentían el menor de los remordimientos. Tampoco se preocuparon por la carnicería que las rodeaba, la legión de los criados sin rostro del malogrado Giacomo dejaría como nuevo el lugar y ellas podrían centrarse en otros cometidos de mayor importancia.

En aquella zona eran prácticamente invencibles hasta para el señor de lo oscuro que hacía ya tantos años las acogió, cuando no eran más que unas niñas huérfanas en la corte del rey sol francés, enfermas y condenadas a una muerte más que segura en no demasiado tiempo. Abraham las dotó de poderes para que lo acompañaran en su cruzada por el mal, a cambio de su negra alma. No les costó demasiado aprender el oficio, pues disfrutaban sobremedida con ello. El hecho de que matasen, aprovechando la energía de sus víctimas, las hacía tener mejor futuro que al malogrado criado que nunca había querido disponer de esas habilidades.

—¿Cuándo vamos a ir a por esa furcia? —preguntó Sylvana a su hermana mayor limpiándose la mezcla de fluidos y sangre que habitaba en su boca.

—Aún no —respondió Davinia distante, mientras se atusaba su negro pelo—. No debemos levantar sospechas. Ni para nuestro señor, ni para su hijo. Giacomo tenía razón en eso. Si algo

sale mal, puede ser muy malo para nosotras.

—Jo, hermanita, pero es que yo quiero jugar con esa que siempre ha sido intocable —se quejó la rubia como una niña traviesa.

—Y lo harás, puedes creerme, pero todo a su debido tiempo. Lo tengo todo pensado.

Una mueca de maldad iluminó su rostro, mientras su hermana reía de forma cínica. A su alrededor, un completo holocausto en miniatura.

Santander, siete y cuarto

Marcos abrió los ojos de forma lenta, viendo tan solo siluetas a su alrededor. Se palpó la nariz y notó la sangre, caliente y espesa, brotando por su cara. Escuchaba ruidos distorsionados a su alrededor, que interpretó como las voces de las formas anónimas que lo rodeaban. Se irguió como pudo e intentó echar a correr para atrapar al ratero, pero sus piernas no le respondían y se trastabilló de un lado a otro hasta que una de esas figuras lo agarró con fuerza impidiendo que cayese de nuevo a la acera. Era la primera vez en toda su vida que lo habían dejado grogui. En un instante de lucidez, aquello le recordó a un combate de boxeo que había visto no hacía demasiado en la televisión en el que el temible campeón del mundo, Mike Tyson, había despachado con facilidad a uno de sus oponentes, que luchaba por mantenerse tan solo en pie agarrado al árbitro de la contienda.

—¿Qué te ha pasado, hijo? —la voz, deformada en sí misma hasta adquirir un tono macabro, sonaba de fondo como si llegara del otro lado de la calle.

Marcos intentó hablar, pero solamente consiguió balbucear. La silueta que lo agarraba, lo sentó de nuevo en el suelo y comenzó a masajear su sien de dentro hacia fuera con decisión. Sin saber qué estaba ocurriendo en realidad, el subcomisario se fue inclinando hasta tumbarse por completo, aceptando que aquel rufián de tres al cuarto iba a convertirse en la primera mancha negra de su expediente en lo relacionado a una posible fuga del detenido. Al segundo siguiente, vomitó su propia sangre que lo estaba ahogando al tragarla.

Pasados unos minutos, Marcos comenzó a recuperar sus sentidos, descubriendo de forma cruel que la persona que lo había salvado de una nueva caída no era otro que su propio padre, que con cara de no entender absolutamente nada, limpiaba con un pañuelo la sangre que aún fluía de sus fosas nasales.

—Pero... ¿qué ha ocurrido? —indagó Tasio Márquez.

Marcos miró alrededor y vio a su madre con una mano en la boca y ojos de susto.

—Joder, había pillado a un cabrón que estaba robando carteras y en un descuido se me ha escapado, coño. —El subcomisario suspiró con dificultad, herido de muerte en su orgullo.

—Pues cuando hemos llegado, ese ya no estaba por aquí. Échale cuentas ahora —comentó Tasio intentando quitarle hierro al asunto.

Nadie en la historia del mundo, o por lo menos eso era lo que Marcos creía en ese preciso instante, se había sentido peor y más avergonzado. Para alguien de su posición y edad, quedar tan en evidencia delante de toda esa gente y de sus propios padres era la peor de las deshonras. Y, aunque confiaba en que su padre no dijera nada, lo peor llegaría en el momento en que los compañeros de la comisaría se enterasen, cosa que por lo pequeña que era la ciudad, harían más pronto que tarde. Tampoco le seducía que los malhechores tuvieran constancia de aquello. El suyo era un oficio en el que el respeto lo era todo y aquello significaba una de las mejores situaciones

para que todo eso que tanto le había costado labrarse, se fuera a pique de golpe y porrazo, nunca mejor dicho.

—¡Tienes que ir a Valdecilla, hijo mío!

Su madre, enfermera de vocación, profesión y práctica, se encontraba ya a su lado, introduciéndole algo por la nariz para tapar la hemorragia.

—¡Ni hablar! —gimió Marcos—. Debo ir a terminar lo que he comenzado.

No esperó ni un segundo más. El subcomisario se levantó decidido, esta vez sí, recomponiéndose como pudo. El fuego en los ojos. Miró a la gente que se arremolinaba curiosa y no se molestó ni en mandarles disgregarse. Comenzó a andar a toda prisa.

—¡Marcos! ¿A dónde demonios vas? —increpó su padre.

—¡A detener a ese malnacido! —concluyó el más joven sin ni siquiera volverse hacia sus padres.

Asunción hizo un gesto a su marido para que fuera tras él y este negó.

—Ya es mayorcito, ¿no crees?

—Pero no está en condiciones, mira lo que lo ha hecho el otro antes. —Las madres no dejan de ver a sus hijos como niños ni, aunque sean el subcomisario de una ciudad y pasen de sobra los cuarenta años.

—Ahora es cuando el otro no las va ni a ver venir. Creo que sería mejor que no lo encuentre. A Marcos se le pasará y por lo menos no hará una locura de la que pueda arrepentirse el resto de su vida. —Tasio conocía perfectamente la dureza de su hijo y sentía pena de aquel pobre diablo si este llegaba a encontrarlo.

—Entonces, ¿por qué no lo detienes? —continuó atacando ella.

—Porque hay cosas que un policía debe hacer, aun a riesgo de ponerse en peligro. Va en el sueldo —matizó él con tono insigne.

—¡Buff! Hombres. —Negó ella con la cabeza, al tiempo que comenzaba a andar con desaire—. A veces me pregunto en qué sois diferentes de los primates.

Santander, diez y cuarto

Una bella mujer cenaba en una mesa para dos del hotel en el que se hospedaba, acompañada de un refinado Merlot y de un sentimiento de culpa gigante que luchaba por intentar ahogar en el caldo de color rubí intenso que descansaba en su copa. Sin saber por qué, se había arreglado como si de una cita se tratase. Y en parte así lo era, aunque en ese momento ya se había resignado a que el acompañante al que esperaba no fuese a llegar en ningún momento. Aun así, continuaba lanzando miradas furtivas a la puerta de forma constante. Cuando terminó el postre con la seguridad de que, aunque ella solamente lo quisiera como amigo o juego, depende quién opinase, había perdido a una de las personas que más la había querido en toda su vida, una lágrima bañada en pena y melancolía escapó de sus ojos sin que pudiera hacer absolutamente nada para evitarlo. Al poco se levantó, le dijo al camarero que cargase la cena a la cuenta de su habitación y se dirigió al *hall* de la entrada principal para probar a llamar por teléfono al hombre que, sin obtener nada a cambio, la había dedicado una gran parte de su propia vida. Después de varios intentos sin respuesta se dio por vencida y con cierto aire de nostalgia sopesó si llamar a la persona que compartía sus días en su lejana Galicia. Pese a todo lo que lo quería, y lo feliz que la hacía desde que llegó a su vida, Rebeca Pereira decidió otorgarle a Marcos aquella noche a modo de duelo.

Después de esperar durante algunos minutos a que llegase el ascensor del local y por fin llegar a su habitación, se dispuso a darse un baño de remordimientos. Mientras el agua comenzó a llenar la bañera, Rebeca continuaba sin tener ni idea de por qué dudaba en si había hecho bien en no darle nunca una oportunidad a aquel que desde el primer día sospechó que la hubiera tratado siempre como una reina. Se desnudó lentamente, se miró al espejo contemplando cómo el paso de los años, aun no portándose mal del todo con ella, ya había comenzado a evidenciar que no iba a dejar de hacer su trabajo y se sumergió en la bañera dejando que el calor del agua la envolviese en una sensación cálida de impostada tranquilidad.

No demasiado lejos de allí, un vehículo circulaba a toda prisa surcando las calles en la oscuridad de una noche cerrada en la que tan solo una luna imperial se permitía osar a arrojarle un poco de luz a la aplastante negrura que reinaba en aquel momento. La conducción era brusca y nerviosa. Por más que lo intentó, Marcos Márquez no halló a la persona que ansiaba encontrar, aunque hubo un momento en el que matizó mentalmente que quizá era lo mejor que podía ocurrir. Con la carga de adrenalina que tenía encima en ese momento por todo lo sucedido a lo largo del día, no tenía claro cómo iba a reaccionar si se topaba con el ratero que, al escapársele y dejarlo grogui en mitad de la calle, más vergüenza le había hecho pasar en toda su vida. El subcomisario se había subido a su Seat Málaga al poco del desagradable incidente de la calle San Francisco y se encontraba hacia ya unas horas peinando las calles de la urbe con su revólver apoyado en las rodillas y el ánimo encabritado del que tiene el orgullo herido. En su búsqueda recorrió las peores zonas de la Santander que lo vio alcanzar sus casi cincuenta primaveras sin encontrar lo que

buscaba. Por probar suerte, incluso hasta entró en la zona de las chabolas de la Albericia. Una zona habitada en su mayor parte por gente de etnia gitana, consumida por la droga que, si se podía, evitaba hasta la policía. Al no tener éxito, había vuelto al centro para escrutar las calles San Pedro y Limón; refugio de proxenetas, mujeres de vida alegre y no tanto, y clientes ávidos de la carne que no encontraban en otros lugares. También investigó por la calle Alta y los bajos del edificio Tapón de Alcázar de Toledo con Isaac Peral donde los yonquis campaban a sus anchas, pero en ningún lugar halló ni rastro de aquel al que cada instante que pasaba tenía más ganas de devolver toda la vergüenza que lo había hecho pasar.

Finalmente, sobre la medianoche y ya de regreso a casa, se dio por vencido y paró en el colmado de Sito. Un peculiar hombre que, siendo una de las primeras víctimas del tan temido divorcio, vivía en la parte de atrás de la pequeña tienda que regentaba desde hacía décadas en la misma calle en la que el policía tenía su domicilio. Era un negocio familiar de los que pasan de abuelos a padres y de estos a sus hijos y siempre que algún vecino despistado llamaba a la verja, el buen hombre despachaba, gruñendo, pero cumpliendo con su vocación de mercader.

—A ver si aprendemos a venir a horas civilizadas, que están echando *Estudio Estadio*, que ha jugado el Madrid y... —La cara de Marcos disuadió al hombrecillo de continuar con su retahíla de lamentos y afeamientos de conducta varios—. ¿Qué desea, señor subcomisario?

—*Whisky*. Dos botellas. Del que sea.

El hombre, en pantuflas y pijama del Real Madrid, partió resignado en busca del étlico pedido, volviendo al poco, mascullando palabras de negación entre los dientes.

—¿Perdón? ¿Habla conmigo? —El gesto de perro de presa en la cara del policía.

—No, qué va. Es que no le han pitado un penalti clarísimo al Buitre. —Salió del paso como pudo—. Ya sabes, árbitro alemán. —Solo silencio por parte del policía como respuesta—. Son tres mil pesetas —añadió tan solo aquel hombre que creía tener la mirada de un diablo cuestionándole frente a él.

Después de abonar la cuenta, Marcos miró las botellas y estuvo tentado de romperlas contra la pared al instante, pero solamente la idea de hacerlo hizo que un sudor frío le recorriera la espalda y las manos le temblasen como hacía años que no le ocurría. De camino a su domicilio se sintió culpable, pero era consciente que, llegado a ese punto, ya nada podría evitar que aquel ansiado néctar, que tanto daño le había hecho algún tiempo atrás, volviese a plantar su semilla en su cuerpo. En cierto modo, nunca lo había abandonado del todo.

Derrumbado a su debilidad, Marcos Márquez abrió el portal con rabia y comenzó a ascender los peldaños que lo separaban de ese ritual que su cuerpo tanto le pedía, pero al que tanto temía su mente. Sabía a la perfección que, como si el destino hubiera querido ponerle la zancadilla, ni siquiera iba a encontrarse con la oposición o el estorbo de sus hijas que durante tantos años lo acompañaron con su carga, haciendo que tuviera que esforzarse por ser un buen padre y no pudiera cometer ese tipo de errores. Las tres hijas que tuvo con la mujer que tanto amó y lloró, veinteañeras ya, se encontraban viajando por Italia como recompensa de su tía Estela a las buenas notas que estaban sacando en la universidad. Poco importaba eso en realidad, pues las tres habían dejado su domicilio años atrás para vivir con su tía Irene. Nunca las culpó.

Vencido y sin voluntad, el policía se dejó caer en el sofá de escay marrón y con la respiración agitada por las ansias de llevar más de diez años sin probar el alcohol, abrió la primera de las botellas que parecía que estuviera esperándole precisamente a él desde aquel día y se lanzó a un trago eterno, que mientras ingería, hacía arder su garganta y sus principios.

Cuando se cansó de ver películas en su refugio de blanco y negro, como lo apodaba él, pasada ya la medianoche, el hombre con semblante impertérrito perpetuo se decidió irse a dormir, no sin antes plantearse si hacer alguna escapada nocturna de las que acostumbraba para eliminar su estrés jugando por y con la ciudad.

A menudo, atentaba contra los coches parados en las calles. Los rayaba, rompía sus retrovisores y pinchaba sus ruedas o arrancaba sus matrículas y limpiaparabrisas. Nunca supo por qué lo hacía, ni tampoco le importaba. De lo que sí estaba seguro era de que disfrutaba como un niño con ello. Llevaba años perpetrando esos pequeños delitos en nocturna clandestinidad y con la impunidad del que no hacía otra cosa más que entrenarse para vivir pasando desapercibido. Lo hacía sin criterio alguno, contra gente que no le había hecho absolutamente nada, pero solo con pensar que los dueños podían ser buena gente, los detestaba con toda su alma y se veía obligado a ello.

El mobiliario urbano tampoco solía salir demasiado bien parado cuando al hombre del semblante impertérrito eterno le apetecía jugar en sus paseos insomnes y nocturnos. Solía destrozarse farolas, quemar papeleras y hasta algún que otro felpudo de algún portal que se podía encontrar abierto. Rompía escaparates, arrancaba bancos y destrozaba fuentes.

Jugueteaba hasta que se cansaba. Sin tener problemas con otros que, como él, vivían la noche. Lo hacía sin levantar sospechas entre la policía tampoco, moviéndose entre las sombras de la noche. Después, retornaba de madrugada a su morada, satisfecho por haber saciado sus deseos de molestar. Se consideraba un sociópata misántropo que si de él dependiese limpiaría toda la sociedad de la escoria que tanto asco le daba, pero que, por lo demás, se mostraba educado y encantador de cara al mundo. Desde luego no porque lo sintiese de corazón como algo bueno, sino porque mantener esa conducta lo ayudaba a poder seguir haciendo lo que tanto le gustaba.

Pero esa noche no se sentía con ganas de salir a enredar. Se limitó a volver a deleitarse con un último vistazo orgulloso a sus trofeos. Los admiró en silencio durante varios minutos, recordando, como si estuviera viendo una película, todas y cada una de las escenas que había protagonizado con tanto esmero. Causando terror entre esas pobres e indefensas ancianas a las que había negado el derecho de vivir. Pues, como él se decía siempre: «Había gente a la que negaba el permiso a continuar viviendo».

A las tres de la madrugada, un hombre lloraba agarrado a una botella de *whisky* que estaba en las últimas. Es la segunda que bebía esa noche y sabía que, aunque tuviera más en casa, poco más iba a poder aguantar consciente. En la otra mano portaba un papel que había escrito al principio de su fiesta particular y que, una vez terminado, había leído, entre trago y trago, más de cien veces:

Hoy mi alma llora, el dolor su coraza desflora.
Lágrimas de impotencia y sangre, manan por mi piel como un enjambre
de insaciables sentimientos que con hambre me devoran.
Hoy mi alma sufre en un infierno de «noes» y azufre.
Mi pecho arde, mi corazón, al tuyo llegó tarde.
Emprenderé un camino hacia el olvido,
por eso hoy de esta clandestina faceta me despido.
No lo compartiré ahora, Dulcinea,

pero es obvio que, para mí, llegó la hora.
Aun así, la despedida será cordial, no sufras.
Disfruta de tu vida, eso es lo primordial.
Ha sido un tiempo bonito, pero dimito, lo admito.
Un viaje de muchos años, aciagos meses,
de sacrificios sin beneficios, acercamientos y tiranteces,
falsos cimientos y enrevesadas dobleces.
No debo pedir perdón por las barreras violadas,
pues no era yo, mis decisiones eran forzadas.
Este amor tenía a mis neuronas, secuestradas, desatadas.
Ojalá, cuando mis heridas estén curadas,
cuando mi anhelo se vaya, para mí haya consuelo
y no una valla de indiferencia en forma de hielo.
Que tiendas, de nuevo, tu mano a la amistad que
por lo sano cortó esta equivocada tempestad, con total impunidad.
Hoy mi alma llora, piedad implora, a Satanás, a Cupido, también a Dios,
Aunque en él no creo. Ahora creo que para mí «ella» no serás más,
sé que te irás y solo pido poder decir adiós, ya no estarás,
caeré vencido, todo por vos...

Día 2

Miércoles 21 de agosto de 1987

(Parte 1)

Santander, siete de la mañana

La mañana llegó de la misma manera que lo hacían todas después de acometer su ritual. El hombre del semblante impertérrito amaneció temprano, justo al alba. Tendido encima del lecho, con la misma ropa del día anterior. Sintiendo un endiablado asco y una acuciante culpabilidad como únicos acompañantes en su agrio despertar.

Se levantó sin prisa, con el desdén del que no desea hacerlo, pues no encontraba en su interior una posible motivación que le forzase a querer abandonar ese refugio de comodidad y calor que lo acogía cada noche. En el que, de forma misteriosa, solía estar a salvo de los demonios que él mismo alimentaba fuera de allí y que le forzaban a hacer lo que tanto aliviaba esos males que arrastraba desde niño. Otras veces, sin embargo, su malestar era tan insistente que no le dejaba pegar ojo en toda la noche. Cuando esto ocurría, solía levantarse a increpar a los demás vecinos para que estos tampoco durmiesen. Taladraba sus timbres y los chillaba en sus puertas alegando que no le dejaban dormir por encontrarse haciendo ruido. Nadie solía plantarle cara, pues los que lo habían hecho alguna vez se habían encontrado con un, no demasiado sincero, perdón por su parte, y miles de problemas *a posteriori* en su vida diaria que, en la mayor parte de las ocasiones, les hicieron abandonar el edificio. De todas formas, el hombre del semblante impertérrito perpetuo intentaba no pasarse de la raya para que, como vulgarmente se decía en la jerga callejera en la que se crio, la policía no le tomara la matrícula.

Una vez que abrió la ventana, comprobando en el acto que el día volvía a amenazar con inundar de luz, claridad y sol la ciudad, se dirigió al cuarto de baño para asearse. Después de luchar contra la primera erección del día que parecía querer complicar la también primera evacuación mañanera, el hombre del semblante impertérrito eterno se miró al espejo. El odio afloró de sus ojos al contemplar su propio reflejo durante unos segundos. Se daba asco por disfrutar con lo que hacía, pues consideraba que aquellos actos tan solo debían servir para que su dolor interno se calmase. Pero, para su desgracia, disfrutaba mucho, demasiado, haciendo el mal y eso lo quemaba en momentos de debilidad como ese. El cristal le devolvió la imagen de un hombre muy moreno de tez y cabello, en el que un toque incipientemente blanquecino delataba que ya había pasado los cuarenta hacía algún tiempo. De porte robusto, pero no demasiado alto y poseedor de un atractivo que muchas veces otros habían definido como «antiguo». Para su tranquilidad, pues dependía de ello para casi todo lo que hacía, el paso de los años no le había privado de esa cara que, desde bien joven, sabía que poseía de persona en la que otros podían confiar sin reparos. Abrió el grifo, y se lavó la cara con abundante agua fría hasta que la imagen de la muerte de su madre a manos de su propio padre le vino a la mente y, como cada mañana se odió por no haber hecho nada para evitarlo. Comenzó a jadear como un animal herido mientras se miraba con rabia y asco al espejo. Se quedó de esa forma, estático, durante unos minutos. Librando una batalla consigo mismo en la que parecía que iba a perder el primero que retirara la mirada, aunque la lógica de cualquier otro ser humano en sus correctos cabales invitara a pensar que siempre sería él mismo el que perdiese. Pasado ese breve tiempo de conflicto visceral

interno, golpeó con furia su propia imagen rompiendo el cristal en cientos de trozos que cayeron junto a la sangre que ya goteaba en el lavabo blanco de Roca y su semblante mutó hasta volverse de nuevo impertérrito.

Algo más tarde, después de curarse la mano de las heridas que el vidrio le había ocasionado, el hombre del semblante impertérrito se decidió a salir a la calle vestido con su ropa de cortejo, ni demasiado ostentosa ni tampoco de baja alcurnia, dispuesto a «sondear el mercado» en busca de una nueva víctima con la que saciar sus ya crecientes ansias de venganza. Cada vez eran mayores y más frecuentes. Pero que, llegado a ese punto, poco le importaba. Tan solo deseaba calmarlos.

—Lo primero que haré —se dijo en voz baja, mientras bajaba las oscuras y vetustas escaleras de su portal que lo situarían en la calle Cuesta del Hospital de la que tanto renegaba por no ser del estatus que él creía merecerse— será ir a desayunar al Café Suizo. Allí podré leer el periódico rodeado de gente de bien y no de esta maldita chusma que me da tanta vergüenza ajena.

Al momento de pronunciar estas palabras su mirada se cruzó con Pepita, la habitante del primero izquierda, que se disponía a sacar a su perro a la calle y que nada más sentir el asco en la mirada del otro bajó la cabeza, temblando. Él la saludó con una irónica sonrisa y ella, paralizada y tiritando de miedo, agarró a Paco, su acompañante de «aguas» que también se detuvo en seco al ver al otro, para dejar pasar a aquel que, sin hacer nada, tenía a todo el edificio dominado.

—Mira que es bueno este animal, Pepita —comentó el hombre del semblante impertérrito, mientras acariciaba con decisión al cánido—. Y que siga así. Los perros buenos es más fácil que no tengan nunca problemas.

—Lo seguirá siendo, señor Ángel. Palabra. —El pánico la sometía.

Fue lo único que se dijeron. Ángel Ruiz Vega continuó bajando las escaleras, satisfecho por saber que, aun sin hacer nada que pudiera ocasionarle problemas con la policía, tenía controlada a la gente que lo rodeaba. Aquello le reconfortó y le hizo olvidar lo que acababa de ocurrir ante el espejo en su domicilio y el asco que se provocaba a sí mismo por lo que hacía. Se sintió poderoso y la brisa que comenzaba ya a despertar la jornada en la ciudad de Santander le acarició el rostro al salir del portal. Inspiró de forma lenta y profunda y comenzó a mover la cabeza de forma rítmica de un lado a otro al compás de una bella melodía que lo acompañaba en ocasiones y que solía silbar de forma recurrente cuando atacaba a los borrachos que le recordaban a su padre. Nunca lo hacía cuando eran mujeres a las que asesinaba. «La sinfonía de la victoria» como él apodaba a la música que retumbaba en su enferma mente en momentos similares, se reproducía en el interior de su psique a todo volumen. La disfrutó durante unos segundos y antes de comenzar a andar, miró atrás para echar una última mirada de odio y rencor al edificio y marchó en dirección a su cita, de desayuno elitista y periódico, consigo mismo y sus aires de grandeza.

Madrid, siete y media

Dos mujeres, tan bellas como maquiavélicas, estudiaban, escondidas tras las sombras, los alrededores del edificio donde vivían Samuel y su mujer Estela. Eran conscientes de que no debían acercarse demasiado o Samuel las sentiría, pero el morbo de lo prohibido hizo que sus deseos ardieran en depravada lujuria.

—Me estoy poniendo demasiado cachonda pensando en jugar con esa furcia. —Sylvana se relamía, mientras Davinia no perdía ojo al portal—. ¿Por qué no podemos ir ahora mismo? —

sollozaba de forma pícaro la rubia.

—Calla, no me tientes que quiero saber a qué horas sale Samuel cada mañana. —Davinia, siempre más profesional para «su trabajo», sonreía ante las ideas que se le ocurrían a su hermana —. Debemos estudiar muy bien al hijo del patrón y sus movimientos, o todo saldrá mal y la situación se volverá en nuestra contra.

—Y... ¿Hace falta que estemos las dos aquí sin hacer nada? —Sylvana pasó su afilada uña por la piel del cuello de la otra.

—Yo sí, y estaré estudiándole hasta que dé con algo que nos sirva para jugar bien nuestras cartas... tú puedes ir a divertirte —concedió la mujer morena sabedora de que cuando su hermana estaba descentrada no era más que una distracción y un estorbo para realizar cualquier labor que no fuera lo que ella deseaba.

—Bien. —Sonrió complacida la rubia—. Te traeré un regalo, hermanita.

Nada más pronunciar aquellas palabras, la menor de las dos desapareció en la nada dejando a su hermana concentrada como la increíble cazadora que era.

El tiempo trascurrió de forma lenta, aunque la oscura vampiresa no dejó de prestar atención al domicilio del que una vez, durante varios años, fue el amante de las dos hermanas.

—Te tengo —dijo a las siete y media de la mañana Davinia, sonriendo para sí, al ver salir a su objetivo por la puerta—. ¿Dónde vas tan pronto, Samuel?

La malicia gobernó su rostro desde ese momento mientras comenzó a seguir al traficante de almas para averiguar todo lo que pudiera conseguir saber sobre sus movimientos.

Santander, ocho menos cuarto

La luz del alba se filtraba por la ventana que, debido a la urgencia por naufragar en sus efílicos deseos, Marcos no había protegido la noche anterior con la persiana que negaría, al menos en parte, la llegada del nuevo día. Gruñendo como el animal maltrecho que en ese momento era, el policía se tapó la cara con la sábana que lo había cubierto las horas que estuvo allí, intentando guarecerse de la claridad que sabía que ya lo había despertado. El dolor de cabeza, rotundo y frío, tampoco ayudaba. Después de unos minutos en los que intentó reunir las fuerzas que pudiera para levantarse y ganar, en la medida de lo posible, a la tremenda culpabilidad que lo perseguía por haber recaído en aquella bebida que tanto mal lo había traído tiempo atrás, se destapó y, justo antes de que la estridente melodía del despertador llegase a recordarle aquella verdad de que las resacas con el paso de los años son cada vez peores, consiguió ponerse de pie. No había conseguido dar ni el primer paso y ya pudo comprobar que todo en él era dolor. Que los temblores en las manos de antaño habían vuelto, que su estómago parecía haber recibido el más duro de los golpes y por ello estaba a punto de salirse por la boca, que su cabeza era una olla a presión a punto de estallar y que su cuerpo necesitaba tomarse el día libre.

«Que mierda, joder», se dijo, mientras orinaba y en la otra punta de la casa sonaba el timbre con una fuerza y una intensidad que hacían que su cabeza, a punto de estallar de antemano, se revolviere como si la estuviese sacudiendo la embestida de toda una manada de bestias salvajes corriendo en su interior.

Ultramundos, en ese mismo instante...

Una oscura silueta, teñida de odio y cólera, se materializó en un mundo alternativo que conocía bien. Aun con todo el fuego en forma de explosiones y géiseres que se vislumbraban a su alrededor, el hedor a muerte y el frío eterno que envolvía aquel lugar conseguía que la primera vez que sus visitantes se hallaban en él, sus almas se helaran de miedo y desesperanza al instante. Para la oscura silueta, estando lejos de considerarlo su hogar, aquel es el lugar perfecto en esos momentos. Abraham llegaba a sus dominios dispuesto a dejar que el destino actuase a su antojo en la tierra. No solía permitirlo en lo que lo concerniese, salvo en las situaciones que no pudiese controlar, pero esta vez no deseaba inmiscuirse en los últimos deseos de su amado Giacomo. Pese a todos los problemas que aquello podría traer consigo, la decisión estaba más que tomada.

El señor de lo oscuro avanzaba por los pasillos de un lúgubre castillo de sinuosas formas con determinación. No había avisado de su llegada, pero sabía a la perfección que aquel lugar estaba en buenas manos. Aparte de contar con las almas más oscuras y preparadas que a lo largo de los siglos se había ido encontrando en su camino hacia la venganza, a todas las demás las había utilizado siempre como alimento de sus poderes, aquel averno, que tuvo que construir en aquella dimensión para huir y preparar con tranquilidad la futura guerra que sabía que vendría y que de forma irónica tomó de lo relatado en la Biblia para distorsionar su verdadera persona, estaba dirigido en su totalidad por aquel al que un día encomendó la labor de escribir un libro que lo acercase a controlar a los humanos tal y como había conseguido «El otro». Cuando el señor de lo oscuro, Abraham, se apoyó en la gran balconada de sus aposentos, comprobó que, en la gran plaza de los bajos de su fastuosa morada, su ejército de tinieblas estaba siendo entrenado con dedicación. Una marcha militar, macabra y bien elaborada para causar terror en todo aquel que lo escuchase, sonaba de forma atronadora, mientras al fondo, la lava de los volcanes que cercaban el castillo saltaba por los aires, burbujeante y ardiente. Al fondo, se divisaba el abismo de no vida más desolador que pudiera imaginarse. Desde donde se encontraba el maligno, avistó a varios de los lugartenientes que había ido reclutando a espaldas del mundo y de las legiones de la claridad que también los persiguieron al momento de su muerte. Personajes tan insignemente reconocidos como: Atila, Napoleón, Hitler, Franco, Julio César, entre otros; y dirigiéndolos a todos ellos, Edgar Allan Poe ocupaba el lugar que como castigo le tocaría asumir durante toda la eternidad...

Santander, ocho de la mañana

Ángel Ruiz Vega, el hombre del semblante impertérrito, terminó de descender la empinada Cuesta del Hospital, para situarse justo enfrente del ayuntamiento de la ciudad y se quedó admirándolo durante unos segundos. Siempre le había gustado la edificación de Julio Martínez Zapata; su fachada de sillería labrada, su estilo clasicista, aunque con toques modernos, su imponente reloj central coronado por el escudo de la ciudad y el majestuoso balcón presidencial; y se creía con suerte de poder disfrutar de aquella preciosa obra a tan solo un par de minutos de aquella casa, situada en el cabildo de arriba, que tan lejos de lo que él consideraba merecer se situaba. Ángel estaba encontrando unos segundos de tranquilidad admirando aquella casa consistorial que tanto le gustaba, hasta que un vendedor de cupones de la Once lo devolvió a la realidad que tanto detestaba con su característica voz aguardentosa.

—¡Hola, buenos días! ¡Veinte millones voy a dar, eh!

En el acto, Ángel comenzó a andar, junto a su semblante impertérrito, camino del Café Suizo, evitando sus ganas de callar a aquel pobre diablo de voz grave y repetitiva a base de patadas.

Samuel Abascal, con su facultad para moverse en segundos a su antojo por todo el mundo, se encontraba en el único lugar sobre la faz de la tierra donde su experta perseguidora no imaginaba que iría. Cuando la vampiresa, que tenía las mismas capacidades por obra y gracia del señor de lo oscuro, lo vio adentrarse en el hospital de Santa Clotilde de la ciudad de Santander no entendió absolutamente nada.

Hacía muchos años que Samuel visitaba aquel lugar, desde algo más de diez para ser exactos. No era fácil para él, pero era algo que deseaba hacer seguramente para sentirse algo más humano, aunque fuera en una parte de su ser más pequeña de lo que realmente le gustaría. En el año mil novecientos sesenta y uno, justo en el mismo momento en el que aceptó por primera vez la oscuridad, Samuel había tenido una pelea con uno de los abusos que amargaron su infancia y posterior juventud. Guillermo Pérez se había interpuesto por última vez en su camino y como Samuel Abascal aún no dominaba sus recién adquiridos poderes, en vez de arrancarle del todo su energía, lo había forzado a vivir, si es que a eso se le podía llamar así, en un coma eterno. Durante el tiempo en que tuvo prohibida su vuelta a Santander perdió de pista a aquel al que tanto odió durante todos aquellos años que comprendieron su infancia, adolescencia y el principio de atisbo de la primera madurez, pero en cuanto volvió a gozar de libertad no paró hasta dar con aquel cuerpo deforme condenado a estar postrado en una cama hasta el final de sus míseros días. Lo encontró al poco de volver a la ciudad en mil novecientos setenta y siete en una especie de habitación comunitaria, que compartía con otros enfermos de las hijas de la caridad y desde entonces pagaba su hospedaje en ese otro lugar, bastante más lujoso y lo visitaba casi todos los días a esa misma hora. Samuel, con su particular encanto personal, se había ganado a la monja superiora que mandaba en aquel recinto, a base de llevarle aquellos torreznos que tanto le

gustaban y de donar importantes sumas de dinero. De esa forma, a Samuel se le permitía saltarse el estricto y escaso tiempo de visitas permitido a los familiares y amigos y podía acudir cuando le placiese.

A Samuel le gustaba contemplar en silencio durante unos minutos el cuerpo amorfo. No era algo que hiciera por tener ningún cariño a aquel desgraciado, por el que no sentía más que alivio de que ya hubiera dejado de torturar a los demás, lo hacía por él mismo. Porque de esa forma se recordaba los tiempos en los que él no era poderoso, todo le iba mal, y lo poco que conseguía era a base de muchísimo sufrimiento.

Después de caminar de forma tranquila por los pasillos del antiguo hospital, Samuel saludó a doña Isabel, una hermana que durante muchos años formó parte de la orden de las Trinitarias y que él pensaba que debería rondar los cien años, y se internó en la habitación que contenía aquel cuerpo deforme que hacía muchos años, ya que no era más que un vegetal condenado a continuar en un mundo que lo había ocultado mandándolo al más absoluto ostracismo postrado en aquella cama de hospital.

Entre las sombras, Davinia lo espiaba sin entender absolutamente nada. Siguiéndolo de cerca, evitando ser descubierta. Aguardando el momento de poder sacar un jugoso beneficio que valiese la pena por todo ese tiempo que estaba destinando a seguir al hijo del maligno.

El timbre volvió a sonar con fuerza y Marcos, aún medio adormilado, agitó la cabeza de forma rápida y fuerte para intentar despertarse lo antes posible. Tiró de la cadena al terminar de miccionar, comenzó a lavarse las manos y, al ver que el timbre sonó una tercera vez con insistencia, marchó decidido hacia la puerta sin ni siquiera secárselas.

De camino recogió su pistola que se encontraba en la americana que descansaba aún en el sofá del salón donde había pasado gran parte de la noche y abrió sin mirar por la mirilla, sintiéndose seguro al acariciar el metal de su arma.

El corazón casi se le sale del pecho al ver a Rebeca Pereira bajo el umbral de la entrada a su domicilio. Ninguno dijo nada durante unos segundos. Ambos parecían estudiar al otro y los síntomas que delataban que ninguno de los dos había pasado una buena noche.

—¿Puedo pasar? —Se limitó a señalar ella, mientras miraba cómo Marcos guardaba en su pantalón el arma.

El policía hizo un ademán afirmativo con la cabeza, soltó la puerta y, en silencio, rehízo sus pasos hasta el salón. Ella lo siguió, observando el desorden que había dejado la onanista fiesta nocturna del otro. Rebeca tuvo que esquivar la ropa que aún dormía en el suelo, las botellas esparcidas sin orden alguno, e incluso una silla volcada que se empeñaba en complicarle el paso. Marcos se limitó a sentarse en el sillón ofreciéndole a la mujer con la mano, el sofá que quedaba justo enfrente y a analizarla con inquietud, rabia, anhelo y miedo.

—Me tenías preocupada —atacó ella de nuevo—. ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó la forense, refiriéndose de forma clara al hematoma que lucía Marcos en su rostro después de la confrontación que tuvo en plena calle la tarde anterior.

De nuevo un incómodo silencio se convirtió en el protagonista de la habitación. Marcos observaba a la mujer que, pese a haberse maquillado a conciencia, demostraba síntomas en el rostro de haber llorado durante horas. Ella lo examinaba también a él, comprobando que sus ojeras, su tono blanquecino y la brusquedad de movimientos, amén del abrumador olor a alcohol que envolvía el ambiente, no hacían presagiar más que una segura vuelta al demonio etílico que ella sabía que tantos problemas lo había causado en el pasado.

—¿Desde cuándo has vuelto a beber? —intentó comenzar una conversación Rebeca—. ¿Ha sido por lo de ayer? —Silencio por parte del hombre, acompañado de una rotunda mirada de rencor—. ¿No vas a dirigirme la palabra? —Odio por respuesta—. Marcos, los dos sabemos que, aunque esto no haya salido como ninguno hubiera deseado, somos lo bastantes maduros como para dejar morir de esta forma esta amistad.

—¿Tú hubieras deseado que las cosas fueran de otra forma? —reaccionó al fin el subcomisario—. ¿Seguro? —Ahora era ella la que callaba—. ¡Vamos, no me jodas, Rebeca!

—Marcos, yo siempre te he tenido mucho cariño y si no hemos acabado juntos ha sido porque la situación no se ha dado.

—¿Cariño? ¿Qué no se ha dado? —Escepticismo para abrir el día—. Mejor di que tú has hecho lo posible porque no ocurriera.

Sin añadir nada más, el policía se levantó para, a continuación, dirigirse a la cocina.

—Te juro que nadie más que yo quería esto, pero si no ha pasado ha sido porque no lo he visto. —Pese a lo temprano de la hora, levantó ella la voz para que él la escuchase desde la otra habitación.

De forma súbita, el estruendo de vajilla estampada contra la pared hizo dar un salto a Rebeca Pereira.

—¿Que no lo viste? —Marcos retornó al salón como alma que lleva el diablo—. ¿Qué pasa? ¿Que soy poco para ti?

—No es eso, y lo sabes —intentó defenderse la mujer, pero su acompañante ya no parecía escucharla.

—Entonces, ¿era el que tuviera tres hijas a mi cargo y a pesar de estar viudo las sacara adelante? ¿El que dejara esta mierda? —Señaló a las botellas de *whisky* tiradas por el piso—. ¿El que intentara ser la mejor persona del mundo para ti, pese a que lo ignorases durante años? No me toques los cojones, bonita.

—Marcos, yo...

—Y encima te vas a casar con él en menos de un año.

—Ya sabes que los tiempos, según te vas haciendo mayor, son cada vez menores.

—Iros a la mierda tú y los tiempos rápidos que defiendes.

De nuevo el policía se encaminó a la cocina, mientras Rebeca decidió otorgarle un tiempo para que la calma lo acogiese en sus brazos. Al rato, un intenso olor a café llegó a donde la mujer se encontraba. Rebeca se miró las manos, pues se dio cuenta de que temblaba de forma ostentosa. También se encontraba desconcertada, pues no sabía muy bien a qué había ido a esas horas de la mañana al domicilio del hombre que sabía que llevaba tantos años bebiendo los mares a grandes tragos por ella. Nunca había puesto un pie en aquella casa que consideraba un templo de tentación maldito. Conocía bien la dirección por todas las cartas que ambos se habían cruzado durante ese tiempo, por lo que no le fue difícil llegar. El taxista la había dejado en la puerta media hora antes. Justo el tiempo que Rebeca Pereira necesitó para decidirse a subir.

—¿Quieres un café?

Se escuchó desde el otro lado de la casa y la mujer sonrió para sí, pues su táctica de dejar que el otro se enfriara mientras calentaba el café parecía haber surtido al menos un relativo éxito. Al fin y al cabo, lo conocía bien y él era un animal de costumbres fijas y predecibles.

—Sí, con doble de sacarina, ya sabes. —No añadió más, pues no deseaba tentar a la suerte.

El policía tardó aún un par de minutos en volver al salón. Cuando lo hizo, portaba una bandeja con bollos y un par de tazas de café.

—Disculpa el desorden, pero no esperaba a nadie a estas horas, y menos a ti. —Intentó que el tono fuera lo más normal que pudo, pero el cinismo se le caía de los bolsillos en aquel momento.

—No importa —mintió ella, que era una maníaca del orden y la limpieza, al tiempo que cogía una pieza de repostería de la bandeja.

—Y... bueno, ¿puedo saber a qué coño has venido si ayer te dejé bien claro que no quería volver a verte? —La frialdad en la mirada de Marcos asustó a su compañera.

—Ya te he dicho que estaba preocupada. Ayer te estuve esperando en el restaurante del hotel un buen rato. También te llamé a casa unas cuantas veces, y al no dar señales de vida, pues...

—Te dije que no iba a ir. —El hombre parecía haber cambiado de estrategia hacia el desinterés—. También que no deseaba volver a saber absolutamente nada de ti. No sé de qué te extrañas.

—Lo sé, pero tenía la esperanza de...

—¿Quieres que te hable yo de esperanzas? —Hay cuchilladas que llevan mejores intenciones—. Mira, Rebeca, al igual que yo debo entender que tú vas a casarte con otro, debes respetar que yo no quiera seguir con esta amistad que teníamos. —El tono se remarcó en la palabra amistad—. Y que no me hace más que daño.

—No me has contestado a lo del alcohol. —Cambió de tercio la forense para intentar encontrar un hueco en la consistente defensa—. ¿Ha sido por lo de ayer o ya habías vuelto antes?

—¿Que si ya había vuelto? —cuestionó Marcos con escepticismo—. ¿Ahora me juzgas?

—No lo hago —contestó ella, después de unos segundos en los que procuró elegir bien sus palabras—. Tan solo me preocupo por ti.

—¿Tú qué crees?

—Si te lo pregunto es porque no lo sé. ¿No te parece? —Gallegueó ella.

—No me toques los cojones, Rebecita. —El subcomisario apoyó su cabeza, que parecía que iba a explotarle en su mano, y comenzó a masajearla de forma lenta, pero decidida.

—Repito, solamente me preocupo por ti. Siempre lo he hecho. No debería extrañarte, Marcos —se defendió—. No creo que tengas queja de lo que te he cuidado en estos años.

—En este punto, amiga mía, ni la tengo ni la dejo de tener.

—No seas tan cabezota, por favor. ¿Qué va a ser de todo lo que hemos compartido? —Rebeca intentó apelar a la nostalgia para reblandecer los sentimientos del otro, que se mantuvo en silencio un momento hasta que finalmente volvió a la carga.

—¿Has visto *Lo que el viento se llevó*?

—Sí... ¿Por qué? —admitió ella desconcertada.

—Y... ¿recuerdas la última frase que le dice Clark Gable a Vivien Leigh? Por cierto, que sepas que ambas compartís el mismo color de ojos.

Rebeca recordó el famoso «Francamente querida, eso no me importa», y encajó el golpe sabiendo que el otro actuaba por despecho.

—Si no tienes más que decirme... —El gesto invitó a la mujer a que saliese de la casa— debo irme al trabajo. Como bien sabes, los policías entramos pronto, aunque seamos jefes. —Lanzó una clara alusión al prometido gallego de su acompañante.

Durante otro minuto más, después de que él se dirigiese al otro punto de la casa para, seguramente comenzar a arreglarse, Rebeca Pereira se quedó sentada en aquel sillón. Aguantándose la rabia. Pensó un par de veces en irse y dejar a aquel pobre hombre sumido en su dolor con un portazo para siempre, pero, no conseguía saber a qué se debía, algo en su interior le obligaba a continuar allí.

—¡Eres un idiota! —gritó ella de repente—. ¡Un maldito idiota!

No hubo respuesta ninguna. La mujer escuchó el grifo abrirse y el agua correr en el cuarto de baño, mientras continuaba preguntándose qué la obligaba a no irse. Marcos comenzó a ducharse cansado. Dejó que el agua golpeará su rostro, cayendo desde su cabeza hasta sus pies. En el salón, el teléfono comenzó a sonar y Rebeca dudó un instante en cogerlo.

Ultramundos, en ese mismo instante...

Abraham bajó decidido la escalinata de su palacio de sinuosas formas hasta que llegó a un magnífico *hall* de alfombras lujosas y lámparas de grosero precio en la tierra que daba al inmenso patio donde su ejército hacía las maniobras que tocaban en ese momento de su instrucción. Al momento de verle, todos los soldados y mandamases se cuadraron en el acto y Edgar Allan Poe hizo un gesto de pleitesía. El señor de lo oscuro le devolvió el saludo y al instante se materializó a su lado.

—¿Cómo va lo que te dije? —El tono serio, sin dejar ver toda la pena y la preocupación que arrastraba.

—Bien, ¿quieres una demostración?

Edgar Allan Poe había cambiado mucho, no había envejecido absolutamente nada en todo ese tiempo que llevaba allí, pero su gesto, amén de algunas cicatrices que ahora adornaban su rostro, era completamente diferente.

—Ardo en deseos... —Una mueca traviesa se dibujó en aquella oscura sombra.

—¡Soldados!

Solamente bastó una palabra para captar la atención de todos aquellos mercenarios de lo oscuro.

—¡Vamos a demostrarle a nuestro señor que todo lo que hemos trabajado ha merecido la pena! ¡A formar!

No hizo falta más, de forma automática aquel ejército que debía tener al menos dos mil hombres y mujeres se colocó en posición. En un movimiento que parecía mil veces ensayado, formaron en dos grupos enfrentados exactamente iguales. Abraham sonrió para sí y a una nueva orden de Poe la contienda comenzó.

Si algo tenía Abraham era tiempo y por eso le gustaba que aquellas demostraciones fuesen lo más parecidas posibles a una guerra de verdad. La única condición era no matar al otro, pero si se podía herirlo al máximo, el señor de lo oscuro lo valoraba más. «Ya tendrán tiempo de recuperarse antes de la gran batalla» le decía siempre a Poe que lo miraba con la expresión del que obedece solamente porque no le queda otra.

Santander, nueve menos cuarto

—Póngame un café con leche de desayuno y una tostada. —Ángel Ruiz Vega parecía un niño con zapatos nuevos en la barra de su cafetería favorita. — Y... ¿tiene *El Diario Montañés*, jefe?

El Café Suizo era un lugar pintoresco, de una refinada elegancia, casi obsesiva, que arrastraba más de un siglo de antigüedad y que antaño había servido para que los grandes eruditos autóctonos, como Marcelino Menéndez Pelayo, debatiesen en sus mesas labradas de hierro los temas más candentes de aquella época santanderina que tan lejos parecía haber quedado, pero que realmente aún podía sentirse en el interior de sus salones.

—¿Me permite la silla?

Una despampanante mujer, ataviada en un vestido de satén verde, sonreía de forma conciliadora a Ángel que, al ver a semejante hembra, no pudo ni articular palabra.

—Es que me duelen mucho los pies. Los tacones, ya sabe. —El guiño de ojo casi crea una embolia al hombre que ahora no portaba su habitual semblante impávido.

—No faltaba más, señorita. —Ángel aguantó la mirada gatuna, intentando devolver la intensidad.

Pasados unos segundos, el hombre le cedió el taburete a la mujer, al tiempo que se deshizo en una mueca de admiración. Ella lo miró con la picardía de la que está acostumbrada a provocar el mismo embotamiento en la mayoría de los hombres, se sentó en el taburete y miró fijamente al camarero que casi suelta la taza de café y la lechera que llevaba en las manos al ver aquellos preciosos ojos clavándose en él.

—¿Puedo invitarla?

Ángel se acercó como si los segundos previos de protagonismo concedidos por parte de la bella fémica no le hubiesen parecido suficientes.

—Por supuesto. —Aceptó ella con inocencia estudiada.

—Camarero, ponga lo que la bella dama quiera y cóbremelo a mí.

Las ramas del árbol moviéndose y los golpes en el pecho, delataban al orangután en pleno cortejo. El camarero ni pestañeaba, observando a la que acababa de convertirse en su cliente favorita.

—¿Puedo sentarme a su lado?

La invitación provocó una mueca de satisfacción plena en el rostro de aquella vampiresa que parecía sacada directamente de aquellos folletines de amor e investigaciones de los años cincuenta que tanto le gustaban leer a Ángel en sus ratos libres.

Justo cuando el hombre iba a colocar su propia consumición al lado del objeto de su deseo, la puerta de la cafetería se abrió y en ella entró un galán de los de telenovela; alto, fornido, varonil y con ropas caras, que posó enseguida los ojos en la acompañante de Ángel. Tardó un par de segundos en acercarse a ella y esta, otro par en olvidarse por completo de aquel que comenzaba a darla por perdida.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? —La voz grave y sugerente acompañó la mirada de seductor.

—¿No es un lugar digno? —contestó ella entregada a la causa.

El galán de novela miró a Ángel con desprecio y añadió:

—No es el sitio lo que no es digno. —Su mirada se tornó en un golpe agresivo que Ángel encajó como pudo.

—¿Perdone? —Ángel, viendo herido su orgullo, decidió contraatacar.

—¿Es tu marido? —preguntó a la diva el galán. Obviando al otro por completo.

—Acabo de conocerlo. Se ha sentado a mi lado, sin más —replicó ella dejando claras sus intenciones.

—Bueno, pues... —el matón volvió a mirar con fuerza a Ángel— aquí ya no tienes nada que hacer. —Su mirada volvió a centrarse en su femenina presa.

El semblante impertérrito volvió al rostro de Ángel que se quedó estático, mirando de forma hierática, a la recién nacida pareja de conveniencias.

—¿Qué miras, idiota? —Retó sin temor alguno el otro, que sacaba un cuerpo a Ángel—. No me hagas dejarte claras las cosas delante de la señorita, anda. —La amenaza parecía ser el último aviso.

Viendo que la mujer ni lo había vuelto a mirar y por no montar un número en su lugar de alterne favorito, además de por no ser el foco de la policía ante una posible investigación por la pelea que estaba claro vendría si no se marchaba, Ángel dejó un billete de mil pesetas en la barra y añadió lo suficientemente alto:

—Cóbrense lo mío y lo que pidan ellos dos. El resto, propina.

Al instante, el hombre del semblante impertérrito, humillado y ardiendo de rabia comenzó a andar camino de la puerta de salida.

—¿Conoces el hotel Bahía? —El juego proseguía—. Suelo alquilar yo una habitación allí y...

—Disfrútalo, es lo último que harás —susurró al oído del que había arruinado su velada perfecta.

—Que te vayas, ¡so payaso! —La mueca se torció al ver clara su victoria y no desear perder más tiempo en su conquista.

Ya en la calle, Ángel tuvo que respirar bastantes veces para obligarse a no entrar y presentar batalla, que sabía claramente en desventaja, ante aquel macarra disfrazado de pijo. Después de unos segundos lo consiguió y se prometió que, ya que la ciudad era pequeña haría una excepción en su cruzada de encontrar placer matando señoras mayores o borrachos para vengarse de aquel indeseable que tanto parecía gustar a aquella vampiresa que no paraba de reírle las gracietas en el interior del Café Suizo. La sangre le ardió durante unos segundos, hasta que comenzó a reír a carcajadas, pensando en que tenía trabajo por hacer.

Madrid, misma hora

Sylvana, tan imprudente e impetuosa como siempre, había optado por satisfacer sus deseos tres calles abajo de donde su propia hermana se había quedado inspeccionando las costumbres de su objetivo. Sabía que el cazar tan cerca de donde vivía Samuel le iba a buscar al menos una bronca con su hermana, pero no había podido controlarse. Se encontraba en un ático de la calle del Príncipe de Vergara y dos cadáveres yacían en el suelo junto a ella. Se lamió la sangre de sus

manos disfrutando de cada instante pensando en cómo iba a «maquillar» aquel desastre para que la policía no atara cabos. Se puso nerviosa porque no debía dejarles pista a los investigadores, pero tampoco podía seguir el patrón que solían utilizar, pues el traficante de almas enseguida sabría que algo raro pasaba si llegaba a enterarse. El hecho de que el incidente hubiera ocurrido tan cerca de su domicilio incrementaba las posibilidades de que así fuera. Un pequeño cúmulo de mala suerte y echaría a perder su plan de matar a Estela como les había pedido Giacomo en su lecho de muerte.

—Bueno, pues ahora toca arreglar esto —se dijo, temblando de emoción y deseo aún.

Fue a la cocina y agarró el cuchillo más grande que encontró con un paño para no dejar huellas, no porque la fueran a identificar, sino para que pareciese un trabajo más o menos profesional. De vuelta a la sala principal, comenzó a asestar puñaladas sin ton ni son en los cuerpos. Agarrando el cuchillo con las dos manos y alternando cada una y desde varias posiciones para que los forenses pensaran que aquello había sido obra de más de una persona. Después, sin perder de vista el arma blanca que ocultaría en alguna alcantarilla cercana al terminar para que no fuera demasiado difícil a los agentes de la ley dar con ella, comenzó a desordenar la casa. Tiró cajones al suelo, dio la vuelta a los sofás y sillones, rajándolos, y esparció todo lo que encontró en las baldas por el piso hasta que comenzó a escuchar un llanto en una habitación cercana. Se detuvo en seco y se limitó a escuchar aquel sollozo creciente.

—¡No me jodas! —masculló la diablesa entre dientes.

Diez segundos tardó la mujer fatal en descubrir que de la habitación principal y de una cuna salían los lloros. Se acercó, decidida, preparando sus afiladas uñas y al ver a aquel bebé, de ojos negros como la noche, suspiró de forma profunda. Agarró a la niña, que tendría unos seis meses, sacándola de su cuna y esta dejó de llorar al instante. Sylvana sonrió relajando sus manos, al tiempo que examinaba una pulsera en la rechoncha mano de la niña que ponía Yass.

—Bueno, siempre he querido tener otra hermana y le prometí a Davinia un regalo... Qué monada de bebé eres, ¿no, Yass?

La niña sonreía a la diablesa de una forma adorable.

Santander, nueve menos cuarto

La mampara de la ducha se abrió de golpe, Marcos se dio la vuelta y se encontró de improviso con la mujer que tanto había soñado, frente a él. Mirándolo con la fuerza del deseo tantos años reprimida. Durante unos segundos, el policía no reaccionó y cuando lo hizo, ella ya estaba dentro de la bañera, besándolo con candor furtivo, sin dejarle hacer otra cosa que dejarse llevar. Su corazón se agitó y sus manos se entregaron al frenesí de lo anhelado con la mayor de las dedicaciones. La desvistió con premura, tirando la ropa empapada fuera de aquel reducto de pasión. Durante el primer asalto hubo caricias, mordiscos contenidos y sin contener, arañazos, besos eternos, lenguas entrelazadas y cuerpos mojados; cercanos, tan pegados que ni el agua, que continuaba cayendo sobre ellos, traspasaba esa frontera de pasión que acababa de formarse. Para el segundo asalto comenzaron las exploraciones de la anatomía ajena; de la exterior, la interior y la inimaginable. Rebeca se dedicó a trabajar con dedicación libidinosa la hombría de Marcos que por momentos se acercaba a una descarga precoz que deseaba evitar a toda costa. Mientras, él se introdujo dedo a dedo en la mujer y masajeó la zona de entrada a su sexo con habilidad, fruto de los años de práctica, hasta conseguir que la primera explosión interna no se hiciera esperar.

Lujuria desatada de imprevisto y a lúbricos raudales. Momento que Marcos aprovechó para descansar y coger un segundo aire, pues la mujer que tanto había soñado se detuvo a disfrutar de su propio placer. En ese breve tiempo, bajo el agua tibia que los envolvía y en el que ella aún se estremecía ante la electricidad de su estallido interno, los ojos de él descubrieron su anatomía, generosa y casi virginal. Acarició con anhelo su piel clara, de tacto turgente y agradable. Su corazón continuó bombeando su sangre a ritmo frenético hasta zonas de más bajos instintos, para, permitidos unos instantes de relax, tomarle la cara entre las manos y robarle un intenso beso que cogió a la mujer desprevenida. Sus ojos se clavaron entrelazados en una danza armoniosa de frenesí; oscuros los de él, claros los de ella. No podía haber nada en el mundo que los sacara de ese trance casi sagrado, hasta que con fuerza medida el hombre dio la vuelta a su pareja de baile y se introdujo en ella con decisión, encontrándose un húmedo y cálido recibimiento. Se clavó una y otra vez con toda la rabia y la urgencia que había acumulado en aquel tiempo, excesivo y cruel, de cortejo previo. Ella apretó los dientes para no aullar de gozo y locura, pero los gemidos se le escapaban a traición con cada embestida, se encontraba entregada a la causa por completo. Marcos jadeaba, intentaba jugar con su respiración para no derramarse en ese mismo instante, mantener sus pensamientos lo más alejados posibles de aquel lugar. Se sentía un guerrero y, como tal, debía cumplir hasta el final. Por eso continuó golpeando con impetuosa violencia desde atrás, rebotando en la parte trasera de la anatomía de su acompañante, susurrándole palabras lascivas al oído y agarrando su pelo con ímpetu y furia controladas.

Fueron unos minutos intensos, de calculada violencia en la que ambos guerrearon bajo el agua hasta que él cayó vencido de lujuria y éxtasis después de haber conseguido que ella explotase aún varias veces más. Goce extenuante y ardiente para comenzar el día. Estuvieron en la misma posición, bajo el agua, varios minutos. Jadeando, intentando recuperar el ritmo cardíaco y la respiración que ese arrebató sexual, incontrolado, inesperado y ajeno a toda lógica, tanto había alterado. Al otro lado de la casa, el teléfono, que no había dejado de sonar durante todo el tiempo que los amantes se amaron, pareció calmarse con ellos.

Mientras esperaba, escondida, Davinia no entendía qué hacía su presa en aquel hospital que llevaba por nombre Santa Clotilde, pero se le abrió una puerta a la esperanza cuando después de que Samuel se marchara, lo descubriera. Esperó la media hora larga que el traficante de almas estuvo dentro del recinto y cuando este decidió marcharse, se introdujo en aquella habitación que tanto la intrigaba. No tuvo ni idea de quién era aquella asquerosa deformidad, que entre los años postrado en cama y lo mal que, de por sí, quedó su cuerpo después del encuentro con Samuel años antes, era una especie de masa ingente que le daba asco hasta a ella, que solía hacer a sus víctimas las peores fechorías imaginables, pero entendió en el acto que Samuel acudiría a menudo a visitar a aquel engendro. Lo constató en cuanto interrogó a la monja superiora en su despacho, al poco de salir de la habitación de aquel ser amorfo. Silvana, satisfecha, sonrió y se esfumó después de haberse asegurado que la otra no recordaría absolutamente nada de la conversación mantenida entre ambas, para materializarse al poco en el palacio de la vieja Rusia en el que habitaban en esa temporada.

Nada más llegar a la alcoba en la que eran invencibles, escuchó los llantos y, para su sorpresa, descubrió a su hermana con aquella niña en brazos.

—Pero... ¿qué cojones has hecho, Sylvana? —La expresión desdibujada en su rostro indicó que aquello no le gustaba nada a la hermana mayor.

—Verás, he jugado con sus padres y... no podía dejarla allí... ¡A que es una monada! —La vampiresa rubia enseñó a aquel hermoso bebé a la otra que arqueó una ceja en desacuerdo.

—¿En serio? Dime que solamente quieres tenerla un rato para jugar y luego dejarla en algún hospicio.

—No, quiero que nos la quedemos y que la formemos. ¡Será una hermana más! —replicó decidida—. Solamente tenemos que hablar con el jefe para que le induzca algo de poder y luego nosotras nos encargaremos del resto.

—No me lo estoy creyendo. —Davinia ardía de rabia por dentro—. ¿Ahora nos dedicamos a hacer de canguros? Mira a tu alrededor. —Señaló airada a los juguetes y aparatos que tenían allí almacenados—. Esto no es para una niña. Aquí torturamos gente. No lo apruebo.

—No necesito tu aprobación. —Los ojos de Sylvana rezumaban decisión—. Nos la quedamos y punto, y si no... ¡lo haré yo! —Al levantar la voz, la pequeña comenzó a llorar desconsolada—. Ya pasó, mi niña. —Alzó la vista hacia su hermana con desaire—. Ya la hemos asustado, Davinia, por favor...

Un duelo de miradas se fraguó durante unos segundos hasta que la mayor de las concubinas del señor de lo oscuro claudicó ante la inusitada ilusión de su hermana.

—Está bien, pero si te aburres de ella, te deshaces tú. Yo no quiero saber nada.

—No me aburriré. Va a ser nuestra aprendiz. Ya verás lo que va a ser capaz de hacer esta pequeña. Lo presiento. —Sylvana hacía carantoñas a la pequeña que volvía a calmarse—. Además, es morena como tú, verás cómo al final le coges cariño.

—Y... ¿de qué va a alimentarse?, si puede saberse. Porque creo que nosotras no podremos

hacerlo. —Davinia tocó el pecho de su hermana a modo de pellizco enfadado.

—Lo tengo todo pensado. —En ese momento, la rubia acunaba contra su busto a la pequeña, en parte para calmarla, en parte para aliviar el dolor de la caricia a mala leche que le había regalado su hermana—. ¿Qué prefieres, ir tú a por alguna madre que tenga leche o voy yo?

—Deja, deja, ya voy yo, que tú igual me traes más bebés. —Repulsión instantánea—. ¿Sabes al menos cómo se llama?

—Se llama Yass. —Sylvana enseñó la pulsera que portaba con su nombre la pequeña—. Supongo que de Yasmina. ¿Puedes ir a por leche?, es que hace un rato que no come y...

—Que sí... —aceptó suspirando Davinia—. Por cierto, es posible que haya encontrado algo que nos sirva para tener a esa puta sola. Samuel visita a alguien en coma en Santander. Por lo que he averiguado, lo hace casi a diario y a la misma hora.

—¡Bien! —exclamó jocosa la diablesa—. Hoy está siendo un día perfecto, Davi.

—Lo que tú digas, Sylvana.

Davinia luchó por irse de forma pacífica hacia uno de los cometidos que jamás creyó que fuese a efectuar en su vida.

—Hay que joderse con el reloj biológico —masculló entre dientes al momento de evaporarse.

Santander, nueve y media

Un sol contundentemente soberano llevaba un rato iluminando la ciudad cuando el comisario Miguel Echeverría miró el reloj que marcaba las diez en punto de la mañana. Fumaba un cigarro pensando en que realmente tenían un gran problema. Se encontraba parado en la acera, hacia la mitad de la calle Perines, que preferiría más visitar en octubre para la celebración de las mejores fiestas del Pilar de toda Santander, que para investigar un asesinato. Y más si se trataba del que sospechaban era un asesino en serie. Aún no había ascendido al inmueble, ya que intentaba paliar a caladas su ansiedad. Marcos no había respondido y parecía que, como años atrás, volvía a tener una de esas épocas rebeldes que tantos problemas los habían traído a todos. El problema era que, desde luego, a sus casi cincuenta años hacía bastante que Marcos no era ya ningún niño. Miguel lo quería con toda el alma y daría la vida por él, pero le costaba entender cómo podía ser tan diferente al gran Tasio que tanto admiraba por haber sido su propio mentor y el mejor policía, y quizá persona, que jamás hubiese conocido en toda su existencia. «Una sombra demasiado larga que arrastrar», se dijo entre dientes, mientras observaba un local nuevo que prometía copas y cantos varios bajo el rótulo de karaoke bar.

—Pedro... —Miguel se dirigió a uno de sus subalternos—. No deje que nadie se acerque y mucho menos la prensa, sobre todo, téngame controlado a ya sabe quién.

—Por descontado, señor comisario. —Admiración y respeto evidente por parte del agente López.

Ese ya «sabe quién» correspondía a un periodista que, pese a hacer como nadie su trabajo o precisamente por ello, se había convertido al investigar aquel caso en un auténtico grano en el culo para la policía. Consiguiendo destapar lo que no querían que se supiera para que el pueblo no se pusiera nervioso, tampoco los altos cargos de Madrid. Una especie de Clark Kent o Peter Parker que siempre estaba cerca de aquel asesino que contaba ya con al menos cinco muertes a sus espaldas más la que parecía que le esperaba a tan solo unos cuantos metros de allí.

Miguel tiró el cigarrillo de golpe y comenzó a andar hasta que llegó al portal número

veinticinco. Las rejas en el portón le conferían un aire de prisión que al «asesino de viejas» no parecía haber disuadido.

Los siguientes minutos fueron extraños en aquel domicilio de la calle Cisneros. Rebeca caminaba nerviosa por la casa, ataviada solamente con una toalla y Marcos la miraba con la cara de un niño que por fin obtiene el regalo que tanto ha pedido a los reyes magos.

—Esto no está bien, Marcos —gritó de pronto ella—. Soy una mujer prometida.

—Ya, y entonces... ¿por qué has entrado en esa ducha? —El soldado enamorado caminaba directo a las balas sin pestañear.

—No lo sé, pero no puede volver a repetirse, porque yo voy a casarme en breve, y...

Un rotundo y apasionado beso calló a la mujer y ambos se fundieron en un interminable abrazo.

—¿Puedes sentirlo? —añadió únicamente él.

—Claro que lo siento, pero está mal. Esto no debería estar pasando.

Sus manos se entrelazaron, sus ojos se miraron con rabia apasionada, y sus bocas comenzaron de nuevo a acariciar sus cuerpos.

Fueron unas horas de amor sin control; de sentimientos encontrados, de culpabilidad, de entregarse a lo inevitable, de goce, de vicio y de ternura inusitada y no invitada, que los dejó exhaustos y confundidos por igual.

—Y ahora... ¿qué? —preguntó ella, mientras acariciaba el cuerpo desnudo del policía.

—No quiero pensar en qué va a ocurrir mañana, solamente quiero tenerte un rato más aquí conmigo. —confesó con una sonrisilla ilusionada en el rostro él, al tiempo que se colocó de nuevo encima para volver a introducirse en ella.

Después de lo ocurrido en El Café Suizo, el hombre de la mirada impertérrita se centró en su objetivo inmediato. Para ello recorrió los parques y plazas cercanos a los mercados más importantes de la ciudad. Su estrategia solía ser siempre la misma. Sentarse en un banco, al lado de una anciana que estuviera sola y cargada de bolsas de la compra, para con su educación y galantería darle conversación en su descanso, informarle de su condición de manitas sembrando un posible germen de necesidad en su interior sin que ella sospechara absolutamente nada y, si se terciaba, ofrecerle su ayuda para llevarle las bolsas hasta su domicilio.

A decir verdad, no le costaba demasiado ganarse la confianza de aquellas señoras. No era un hombre especialmente guapo, pero sí que resultaba atractivo. Con una belleza de otra época, como le habían comentado infinidad de veces, que le hacía atraer a aquellas ancianas desvalidas que para su objetivo final pretendía.

Rehízo los pasos que por la mañana lo habían alejado del centro de la ciudad esta vez cruzando la Plaza Porticada y la calle San Francisco hasta llegar de nuevo al Ayuntamiento de Santander para bordearlo con el fin de llegar al edificio que quedaba justo detrás y que albergaba en su interior el mercado de la Esperanza, quizá el más típico y antiguo de la ciudad. No solía «trabajar» tan cerca de su domicilio, sobre todo porque la nueva comisaría de policía se encontraba a escasos pasos, pero en cuanto vio a la mujer que descansaba en uno de los bancos del otro extremo de la plaza, estuvo tentado. Sus rasgos, aunque ya ajados, indicaban que en otro tiempo había sido una mujer realmente bella y eso le encantaba.

De cabello castaño claro, aunque sospechó que se trataba del efecto de algún tinte, ojos verdes y una luz especial en su rostro, Ángel quedó hipnotizado por aquella mujer que parecía ser

de otra época en la que la elegancia se valoraba antes que las banalidades que ahora creía, golpeaban a la sociedad. Lucía un vestido veraniego ni demasiado escotado y, por tanto, inadecuado para una mujer de su edad, ni demasiado sobrio, aburrido para él. Le calculó una edad determinada entre los sesenta y setenta años, aunque pensó que se acercaría más a los últimos. Se tomó unos segundos para examinar el terreno y ver qué otras opciones se le presentaban, pero ninguna de las otras ancianas le resultaban siquiera una posible rival para la que ya había elegido como su próxima presa. Decidido, pues no deseaba que aquella tentadora señora que se había convertido ya en su obsesión se marchase, se fue acercando a ella con toda la naturalidad estudiada a conciencia y adquirida durante años a fuerza de práctica que atesoraba. Lo hizo observándola con el mayor de los deseos, pero, como siempre, sin llamar la atención. Cuanto más se acercaba, más le poseía el ansia por realizar bien su cortejo. Ese que le permitiría, llegado el momento, realizar su ritual y esa vez, debido al trofeo que su presa constituía, resultaría altamente satisfactorio. Por fin una candidata a la altura de su «gran madre», escuchó en algún punto de su enferma cabeza.

Cuando ya faltaban tan solo unos pocos metros para que pudiera tomar asiento a su lado, un inesperado giro en su suerte hizo que, sin llamar la atención cambiase de dirección después de detenerse a buscar algo en los bolsillos. Un hombre, cercano a los setenta años, pero con la planta del que tuvo y retuvo, se acababa de sentar al lado de la anciana que le había agitado como un niño la mañana de Reyes. De reojo vio cómo se saludaban con un beso, evidenciando que serían marido y mujer y el hombre del gesto impertérrito maldijo por lo bajo mientras se alejaba.

—Joder, parece que me haya mirado un tuerto. ¡Vaya día!

Normalmente, ante una situación así, optaría por hacer lo inteligente y cambiaría rápidamente de objetivo. No podía arriesgarse si la presa tenía un marido o familia en casa, pero esta vez era diferente. Sabía que le iba a costar olvidarla. Nunca le había pasado. Se consideraba un cazador práctico que intentaba sobreponerse a ese tipo de hándicaps con eficacia. Anduvo por la calle Jesús de Monasterio intentando aclarar sus ideas. A la altura de la calle San Luis, comprendió que nada podía hacer, quizás esperar una mejor oportunidad en otro momento, por lo que se encaminó hacia la plaza de México, al lado de Cuatro Caminos para visitar los alrededores de otro de los mercados más importantes de la ciudad.

Miguel Echeverría subió, con la presión de lo que temía encontrarse, las escaleras de aquel vecindario que le recordaba extrañamente a otro que cambió su vida para siempre en mil novecientos cincuenta y uno. Una vecina había avisado de que la víctima no había acudido a la cita que tenían para jugar al chichón el día anterior.

—Pepita no falla a esas cosas —repetía la amiga atacada de los nervios cuando le tomaron declaración—. ¡Ayyy, que me la han matado! ¡Me han matado a mi compañera de mesa! —Los estridentes lamentos y lloros eran incontestables.

Cuando la policía se personó en el domicilio se encontró con que aquel asesino que tanto les estaba haciendo sudar había vuelto a hacer de las suyas.

—Está todo examinado, señor comisario. —Uno de los policías de la unidad científica esperaba en la puerta a su superior—. Ya he mandado a analizar lo que hemos podido conseguir.

—Gracias, Vicente. —El comisario Miguel cogió aire antes de entrar al domicilio—. ¿Qué tenemos?

—Mujer, setenta y cuatro años, vestida y maquillada como las anteriores. Forzada sexualmente. Posiblemente con una barra de hierro o algo parecido y, como las otras veces, muy posiblemente, murió asfixiada.

Los dos policías continuaron caminando hasta el dormitorio principal de la vivienda.

—También como las otras es viuda y carece de familia cerca. Parece ser que ese hijo de perra elige bien a sus víctimas antes de actuar.

—Está bien, Vicente. Voy a entrar a echar un ojo.

La imagen que Miguel se encontró al entrar en aquella habitación se le antojó inquietante y perturbadora a partes iguales. Como las veces anteriores, todo estaba arreglado a conciencia. Numerosas fotos, que seguramente antes estarían esparcidas por la casa, se encontraban colgadas de la pared o pegadas a los muebles y, como siempre, a cualquier persona que no fuera la propia víctima, se le había recortado la cabeza. La cama estaba hecha a la perfección y la mujer, maquillada y peinada como si para un día de boda se tratase, estaba amarrada con los brazos en cruz.

—Santo, hijo de puta —murmuró para sí el comisario Miguel Echeverría al presenciar de nuevo el *modus operandi* del asesino que los estaba dejando en ridículo delante de media España.

El caso se estaba volviendo bastante mediático, pues, como otras tantas veces, habían intentado tapanlo lo más posible para que la población no se alarmara. Pero esta vez un periodista, Víctor Munitis, había conseguido, sin que nadie supiese cómo, destapar los entresijos de la investigación.

—Sí, claro, entiendo —admitía Miguel, mientras sujetaba con una mano el auricular del teléfono de su despacho y el periódico local con la foto de uno de los cadáveres en la portada—. No volverá a ocurrir, señor delegado de gobierno. Ha sido un burdo descuido, pero no dude que tomaré cartas en el asunto.

Miguel supo desde el principio que aquel periodista no podía trabajar solo, pues se había

colado en todas las escenas del crimen y hasta en el depósito de cadáveres, por lo que sospechaba que tenía un topo en su comisaría.

—¿Quién te pasa la información? —indagaba Miguel en una visita a la sede de *El Diario Montañés* en la calle Montezuma.

—No sé de qué me habla, señor comisario —respondía Víctor Munitis, mientras aporreaba su máquina de escribir concentrado.

—A mí me miras a los ojos cuando me dirija a ti. ¿De acuerdo? —Miguel tensó su mano en la pistola por la rabia que le producía la actitud del otro.

—Como usted quiera, pero nadie me ayuda. Yo solamente hago bien mi trabajo. No como ustedes, que son la peor policía de Europa y dejan de resolver infinidad de casos por presiones externas.

Aquel comentario le costó al joven periodista dormir un par de días en el calabozo de la comisaría. También se le obsequió con alguna que otra paliza y que alguno de sus soplones habituales dejara de ayudarlo. Incluso desde comisaría se llegó a filtrar información falsa a las fuentes que le ayudaban con sus investigaciones para que quedara en ridículo y perdiera veracidad de cara a sus superiores del periódico.

—Es un buen periodista, pero no puedo con él —le comentaba a Miguel el redactor jefe de sucesos de *El Diario Montañés* al ir a sacarlo de su arresto.

—Pues, o hace como usted y pacta con nosotros o le va a ir fatal, que esto es muy pequeño y nos enteramos de todo.

En ese mismo instante, Víctor Munitis, o lo que quedaba de él después de sus vacaciones forzadas en los calabozos, hacía acto de presencia custodiado por dos policías como armarios que por la forma en que lo agarraban, parecían haberle tomado mucho cariño en esos días.

—¿Qué tal por ahí abajo? —ironizaba Miguel que, aunque no era partidario de esos métodos sabía que era la única forma de convencer a los que se interponían en el buen hacer de los cuerpos del Estado—. ¿Le han tratado bien López y Gómez?

—Váyase usted a la mierda —respondía el periodista demostrando que no daba aún su brazo a torcer.

—¿Perdone? ¿Qué ha dicho?

Miguel intentaba controlarse para que no se hiciera una carnicería con aquel pobre individuo al que en el fondo envidiaba por hacer bien su trabajo en aquella sociedad posfranquista que todavía arrastraba demasiados vestigios de aquel tiempo oscuro pasado.

—¡Nada! —gritó Pelayo el redactor jefe—. No ha dicho nada. —La mirada de clemencia fue imperiosa.

Los dos policías esperaron órdenes de Miguel para volver a bajar al periodista a conocer las tácticas ocultas que ellos practicaban allí, pero Miguel no quiso hacer sangre.

—Soltadlo —ordenó implacable—. Pero que no tenga que volver a verte por aquí por nada de esto.

—Tranquilo —añadió Pelayo—. Este no va a darle más problemas. A partir de ahora solamente le enviaré artículos de santos y, como mucho, los deportes.

Ambos se alejaron sin mediar palabra alguna hasta que nada más salir de la comisaría, el redactor jefe afeó la conducta a su pupilo.

—No sabes la suerte que tienes de haberte topado con Echeverría. En cualquier otra comunidad, estarías quince días jugando con esos dos mostrencos que te han traído a rastras.

—Lo sé, pero es que no puedo con las injusticias. No hay más que negligencias en este caso...

Y sospecho que no es el único en el que ocurren, porque he estado revisando informes y...

—¡Me la suda lo que hayas encontrado! Por desgracia, tal y como están las cosas, o nos llevamos bien con la Policía o nos hacen la vida imposible. Yo ya te he avisado.

—Por cierto... ¿El comisario se apellida Echeverría o Echavarría?

—Pues ahora que lo dices no tengo ni puñetera idea, pero no me cambies de tema, mandarán, que nos conocemos.

En ese momento, Víctor Munitis, recordaba mientras se palpaba sus aún no curadas heridas aquella conversación con su jefe. Había tenido un chivatazo de que el Mataviejas, como él mismo lo había apodado, había vuelto a actuar y se acercaba a la zona decidido.

Moscú, las diez de la mañana

Los lloros de la niña se detuvieron de golpe justo en el momento en que sus labios tomaron contacto con aquella piel suave de la que pronto comenzó a obtener el alimento que tanto ansiaba. La mujer que ofrecía su pecho para alimentar al bebé había dejado de llorar también. Se encontrada sumida en un trance que le imposibilitaba pensar en absolutamente nada más fuera de las paredes de aquella mágica habitación del palacio de la medianoche de Moscú.

—¿Qué pasara con su propio bebé? —Sylvana miraba la escena con algo de una pena imposible de sentir habitualmente para ella.

—Tiene a su padre y sus demás familiares. Sinceramente, me da igual —respondió con desinterés Davinia—. Tengo demasiadas cosas importantes en que pensar en mi vida ahora mismo... ¿No habíamos quedado en que querías sacar adelante a esa pequeña para que fuera tu juguete? Pues ya tienes a una madre que la alimente. No me vuelvas loca, anda.

—Está bien, pero cuando ya no sea necesaria y los criados puedan abastecerla, déjame a mí encargarme de devolverla.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con la maquiavélica de mi hermana? —cuestionó con sarcasmo Davinia—. De verdad, esto de que la madurez te llegue a los ciento ochenta y tres años, me está dejando anonadada. Espero que ahora que vas a ser una madre de provecho no hagas como todas esas aburridas y dejes de pasártelo bien.

La sonrisa maliciosa se marcó en el rostro de la hermana mayor, que junto con la dureza que le otorgaba el contraste con su pelo azabache resultaba inquietante.

—No voy a ser su madre —se defendió Sylvana—. Va a ser una tercera hermana, a la que enseñaremos nuestro oficio y que se unirá a nuestros juegos cuando tenga la suficiente edad. Ya verás, en el futuro la aceptarás. —El brillo especial que tenía los ojos de la hermana rubia inquietaba a Davinia—. Y, para que no te pienses nada raro, te aseguro que yo ya estoy deseando cumplir con los últimos deseos de Giacomo y matar a esa zorra que tantos problemas le ha dado a nuestro señor y que nos arrebató el sexo con su hijo. No te creas que esto me ha ablandado.

—Espero que sea así, porque cada vez queda menos para poder disfrutar de esa gran venganza, hermanita.

—Lo único que tenemos que ser inteligentes y que no parezca en absoluto que hemos sido nosotras. Por más que Giacomo nos lo pidiera, si Samuel se entera, no podrá defendernos ni el propio Abraham... o a lo peor este también la toma con nosotras que por salvarse él el culo...

—Tranquila, hermanita... Lo tengo todo pensado. —Una mueca de lascivia y arrogancia se dibujó en el rostro de la hermana mayor—. Por cierto, habrá que portarse bien una temporada

cuando le pidamos al jefe que haga a esta inmortal —cambió de tercio Davinia.

—Bueno, ya pensaremos en eso. —Sylvana acariciaba a la pequeña que seguía mamando del pecho de aquella madre en trance que no escuchaba ni veía absolutamente nada de lo que allí ocurría—. De momento, solamente quiero cuidarla. —El reloj biológico parecía despertarse hasta en los seres más insospechados.

Santander, diez y media mañana

Rondaba ya esa hora en la que los estómagos comienzan a exigir algo de comida con la que saciarse a media mañana y Ángel, con su gesto impertérito perpetuo, había logrado hacer una nueva presa. Una mujer de unos setenta y cinco años, nada atractiva en comparación con la mujer que le había fascinado a primera hora, portaba varias bolsas a la salida del mercado de la plaza de México un rato antes del mediodía. Andaba de forma costosa por una más que visible cojera y sudaba a chorros a causa del calor que en ese instante comenzaba a hacerse insoportable, combinado con la gran humedad que el día portaba consigo. El hombre del semblante impertérito se acercó con gesto estudiado a la mujer y aprovechando que esta posó las bolsas para tomarse un respiro, estableció contacto:

—¿Puedo ayudarla, buena señora? —preguntó Ángel con la mayor de las educaciones y una sonrisa en la cara de niño que acabara de realizar la primera comunión.

—Pues, si no le importa. Llevo andados solamente unos metros y ya no puedo ni con el alma.

El cazador estudió la respuesta de aquella mujer que a su juicio tenía pinta de bodeguera. No pareció desconfiar en absoluto y a él se le afilaron los colmillos en el acto. La señora, que habría podido pasar por una peonza por su anatomía triangular invertida, sacó un pañuelo de tela de su bolso y comenzó a secar los goterones de sudor de su frente, cara, cuello y el medio escote que llevaba que con sus carnes magras y ya ancianas, a Ángel le parecieron de todo menos sexi. Lo peor es que el hombre estimó que nunca, ni en sus mejores años, aquella mujer le habría atraído ni lo más mínimo. Maldijo dentro de su cabeza una vez más al hombre que apareció en la plaza del ayuntamiento estropeándole la caza de aquella que sí creía digna.

—Un segundo y estamos. —Jadeos y respiración forzada por parte de la anciana.

—¿Va muy lejos? —indagó Ángel para continuar ganándose su confianza, al tiempo que agarró todas las bolsas en sus dos manos y comenzó a andar a paso lento para facilitarle el camino a su presa.

—A la calle Viveros. Aquí al *lao*. Pero le agradezco enormemente su ayuda, porque se lía una a comprar y luego cuesta un infierno llegar a casa.

—Bueno, por lo menos tendrá a la familia abastecida... —Oscuras intenciones, palabras amables—. Porque ha comprado aquí medio mercado.

—No se crea, mi Jacinto falleció hace unos años y mis hijos cada vez vienen menos, pero es que mañana es el cumpleaños de la pequeña y los he invitado a casa a todos a comer. A ver si me da tiempo esta tarde a hacer un buen cocido para sorprenderlos.

Una mueca complacida se dibujó en el rostro de aquel asesino silencioso que media hora después se encontraba forzando sexualmente a aquella pobre diabla, mientras pensaba en aquella otra mujer que había robado su corazón a primera hora del día. Por primera vez no pensaba en su madre, por la que siempre había tenido esa relación amor odio. Y aunque acometía su brutal acto, que terminó con la muerte por asfixia de su presa, con una barra de hierro, pues aquella mujer no

le alteraba sus bajos instintos en absoluto, su mente voló fantaseando que conquistaba a aquella otra mujer de la plaza del ayuntamiento. Esta vez no había preparado nada del entorno y se maldijo por haber mancillado su ritual de homenaje a su madre. Por lo que nada más terminar se dispuso a prepararlo todo para poder tomar esa instantánea con la Canon que siempre llevaba al cuello. Sabía que era arriesgado y que no solía actuar de forma tan poco premeditada y organizada, pero cada vez le costaba más controlarse.

Además, esta vez había sido más fácil que en otras ocasiones en las que había tenido que hacer un seguimiento de la rutina de su víctima para conocer sus necesidades. Ni siquiera tuvo que recurrir a hacerse pasar por reparador de televisiones o albañil que acudía por una falsa llamada como otras veces, se estaba convirtiendo en un maestro en eso de embaucar a aquellas mujeres solitarias que solamente necesitaban un poco de atención.

Como siempre, antes de abandonar aquel domicilio mancillado de muerte, el hombre del semblante impertérrito tomó un objeto de su presa para que descansase en la habitación roja que tenía destinada a guardar, con orgullo, algo de cada mujer a la que privaba de vivir. En esta ocasión, se trataba de la típica flamenca que encontró posada en el televisor. Nunca había matado en dos días seguidos y se encontraba extenuado, con lo que nada más salir del portal, se dirigió de nuevo a su domicilio para tomarse la tarde libre y descansar de aquella locura en la que se había convertido en los últimos tiempos su vida.

Ultramundos, en ese mismo instante...

La batalla campal, que lejos de haber sido una prueba, había sido intensa y luchada como la propia guerra para la que se estaban preparando, dejó patente, para satisfacción del señor de lo oscuro, que el entrenamiento de ese ejército estaba siendo impecable. Muchos cuerpos yacían en el suelo, cerca de la muerte. Heridas, brechas, roturas y sangre los adornaban. Edgar Allan Poe había intentado parar la contienda varias veces, pero cada vez que miraba a su señor, este negaba con la cabeza. Por lo general, el señor de lo oscuro no era tan cruel y detenía aquella locura mucho antes, pero esta vez, como si contemplar aquel macabro espectáculo lo hiciera evadirse de sus preocupaciones, había hecho que los miembros de su propio ejército se masacraran entre ellos.

—Lamento llevarle la contraria —musitó Poe—, pero va a llevar semanas, si no meses volver a la normalidad del entrenamiento y...

—Me da igual —cortó Abraham con rabia en el rostro—. De vez en cuando deben experimentar lo que es el dolor y el esfuerzo de la batalla real para estar preparados. Además, tenemos mucho tiempo aún. Eso sí, te felicito por las nuevas habilidades que les has enseñado. Estoy complacido.

El señor de lo oscuro palmeó el hombro del otro como aprobación cortando de antemano cualquier posible réplica.

Durante algo más de una hora que había durado el combate, Abraham había podido contemplar los trucos que su ejército había aprendido. Edgar Allan Poe había descubierto la forma de que las sombras que le seguían tuvieran poderes que, aunque cuanto menos maldad y relevancia tenía su propia energía eran menores, si sirvieran, al menos para desatar un golpe más fuerte al ejército de la luz en la guerra que vendría.

—Y ahora quiero ir a verlo —ordenó de forma seca el señor de lo oscuro.

—Por supuesto, mi señor —aceptó Edgar Allan Poe, sabedor de lo duro que resultaría ese momento para su jefe—. Acompáñeme. Lo tenemos en las mazmorras, aún es complicado controlarlo.

La extraña pareja comenzó a andar dejando atrás aquella masacre que se había formado en la gran plaza del castillo oscuro hasta adentrarse en los interiores de este. Avanzaron en silencio por sinuosos laberintos de pasillos, cobertizos y estancias oscuras que daban lugar a los entresijos de aquella obra de arte del mal que era el cuartel general de los infiernos.

—No fue difícil encontrarlo siguiendo sus indicaciones. Una patrulla de la luz lo interceptó antes, pero lo teníamos bien vigilado. Les cogimos por sorpresa. No esperaban nuestro ataque —matizó Poe con toda la precaución del mundo, a sabiendas que aquel era seguramente el tema más difícil de tratar con alguien tan inestable como su jefe en ese momento—. Yo mismo encabezé la expedición que fue en su búsqueda para que no hubiera ningún posible contratiempo.

Según se introducían en el interior de aquel laberinto de maldad en la que las salas de torturas, de almacenaje de armamento de toda índole y demás lugares para la preparación de la guerra que estaba por venir, se hacían cada vez más constantes, las paredes se llenaban de humedad, contrastando con el extremo calor que hacía fuera. La roca maciza y los barrotes de las celdas de aquellos calabozos se antojaban inexpugnables y allí se acometían las salvajadas más esperpénticas y crueles sobre los que tenían la mala suerte de oponerse al dominio del señor de lo oscuro y ser atrapados.

—Es aquí. —Edgar Allan Poe tragó saliva al señalar el interior de un aposento—. Supongo que prefiera pasar usted solo. Le espero fuera.

Sin decir absolutamente nada, Abraham comenzó a caminar hasta quedar a únicamente un metro de los contundentes barrotes que lo separaban del ser que más había amado en toda su legendaria existencia. Al segundo, los gruñidos de un animal rabioso comenzaron a escucharse en el interior de la celda. Abraham guardó silencio y a los pocos segundos un ser colérico se abalanzó con gran violencia sobre los hierros que lo separaban del exterior. El señor de lo oscuro ni se inmutó y miró fijamente los ojos del otro buscando algún síntoma de humanidad.

Después de unos segundos en los que una lágrima de fuego desgarró la carne que al poco volvería a regenerarse, Abraham dio media vuelta y se alejó con la rabia del que pudiendo controlar la mayoría de las cosas que ocurren en el universo, se encontraba frustrado al no poder cambiar la que para él era la más importante.

—¡Seguid observándolo! —gritó malhumorado Abraham al pasar al lado de Poe—. ¡Si no podemos conseguir nada de él, formadlo para el ejército!

—De acuerdo, mi señor —añadió simplemente Poe.

Durante todo ese tiempo que había servido al señor de lo oscuro, Edgar Allan Poe había aprendido que su amo siempre tenía la razón y si no, ya se encargaba él de hacer prevalecer sus intereses. Era un ser negro que solamente tenía un objetivo de venganza con ese Dios que, aunque en vida nunca había querido creer que existiese, las evidencias le habían demostrado a Edgar que así era realmente, y que no había demasiadas cosas que lo alejaran de ese pensamiento de maligno desquite. Una de ellas era que su amor platónico y su hijo podían demostrar que, al menos, por momentos, ese podrido ser que tanto dolor había infringido a su alma, su obstinación se tornaba en una fragilidad que lo desconcertaba.

Después de tantos años a su servicio, y por ser el encargado de formar ese ejército de tinieblas que algún día asolaría el cielo, Poe conocía algunas cosas que, si bien sin haberlas visto nunca habría creído, ahora le parecían de lo más normal. Era consciente de que su alma, después

de tener la mala suerte de sufrir en vida un desencuentro con aquel sombrío ser, estaba, como se lo había dejado muy claro el otro siempre, condenada a vagar por aquellos infiernos ardientes y helados al mismo tiempo hasta que, o bien el otro ya no le necesitase porque su victoria se había convertido en una realidad, o con su derrota, viese qué le depararía un futuro que consideraba muy lejano en su desenlace. Por eso, para él, acercarse a esos barrotes y contemplar en ese estado animal a uno de los que había propiciado con su maldad que su situación fuera aquella, lo hacía sentir medianamente satisfecho. Pocas cosas más reconfortantes albergaba ya en su mísera existencia.

—Púdrete en estos infiernos creador por tu propio amor, Giacomo. —pronunció para sí Poe, al contemplar a aquel ser por el que tanto asco y odio sentía.

Santander, once de la mañana

Miguel Echeverría llegó a los chalés de la Tierrauca acelerado. Había telefoneado desde una cabina a su gran amigo y mentor Tasio para ir a visitarle, y así hablar del caso y de Marcos que no daba señales de vida y lo tenía preocupado.

—¡Miguel! —Una voz familiar sacó al comisario de sus pensamientos a su espalda.

—Ho... la... Asunción. —Miguel sonrió de forma sincera a la mujer de su mejor amigo—. He quedado con Tasio ahora —se excusó, sin entender bien por qué.

—Ya, ya me ha dicho... Vaya dos, parecéis un matrimonio. Ni siquiera os separáis con su jubilación.

—Lo necesito. Un caso importante. —El gesto se le oscureció al instante.

—Ya imagino... El asesino de ancianas que sale a diario en la prensa, ¿verdad? —Miguel asintió sin decir nada—. Pues que tengáis mucha suerte, porque ese hombre es despreciable. A ver si lo cogéis rápido.

—En eso andamos, Asunción. Créeme si te digo que no deseo otra cosa en este momento. —Miguel pareció hablar más para sí mismo que para su acompañante.

—Venga, no te entretengo más. Voy a comprar a la plaza, que mañana vienen los madrileños a cenar. —Su mirada se llenó de luz—. Y voy a encargar el atún para cogerlo mañana. No se te habrá olvidado, ¿no?

—No, qué va, ya me lo recuerda la parienta cada cinco minutos para que compre el vino. Ya verás como con tanto lío, al final se me olvida. No sabía que viniesen Estela y Samuel —cuestionó sorprendido

—Es una sorpresa para Tasio por su cumpleaños, que con eso de estar tirado en el sofá todo el día lo veo un poco mustio.

—No te preocupes por eso, que te lo voy a animar yo en cuanto suba... ¿Vendrá Marcos también? —Miguel lanzó el guante.

—*A priori*, invitado está, pero ya le conoces. —Asunción evidenció con su gesto que ni ella misma podría asegurarlo—. Está raro, ¿verdad? —No hizo falta mucho para que Asunción leyera entre líneas.

—Lo está, pero ya sabes que Marcos nunca ha sido alguien tranquilo. —Miguel dudó si contarle que no sabía dónde se encontraba en ese preciso instante, pero prefirió no alarmar a su buena amiga—. Bueno, me marchó, que ya sabes que en estos casos el tiempo es oro.

—De acuerdo —aceptó ella y se quedó pensando que Miguel quería contarle algo, pero que se había arrepentido en el último momento—. Pero no me lo impliques mucho, que para una vez que puede estar tranquilo...

—Tranquila, que ya se implicará él solito. Ya lo conoces. Además, me ha confesado que después de esto lo deja del todo.

—A ver si es verdad —sentenció Asunción.

El comisario comenzó a enfilear la última parte de la cuesta que llevaba al domicilio familiar de los Márquez pensando en la gran mujer que había sido siempre Asunción. Aparte de en el plano físico, en el que siempre había sobresalido desde que la conocía, y eso era mucho tiempo, siempre se había mostrado como una mujer con una fuerza, un carácter, una inteligencia y un saber estar que había resultado ser el mejor de los complementos para el gran Tasio y las responsabilidades que había soportado durante toda su vida adulta. Él había tenido suerte con Eulalia, a la que conoció gracias a los Márquez en sus visitas al hospital más de treinta años antes. Era una buena mujer en la que podía confiar perfectamente, cosa que en sus años de eso que se conocía como vida, había aprendido que era lo más importante en una persona. Pero Miguel admitía para sí, nunca lo haría en público desde luego, que Eulalia tenía sus limitaciones y si la confrontaba con Asunción, quedaban más patentes que cualquier odiosa comparación que se le ocurriera y en aquel momento se le ocurrían muchas.

Sin darse cuenta llegó al portal de su amigo que lo esperaba en la ventana, mirándolo con atención.

—Vas en babia, macho. —Tasio optó por bromear al ver la cara de entierro de su amigo.

—Enseguida lo estarás tú también. —Con Tasio no tenía que disimular.

—De acuerdo, espera que te abro.

Ultramundos, once de la mañana

Abraham llegó desolado a sus aposentos y se dejó caer con todas las ganas que se pudieran tener, y a la vez sin ellas, en el lecho. También en aquel lugar poseía un ejército de sirvientes sin rostro, como en el palacio de la medianoche que movía a su antojo por el mundo para evitar ser encontrado, que lo agasajarían sin condición, pero en ese momento tan solo deseaba desconectar de la realidad. Dormir hasta que todo pasase. Aunque en aquel lugar todo era diferente, pues en esa dimensión nadie de las fuerzas del otro osaría acercarse siquiera, a no ser que se tratase para librar la batalla final, y por ello se sentía seguro. Por primera vez desde que fue expulsado del cielo, tenía la sensación de que nada le interesaba y de que, si su milenaria existencia se terminara en aquel mismo instante, poco le importaría. Era posible, que pese a las intensas ansias de venganza que siempre lo habían acompañado, esta vez se sintiera derrotado. Sabía que era producto de haber visto a su amado Giacomo en aquel estado, pero solamente quería dormir y no pensar.

Cuando un ser humano, que al fin y al cabo solamente es energía, fallecía en la tierra, su esencia podía derivar en varios finales. Si nada raro ocurría, y su energía era más o menos pura, su ánima pasaría a formar parte del Otro en el cielo. De ese Dios creador que Abraham tanto odiaba, pese a haber sido como hermanos en un tiempo pasado. Si, por el contrario, Abraham o alguno de los suyos intercedía porque pensaban que podía servir en su ejército o porque no se le permitiese la entrada al olimpo por su maldad, su alma pasaría de lleno a la oscuridad. Luego estaban las intercepciones directas que cada uno hacía para fortalecerse, pero eso era otra historia porque de aquella forma, el ser al que le arrebataban su presencia dejaba de existir y pasaba a formar parte del predador que lo privara de la vida. Así que cuando Giacomo falleció, Abraham decidió que antes de que su alma llegara al cielo y que las legiones de la luz lo usaran para hacerle chantaje, o algún otro final peor, debía actuar con rapidez. Mandó a sus hombres, encabezados como siempre por Edgar Allan Poe, a que lo tomaran preso para que sirviera en su

ejército y continuar teniéndolo a su lado. Ya nunca sería igual, porque la parte humana de su ser ya se le había arrebatado, pero consideraba que Giacomo era lo suficientemente útil como para dejarlo escapar. Por desgracia, hasta para Abraham había cosas que se escapaban a su alcance y no siempre conseguía que los individuos que decidía retener en aquellos infiernos volvieran a tomar la consciencia que un día tuvieron en la tierra. No albergaba idea alguna de a qué se debía aquello, pero algunas de las almas más oscuras que había decidido llevar a comandar sus ejércitos, como Pinochet o Mussolini, no habían servido más que para ser simples animales rabiosos con los que entrenar a sus otros soldados. El proceso tardaba un tiempo y, a veces, costaba que estos seres volvieran a ser al menos una parte de lo que fueron. De momento, Giacomo no evidenciaba ningún síntoma que hiciera presagiar nada bueno en ese aspecto ni en ningún otro, y eso a Abraham lo consternaba y enojaba hasta límites insospechados.

El señor de lo oscuro dejó bien atado todo antes de sumirse en un sueño que no sabía bien cuánto iba a durar, aunque seguramente fuesen meses. Se sentía cansado y frustrado y era consciente de que necesitaba aquello desde hacía mucho tiempo. Sonrió para sí al acostarse ante la paradoja que ello representaba. Él, que nunca dormía, ahora iba a huir de todo por medio del sueño, en un lugar en el que todos los allí presentes estaban condenados a no hacerlo jamás. Esperaba encontrar algo de paz en su interior para cuando despertase. Dio cada una de las órdenes estrictas a seguir a sus sirvientes sin rostro, dejó recados a Poe sobre cómo intentar incentivar la recuperación de Giacomo y manejar el adoctrinamiento de sus soldados y ordenó que se le despertara únicamente si Giacomo mejoraba de forma considerable o ante un posible ataque de las fuerzas del otro. Habló con Davinia y Sylvana mandándolas que cuidaran de sus intereses en la tierra, sabedor de lo que se traían entre manos y de que con ello se aceleraría la vuelta de su hijo.

—Se lo que intentáis y no voy a deteneros. Es lo que Giacomo quería y si lo hacéis bien, Samuel no se enterará. Lo único, dejad pasar algo de tiempo para que no lo asocie y que parezca casual. ¡Es una orden!

A media mañana, en el palacio de la medianoche de Moscú, dos hermanas se sonreían excitadas ante el mensaje que su amo acababa de mandarlas. Por fin tenían vía libre y podrían tocar a esa que durante tanto tiempo fue intocable.

—¿Salimos a cazar? —La dulzura de Sylvana contrastaba con sus malas intenciones.

—¿Y qué pasa con tu juguete? —Davinia señaló al bebé que descansaba en una cuna negra con gasas grises que formaban un tenebroso dosel.

—Aquí está, cuidada a la perfección... Además, ¿no eras tú la que me pidió que no cambiara? —La rubia guiñó un ojo, traviesa, a su hermanastra—. Esta tarde vamos a divertirnos como en los viejos tiempos por el futuro que vendrá. Pero antes, tengo un plan para que nos relajemos.

—Ardo en deseos.

El pelo negro de Davinia comenzó a elevarse como si tuviera vida propia. Sus ojos se llenaron de luz negra al tiempo que se acercó a su hermana, y mordió sus labios con pasión. Luego se desvaneció mientras añadió un rotundo:

—¡Que así sea!

Santander, once y media

—Un verdadero cabrón, resumiendo.

Tasio se atusaba su ya cano frondoso bigote tras haber escuchado la descripción de la escena del crimen por parte de su amigo.

—Y no tiene pinta de que vaya a parar aquí —se lamentaba Miguel—. Lo malo es que no tengo ni idea de por dónde empezar. No deja ni una sola pista el condenado.

—Y... ¿utilizar a la prensa para ponerlo nervioso? —matizó Márquez.

—Lo había pensado... Además, hay un periodista que lo ha destapado de cara al público al que podríamos utilizar. Es muy voluntarioso en sus principios.

—Bien, reunámonos con él entonces. Intenta que sea esta misma tarde.

—¿Poli bueno, poli malo, como en los viejos tiempos?

Miguel, que asumía su papel de comisario, tenía un brillo especial en los ojos al escuchar que su amigo iba a ayudarlo.

—Total, si no, voy a volver loca a la pobre Asunción. Siempre pensé que no estaba preparado para la jubilación, pero es ella la que más lo está sufriendo. Es horrible no tener nada que hacer y ahora que los nietos los tengo fuera...

—Fuiste tú el que después de retirarte no te implicaste tanto. Yo te nombré asesor de la policía para algo, amigo mío. Si por mí hubiera sido, te hubiera aprovechado estos diez años a conciencia. ¿Qué mejor ayudante que el mejor y encima sin cobrar?

—¿Ah, que no pensabas pagarme?

La pareja de amigos rio. La camaradería, cuando era de verdad, es algo sagrado.

—Y... ¿Marcos? —cambió de tercio, paternal—. Lo veo muy raro.

—Marcos sigue como siempre... Mira que yo le he defendido a ultranza desde que era un niño, pero estoy por desistir. —El gesto de derrota de Miguel reflejaba toda la frustración que sentía.

—Pues si su padrino y mayor protector, lo da por perdido, mi hijo no puede esperar ya nada bueno de este mundo... ¿Qué le pasa ahora?

—Nada, lo de siempre, que nunca está conforme con nada y que sus ansias de poder y atención son incluso aún mayores que su propio ego.

—Nada nuevo bajo el sol, entonces. —Tasio a menudo trataba de ocultar la decepción que siempre le había perseguido, pero en ocasiones le resultaba complicado—. Ayer tuvo un asunto con un simple carterista, lo vi en directo.

—¿Estabas en la calle San Francisco? —preguntó Miguel sorprendido.

—No en el momento de que ocurriera, pero estaba dando un paseo con mi esposa y le vimos en el suelo. Me sorprendió que con lo bueno que es Marcos peleando, le dejaran *K.O.*, pero parece ser que el otro lo pilló desprevenido.

—¿Ves, Tasio?, a eso me refiero. Está despistado. Seguramente sea el policía con más experiencia en el cuerpo a cuerpo de toda la ciudad, pero un caco cualquiera va y lo deja inconsciente mientras lo lleva a comisaría esposado. Es como si un don nadie medio retirado venciera a Mike Tyson. Algo debe de estar ocurriéndole. —Márquez, entre avergonzado y apenado, tan solo asentía sin decir nada—. Por cierto, vaya pedazo de combate de «el terror del Garden» el otro día contra Tony Tucker. Brutal.

—Lo vi, lo vi. Ese chaval, pese a lo joven que es, es un auténtico mulo. Lo que pasa es que sospecho que no tiene muy buena cabeza y eso con la pila de buitres que debe de haber rondándole ya como el Don King ese, pues como que tiene mala pinta a la larga.

—A mí me tiene enamorado el Miguelito *Tayson*. ¡Qué mandobles reparte! ¡Con qué mala baba, para lo joven que es! Ahora, y volviendo a lo de Marcos, también te digo que con lo

pequeño que es esto, y conociendo a tu hijo, pobre del otro como lo encuentre y esos problemas que debe tener no se arreglen antes. —Tasio continuó asintiendo.

Sin añadir ni una sola palabra, Márquez se levantó, salió de la habitación y al poco volvió a la estancia con sendas cervezas en las manos. Le dio una a su viejo amigo, se sentó y después de un choque entre las botellas añadió:

—¿Y si le ponemos un cebo?

—¿A Marcos? —preguntó el comisario Miguel, mientras saboreaba la cerveza que ya había dejado a la mitad del primer trago.

—No, hombre, no, a mi hijo no. Al asesino de las señoras.

—¿Al Mataviejas? —preguntó intrigado Echeverría—. ¿Y qué propones?

—Usar a mi mujer. Sin que ella se entere ni corra ningún peligro, por supuesto. Aunque conociéndola, le molestaría más que al asesino se le llame Mataviejas y ella pudiera ser una de sus presas, que el que la utilizásemos para esto.

—Desde luego, Tasio, esto de la jubilación te está dejando fatal.

Desde el primer momento en que Miguel escuchó a su amigo, supo que aquello no era más que una chanza, lo que ninguno de los dos sospechaba bajo ningún concepto era que el destino y sus crueles designios, les iba a deparar una cruel sorpresa con ese tema.

Santander, doce del mediodía

El sol estaba llegando a su punto más elevado en aquella calurosa jornada en la ciudad de Santander y la imposible pareja descansaba en aquel domicilio de la calle Cisneros mientras se acariciaba, se miraba y rezumaba una ternura impensable solo unas horas antes.

—¿No vas a ir a trabajar? —indagó Rebeca Pereira, al tiempo que palpaba el torso desnudo de su acompañante.

—Pues debería haber ido hace unas cuatro horas, pero no sé qué me puede estar reteniendo aquí, la verdad —bromeó Marcos, que acariciaba su cuello con el mayor de los cariños.

—No, en serio, vamos a tener que movernos en algún momento. No podemos estar aquí haciéndolo todo el día.

—¿Seguro que no? —Marcos levantó la sábana y se miró la entrepierna, travieso—. Yo creo que, si me dejas descansar unos minutos, aún podríamos pasarlo bien un poco más.

—No lo dudo, no —aceptó risueña la exmujer de hielo—. Pero ya lo hemos hecho mil veces esta mañana. Habrá que dejar algo para luego, ¿no crees?

—Está bien. Tú siempre ganas.

Los dos amigos que habían mordido por primera vez desde que se conocían del dulce placer de la manzana prohibida, se levantaron, se asearon, y se dispusieron a salir de nuevo a ese mundo que tan lejos solía colocarlos siempre.

—Lo mejor es que te pidas un taxi —comunicó Marcos al salir del portal—. Yo voy a la comisaría, que me caerá una buena bronca de Miguel, pero mientras me esté leyendo la cartilla, que sepa usted que no haré otra cosa más que pensar en lo que acaba de ocurrir. —Marcos guiñó un ojo de forma pícaro a Rebeca.

—Sabes que Miguel te idolatra, invéntate lo que sea.

—Sí, que una ardiente mujer casi me mata de sexo.

—Ssst. —Mandó callar ella mirando a un lado y otro de la calle.

—Está bien —aceptó el hombre al que no podían brillarle más los ojos de felicidad—. Aunque si es por los vecinos, no creo que haya uno en toda la calle solo que no se haya enterado de lo de antes.

—¡Marcos! —gritó ella como una niña, al tiempo que golpeaba su brazo.

—¿Te veo luego? —El miedo del que nunca gana ese tipo de batallas en la mirada.

—Por supuesto —contestó ella, al tiempo que le dio un beso de tornillo de los de película con subida de pantorrilla incluida.

Al despedirse, Marcos comenzó a sonreír mientras un par de lágrimas mezcla de felicidad y tensión desbordada se escapaban de su rostro. Había tenido que esperar casi cincuenta años para sentir eso que le iluminaba el mundo en aquel momento y no deseaba perderse ni un instante de lo que le depararía el futuro. Rebeca le había confesado antes de salir de casa que iba a hablar con su prometido para dejarlo. Esa declaración de intenciones, tan segura y contundente por parte de Rebeca, hacía que a él, pese a todo lo que le esperaba entre la bronca y el importante el caso que tenía que resolver, la vida le pareciese abrumadoramente más maravillosa que el día anterior y le importasen bastante menos que de costumbre las cosas cotidianas.

Madrid, las doce del mediodía

La hora de la comida se acercaba y Samuel estaba a punto de llegar de nuevo a casa. Se había pasado la mañana atendiendo los asuntos de su trabajo que tan poco le gustaban, pero que tan necesarios eran para asegurar un futuro para su familia. Caminaba por las calles de Madrid tan solo por el gusto de hacerlo, pues debido a su condición, podría teletransportarse en cuestión de segundos a donde le apeteciera. No entendía por qué, pero desde que había visto a su padre el día anterior, una oscura sensación premonitoria le devoraba por dentro. Intentó tranquilizarse pensando en que seguramente se trataría tan solo de haber recordado la evidencia de que la vida con su amada Estela, algún día se terminaría, y eso cada vez que lo pensaba, y pese a ser uno de los seres más poderosos del planeta, le hacía temblar como un niño cuando escucha un ruido en la oscuridad de la noche.

Desde que por fin la recuperó diez años antes había sido el ser más feliz de toda la historia de la humanidad. Sabía que no podría defenderla del todo, en cada momento, y los fantasmas de las enfermedades, los accidentes y el paso del tiempo lo atormentaban cada vez que pensaba que, en su condición de inmortal la sobreviviría. Los primeros años fue una lucha diaria contra aquellos sentimientos que conseguía disuadir con tan solo mirar la luz especial que ella irradiaba, pero con el paso de los años, aquella certeza realmente se lo comía por dentro. Por eso, pasaba tanto tiempo a su lado.

Cuando abrió la puerta de su dúplex, se esforzó por tranquilizarse para que ella no le notase nada. Como siempre, intentó hacerlo de la manera más silenciosa para poder acercarse al santuario de intimidad que ella formaba en torno a su máquina de escribir y así, en silencio premeditado y admiración máxima, contemplar al ser más bello que jamás había visto.

Santander, doce y cuarto

Marcos Márquez caminaba por la calle Cisneros como si flotara. Era la primera vez en mucho tiempo que no le importaba absolutamente nada más en el mundo que lo que acababa de ocurrir en su casa. Por fin el destino le sonreía. Por fin había podido poseer a la mujer que llevaba tanto tiempo siendo el objeto absoluto de su deseo.

Llegaba varias horas tarde al trabajo, pero no por ello se dio más prisa. Se miró al escaparate de una alpargatería, en la que una niña de bellas facciones jugaba tras el mostrador a ser dependienta y sonrió ampliamente al verla tan feliz escenificando con tanta dedicación su improvisado rol adulto. Pensó que estaba de tan buen humor que incluso si viera al ratero que lo noqueó el día anterior, haría la vista gorda. Iba tan absorto en los recuerdos de lo sucedido y la felicidad que ello le provocaba, que no vio a Miguel que salía de Los chalés de la Tierrauca de visitar a su padre.

—Vaya, ¿ya has amanecido? —El tono severo, pero expectante.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Marcos miró para la casa de sus padres sospechando que, si su jefe había ido al domicilio familiar en horario de trabajo, debía de tratarse de algún asunto importante.

—Informaba a tu padre del caso... ya que tú no te has dignado a pasarte por tu despacho.

Los dos policías comenzaron a caminar en dirección a la comisaría.

—Lo lamento. Asuntos personales importantes.

—¿Perdona? —Esta vez Miguel sí optó por comenzar a enseñar los dientes—. ¿Qué tipo de asuntos son tan importantes para faltar al trabajo sin informarme a mí o a tu familia?

—Me vas a matar, pero por fin Rebeca ha dicho sí. Llevo toda la mañana en mi casa con ella. Te compensaré las horas, si quieres al doble, pero tú mejor que nadie sabes lo mucho que me importa esto.

Miguel dudó un instante. Por su cabeza pasó a toda velocidad la disyuntiva entre echarle la bronca a su ahijado, o simplemente optar por comprenderle y saltarse su faceta de comisario para felicitarle. Se decidió por elegir una mezcla de las dos.

—Serán al doble, no lo dudes —concedió—. No obstante, te felicito. De todo corazón... Pero no vuelvas a faltar sin avisarme en tu puta vida. —El tono del que no desea que nadie, ni siquiera a los que considera de su propia familia, se le suba a las barbas.

—No te preocupes, lo entiendo.

Marcos acató el papel que sabía que debía representar, consciente de que aquello no era más que lo que su padrino debía hacer debido a su posición. Por su parte, una tremenda sensación de alegría inusitada envolvió a Miguel. Aquel podía ser el punto de inflexión que Marcos tanto necesitaba. Sabía que era un magnífico policía, pero en lo personal siempre había tenido mala suerte y algunos problemas con su orgullo y su cabezonería, amén de unas gigantes ansias de poder, que le habían hecho autocomplicarse su propia existencia de continuo.

—De todas formas, aunque te insto a que aproveches esta oportunidad que el destino te da en lo personal, te ruego que no te despistes ahora. El caso de ese malnacido de las viejas está en su punto más alto, porque ya está matando de continuo y la prensa se hace eco de ello, dándole de esta forma un falso estado de privilegio protagonista que estará engrandeciendo su vanidad. Y ya sabes que cuando un homicida en serie comienza a cogerle el gusto a lo de asesinar, es cuando comienzan a cometer errores impropios de sus comienzos.

—Mi padre siempre decía que de asesinos en serie tú eras el que más sabía desde bien joven. —Intentó «darle jabón» al ego del otro por parte de Marcos—. Que prácticamente fue por eso que continuó apostando por ti cuando empezabas.

—¿Sabes lo que también siempre decía tu padre?

—Sorpréndeme —replicó Marcos con resignación al ver por dónde iban a ir los tiros de Miguel.

—No me hagas la pelota más que lo justo.

—Entendido.

—¿Quieres que te ponga al día del caso y dejarte de chorradas?

Marcos sonrió porque comprendió que, tal y como le había vaticinado Rebeca unos minutos antes, su padrino, que desde siempre había tenido una devoción máxima por él, parecía querer pasar página sobre su retraso.

—Por supuesto, Miguel.

Lo que restó del camino a los bajos de la parte trasera del ayuntamiento que albergaba la santa casa de la ley santanderina, sirvió para que el mayor pusiera al corriente de lo todo lo relacionado con el caso al subcomisario.

—Me parece bien lo que dice mi padre de utilizar al periodista para poner nervioso al asesino. —Ambos policías se detuvieron en la puerta del despacho de Miguel.

—A mí también. De hecho, voy a llamarle ahora mismo. Luego te cuento, que supongo querrás estar presente también. —Fue lo último que se dijeron antes de que Miguel se metiera en su despacho.

Marcos se decidió ir a su habitáculo para rellenar el informe del fatídico suceso del día anterior. Para lo que restaba de jornada tenía pensado terminar con eso, también releer todo lo relacionado con el caso y a media tarde salir a buscar a aquel ratero traicionero, que, aunque su maravillosa mañana con la señorita Pereira había conseguido que olvidara de forma parcial, sabía que debía encontrarlo y ajustar cuentas. Aquella ciudad era muy pequeña y no podía permitirse el lujo de que los rumores sobre un ablandamiento de su persona se extendiesen por las calles.

Madrid, doce y cuarto

Después de observar a su mujer un rato, Samuel consideró que ya estaba bien de invadir su intimidad y carraspeó de forma suave a su espalda. Como siempre que ocurría eso, ella continuó escribiendo una última línea que ya guardaba en la rampa de salida de la máquina para generar literatura que albergaba dentro de su cabeza, hasta que giró el cuello hacia él y lo sonrió con la felicidad de una niña que hace mucho que no ve a un ser querido, para acto seguido, levantarse y correr en dirección a su esposo con la dificultad que tenía ir envuelta en una manta, que justo al llegar a los brazos de Samuel dejó caer al suelo mostrando su cuerpo desnudo. El traficante de almas sonrió y comenzó a besarla con pasión.

—Tan solo una cosa antes, Estela.

Samuel, sabedor de que cuando su esposa se entregaba al Dios del sexo no entendía de treguas en esa guerra que se formaba entre ambos, quiso apuntar algo que sabía que a ella la iba a meter aún más en situación.

—Ya tengo los billetes para ir a ver a tu familia. Y nuestro hijo ya está de camino. Luego iré a recogerlo al aeropuerto.

—¿Sabes que no se puede estar más enamorada?

Fue lo último que Estela y Samuel se dijeron que no fuera algo relacionado con la batalla campal, ardiente y pasional, que llevaron a cabo.

Santander, la una del mediodía

Justo cuando Ángel Ruiz Vega, con su mirada impertérrita perpetua, estaba a punto de quitarse la ropa para relajarse, después de haber revelado la fotografía de su víctima que había tomado con la cámara Canon que siempre llevaba encima y de colocar el souvenir con forma de flamenca que había cogido prestado de su casa, en la habitación que tenía destinada a modo de funesto museo, se replanteó lo que le quedaba por delante en la tarde. Pensó en el incidente que había sucedido en El Café Suizo unas horas antes y le hirvió la sangre imaginando cómo aquel chulito de tres al cuarto, gomina y postín exorbitado y seguramente impostado inherentes a su persona, estaría gimiendo mientras se beneficiaba a aquella diosa a la que, con su odiosa arrogancia, le privó de gozar con él. Su respiración comenzó a agitarse, su cuerpo se tensó y sus dientes se apretaron hasta el punto de que sus encías casi cedieron ante la presión. Intentó en vano tranquilizarse, pero una rabia que conocía bien ya se había instalado en su ser. En realidad, lo había hecho hacía mucho tiempo atrás ya, y era perfectamente consciente de que no podría hacer absolutamente nada por oponerse a la voluntad que le turbaba las ideas y lo sometía a sus oscuros deseos.

Cuando salió de su portal, portaba la maleta que solía utilizar para este tipo de situaciones. En ella, había metido: un paño, cloroformo, soga para ahorcar, así como cuerda fuerte para inmovilizar, un par de pañuelos con los que amordazar a sus víctimas, un cuchillo bien afilado y un par de alicates para «jugar». Sabía que la ciudad no era demasiado grande y que, si aquel malnacido, que se había entrometido entre él y su objetivo en forma de diosa, quería impresionarla, la habría llevado, después de visitar algún sitio caro, a uno de los mejores hoteles de toda la ciudad como le escuchó decirle a la mujer antes de abandonar El café Suizo. Seguramente aquel tipo estuviera casado, pensó, y no le apetecería pasearse demasiado con su conquista por el centro de la ciudad. Además, después de un primer esfuerzo por impresionarla, estaba seguro de que aquel malandrín se apresuraría a llevarla a la habitación del hotel. Además, los meteorólogos del periódico habían predicho que el tiempo iba a cambiar esa tarde, por lo que estaba convencido que, si iba en ese mismo momento al hotel, los sorprendería *in fraganti*.

Aunque Ángel ignoraba si tenían algún horario externo que cumplir, estaba completamente seguro de que lo suyo les llevaría unas horas, con lo que se decidió a dar un paseo hasta el Hotel Bahía que se ubicaba cercano a aquella maravilla que conformaba el mayor estuario de la zona norte del país. El que los encontrara era solamente una idea que albergaba una pequeña posibilidad dentro de su cabeza, pero, por el premio que eso podría conllevarle, deseaba probar suerte.

Siempre que se decidía a tomar esa forma de matar, la del huésped que se hospeda en el hotel y lo abandona sin levantar sospechas, lo hacía fuera de la ciudad, pues no quería cometer riesgo alguno, pero esta vez, como ya hizo al asesinar a otra anciana en dos días consecutivos, haría una excepción. Ángel era inteligente y sabía que matar tres veces en menos de dos días aparte de una excentricidad para lo que su propósito de entrar en la historia patria como el mayor asesino en serie de la historia, era un síntoma de que ya se estaba cansando de las torpezas del cuerpo de policía y también de que, de alguna manera, les ofrecía facilidades para que lo atrapasen, o por lo menos se lo acercasen de una vez. Por otra parte, este tipo de asesinatos, que solía perpetrar no más de tres o cuatro veces cada año, solían servirle para desconectar de la rutina que significaba para él, su afición a deshacerse de señoras de avanzada edad con las que homenajear a su maltrecha madre o borrachos con los que volver a emular el castigo que tanto disfrutó dando a su padre.

Santander, una y cuarto del mediodía

Unos minutos más tarde, Miguel sopesó la estrategia que usaría para hacer que aquel terco periodista aceptase su invitación para charlar. Lo musitó para sí unos segundos mientras marcaba el número del periodista en *El Diario Montañés* y apretó los dientes para concentrarse.

—Tengo algo para ti. —El tono serio y decidido—. ¿Quedamos esta tarde en la puerta del palacio de la Magdalena a las siete y lo hablamos?

—¿No será una encerrona?, mira que aún me duelen los palos del otro día. —El periodista no las tenía todas consigo.

—No, no es nada de eso. He decidido soltar un poco de chicha para poner nervioso a ese hijo de puta. —Durante unos segundos no se escuchó nada al otro lado de la línea—. Te doy mi palabra de que puedes confiar en mí.

—Por supuesto, señor Echevarría. Allí estaré —contestó al fin Víctor Munitis.

Cuando el comisario colgó el auricular se dispuso a releer los informes del caso hasta que al poco recibió una llamada que lo cambió todo. Un vecino de la calle Viveros había telefonado a la policía al ver desde la mirilla de su propio domicilio a un hombre desconocido, que le había parecido sospechoso, salir de la casa de enfrente. Una anciana que por lo general no recibía visitas o si lo hacía, estas siempre eran de sus más allegados. Al acudir una patrulla al lugar, se encontraron con que la vecina no abría la puerta y después de forzar la cerradura obtuvieron el botín de estar en el lugar de los hechos al poco de que estos ocurrieran.

—De acuerdo.—replicó el comisario—. Ahora mismo voy para allá.

Miguel dejó todo lo que estaba haciendo, se levantó a toda prisa y pasó a buscar a su ahijado, al tiempo que gritaba a su secretaria para que un agente le esperara con un coche en la puerta a los dos minutos.

—Olvídate de todo lo que estés haciendo. Nos ha tocado el gordo —gritó Miguel desde la puerta del despacho.

La pareja de policías llegó, favorecida por la ausencia de tráfico a esa hora, en menos de diez minutos al lugar. Y cuando alcanzaron el domicilio se encontraron con Fulgencio Pernía, el vecino que los había avisado, muerto de miedo.

—Yo casi que prefiero volverme a mi casa y dejarlo estar —alegaba el hombrecillo temblando al policía que intentaba tomarle declaración.

—Comisario Miguel Echeverría —se presentó de forma rotunda Miguel, sabedor que su cargo impresionaba casi más que los mismos asesinos. —No se preocupe que no va a trascender que nos ha avisado usted. Le ruego en nombre de este bendito país de piel de toro que conteste a las preguntas que mi compañero le formule. Y, sobre todo, que nos dé los rasgos físicos de ese malnacido para que podamos conformar un retrato robot y pillarlo de una vez por todas. —La luz de autoridad en los ojos y la sonrisa amable de Miguel parecieron tranquilizar al hombrecillo, que se sentó abatido en el sillón de escay que coronaba el salón como si todo el peso del mundo hubiese caído de repente sobre sus hombros.

—De acuerdo, hablemos.

Moscú, la una y media del mediodía

Davinia y Sylvana se relajaban en el *spa* de un lujoso hotel en Moscú. Habían ido de compras, a la peluquería, y en ese mismo instante, disfrutaban de un masaje que dos rusos, como dos armarios empotrados, les daban con esmero.

—No entiendo cómo hay gente que desprecia esta vida. —Sylvana se encontraba con los ojos cerrados, gozando de las manos expertas de aquel hombretón.

—Y que lo digas —contestó solo su hermana, que decidió que había llegado el momento de que aquellos dos gigantes caucásicos, que parecían sacados directamente de la guardia real de algún zar, les reportaran otro tipo de placer que se extralimitaba de las obligaciones de su empleo.

Ninguno de los dos soldados del hielo puso demasiada resistencia y las dos diablas pudieron tener un agradable rato de sexo en el que, como siempre, la lascivia, la lujuria, el vicio descontrolado y el ardor del placer en su más caliente versión fueron los protagonistas.

Santander, dos menos cuarto

Miguel se encargó personalmente de interrogar al vecino que había visto por el ojo de la mirilla de la misma puerta de su domicilio salir al asesino de viejas, justo después de asesinar a María Antonia Suarez. Fulgencio, que así se llamaba el pobre hombre que tenía el susto en el cuerpo y que parecía maldecir a su propia suerte por haber estado en el lugar equivocado en el momento menos oportuno, se mostraba excesivamente nervioso y no resultaba ser de demasiada ayuda para la investigación.

—Vamos a ver. —El comisario comenzaba a perder la paciencia, justo cuando Marcos volvió de la casa contigua haciendo un gesto afirmativo que dejaba en evidencia que aquel infame acto había sido obra de la misma persona que tantos problemas los estaba creando—. ¿Se quiere tranquilizar un momento?

—S... sí, per... perdone. —El hombrecillo, que cada vez lucía más pequeño recostado en una postura casi fetal en su sillón de escay, temblaba de forma considerable—. Es que mi madre aún vive y aunque tenga casi cien años no quiero perderla de la forma que mata ese hombre. ¿Entiende? Me da miedo que se entere. Yo soy un simple pintor, un artista que nunca se ha metido en líos.

—Lo entiendo a la perfección. —Miguel se palpaba la cara como sopesando la respuesta que iba a salir de sus labios a continuación—. Pero justo por eso, para que ese hombre no haga más maldades a la gente buena e indefensa como usted y su madre, le ruego que nos ayude. El tiempo

aquí es determinante para poder cogerlo de imprevisto. —Fulgencio asintió en silencio—. Pero le garantizo que además de coger a ese malnacido, pondré una pareja vigilando su domicilio hasta que lo atrapemos. Palabra.

—Pues verán —se dirigió también a Marcos que se había colocado a su lado agarrándolo el hombre como para darle fuerza y seguridad—, estaba a punto de salir de casa, por suerte mi mujer no se encontraba aquí, así que no había hablado con nadie ni hecho ruido alguno, y justo cuando ya había cogido el pomo para abrir, escuché la puerta de María Antonia. Y, disculpen el comentario ustedes y Dios. —Se santiguó con dedicación varias veces—. Que el cadáver aún está caliente, pero es que, aunque me cayese bien, esa mujer era temible por pesada, por lo que preferí no salir y esperar a que ella bajara antes de salir yo. Pero, no sé por qué, miré por la mirilla. El ruido de la puerta fue demasiado silencioso para lo basta que era esa mujer y eso me hizo interesarme por ver qué ocurría. Entonces vi a un hombre moreno, bien vestido, salir de forma sospechosa. Demasiado cuidadosa. Tenía una mirada de las que hacen que te cambies de acera. Como con maldad. Yo me quedé quieto y ni respiré, pues en el segundo que se cruzaron nuestras miradas a través de la puerta me quedé helado por el odio que desprendían sus ojos. Con la misma, después de mirar para mi puerta un segundo, el hombre se dispuso a bajar por las escaleras. Yo me quedé quieto como por espacio de diez minutos. Ni siquiera me atreví a mirar por la ventana para espiarlo, por lo que no tengo ni idea de en qué dirección marchó.

—¿Recuerda algo más? —indagó Marcos, que acariciaba el hombro de Fulgencio de forma contundente—. Algún otro detalle por pequeño que sea.

—¡Nooooo! —El hombrecillo se echó a llorar—. Lamento haber sido un cobarde, pero los ojos de ese hombre daban auténtico miedo. —Miguel hizo un gesto a su ahijado para que dejaran al hombre tranquilo.

—No lo ha sido, nos ha llamado y ahora nos ha contado lo que ha visto. Es otro tipo de valentía. Le garantizo que lo cogeremos —dijo determinante el comisario—. Ahora, en cuanto se reponga, le pediré un último favor. Necesito que nos ayude a crear un retrato robot. Veremos si eso de ser artista nos echa un capote esta vez.

A una orden de Echeverría, uno de los muchos policías que se encontraban en la casa, acudió a proseguir la charla con aquel afable vecino. Miguel y Marcos se encaminaron hacia el domicilio de la víctima, decididos.

—No hay equivocación. Es el mismo cabrón de siempre —alegó Marcos, que ya había visto con sus propios ojos la escena del crimen.

—¡Hijo de puta! —exclamó Miguel al ver el circo que allí había montado.

El hombre de la mirada eternamente impertérrita sabía a la perfección la estrategia que debía tomar. Al fin y al cabo, la había utilizado decenas de veces. Evitó la recepción del hotel para no llamar la atención y se adentró en el complejo turístico por la cafetería. Una vez allí se encaminó a las cocinas e intentó llegar lo más adentro del recinto que pudo. Esperaba ganar las escaleras interiores que siempre tenían ese tipo de edificios sin levantar demasiadas sospechas. Cargado con su maleta, a todas luces parecía un huésped perdido y aunque el caos que se formaba a esa hora en cualquier negocio de hostelería lo ayudó a ser esquivado y evitado por la troupe de cocineros, pinches y camareros que, por la concentración de la presión o no reparaban en él o, directamente, hacían como que no lo veían, hasta que un subalterno con ínfulas de dueño de aquello le salió al paso.

—Usted no puede estar aquí. —La pedantería y la altivez iban más de serie en la persona que con el cargo.

—Lo sé —respondió de forma amable y conciliadora Ángel—. Me he perdido y si me dice por dónde llego de forma rápida a las habitaciones, le daré una buena propina.

Ángel Ruiz Vega sacó de su bolsillo un billete de cinco mil pesetas que ya tenía preparado desde antes de entrar para este tipo de situaciones y la cara del otro cambió de forma radical.

—Además, es que tengo un poco de prisa, ¿sabe? —Se señaló el estómago—. Tanto viaje me ha dejado indispuesto.

El asesino de ancianas ofreció el billete con naturalidad, sabiendo que hay cosas que facilitan todas las situaciones en este mundo que hemos creado los seres humanos y el otro lo aceptó sin ni siquiera pestañear.

Siguiendo las indicaciones que el otro le proporcionó, Ángel Ruiz Vega alcanzó las escalerillas destinadas para el personal del hotel que daban a la parte trasera del edificio. Ascendió estas, decidido, hasta las plantas de los huéspedes. Sabía que aquello que intentaba era una labor complicada, pues, pese a las deducciones y descartes que había efectuado hasta llegar ahí, incluso en el caso de que aquella pareja que buscaba estuviera en el hotel todavía, le iba a ser complicado dar con ellos. «Comenzaremos por los carteles de no molestar», se dijo en voz baja, mientras avanzaba por el pasillo de la primera planta.

Después de ver con sus propios ojos la escena del crimen, el comisario Miguel Echeverría y su ahijado Marcos Márquez dialogaban en otra de las habitaciones con la preocupación por compañera y la esperanza como ilusión.

—Lo primero, que llamen al periodista y que venga ahora mismo. —Extendió una tarjeta al otro—. Aquí está el número. Yo avisaré a tu padre. Adelantaremos la reunión que teníamos esta tarde. Le diremos que publique que tenemos un retrato robot y que estamos cerca de atraparlo.

—Me parece bien —respondió el más joven—. Si te fijas, esta vez no ha hecho algunas de las cosas que hace siempre. Está todo como muy descuidado para lo meticoloso que es.

—¿Un imitador? —Miguel lo miraba con atención.

—No lo creo. No se han filtrado tantos datos. —Marcos comenzó a andar en dirección a la puerta—. Más bien creo que se está gustando demasiado. Es el momento de pillarle.

—Lo sé. Pues vamos a por ese cabrón de una vez por todas —alentó el comisario.

—Voy a ver cómo va lo del retrato. —Marcos se perdió camino del otro domicilio.

Miguel lo siguió con la mirada sin decir ni nada hasta que su atención se centró de nuevo en la escena del crimen.

—¿Quién eres y dónde te escondes, hijo de puta?

El comisario comenzó a atusarse el frondoso bigote que lo caracterizaba, que ya estaba a punto de abandonar su color negro natural de toda la vida para entregarse de forma definitiva al blanco que le tocaba ya en ese momento.

Al poco, se acercó a un subalterno, le dio unas indicaciones, visualizó el teléfono que se encontraba en una de las mesitas de noche, descolgó el auricular y marcó un número que se sabía de memoria desde hacía casi más tiempo que su propio carné de identidad.

—Tasio, necesito que vengas. Hay montado un circo bueno en la calle viveros. Te he enviado un coche para recogerte en cinco minutos. Hay novedades con el Mataviejas.

—De acuerdo. Me visto y bajo. ¿Estamos cerca?

—Más que nunca...

El hombre de la mirada impertérrita recorrió varias plantas del hotel inspeccionando a consciencia por si encontraba algún cartel en las puertas de *no molestar*. No le salió nadie al paso, cosa que no le sorprendió y menos a esas horas en que el servicio de habitaciones ya había terminado sus turnos. Eran muchas ocasiones hospedado en hoteles y ya sabía cómo actuar en situaciones como esa. Antes de llegar a la quinta planta, llamó a un par de puertas que tenían colgado en ellas el consabido cartel que, con solo verlo, comunicaba que los que se encontraban en su interior no deseaban que nadie los interrumpiera y otra puerta más, que, aunque no tenía puesto el aviso, retransmitía los gemidos de una mujer que claramente se encontraba disfrutando de un placentero encuentro sexual. Las tres veces lo abrieron y, al no ser el objetivo que buscaba, Ángel optó por fingir que se había equivocado de habitación al buscar a su mujer y pedir disculpas.

Comenzaba a pensar que todo había sido en vano, cuando una puerta, al fondo de la quinta planta, se abrió. De ella salió la diosa de por la mañana. Despeinada, con el maquillaje corrido y colocándose la ropa. De esa forma, recién utilizada por otro, no le atrajo en absoluto. De hecho, sintió repulsión y asco. Aprovechó que ella se volvió para despedirse de su amante, para introducirse en el hueco de una de las puertas que quedaban al lado de la escalera. Después de unos segundos, que se le hicieron eternos, en los que la furtiva pareja se dio los últimos arrumacos, tal y como había previsto la puerta se cerró, la falsa diosa se encaminó a los ascensores que quedaban a mitad de camino de la puerta que lo separaba de su venganza y de donde se encontraba, y él sonrió ampliamente sabiendo que aquella tarde la suerte le sonreía.

Esperó un tiempo prudencial por si a la mesalina de ocasión, le daba por volver, sintió la excitación que tanto le gustaba ante la posibilidad de que lo pillaran y, con paso decidido, se dirigió hacia el final del pasillo. De camino, sacó unos guantes de su americana, que se puso de forma cuidadosa. Se plantó delante de la puerta quinientos dieciséis, abrió la maleta, sacó de ella el paño, lo empapó de cloroformo, escuchó dentro cómo el agua de la ducha confería la banda sonora de la habitación. Examinó la cerradura y volvió a sonreír, pues todo estaba ocurriendo como había supuesto que sería, mientras sacaba de su cartera una tarjeta que tenía destinada para

este tipo de lances. La cerradura cedió sin demasiada oposición, miró al pasillo, comprobando que nadie observaba, y se adentró en la habitación cerrando la puerta tras de sí con cuidado. Una vez en el interior de la estancia, echó un fugaz vistazo alrededor para cerciorarse que allí no había nadie más. El agua de la ducha continuaba fluyendo libremente y de dentro del habitáculo emergía la voz de aquel hombre que tanto detestaba, y que parecía estar canturreando una canción de Nino Bravo. «Encima mira cómo desafina el condenado», pensó Ángel. Posó la maleta en el piso. Se aproximó a la puerta del cuarto de baño con el paño rezumando cloroformo en la mano y descubrió a su víctima, de espaldas, bailando como un niño, seguramente debido a la alegría provocada por el encuentro sexual que le había robado por la mañana y que parecía haber durado horas. «Es irónico que alguien que parecía tan chulo por la mañana, esté haciendo algo tan ridículo antes de morir», especuló antes de acercarse con cuidado a la bañera.

Todo ocurrió muy rápido. Aunque Ángel era considerablemente más pequeño, el ataque a traición y el cloroformo jugaron como parte de su equipo y en poco más de veinte segundos aquel castillo de hombre yacía espatarrado en la bañera.

Madrid, tres de la tarde

El aeropuerto de Barajas, de Madrid, era uno de los mayores caos que Samuel había conocido en toda su vida, y eso que su condición de traficante de almas le otorgaba el privilegio de haber conocido muchos lugares en el mundo. Se encontraba esperando en la puerta de los vuelos internacionales a que el avión de su hijo llegara. No parecía ir con retraso, o por lo menos eso era lo que decía el enorme tablón que chivaba ese tipo de cosas, por lo que en cosa de media hora, su hijo estaría de nuevo con ellos. Su amada mujer se había quedado en casa terminando con la obligada escritura diaria que le permitiría acabar a tiempo su próxima novela, pero estaba seguro de que deseaba ver a Samuel junior más que incluso a él mismo. No estaba muy acostumbrado a esperar, pues él podía moverse libremente por el mundo a su antojo, pero esta vez había decidido ir con tiempo, pues hacía ya días que lo invadía una extraña sensación que le dejaba muy mal cuerpo. Era como si presagiara que algo malo iba a ocurrirles. Se colocó en la primera silla limpia que encontró en una de las cafeterías del aeropuerto, apoyó en la mesa la consumición que acababa de pedir en la barra y se dispuso a leer el periódico de manera tranquila. No solía disponer de demasiados ratos de relax en soledad, cuando estaba con su mujer la situación era opuestamente diferente, y se le hacía extraño, agradable, pero extraño. Estuvo tentado a, como otras tantas veces, leer el periódico a su forma, que era materializándose en el lugar donde transcurriera la noticia recién leída para comprobar de primera mano cómo estaban las cosas, pero esta vez, y por si su hijo se adelantaba, decidió esperar como si se tratase de un simple mortal más.

Santander, tres y cuarto

Cuando el periodista Víctor Munitis llegó al número diez de la calle Viveros, tres hombres lo esperaban. Los conocía a todos a la perfección y no entendía cómo esta vez no solo lo dejaban pasar a la escena de un crimen, sino que lo trataban como un igual. Algo raro estaba pasando.

—Tenemos un retrato robot —explicó el comisario Echeverría—. Llama a tu jefe, vais a lanzar un ejemplar especial esta tarde. Esperamos que esto sea clave.

—¿Cómo lo han conseguido? —preguntó interesado el periodista—. ¿No será otra trampa para desacreditarme?

—Tú haz lo que el comisario te dice —replicó Marcos—. Vamos a ver si el cabrón ese, al sentirse amenazado, comete algún error. O si el que nos ha hecho el retrato es tan buen pintor como parece y alguien lo reconoce y lo atrapamos.

—Pero... ¿lo tenéis de verdad? —Víctor no terminaba de confiar del todo en la Policía, pues hasta ese momento siempre se había encontrado con trabas y obstáculos.

—Mira. —Tasio alargó un papel hacia el otro.

—¡Hostias! Pues sí que está bien hecho. —La cara de sorpresa de aquel joven periodista no podía reflejar más emoción—. Con esto en la portada del periódico lo atraparemos seguro. —Los tres policías se dieron cuenta de la forma en la que Víctor se incluía—. ¿Puedo hacerles una pregunta?

—Por supuesto —contestó Miguel que disfrutaba con aquello.

—¿Por qué yo? ¿Por qué van a dejar que me lleve el mérito?

—Primero, lo del mérito lo tendrás que discutir con tu jefe —respondió Tasio, sabedor de cómo eran las jerarquías en la prensa.

—Y segundo es tan solo porque nos ha gustado que seas un hombre de principios y que cree en sus valores. —Esta vez habló el comisario, volviendo a llevar la voz cantante.

—Y tercero... —Como si fueran una sola persona, Marcos finiquitó la función— porque eres tan *tocahuevos* que mejor tenerte de nuestro lado.

—Sabéis que yo siempre voy a estar tan solo de mi propio lado, ¿verdad? —El periodista intentaba reafirmarse, pero estaba profundamente emocionado.

—Vete a llamar a tu jefe, anda, no se nos vayan a pasar las ganas de ayudarte. Y asegúrate que la tirada está surtida esta misma tarde en todas partes.

Miguel concluyó aquella conversación y Víctor Munitis se apresuró a volver a la sede del periódico.

El silencio se apoderó de la habitación durante unos segundos hasta que, dejado el tiempo prudencial para que el cuarto hombre abandonara la casa, los tres amigos comenzaron a preparar la estrategia.

—¿Podremos fiarnos de él? —Marcos no las tenía todas consigo.

—¿De la prensa? —bromeó Tasio—. Aunque este es un buen chico, es terco en su oficio como él solo. Si puede meter las narices en este caso, aun a riesgo de joderlo, no te quepa duda de que lo hará. Pero si no me equivoco, el comisario ya debe tener un plan para combatir eso. —Padre e hijo miraron a Miguel que sonreía de forma cínica.

A pocos metros de allí, uno de los policías, a las órdenes del comisario Echeverría, comenzaba a seguir a aquel joven periodista por una ciudad de Santander, que como tantas otras veces, amenazaba con cambiar de forma drástica el tiempo y teñir de negro su cielo.

Moscú tres y media de la tarde

La hora de comer era sagrada para aquellas dos concubinas de lo oscuro y lo prohibido, en todos los sentidos. Por lo que después de dar buena cuenta de la pareja de masajistas, esta vez solo en el terreno sexual, las oscuras hermanas se dirigieron al restaurante de cinco tenedores del carismático hotel National. La mesa que el metre, después de una succulenta propina, había proporcionado a las dos vampiresas, se encontraba ubicada frente a un gran ventanal panorámico con vistas al mismísimo Kremlin.

—¿Tienes pensado algo para distraer a Samuel, hermanita? —Sylvana cataba un merlot, suave, fino y elegante, mientras comparaba el rubí del grandilocuente anillo que lucía en su dedo con el color del caldo.

—Por supuesto. ¿Cuándo he dejado yo algo para la suerte? —Davinia, en cambio, saboreaba una colección de recetas originales rusas que formaban parte del menú degustación que habían pedido.

El restaurante Moskovsky era un establecimiento numerosamente galardonado y reconocido en el país ruso como «la mejor cocina autóctona». Habitual era la presencia en sus grandes salones de celebridades, deportistas de élite, políticos y gente influyente. Contaba con música y funciones de piano en directo todos los días. Un poco más lejos, otra de las sorpresas del recinto albergaba el bar Alexandrovsky, más conocido como «el jardín de invierno», debido a los árboles naturales que crecían bajo su techo de cristal y que dotaban con sus exóticos colores de un toque salvaje al lugar.

—¿Y bien? —La paciencia no era una de las mayores aptitudes de la malvada.

—En principio iba a utilizar las escapadas que hace a diario al hospital a ver al bicho raro ese, pero me lo he replanteado y creo que al final va a ser de otra forma.

Silvana atendía a su hermana con la mayor de las atenciones, mientras jugaba con la comida llevándola de un lado para otro por el plato con el tenedor.

—Mañana viajan a la ciudad esa del norte de España en la que se crio Samuel para cenar con su familia. Actuaremos después.

—Ya, pero... ¿cómo los vamos a separar?

—Sencillo. Samuel nunca dejaría un importante aviso de su padre sin atender.

—Pero... si Abraham está en los infiernos. ¡En letargo! —Sylvana no entendía nada.

—Mejor, así tardará más en volver.

—Y ¿cómo vas a conseguir que eso pase?

—Bueno, tengo a alguien allí que me puede hacer esa labor. —Davinia sonrió enigmática—. Tú estate tranquila, que lo tengo todo perfectamente planeado.

—Tú siempre tan dedicada a nuestros intereses —contestó Sylvana, que ya andaba echando el ojo a uno de los camareros que la sonreía de forma pícaro.— Por cierto, creo que ya vuelvo a tener hambre, y quizá, te diría que hasta sed.

—¿Quieres que nos demos una fiesta como las de antes, hermanita? —Ahora era Davinia la que miraba alrededor en busca de alguna presa—. Al fin y al cabo, tenemos la casa para nosotras solas y hasta mañana no tenemos nada importante que hacer. —Ambas rieron, al tiempo que chocaron sus copas para brindar.

Madrid, tres y media

Media hora y un par de cafés con leche acompañados de un sándwich y un pincho de tortilla española después, Samuel miró su reloj y con tranquilidad, se levantó de la mesa y se dirigió al encuentro de su hijo.

Su relación de cara a todo el mundo era buena. La que cualquier padre putativo que bebe los vientos por la madre biológica tendría con su hijastro. Sin embargo, su relación en privado era algo más tensa. Samuel junior sospechaba mil y una cosas sobre su verdadero origen, pero nunca se atrevió a preguntar. Tampoco Samuel quería llevar las cosas por ese terreno, pues consideraba que cuanto menos supiera el chico, sería mejor para todos. Era consciente de que, aunque la gente lo ignorase, el otro era sangre de su propia sangre y también de que ambos compartían poderes, pues desde pequeño le había ido siguiendo la pista y le había visto hacer cosas impropias de un simple mortal. Para su tranquilidad, el joven no parecía ser consciente del todo de por qué le ocurría eso. Samuel se lo notó casi al poco de comenzar a vivir con él en las lejanas tierras suizas de Delemont. Ya llevaba un tiempo visitándole por las noches en sus sueños y podía intuir que así era, pero cuando lo sorprendió un día moviendo una pelota con el poder de su mente, le quedó claro. Ambos disimularon y durante un tiempo el pequeño no sospechó nada, hasta que un día ocurrió un incidente.

Una de las veces que el traficante de almas congeló el tiempo en su domicilio para ir a «convencer» a un vecino que andaba molestando a su mujer de que se portara bien, se encontró con que su propio hijo estaba consciente. Fue una sorpresa para ambos. El muchacho lucía desorientado, pues aquello era novedoso para él, pero el hecho de que no estuviera parado como todo lo demás hizo ver a Samuel lo poderoso que iba a ser en el futuro. El traficante de almas activó el tiempo como si nada al poco, y nunca en la vida hablaron sobre aquello, pero desde ese día su hijo nunca lo miró igual. Samuel estaba convencido de que solamente ocurría eso cuando estaba cerca de él, pues un millón de veces más paró el tiempo y no pareció pasar nada extraño, pero desde entonces anduvo con más cuidado a la hora de usar sus poderes en el hogar familiar. No deseaba que el chico tuviera consciencia ninguna de su ascendencia. Cuanto menos supiera, más fácil le sería cuidar de él. Por eso mismo, y para protegerlo de su oscuro padre, nunca incentivó esa faceta. Tampoco nunca le confirmó que fuese su verdadero padre y el joven, aunque sospechara cosas, aceptaba de cara a todo el mundo, la versión oficial. Para ojos de todos, Samuel junior era hijo del pelele que Estela se buscó para intentar olvidarlo. Para Samuel esto no era sencillo, pero el qué dirán agobiaría demasiado a su mujer. Además, únicamente le bastó una visita a Ignacio, la expareja de Estela, para que este desapareciera para siempre de sus vidas.

—Bienvenido —dijo de forma escueta Samuel a su hijo, mientras le cogía el equipaje nada más salir este de la puerta de salida de su vuelo.

—¿Y mamá? —Tampoco Samuel junior parecía querer hablar demasiado.

—Terminando su obra de arte en casa. Quiere que vayamos lo antes posible.

—Pues vamos entonces.

No hubo ni un gesto de cariño más allá de lo correcto, y aunque ambos se morían por darse un abrazo, cada uno tenía sus motivos bien fundados para evitarlo.

Santander, tres cuarenta y cinco

Pocos minutos después de la entrada de Ángel Ruiz Vega en la habitación quinientos dieciséis del hotel Bahía, la expresión de terror del otro hombre tras volver en sí, que poco antes se mostraba satisfecho y feliz, dejaba de manifiesto que, después del primer desconcierto, se había percatado de la gravedad de la situación. Se encontraba atado a la cama de pies y manos y una mordaza fuerte impedía que de su boca saliera ningún sonido que pudiera avisar a nadie del exterior. Al lado de la cama, preparándose de forma lenta pero decidida, como si de un cirujano antes de una difícil intervención se tratara, el hombre de la mirada impertérrita ni siquiera le dedicaba un mínimo de su atención. Ángel preparaba su ritual e iba dejando encima de una de las mesitas los utensilios que portaba en su maletín. Así, la víctima contempló con pánico cómo el cuchillo, los alicates, y otros utensilios que no supo identificar, pero que parecían sacados de algún macabro *sex shop*, esperaban ya para entrar en acción. Por la cabeza de aquel hombre, que desnudo, con el pelo mojado y despeinado, y con la expresión de pánico en el rostro, poco se parecía al galán de telenovela que entró en el Café Suizo solamente unas horas antes cometiendo a su llegada quizá el peor error de toda su vida. Por su cabeza pasaban miles de pensamientos desde que despertó. Al principio, en cuanto recobró la consciencia y sin tener ni idea de qué estaba ocurriendo ni cuánto tiempo había pasado desde que algo lo interrumpió cuando se estaba duchando, después de haber tenido una maravillosa sesión de sexo sin compromiso con aquella mujer que tanto se había entregado en que ambos disfrutaran, sintió una sensación de angustia mezclada con rabia. Pataleó e intentó zafarse del amarre que lo mantenía postrado en aquel lecho, que poco antes había utilizado para otros menesteres tan diferentes, pero fue en vano. Observó a aquel hombre al que identificó como el pequeño mequetrefe de por la mañana con estupor. Cientos de veces se había topado con tipos así en su vida. Mediocres que creían merecer más de lo que tenían y a los que, con su planta y posición, le fue fácil indicar cuál era su verdadero lugar. Pero ese sentimiento de rabia fue solamente al principio, en cuanto se dio cuenta de cómo estaban las cosas, la prepotencia y la altivez que solía mostrar se esfumaron y se sorprendió invadido por una desolación que lo atenazaba por completo.

El hombre de la mirada impertérrita encendió el televisor y subió el volumen hasta dejarlo ni demasiado alto para que los demás huéspedes del hotel, en caso de encontrarse en sus habitaciones, se quejaran, ni demasiado bajo para que pudiera escucharse desde el exterior nada que alertase de lo que allí ocurría.

El cebo estaba enviado. En no demasiadas horas, una edición especial de *El Diario Montañés* sacaría en su portada una foto del sorprendente retrato robot que haría que el asesino se sintiese al menos algo más inseguro, y los tres amigos se despidieron en el portal de aquella calle Viveros que, aun con la tristeza que otra muerte más por parte de aquel desalmado los reportaba, había abierto un importante halo de esperanza y posibilidades. Miguel y Tasio irían a la comisaría a terminar de supervisar los informes del caso y Marcos se preparaba para ir a comer algo por el centro.

No podía dejar de pensar en lo que había ocurrido tan solo unas horas antes con Rebeca. Por

fin la buena suerte parecía llegar a su vida y esperaba que esta vez fuera para quedarse. Mientras caminaba debajo de la lluvia que, de improviso y pese a lo bien que había comenzado la jornada en cuanto a lo climatológico, comenzaba a hacer acto de presencia en la ciudad de Santander, no dejaba de recordar ni por un segundo el rotundo cuerpo de su deseada mujer de hielo. Sonreía como un niño al hacerlo, no solo porque por fin había podido disfrutar de su intimidad, de su piel, de sus secretos mejor guardados en forma de lujuria, sino porque consideraba que después de eso, ella abandonaría los planes de boda que tenía con aquel gallego al que no conocía, pero al que odiaba con todas sus fuerzas desde el mismo momento que supo de su existencia, y juntos vivirían la más bella historia de amor jamás contada o sentida. «A mis cuarenta y tantos tacos e ilusionado como un adolescente», se dijo en voz baja entre lo canallesco y lo sorprendido.

Se detuvo un segundo a disfrutar de las gotas de agua que, a modo de *calabobos* como se denominaba ese momento en la *tierruca*, golpeaban de forma intermitente en su rostro. No era de los que se paraba a apreciar aquel tipo de cosas, pero aquella era una ocasión especial. Pensó que, después de mucho tiempo, volvía a sentir que la vida le sonreía y a los pocos minutos descubrió que las sorpresas no habían hecho más que comenzar en aquella jornada.

Tasio y Miguel regresaban juntos, como tantas veces lo habían hecho en el pasado, a la comisaría de la ciudad. Durante un rato, no se escuchó absolutamente nada en el interior del vehículo. Conducía Miguel y Tasio miraba el cielo que cada vez estaba más negro, como si nada más faltasen unos breves minutos para que comenzara a diluviar. Ambos pensaban en cómo podrían hacer que aquel asesino que estaba asolando a fuerza de muertes perversas la capital cántabra, viera por fin cortada su libertad.

—¿Te imaginas que algún día alguien del mundo del arte local, tenga la idea de escenificar los casos que nosotros resolvemos haciendo una especie de teatro callejero por estas mismas calles?
—Tasio decidió romper el hielo.

—«*Santander en la sangre*», deberían llamarlo —contestó Echeverría entre burlón y solemne.

—Pues riéte, pero sería un nombre perfecto. A mí me encantaría ver algo así.

—Y a mí... Y ya si le metemos amor y folleteo, sería un éxito completo que ya sabes cómo es de morbosa la gente. —Ambos rieron imaginando la idea—. Hablando de telenovelas, ¿sabes que Marcos se ha ligado por fin a la gallega de sus sueños? —Miguel habló con el misterio implícito en la voz de los buenos narradores.

—¿A Rebeca? —contestó solo Tasio.

—A la misma que viste y calza.

—Nunca mejor dicho, macho —respondió Tasio con sorna.

—Te cuento —prosiguió Miguel después de reír la chanza de su amigo—. Hoy ha llegado tu hijo a las mil a trabajar y con una cara de felicidad por no haber pegado ojo en toda la noche de las de película, ¡Ya me entiendes!

—Pues me alegro... Supongo. —Tasio no las tenía todas consigo.

—Sí, y yo. Eso sí, he tenido que hacer el papelón y echarle la bronca estando yo casi más feliz que él.

—Me imagino la escena. —Rio Tasio.

—Ya veremos hacia dónde va la cosa, pero ojalá por fin se centre. ¡Tenías que haberlo visto! A sus cuarenta y pico parecía un niño la mañana de Reyes. Ojalá ella no esté jugando con él... eso lo mataría.

—Ojalá esto le venga bien, sí. —Tasio no daba crédito—. Al final va a ser verdad eso de que

el que la sigue la consigue.

—Yo no entiendo a esa mujer. Tanto tiempo pasando de él para otra cosa que no fuese una amistad y ahora va, y hace esto.

—Pero... ¿Te ha dicho si va en serio o ha sido solamente un homenaje?

—Pues parece que va en serio, por lo que me ha explicado tu hijo. Al parecer la *galleguiña* tiene una relación con Carbajo...

—¿El comisario gallego? ¿El de la Coruña? —interrogó sorprendido Tasio—. Pues es de un sieso el tipo...

—El mismo. Y me ha contado Marcos que hasta tenían fecha de boda y todo.

—Y... ¿mi hijo no sabía nada?

—Qué va, se lo había omitido todo la muy granuja.

—Pues eso no es bueno —sentenció Tasio—. Si ya empezamos con mentiras...

—Lo sé. Pero parece que, al venir a informarle, cosa que quería hacer en persona, mi ahijado se pilló el rebote lógico y ella, al ver que lo perdía, no se ha podido resistir a sus encantos.

—¿Justo antes de su boda? —Márquez hizo una pausa dramática para sopesar bien lo que deseaba añadir—. Pues, aunque ahora parezca una victoria, realmente se le puede volver en contra a la mínima. A ver con qué cara le dice al gallego, con la mala hostia que los dos sabemos que gasta el tipo, que ya no se casa con él porque se ha liado aquí con su amiguito del alma.

—Visto así, es un pedazo de marrón para ella, cierto es.

—Espero no estar juzgando la situación desde el escepticismo que le tengo a ella desde hace ya bastante en cuanto a hacer bien las cosas, pero, y ojalá me equivoque, espero las cosas marchen bien y no se avecine tormenta.

—Amén —sentenció el comisario justo antes de aparcar el coche en la puerta de la comisaría.

Madrid, cuatro en punto

El trayecto resultó igual de tenso que cualquiera de las situaciones en las que padre e hijo coincidían a solas. Samuel senior conducía, mientras el más joven miraba las calles de ese Madrid que hacía meses que no veía como si de un turista recién llegado se tratase. Al fin y al cabo, después de un tiempo de ausencia todo nos puede volver a sorprender de nuevo. Nada más hubo un par de preguntas de cortesía sobre los estudios del chico y sus corteses respuestas recíprocas.

A Samuel esta situación le dolía como un cuchillo clavado en el centro del corazón, pero sabía que era lo que debía hacer para protegerlo. El joven, sin embargo, no deseaba entablar mucha más relación con alguien que, aunque siempre lo había cuidado y dado absolutamente todo lo que necesitaba, amén de idolatrar a su madre, le daba un miedo sobrecogedor por algunas de las cosas de las que había sido testigo. Su padre, pues, estaba convencido de que así era en realidad, ignoraba que cada vez que paraba el tiempo congelando el mundo, él se resistía a esa magia que no comprendía. Incluso lo había espiado en más de una ocasión siendo testigo de auténticas barbaridades por su parte. Violencia, robos y demás actos deshonorosos, que iba a quedar impunes, que hacían que no le gustara esa faceta del otro en absoluto. Él mismo desde muy pequeño supo que era especial. Podía hacer cosas que no eran normales para los demás mortales. Desde mover objetos con la mente, recordar todo lo que había visto u oído desde pequeño o la posesión de una inmensa fuerza que alguna vez le había traído algún que otro problema al tener dificultades para

controlarla. Con las chicas, sin embargo, esas habilidades diferentes le eran muy valoradas. Por un lado, no le costaba demasiado ligar con la mayoría de ellas. Parecía que con solo proponérselo las convenciera sin demasiada capacidad de oposición y eso para alguien de su edad era lo más parecido al oro que se pudiera tener. Por otro lado, en el momento de tener algún encuentro sexual con alguna de ellas, había algo en él, en su energía y en su forma de hacer las cosas, que las volvía locas por completo. Algo que enseguida supo que era muy superior a la media. Así, su lista de amantes, y pretendientes a causa de los rumores que se corrían cada vez que ejercitaba con alguna chica sus pequeños grandes «trucos de magia», era inmensa. Pero, aun con todo, el joven Samuel no estaba a gusto siendo especial. Nunca quiso serlo y menos cuando presencié algunas cosas de su padre que lo horrorizaron. El joven estuvo presente cuando el traficante de almas «convenció» a Ignacio, el que a ojos de todos era su padre, de que los olvidase por completo obligándole, mediante la sugestión que también parecía hacer sobre los demás, a que se fuera lejos para nunca regresar. También estuvo presente en otras situaciones más escabrosas como la primera vez que se dio cuenta de que algo raro ocurría. Estando aún en Suiza, siendo solo un adolescente, Samuel junior empezó a ver todo borroso, como si de una ensoñación se tratara. Su madre se quedó petrificada, al tiempo que él sentía náuseas y no entendía lo que ocurría. Mientras luchaba con su propio estómago para que no huyese por su boca, escuchó ruidos en el jardín y se asomó para ver qué ocurría. Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse a su padre levitando, como en las películas de Drácula que nunca le dejaban ver, en estado de trance y desgarrando sin piedad, con una especie de halo de luz, que salía de sus ojos a un hombre. El joven, que procuró que el otro no descubriera que había visto nada, se hizo un ovillo en el sofá y disimuló lo que pudo para nunca más hablar de aquello. Fue la primera de muchas, demasiadas. Por eso, desde bien joven insistió con que deseaba estudiar fuera. No le gustaba estar cerca de su padre. Lo quería con locura y deseaba hablar con él de lo que a él mismo también le ocurría, pero el miedo era más fuerte y hacía que actuase de esa forma esquiva y distante.

Santander, cuatro en punto

Descendía Marcos bajo la creciente lluvia la cuesta de Alcázar de Toledo que se encontraba, a causa del cambio de tercio en el tiempo, semidesierta, cuando se topó de bruces con el ladronzuelo que el día anterior le había noqueado en mitad de la calle de un codazo a traición. El carterista salía, seguramente de haber hecho alguna de las suyas, de uno de los callejones previos al pasaje del Tres de Noviembre, muy cerca del mítico, y casi perdido para la policía, edificio Tapón de Isaac Peral en los que el pillaje y la droga campaba a sus anchas con casi total impunidad día sí y día también en ese momento de los tan convulsos años ochenta. Al encontrárselo de bruces, la cara del otro hombre fue de auténtica sorpresa. Iba acompañado de otro *pintas* como él y en el segundo que tardó Marcos en sacar su pistola, pasó por su cara la mismísima expresión de haber visto un fantasma.

—¡Yo que tú no me movería! —exclamó Marcos con una sonrisa irónica en la cara.

El policía hizo un gesto al acompañante para que se marchara, que no dudó ni un segundo en hacer mutis por el foro.

—¿Sabes que has tenido mucha suerte? —aclaró Marcos al otro, mientras le ponía las esposas con sumo cuidado para no volver a tener ningún susto—. Hoy ha sido un gran día. Si te llevo a pillar ayer, te mato a hostias antes de llegar a la comisaría.

Esta vez la situación fue diferente. Había una energía distinta en el policía que el maleante notó al instante. La pistola en los riñones, firme durante todo el camino, también ayudó a que esta vez no se decidiese a intentar nada para huir.

—Para que veas lo feliz que estoy hoy, si te portas bien, solamente te caerán un par de golpes. Y será más por el qué dirán, que por que hoy me apetezca realmente mancharme las manos — comunicó Marcos con cierta ironía al otro en el momento de adentrarse en la comisaría—. Aquí traigo a Antonio Lavín Pérez como prometí ayer. Viene a darse un tratamiento de relajación. Prepárale cama que depende de cómo se porte se va a quedar con nosotros unos cuantos días. Y recuerda que ahora mismo, hora en la que este buen hombre hace su entrada en esta santa casa de la ley son las siete de la tarde. —Guiño cómplice entre compañeros para cerrar la frase.

Marcos se dirigió al compañero que custodiaba la puerta del recinto policial y que, al ver a su superior entrar triunfante, sonrió de forma cómplice, al tiempo que comenzaba a apuntar en un registro de entrada una hora bastante más avanzada que la que el reloj marcaba, al tiempo que el detenido tragó saliva, pues se dio cuenta al instante de lo que aquello representaba.

La extraña pareja se adentró en la guarida del lobo que iba a comerse a aquel carterista que, a cada paso que daba se empequeñecía más y más.

—Por cierto, estuve buscando ayer en tu expediente y vaya carrerita que me llevas, prenda.

—No diré nada sin la presencia de mi abogado. —Cambió de la estrategia por parte del hombre de las manos largas.

—Créeme, si eres listo, tampoco lo dirás en compañía de él. —La mueca de Marcos resultó al

otro la más inquietante de las amenazas veladas.

Marcos Márquez acompañó personalmente a su «amigo de ocasión» hacia los bajos de aquella comisaría. Exhibiéndolo con calma delante de sus compañeros para que a nadie le quedase ninguna duda de que el subcomisario continuaba en plena forma. Aquel «paseillo» también le ayudó a rebajar los ánimos del otro hasta las catacumbas de su valentía.

—¡Adentro!

Ordenó el policía al otro en la puerta de una habitación que, desde fuera, olía a orines, excrementos y sangre, y que tan solo poseía en su interior una bombilla que pendía tambaleante de un cable retorcido y medio pelado que salía del techo como deseando escapar de aquel cuchitril a toda costa. Justo después, Marcos le liberó de las esposas que estaban tan prietas a sus muñecas que habían dejado una marca considerable en la carne.

—¡Tengo derecho a una llamada! —Antonio lanzó un último intento desesperado.

—Claro, amigo. ¡Por supuesto! Pero eso será a partir de las siete, que es cuando entrarás aquí de forma oficial y de cara a todo el mundo. —Marcos empujó con fuerza dentro de la habitación al carterista y cerró la puerta tras de sí.

—Esto no quedará así, te voy a denun...

Un tremendo volado de derechas silenció de golpe, nunca mejor dicho, a aquel que el día anterior había cometido un error que parecía iba a pagar con creces aquella tarde.

Las ventanas estaban corridas imposibilitando que la luz entrara en la estancia y tan solo una tenue luz del pequeño aplique, que se ubicaba encima de la cama, iluminaba la estancia. De repente, el hombre de la mirada impertérrita posó sus ojos en los del otro y este supo en ese instante, no solo que iba a morir, sino que iba a padecer un verdadero infierno antes de hacerlo. En ese momento ya no se movía, pues había aceptado que no le serviría de nada en absoluto. Las lágrimas fluían de su rostro sin que pudiera evitarlo de forma alguna. Sudaba como si se encontrara haciendo un complejo ejercicio y temblaba de forma ostensible, mientras por su cabeza surcaban miles de recuerdos, la mayoría protagonizados por esos hijos y esa mujer a los que había perdido la esperanza de volver a ver nunca más.

—Espero que disfrutases yaciendo con aquella fulana —dijo de repente Ángel—. Porque yo pienso hacerlo contigo. —La alevosa sonrisa heló aún más la voluntad del otro.

Fue lo único que se escuchó en aquella habitación, amén de gimoteos, gritos que nunca lo fueron por la mordaza que lo impedía, y un continuo tarareo que Ángel utilizaba en este tipo de situaciones para crispar el ánimo de sus víctimas, en las más de dos horas que duró aquel ritual.

Madrid, cuatro y media

La llegada al domicilio por parte del traficante de almas y ese hijo que, pese a compartir nombre, nadie se lo atribuía, hizo que la normalidad volviese en parte, dejando de lado la verdadera tensión que los envolvía. Padre e hijo sonrieron por igual al ver a Estela que corrió a abrazar, besar y mimar a su pequeño del alma. Samuel Abascal se mantuvo de forma inteligente a un lado en ese momento.

—¡Qué ganas tenía de verte, hijo mío! ¿Estás comiendo bien? Porque te veo muy delgado y descuidado.

—Sí, mamá —respondió solo Samuel junior que, en ese momento, intentando parecer distante

ante los manidos comentarios de su progenitora, se dio cuenta de todo lo que la había echado de menos.

—Te quiero, mi pequeño del alma.

—Y yo también a ti, mamá.

Un par de minutos más tarde, madre e hijo parecían haberse adaptado ya a ese fuerte vínculo, que como si fuera un cordón umbilical invisible, los unía y, al unísono, los dos miraron a Samuel senior como para indicarle que ya podía unirse a la fiesta del reencuentro familiar que hasta ahora era privada y dejar de ser un mero espectador del precioso reencuentro.

—Bueno, ¿dónde queréis ir a cenar? —propuso el traficante de almas.

—Pues te diría que a algún lugar que hagan comida *made in spain*, que la francesa será la mejor del mundo, ¡pero añoro unos huevos con papas, jamón y chorizo que no veas! —contestó el más joven que, bajo el amparo de su madre, o para que esta no se diese cuenta de lo que ocurría en realidad, parecía otro al interactuar con su verdadero padre.

—Pues venga, no se hable más. Ahora mismo llamo yo a Lucio para comer unos buenos huevos estrellados y vamos haciendo estómago para ir a Cantabria, que ahí sí que te va a cebar tu abuela. —El mayor también parecía querer disimular delante de su esposa.

—Umm. —Se relamió el más joven—. Cocido montañés, chuletón... y arroz con leche casero... ¡Por Dios! ¡Vámonos ya para la *tierruca*!

—¡Ves cómo me pasas hambre!

Samuel senior se fascinó admirando que el sexi animal que siempre había sido Estela continuara enfundándose el disfraz de madre, con lo que eso conllevaba para la libido, al tener contacto con su hijo. Y eso que el chaval lucía ya unas barbas de progre con carné profesional.

—Y ¿nos van a dar mesa donde Lucio a estas horas? —cuestionó escéptica la mujer.

—No lo dudes —replicó satisfecho Samuel—. Conozco a ese santo varón desde hace mucho tiempo por temas de mi trabajo y me debe algunos favores. Confía en mí, cariño.

—Tú siempre con tus chanchullos de trabajo.

Vaciló a su marido Estela, mientras seguía a su hijo que ya se había adentrado en el hogar en busca de su cuarto y el traficante de almas aceptó resignado haber perdido el trono de la atención de su mujer por la llegada de su vástago.

Santander, cuatro y media

Después de un primer puñetazo que hizo caer al carterista, Marcos lanzó un par de patadas sin demasiadas ganas al cuerpo del otro, más que nada para tenerlo controlado en el suelo, que respiraba como un jabalí herido por un cazador furtivo. En cierta parte, en ese momento, las cosas no distaban demasiado de ese ejemplo para él.

—Mira. —Marcos se sacó del bolsillo de la chaqueta una porra de plástico que había cogido de una mesa de camino y se la tiró al otro que se apresuró a recogerla con odio en la mirada—. Ahora me voy a ir. —Marcos sacó su pistola con rapidez al ver que el otro intentaba levantarse—. Volveré dentro de un rato, un par de horas o así. No hagas ninguna estupidez o las cosas empeorarán para ti.

—¿Y para qué coño me lanzas esto si no es para defenderme? —El ladronzuelo no entendía absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Crees que te lo he dado para defenderte? —Marcos se mordió los labios, mientras

continuaba apuntando con su arma al otro—. ¡Qué inocente!

—¿Entonces? —La sorpresa por compañera momentánea.

—Muy fácil —respondió de forma enérgica Marcos—. Cuando venga, y antes de avisar a tu abogado, quiero que te hayas hecho marcas que se vean bien para que la gente de afuera sepa que no se puede tocar los huevos a la policía, así como así.

—¿Y si me niego?

Mientras el otro luchaba por mantenerse en pie y por entender algo de lo que le estaba pasando, Marcos abrió la puerta, sin perderlo de vista ni dejar de apuntarlo, y antes de cerrarla, añadió:

—Si no haces tú el trabajo, ya lo haremos nosotros, no te preocupes. No lo hago yo porque ya te he dicho que hoy tengo buen día.

—¿Y si te trae problemas con la justicia después?

—Tú por eso no te preocupes. Esto ocurre todos los días y nunca nos pasa nada. La justicia os quiere tranquilos a los que sois como tú. —La sonrisa, contundente y superior de Marcos, heló la sangre del carterista.

La puerta se cerró y Marcos comenzó a reír a carcajadas imaginándose lo que pasaba por la cabeza del otro al otro lado de la puerta.

Víctor Munitis entregó a su superior aquel retrato robot y el consiguiente mensaje del comisario Miguel Echevarría que cambió el gesto del redactor jefe de sucesos de *El Diario Montañés*, Óscar Pelayo, esperando que, por fin, su perseverancia hubiese dado resultado.

—Según el comisario Echevarría debe salir en una tirada de tarde hoy mismo.

—Déjame ver. —Alargó la mano Pelayo—. ¡Madre mía! ¡Está muy bien hecho!

—Sí, por lo que he podido averiguar, lo ha realizado un vecino que ha visto salir esta mañana a este hombre del domicilio de una víctima. Lo que pasa es que el susodicho es pintor y les ha tocado el gordo a los maderos.

—A ellos y a nosotros.

Pelayo se levantó y, con el retrato robot en la mano se dirigió hacia la puerta de su despacho, mientras Víctor Munitis comenzó a seguirle por toda la redacción.

—¿Tú sabes cómo se va a vender lo de esta tarde? —Pelayo sonreía, mientras miraba una y otra vez aquel dibujo.

—Como churros, imagino. Me ha dicho Echeverría que vaya en la portada.

—A toda página, muchacho —Admitió Pelayo—. Me voy a poner a escribir ahora mismo el texto de cabecera que lo acompañe.

Ambos llegaron a la sala de máquinas en la que se fabricaban las entrañas del tabloide.

—Había pensado hacerlo yo —Sugirió Víctor Munitis decidido, esperando que, con suerte, la respuesta fuese positiva—. Total, usted ya ha tenido mucha gloria a lo largo de su carrera y esta exclusiva la he conseguido yo...

Un duelo de miradas periodísticas comenzó y duró unos cuantos segundos.

—Bueno, como me pillas tan contento, hoy te dejo que lo intentes. Pero no te acostumbres, Víctor. Tienes media hora para traer ese texto a mi mesa. Si no es bueno, no te lo pongo, que conste. ¿Entendido?

—Por supuesto, señor Pelayo. Cuento con ello.

El más joven dio media vuelta acelerado y se dirigió mientras aún hablaba a realizar el empeño que tanto había perseguido durante sus primeros años como profesional del periodismo.

—Mi firma en la portada en un especial. ¡Dios, es para volverse multiorgásmico! —La más ilusionada de las sonrisas se le escapó alegre del rostro mientras hablaba para sí.

Marcos Márquez llegó al despacho de su padrino que, junto con su propio padre, ya andaba organizando el operativo que, si aquel cebo en forma de portada en el periódico daba el resultado esperado, montarían en no demasiadas horas.

—He atrapado al chulo de ayer —Informó Marcos triunfal.

—Lo sé, me lo acaban de chivar —otorgó Miguel, sin despegar la vista de los papeles que inundaban su mesa.

—Lo tengo en la sala de la Thatcher. Le he hecho la «tres quince». Necesitaré la parte del vídeo en el que él mismo se agrade.

—Sin problema —concedió Miguel.

—Vaya, hoy es tu día de suerte. —Tasio entró en la conversación—. El retrato robot, el pobre hombre de ayer maltratándose él solito y siendo grabado... La gallega en tu cama. —Guiño de ojo cómplice acompañando el comentario—. Me alegro mucho por ti, hijo.

Por un instante, los tres hombres se alejaron del importante trabajo que tenían entre manos y se sonrieron con la felicidad más pura y sincera por compañera.

—Y yo ni te cuento. —El gesto del más joven cambió al instante—. Ahora solamente falta que pillemos a este cabrón. —Marcos zanjó todos los temas que pudieran distraerlos—. Voy a por comida, ¿queréis algo? Que luego me uno a vosotras, señoritas.

—Sí, vete al Navío y trae lo de siempre, chico de los recados —bromeó Miguel.

Marcos estaba tan rebosante de buen humor que, por una vez, hizo caso omiso al vacile de su padrino. Pensaba contactar con Rebeca para informarle de las buenas noticias al llegar al bar. Estaba igual de emocionado que cuando iba a ser padre. Tuvo que respirar varias veces para poder controlarse y que nadie le viera tan excitado.

Algún punto del universo. En ese mismo instante

En una dimensión alternativa. Dos personas, que habían tomado todas las precauciones posibles para no ser descubiertas, organizan lo que será la maniobra que facilitará todo a ambos. Los dos esperan que a partir de ese momento la partida cambie y que ellos mismos, aliados imposibles y de ocasión, puedan sacar ventaja de aquel arriesgado movimiento.

Día 2

Miércoles 21 de agosto de 1987

(Parte 2)

Moscú. Siete de la tarde

La fiesta de sexo era continua en el palacio de la medianoche de Moscú. Sylvana y Davinia habían improvisado una orgia con varias de las personas que se encontraban en el hotel National de la capital moscovita en el momento en el que decidieron que se iban a dar un festín aquella tarde. Decenas de cuerpos desnudos, mujeres y hombres por igual, danzaban al ritmo del baile del sexo y la depravación por cada uno de los rincones de la mansión desatando su lujuria, al tiempo que daban rienda suelta a la lascivia más oscura que les permitiese satisfacer sus más bajos instintos incentivados por la magia de sus anfitrionas. Las concubinas del maligno conseguían tener a ese grupo de personas en un libidinoso estado de trance que no les permitiría dejar de actuar a su antojo bajo ningún concepto en aquella oda a la sexualidad más salvaje y perversa. Por toda la casa acontecían los encuentros, fortuitos e improvisados, más eróticamente demenciales. Personas empotrando a otras contra las paredes o los muebles extendían su desenfreno acompañando a las posturas más difíciles realizadas encima de los sofás o las mesas. Movimientos de cadera a ritmos frenéticos regalando fuertes embestidas se sucedían. Caricias suaves y golpes rotundos en cuerpos fuertes o carnosos. Arañazos y mordiscos que provocaban heridas en esa guerra de sexo decadente en la que todos eran prisioneros del deseo. Intercambio de calientes fluidos; de boca en boca, de estas a las partes genitales anónimas que se estremecían, contraían y expandían ante el placer más contundente, y la utilización del mobiliario como apoyo a la causa tuvieron lugar durante horas en aquella mansión. Una danza del frenesí bien orquestada que se desarrollaba mientras los participantes rozaban la extenuación a la vez que el goce más rotundo. Todos disfrutaban, pero las únicas que sobrevivirían después de aquel rito de decadencia carnal, serían ellas, Sylvana y Davinia, que se entregaban con dedicación para conseguir saciarse. Esta idea, y la de que después de exprimirlos al máximo se encargarían de asesinarlos torturándolos hasta el extremo, tenía a las dos oscuras cortesanas en un estado de húmedo furor que les nublaba la mente y el sentir. El hecho de que por fin iban a poder quitarse de en medio a aquella que hasta ese momento había sido siempre intocable y que, casi sin saberlo, había dificultado tanto todas las cosas, las volvían literalmente locas.

La legión de sirvientes sin rostro que hasta no hacía demasiado tiempo comandaba el difunto Giacomo se mantenía al margen esperando el momento de comenzar a limpiar la carnicería que tendría lugar allí al terminar el desenfreno de sexo. Contemplaban aquellos ardientes juegos sexuales sin inmutarse, conformando con su presencia una dantesca escena. Al fin y al cabo, ellos solo estaban creados para limpiar.

Santander, siete de la tarde

Marcos entró, poco antes de las siete de la tarde al calabozo donde tenía preso al carterista

que le había animado el último día y, para su satisfacción, comprobó que el otro había hecho buen uso del «juguete» que el mismo policía le había dejado un par de horas antes. Lo había visto hacerlo por el sistema de videovigilancia, pero al comprobarlo en persona comprobó que el resultado fue bastante más espectacular de lo esperado.

—Pero ¿qué has hecho? —Se metió Marcos en el papel que se sabía de memoria.

El policía, pistola en mano nada más entrar, se ubicó en un flanco que sabía perfecto para ser grabado y utilizar ese fragmento de vídeo como prueba a su favor.

—¡Suelta la porra ahora mismo! —ordenó de forma firme.

—Pero... —El otro continuaba sin entender absolutamente nada.

—Ni pero, ni hostias... ¡Que lo sueltes ahora mismo, coño!

A un movimiento de un sorprendido Antonio Lavín que levantó las manos al instante soltando lo que en ellas tenía hasta ese mismo momento, Marcos se acercó y sin dejar de apuntarlo, recogió, con un pañuelo en su mano, la porra con la que aquel ladrón se había autolesionado para que sus huellas permanecieran en el arma.

—Has sido tú el que me has dicho que lo haga. —Intentó defenderse de forma torpe el carterista—. Se lo voy a decir a mi abogado ahora en cuanto me dejes llamar.

—¡Claro que se lo vas a decir! Y también al juez. Les vas a decir a ambos que acabas de acusar a un subcomisario de la Policía Nacional española y yo le enseñaré el vídeo en el que te haces tú mismo las lesiones para intentar incriminarme.

Marcos miró hacia la cámara que lo grababa todo en la que, de forma inexplicable el otro parecía no haber reparado, o por lo menos no haberse dado cuenta del lío que con ella le había hecho el policía.

—A no ser que prefieras decirles la verdad.

—¿A qué verdad te refieres? —Antonio Lavín había comenzado a resignarse con la idea de que tenía esa guerra perdida por completo.

—Pues verás, tengo a una pareja de turistas que te han denunciado ahí atrás que te reconocerán y que, ante el miedo a que el que yo te pillara hace un rato robándoles diera con tus huesos en la cárcel, decidiste autolesionarte para intentar salvarte.

—Y... ¿cómo he conseguido la porra, entonces?

—Eso me gustaría saber a mí. Seguramente aprovecharías algún despiste de los buenos agentes de este cuerpo que, fiándose de ti, te lo facilitaron, pero que, puedes estar seguro, de que algo así nunca más va a volver a ocurrir. También puedes estar seguro de que la respuesta en caso de que algo no me guste será tan dura o más que esta. —El comentario sobre lo ocurrido el día anterior fue claro.

—¿Algo más?

—Sí, tú verás qué prefieres decir cuando salgas a los tuyos. —Marcos sabía a la perfección lo que buscaba—. Piensa que, si dices que te lo he hecho yo, me ayudas de cara a la galería y que, si dices la verdad —el policía guiñó un ojo de forma canalla—, me ayudas aún más. Y si eres un buen chico y no intentas complicar las cosas, con solo un robo a unos turistas y un intento de incriminación a un policía, no creo que la justicia sea demasiado dura contigo. Eso sí, la próxima vez no habrá piedad ninguna para ti, puedes estar seguro. —La oscuridad en la mueca de Marcos hizo empequeñecerse al otro de nuevo.

Antonio Lavín hizo exactamente lo que Marcos esperaba que hiciese y no se salió del guion que se le había presentado en ningún momento. Llamó a su abogado y «fue el chico bueno» que se le había aconsejado que fuese. Marcos, por el contrario, respiró hondo mientras volvía al

despacho de su superior. La jugada que había intentado siempre planteaba grandes riesgos, pero si se hacía bien, y él creía haberla llevado a cabo a la perfección, dejaba la situación a merced del que la hubiese realizado. No le gustaban algunas de las cosas que su trabajo le exigía hacer, pero cuando sabía que cumplía con su deber, aunque fuera utilizando algún tipo de estratagema que se lo facilitase, se sentía completo como policía y como persona. Si, además como en esta ocasión, lograba vengarse de algún desgraciado que intentaba pasarse de listo, la satisfacción ya era completa.

—Todo controlado —comunicó a Miguel y a Tasio al llegar al despacho del comisario.

—Lo hemos estado viendo. —Tasio señaló al monitor—. Que sepas que ha llorado de rabia cuando te has ido.

—¡Que se joda! —finalizó Marcos—. Él solito se ha metido en este lío escapándoseme ayer. ¿Ya están todos aquí, por cierto? —Marcos se refería a que el comisario había avisado a todos los hombres disponibles para que se personasen en la comisaría, previendo que aquella sería una tarde movidita.

—Sí, no ha fallado ni un solo compañero. En ocasiones como esta es cuando más me hacía sentir orgulloso. —El pecho hinchado y la emoción a flor de piel.

—¿Ha salido ya el periódico? —Estaba claro que Marcos no deseaba perder ni un solo segundo más en el otro asunto.

—Sí, me acaba de llamar Pelayo. A estas horas ya estará de camino a todos los quioscos. Esperemos que este movimiento sea un éxito, porque si no, habremos perdido el factor sorpresa de tener el retrato robot de ese malnacido.

—Va a salir bien. Tened fe, que si algo le gusta a la gente es el chismorreo —Tranquilizó Tasio—. Ya verás que los habitantes de la ciudad nos facilitan el trabajo por una vez en la vida.

—Pues «*Alea iacta est*» entonces —concedió Miguel Echeverría aferrado por igual a la duda ante lo desconocido y a la fe que le otorgaba aquel en el que tanto creía.

El hombre de la mirada impertérrita perpetua inspeccionó la estancia, en la que acababa de cometer un brutal asesinato sobre el hombre que por la mañana había osado humillarle, con el objetivo de que todo estuviese correcto para guardar sus intereses. No se sentía a gusto con la idea de estar matando con tanta frecuencia, ni tan cerca de su propia casa, pero, a su juicio, aquel hombre se lo había buscado, y ya que se había metido en faena, no deseaba ser presa fácil para una policía que, aunque de momento no parecía habersele ni siquiera acercado, sospechaba que ya tendrían a sus mejores hombres buscándolo. Al torturar a aquel chulo no sintió la misma excitación que cuando asesinaba a las ancianas con las que luchaba por revivir el recuerdo de su madre, ni siquiera la misma que le provocaba privar de su vida a los borrachos con los que emulaba el asesinato de su padre a cargo de sus propias manos, pero, aun así, como siempre que mataba a una persona, un culmen de satisfacción lo invadía. Y eso valía por todos los riesgos que, cada vez más a menudo, corría por ello.

Recogió todos los utensilios que había utilizado, volviéndolos a introducir en el bolso de trabajo que portaba para ese tipo de asuntos. Escuchó el exterior con atención durante unos segundos, pegando el oído a la puerta, para cerciorarse de que no hubiese nadie en ese preciso momento en los pasillos de la planta y, cuando se sintió seguro, salió como si nada, colgando el cartel de no molestar en la manecilla con el fin de ganar tiempo antes de que se encontrase el maltrecho cuerpo.

Bajó por la escalera para evitar ser visto, pues era consciente de que en los ascensores

siempre había más tránsito. Ganó el vestíbulo principal evitando cruzar la mirada con cualquier persona allí presente y salió como si nada del hotel como hacía siempre, viviendo para pasar desapercibido del resto del mundo.

El camino a su casa no era excesivo y menos si tomaba un camino menos céntrico del que acostumbraba. Se encontraba cansado después de la tensión de matar dos veces en un mismo día y caminó de forma tranquila por la calle Cádiz, al tiempo que bordeaba los bajos de la catedral de la ciudad. Pese al cansancio y a que la imagen de aquella bella anciana que se le había escapado por la mañana lo invadió sugiriéndole que en los días siguientes debía dar con ella o su recuerdo no dejaría de acosarle, disfrutó del paseo. Hasta que, justo antes de enfilar la Rampa de Sotileza, se quedó helado al contemplar con estupor el escaparate de una tienda de prensa y chucherías que hacía esquina. Una recreación bastante fidedigna de sí mismo aparecía en la portada de un periódico local en lo que le pareció una tirada extra que anunciaba que por fin se tenía constancia de la identidad del asesino de ancianas. Su respiración se agitó al instante y su mundo se vino abajo en cuestión de un solo instante. Sin poder evitarlo se quedó mirando embozado durante unos segundos el ejemplar que sabía que se encontraría ya en todos y cada uno de los quioscos de la ciudad. Al poco, una pareja se paró a su lado sin perderle de vista ni un momento. Su expresión fue de sorpresa mayúscula al tiempo que lo comparaban con estupor con la imagen que aparecía en el rotativo. Después de algo menos de un minuto, Ángel reaccionó y dio media vuelta sobre sí mismo con rabia, mientras escuchó cuchichear a la pareja tras de sí. No se molestó siquiera en mirarlos, pues era evidente que lo habían reconocido.

El dibujo del periódico era muy bueno y no dejaba demasiadas dudas sobre que realmente él mismo era el protagonista de aquella portada que ignoraba cómo había podido llegar a parar a manos de la gente del periódico. Para su mala suerte, era consciente de que, si el asunto no era cosa de la misma policía que hubiera ordenado publicarlo para cercarlo, los propios agentes de la ley ya sabrían de sobra su identidad o estarían a punto de conocerla. Por desgracia para él, también ocurriría lo mismo con toda la gente que lo conocía. Santander, para su desdicha, era lo suficientemente pequeña como para que la voz se corriese en muy poco tiempo de unos a otros y al final de la jornada toda la ciudad estuviese al tanto de su identidad y su aspecto. Se dirigió corriendo al interior de la estación de autobuses para encerrarse en el servicio de caballeros. Pese al desbordado estado de nervios que lo dominaba, era sabedor que debía pensar de forma rápida, pues no disponía de demasiado tiempo, ya que intuía que aquella pareja, que estaba más que seguro lo había reconocido en la calle Cádiz, estaría avisando ya a la policía. Sabía que debía ir a su casa cuanto antes. Allí tenía escondido todo el dinero que guardaba para una situación de emergencia como aquella, la documentación y las llaves de un pisito, que nadie sabía que poseía en alquiler, en la ciudad vecina de Torrelavega, que podía servirle de piso franco hasta que las cosas se calmaran y pudiera huir hacia un lugar más favorable a sus intereses. Ignoraba si a esas alturas de la película todavía podría ir a su casa a por sus cosas, o la policía ya estaría esperándole. «Mierda, no podía haber sido en cualquier otro momento» se dijo, mientras se quitaba la camisa empapada en el interior de los servicios.

A las diecinueve y treinta horas exactas, una llamada comenzó a darle la razón al plan que Miguel, Marcos y Tasio habían planeado a media tarde. Fue tan solo la primera de muchas. Una pareja creía haber visto al hombre que aparecía en la portada de *El Diario Montañés* entrar en la estación de autobuses de la ciudad. Al poco, comenzaron a llamar más personas. Casi todas coincidían en la identidad del hombre.

—Lo tenemos —comunicó Miguel a sus amigos que esperaban junto a él.

—Pues vayamos a por ese hijo de perra —contestó Tasio, mientras Marcos ya se había puesto en pie.

Fueron unos minutos tensos en la comisaría en los que todo el mundo se movía con rapidez. La mayoría de las llamadas que entraban a la red de teléfonos de la comisaría, indicaban el nombre del hombre que, gracias al casi perfecto retrato robot que aquel testigo del miedo en el cuerpo y el arte en las manos les había confeccionado unas horas antes, parecía que por fin había dado su rostro a conocer. Con esa incipiente información se intentaba cotejar los datos para conseguir dar con el paradero del sospechoso. Se buscó en las bases de datos de los archivos tanto su domicilio habitual, lugar de trabajo y posesiones. Por otra parte, Marcos había partido ya con un par de agentes de total confianza, Gómez y López, a la estación de autobuses para ver si la pareja que los había alertado estaba en lo cierto y el asesino de viejas rondaba por los alrededores. Otra unidad marcharía hacia el domicilio del presunto asesino en cuanto se averiguase su paradero.

—He avisado para que no salga ni un solo autobús más hasta que yo diga. —comentó Miguel—. Si no encontráis nada, llámame desde la radio del coche lo antes posible. Estaré esperándote para informarte de cómo van las cosas por aquí. Con tantas llamadas coincidiendo a la vez, los teléfonos estarán colapsados. Aunque lo bueno es que, con tanta información aquí, no tardaremos en dar con la casa de ese miserable. —Miguel sentía la emoción del gato que está a punto de cazar al ratón—. Y tened mucho cuidado. Si ha ido a la estación es porque seguramente haya visto el periódico y estará enrabiado intentando huir.

—No te preocupes —contestó Marcos apretando los dientes—. Daremos con ese cabrón y lo traeremos aquí para darle su merecido.

Una mujer peleaba contra sus demonios más internos en la puerta de una estación, que a esas horas comenzaba a inundarse de viajeros que iban y venían. Acababa de comprar en la taquilla un billete que la alejaría para siempre de la maravillosa locura que le había cogido por total sorpresa unas horas atrás. «Precisamente a mí —se maldijo en voz baja—. Que nunca hago nada sin pensarlo mil veces con anterioridad». Su corazón le pedía que se quedase. Que por una vez le hiciera caso y se entregase a la pasión más desmedida que le provocaba aquel que desde hacía tantos años siempre estuvo dispuesto a ser el hombre de su vida. Por otra parte, sabía que debía volver a su Galicia natal y respetar la promesa que le había hecho al hombre que desde su fuerte personalidad le daba sentido a todo. Marcos siempre le había atraído en todos los sentidos, mucho. Aunque ella ya era perfectamente consciente de ello desde hacía bastante tiempo atrás, quedó más que constatado después de todo el sexo mantenido en aquellas horas pasadas en su domicilio acompañado del deseo, el morbo y lo ilusionante de lo nuevo y lo prohibido. Pero también estaba al corriente de que el cántabro era una persona inestable, propensa a desestabilizarse y hacer lo propio con todo lo que le rodeaba. Desde siempre había estado tentada a estar con él, pero en el fondo algo siempre se lo había impedido. Tan solo esa mañana, al ir a verle antes de irse, porque pensaba que después de decirle que se iba a casar con otro lo perdía para siempre, no había podido controlarse y acabó sucumbiendo a ese magnetismo que desde el principio la había tentado. Sin embargo, Jaime Carvayo, el hombre que la esperaba en La Coruña, era lo opuesto. Con él no se sentía como una niña como con el policía santanderino, tampoco él parecía un adolescente con lo bueno y lo malo que eso reportaba. Con el comisario gallego se sentía protegida. A su lado parecía que nada pudiera ir mal, ni tampoco que las cosas se pudieran hacer de otra forma que la que aquel hombre había decidido de antemano.

Sin saber por qué, había cogido su pequeña maleta y se había dirigido a aquel lugar para alejarse de aquello que la había hecho sentirse viva por primera vez en mucho tiempo. Quizá, simplemente, había sentido miedo y solamente estaba tomando el camino más fácil. Quizá era consciente que aquella locura no debía pasar de eso, de una aventura de esas que a veces, antes las decisiones importantes, vive la gente para luego volver a su rutina como si nunca hubiese pasado absolutamente nada. Una vez ya se vio en esa tesitura y decidió alejarse de Marcos porque, aunque le encantara, era sabedora que por su personalidad nunca estaría del todo tranquila en su compañía. Ella había sufrido mucho al lado de su primer marido y aunque los dos eran completamente diferentes, aquel santanderino de personalidad exageradamente abrumadora, resultaba ser una amenaza para su carácter tranquilo y reservado que algunos tildaban incluso de frío.

Mientras intentaba decidir, una lágrima descendía por el rostro de la mujer en camino de no retorno. Sabía que era lo correcto, aunque le doliese como fuego en la carne. Se sentía como un verdugo obligado a cercenar la cabeza de un ser querido. De hecho, aquello no era algo muy diferente y podía imaginarse que su huida a la francesa iba a terminar de matar a Marcos y eso a ella, que en el fondo lo quería de verdad, le arrancaba un pedazo bastante grande de su alma.

Después de aquella acción sí que ya nunca podría volver a tener ningún tipo de relación con él. Aún no se había ido y ya se detestaba y se sentía la peor persona del mundo. Rebeca, antes y después de haber comprado el billete, entró y salió de la estación en varias ocasiones sin terminar de decidirse por el camino que en realidad quería coger. Sabía lo que debía hacer y, por lo tanto, lo que su cabeza dictaba, pero ignoraba lo que su corazón le pedía. O quería creer que no tenía ni idea al menos. Aún quedaban unos minutos para que el vehículo que la devolvería a su zona de confort partiese. Sopesó en ir a tomar una infusión a alguna cafetería cercana, pero el estómago se le revolvió al instante. Sudaba como si acabara de correr un maratón. Sus piernas casi no la aguantaban en pie, su respiración se encontraba agitada sobremanera y su boca estaba completamente seca. Decidió ir a los baños de la estación para refrescarse antes de decidir qué era lo que iba a hacer. Anduvo con paso ligero el camino de la puerta de entrada hasta el servicio y, justo al entrar al aseo, tuvo un encuentro con un hombre que le heló la sangre con su oscura mirada.

—Dame todo lo que tengas, puta... ¡Ahora!

Marcos llegó a la estación de autobuses a los pocos minutos de recibir la llamada que los alertó. Lo hizo en coche. Conducía el agente Gómez, que se quedó esperando en el automóvil tras aparcarlo acelerado en la acera. Marcos y su compañero, el agente López, se encaminaron de forma rápida al interior de la estación de autobuses.

La pareja de policías estuvo un rato intentando sorprender al sospechoso sin éxito. Ambos portaban en la mano el retrato robot, aunque a esas alturas los dos se lo sabían de memoria. Inspeccionaron cada uno por su lado; los andenes, cada uno de los pasillos, las taquillas, los servicios, las cafeterías y hasta el interior de los autobuses que estaban a punto de salir. Quince minutos después, tal y como habían acordado antes de entrar, ambos se encontraron en las escaleras principales, se comunicaron los nulos progresos y se dirigieron de nuevo al exterior para llamar a la comisaría por si había novedades.

Nada más salir de la estación, Marcos y el agente López se percataron que su compañero no se encontraba en el interior del vehículo que aún reposaba medio aparcado en la acera.

—Pero... ¿qué coño? —Los dos agentes se miraron sin entender bien qué estaba ocurriendo—. Voy a llamar por radio a la comisaría, quédate aquí por si ves algo.

Mientras Marcos se acercó corriendo al coche, el agente López que había sacado de forma intuitiva su pistola, movía nervioso la cabeza en todas direcciones intentando averiguar algo que le acercara a una posible respuesta. La tarde ya estaba comenzando a ceder a la oscuridad de la noche, pero la visibilidad aún era buena. Y el policía inspeccionó con ahínco desde su posición todos los alrededores.

—Aquí Márquez. —Marcos agarró el transmisor de la radio y lo sacó por la ventanilla sin perder de vista los alrededores—. Negativo en la estación. No lo hemos encontrado.

—Está en la otra estación. En la de Renfe. Hemos recibido un aviso y Gómez ha ido para allá ahora mismo —comentó Miguel con voz afectada al otro lado de la línea. Ya he enviado refuerzos.

Un estruendo, como si fuera originado por un disparo, atronó en la estación de trenes que se situaba justo enfrente. Y varias personas salieron corriendo a la calle como alma que llevaba el diablo.

—¡Voy!

Sin decir nada más, el subcomisario Márquez tiró de nuevo al interior del vehículo el micrófono de la radio. Silbó al agente López que ya había comenzado a correr hacia la estación

para que ambos entraran juntos. Sacó de la cartuchera que llevaba a su espalda la reluciente pistola Star-S que su padre le había regalado cuando se jubiló y con decisión se dirigió al otro extremo de la calle temiendo que algo le hubiese salido mal a su compañero.

Moscú, ocho menos cuarto

Davinia y Sylvana; desnudas, sudorosas, ensangrentadas, extasiadas de goce y cansadas por todo lo ocurrido durante las horas previas, se sonrieron justo después de terminar con su fiesta del sexo, y la posterior locura del asesinato con la que se habían homenajeado. Se dirigieron la una hasta donde se encontraba la otra y comenzaron a besarse con pasión y amor a partes iguales.

—Me ha encantado, hermanita —comentó Davinia a su hermana menor, mientras la legión de criados sin rostro ya se había puesto en marcha para comenzar a limpiar toda aquella carnicería—. ¡Gracias por este gran regalo!

—Te dije que nada iba a cambiar —contestó Sylvana que acariciaba el rostro moreno de la otra—. Y cuando ella crezca será una más de nosotras. —Miró a la pequeña cuna que continuaba siendo mecida por la mujer que, con la mirada perdida en ninguna parte, debido a la magia que la tenía atrapada, velaba las veinticuatro horas por el bebé y no se había enterado absolutamente de nada de lo que allí había acontecido por varias horas delante de sus narices.

—Ella nunca será una de nosotras. Nosotras somos hermanas. —El gesto de Davinia cambió y apretó la cintura de la otra mujer con fuerza.

—¿En serio, Davi? —Sylvana agarró tanto su pelo como el de su acompañante y lo juntó comparándolo. Contraste de rubio y azabache—. Por más que estuviésemos juntas cuando Abraham nos liberó de la asquerosa mortalidad que nos tenía presas en la corte del rey sol, no somos hijas de los mismos padres. No tengas celos, gracias al poder de Abraham, la pequeña Yass nos va a dar más juego. Ya verás. —El agarre de Davinia continuaba, rotundo—. Con ella seremos más fuertes. Venga, vamos a descansar, que el viernes tenemos que cumplir la última voluntad de Giacomo. —Las facciones dulces de Sylvana hicieron parecer que nunca hubiese roto un solo plato en toda su vida.

—De verdad, te odio cuando te pones tan tierna. —La mujer de piel y pelo negros, se relajó, mientras su «hermana» reía complacida.

—Lo sé, pero es parte de mi encanto. —La rubia sacó la lengua de una forma tan aniñada que contrastaba con la escena de casquería que había a su alrededor.

Las dos mujeres salieron de la estancia cogidas de la mano, no sin que antes, la mujer de piel blanca como la leche, se parase a hacer un arrumaco al bebé que, ajeno a todo, dormía en paz en una fastuosa cuna con dosel negro que no desentonaba en absoluto con aquel lúgubre lugar.

Ultramundos, un par de minutos después

Un cuerpo yacía en apariencia de paz en una fastuosa cama de oro y doseles de plata, ubicada en la más alta de las torres de un oscuro y grandilocuente castillo que reposaba en el centro de unas ardientes tierras en una dimensión paralela que para él era lo más parecida a un hogar. La figura, vista en ese momento parecía débil, desprotegida. Nada más lejos de la realidad pensaba el acompañante que desde hacía un buen rato lo observaba tentado en atacarlo y acabar con, valga la irónica redundancia, el infierno en el que se había convertido su propia existencia.

Edgar Allan Poe sabía que, para su desgracia, le sería imposible acabar con el maligno de una manera tan sencilla. Como también era consciente de que, si intentara esa tontería, sería un error fatal que le traería aún más desgracias para el resto de la eternidad que estaba condenado a vivir a las órdenes del otro. Por eso, se mojaba las ganas en las lágrimas que le regalaba el dolor de estar forzado a esa gris vida que sufría como comandante de sus huestes durante tantos y tantos años. «Algún día todo se acabará», se decía a sí mismo siempre creyendo en que cuando esa guerra, que no parecía llegar nunca, terminase, y ese Dios en el que nunca creyó en vida, pero en el que ahora lo hacía a pies juntillas, venciese, tal y como él esperaba creer, lo mataría o por lo menos se apiadase de él, liberándolo de alguna forma de aquel martirio. Eso es lo que esperaba conseguir con el pacto que había sellado tan solo unas horas antes con aquella enigmática mujer que lo había tentado con la promesa de que, si hacía absolutamente todo lo que ella le indicaba, el proceso se iba a acelerar de forma drástica. Estallando la guerra de esa manera con mucha más prontitud que si no actuaban juntos.

El tiempo, en aquella dimensión paralela, transcurría de forma diferente al de la tierra, mucho más lento. Y para su calvario, las jornadas eran continuas. No había lugar para el descanso en aquel sitio. Nadie podía dormir. De forma irónica, en aquel reino de la oscura fantasía todo era noche siempre, pero todos los allí presentes estaban condenados a mantener sus cuerpos a pleno rendimiento hasta la extenuación. Como si de una turbia ensoñación de las que él mismo había escrito en vida se tratara.

Sus días transcurrían adiestrando un ejército de maldad para que su señor jugase con él hasta que algún día se le antojase comenzar aquello para lo que llevaba tanto tiempo preparándose y que parecía postergar de forma decidida y casi cobarde con cualquier excusa. Otro de los menesteres que su amo le había asignado, era el de intentar que las criaturas, que al cruzar el umbral que separaba la vida en la tierra de los otros mundos, que habían quedado ancladas a su estado más primitivo, pudieran unirse a su ejército. De no conseguirlo se le había ordenado utilizarles para entrenar a sus soldados hasta acabar con su maldita existencia. Y en esas andaba en ese momento, Abraham le había encomendado la difícil tarea «de hacer volver» lo más posible a aquel que un día tanto lo maltrató en vida. Sabía que no iba a conseguirlo, no porque no pudiese, pues la bestia putrefacta en la que se había convertido su odiado Giacomo aún se encontraba dentro de los límites temporales en los que cualquier alma podía conseguir recuperar el más mínimo atisbo de consciencia, pero, y aunque significara un auténtico suicidio de enterarse el señor de lo oscuro, no pensaba hacer absolutamente nada para ayudarlo.

—No sé si sufres o no —habló Poe a los barrotes de la celda situada en lo más hondo de las mazmorras, justo antes de que la bestia, mutilada de autolesionarse, arremetiese con fuerza contra el metal que lo mantenía enclaustrado—. No sé si entiendes lo que digo o no. Pero voy a encargarme personalmente de que nunca vuelvas a maltratar a nadie más.

Edgar escupió a la bestia, que continuaba dándose golpes contra los hierros con furia, y, de forma rápida, cogió un arpón que tenía apoyado en la húmeda roca para clavárselo después en un costado. El impacto hizo que el iracundo ser gimiese como el animal que ahora era. Poe apretó y tiró hacia arriba todo lo que pudo hasta que desgarró parte del torso de la criatura. Lo justo para hacerle todo el daño posible sin matarlo. Lo justo para, que mientras su oscuro señor descansase en su absurdo letargo, poder aprovechar para obtener una mínima venganza, y esta, la de que Giacomo no dejara de ser más que una bestia irracional, era la mejor de todas las que podía llevar a cabo en ese momento.

Santander, ocho en punto

El agente López y el subcomisario Marcos Márquez entraron al *hall* de la estación de Renfe de la ciudad de Santander decididos, aunque con la cautela del que no sabe qué va a encontrarse al hacerlo. Unos pocos segundos bastaron para que supieran dónde debían mirar. Un remolino de gente se había formado a la puerta de los servicios y, después de echar un rápido vistazo para cerciorarse que el asesino no se encontraba en otro sitio del recibidor de la estación, ambos policías corrieron, pistola en mano, para ver qué ocurría.

Nada más sortear el barullo formado al grito de «¡Dejen pasar, Policía!», Marcos se encontró con una visión que heló su sangre. Tumbado en el piso se hallaba su compañero, el agente Gómez, con lo que parecía una puñalada en el costado izquierdo. Estaba inconsciente y la sangre brotaba por la herida con fuerza. A su lado, una mujer lloraba desconsolada.

—Ve a llamar una ambulancia... ¡Rápido!

El agente López obedeció en el acto, mientras Marcos se acercó a la mujer, que no parecía herida.

—¿Qué ha pasado, Rebeca?

—Estaba en el baño y un tipo me ha asaltado para robarme. Tenía cara de loco y llevaba una navaja bastante grande.

—¿Estás bien? —Marcos la abrazó agachándose junto a ella.

—Sí, me ha empujado y se ha llevado mi bolso, pero salvo el golpe contra el lavabo, creo que no tengo nada más. Al salir me he encontrado a este pobre así. —La mujer no miró a su acompañante en ningún momento a los ojos.

—¿Qué hacías aquí, Rebeca? —escupió Marcos, que pareció darse cuenta de golpe de la situación.

—Lo... lo lamento, Marcos —añadió de forma tímida ella, al tiempo que bajaba la mirada consciente de que un cruel destino ya había decidido por ella para elegir qué hacer con la gran duda que pocos minutos antes le embargaba el alma.

El policía se puso inmediatamente de pie. Acababa de comprender que la mujer que tanto le había costado conseguir había estado a punto de abandonarlo sin ni siquiera darle una sola explicación. Ahora entendía por qué no había conseguido contactar con ella cuando bajó a por comida a primera hora de la tarde. Sintió fuertes deseos de ponerse a golpear cosas, de gritar y de maldecir su destino. El calor de la rabia desmesurada que ahora sentía lo había invadido con saña y le fue complicado gestionar la situación. Por suerte, se dio cuenta de que tenía un objetivo profesional muy importante que intentar atrapar y consiguió no estallar de la forma que en casi cualquier otro momento de su vida habría hecho.

—¿Alguien sabe a dónde ha ido ese malnacido?! —gritó el policía a la gente que allí se agolpaba.

Mientras intentaba entender lo que la gente que allí se encontraba le gritaba de forma alterada,

se agachó para recoger la pistola de su compañero que descansaba en el suelo y de la que supuso que habría salido el disparo que escuchó desde fuera. La guardó en la cartuchera que llevaba en la parte de atrás del pantalón, mientras continuaba en el duro proceso de intentar calmarse tras la recién conocida traición de Rebeca Pereira.

—En mi bolso había un billete de un tren que debía salir en este mismo momento a La Coruña. —Rebeca venció la vergüenza y el sentimiento de culpa para intentar ayudar a aquel que tanto quería—. Seguro que lo encuentras allí.

Marcos ni se dignó a darle las gracias, solamente le dedicó una mirada de odio que no se postergó más que un par de segundos antes de comenzar a correr en dirección a las vías que se ubicaban a unos doscientos metros, en el interior de la estación. Justo cuando se acercó al andén, un tren comenzaba su marcha y el policía aceleró el paso para intentar alcanzarlo. Ignoraba si el otro estaba herido o si esperaría a más policías, pero no se lo pensó ni un solo segundo.

El hombre de la mirada impertérrita intentaba disimular su nerviosismo sentado en el asiento del tren que lo alejaría de Santander ahora que las cosas no pintaban demasiado bien en la ciudad para él. Pero aun con todos sus esfuerzos por hacerlo, sudaba de forma ostensible. Jadeaba y aunque llevaba las manos envueltas en una chaquetilla que había encontrado en el bolso que acababa de robarle a una mujer para que no se viera la sangre que funestamente las adornaba ni la navaja que agarraba, una familia, padre, madre y dos hijos, con los que compartía el vagón del coche cama, lo miraban con desconfianza. Por suerte, la sirena del tren ya había dado el último aviso a los viajeros que anduviesen despistados o simplemente fuesen tarde un minuto atrás, y el vehículo ya comenzaba a emprender la marcha. Ignoraba dónde sería la primera parada, pero sabía que debía bajar en ella. Aparte de lo del retrato robot y toda la búsqueda a su persona que eso conllevaría, acababa de apuñalar a un policía y ese sería el mayor de los reclamos para ofrecerles su paradero. Temblaba todavía, no por haber clavado su navaja en un cuerpo humano, ni mucho menos, pues ya estaba más que acostumbrado a ese tipo de situaciones, lo hacía más bien porque nunca le habían disparado y, aunque había tenido suerte, ya que el otro falló el tiro, el susto en el cuerpo era considerable. Dudó un segundo y trató de pensar rápido buscando la mejor salida a ese rompecabezas que acababa de echar todo su mundo al traste.

Siempre en su vida había mantenido la máxima de no jugar con fuego, porque era consciente de que el que lo hacía terminaba quemándose, pero esta vez, con tanto asesinato junto, descuidando cada vez más los detalles y creyéndose muy superior a los agentes de la ley, se había pasado de la raya. Se maldijo en bajo al darse cuenta de que lo atraparían en esa primera parada en la que pensaba bajarse, pues la mujer a la que había robado el billete les diría el destino del mismo, mientras sacaba el dinero que había en la cartera del bolso recién sustraído para meterlo en el bolsillo de su chaqueta. Se levantó del asiento con brusquedad, al tiempo que los asustados integrantes de la familia que lo acompañaba en el vagón se echaron de forma intuitiva para atrás todo lo que pudieron al ver la navaja ensangrentada que el hombre de oscura mirada portaba en la mano y que ya no se molestaba en esconder. Un segundo más tarde, comenzó a andar de forma rápida hacia la salida.

—Que tengan ustedes un buen viaje. —El tono fue hasta educado.

El padre intentó proteger a su familia con los brazos cuando Ángel pasó al lado de ellos. El asesino de ancianas no se molestó ni en mirarlos, y se apresuró a ganar la salida del ferrocarril lo antes posible. Esa era la única opción que creía podría tener para conseguir escapar. «Tan solo necesito un poco de suerte», se dijo justo antes de bajarse del vehículo.

El tren paró de golpe justo cuando Marcos, que no entendía nada, estaba a punto de subirse de forma *kamikaze* al convoy, pues no encontraba otra forma de intentar entrar en él. Con la sorpresa, el policía estuvo a punto de trastabillarse y caer a las vías. Por suerte, consiguió mantener el equilibrio haciendo una suerte de agarre al vehículo suspendiéndose en el aire hasta que el monstruo de metal se detuvo por completo.

En el acto, las puertas del tren se abrieron de golpe y del otro extremo salió una figura corriendo a toda velocidad que Marcos identificó al instante como su objetivo. En cuanto aquel hombre lo vio pistola en mano, cambió de dirección, dirigiéndose hacia el lado que continuaba los rieles de las vías hacia el exterior de la parte cubierta por el tajadillo que la protegía, alejándose de la estación.

—¡Alto! —gritó Marcos, al tiempo que comenzó a correr detrás del otro a toda la velocidad que pudo—. ¡En nombre de la ley!

Ambos corrían lo más rápido que podían, pero desde el principio quedó claro que el policía estaba en mucha mejor forma física y que, tarde o temprano, terminaría dando caza a su enemigo.

Sendos hombres corrieron uno detrás de otro durante un par de minutos hasta que pocos metros antes de que se terminara la parte pavimentada del andén, cuando Marcos había recortado más o menos la mitad de la distancia que llevaba en desventaja al comenzar la persecución, Ángel entendió al instante que debía hacer algo para que la balanza se equilibrara a su favor. Miró a las vías en los últimos metros antes de que se acabara el camino, sopesando la caída, y trató de llevar a cabo una improvisada estrategia para tejer una trampa al policía.

Marcos, que había visto la navaja que su presa portaba en la mano, con la que dedujo que había apuñalado a su compañero, decidió que no deseaba correr riesgos innecesarios y se dispuso a cometer una imprudencia de la que estaba seguro que, más tarde debería dar muchas explicaciones, pero que, con toda la rabia por los sucesos que le habían ocurrido en los últimos minutos, le importó entre poco y nada.

El disparo resonó como el estallido de una bomba e iluminó el atardecer que ya era más noche que día. El cuerpo de Ángel, que ya se había lanzado a las vías para llevar a cabo su maniobra de engaño, se precipitó a los rieles en el acto. El policía supo que había alcanzado al otro en una pierna, pero dejó de verlo por la caída a las vías de este. Justo cuando llegó al borde, se detuvo con cautela. Había leído las intenciones de aquel al que tantas ganas tenía y sabía que intentaba tenderle una trampa en ese punto. Marcos vio la navaja ensangrentada junto a su pie, por lo que supuso al otro desarmado, además de herido.

—¡Hijo de puta! —Se escuchó desde abajo—. Si eres hombre, tira la pistola y baja aquí.

Ángel Ruiz Vega se estaba poniendo de pie con dificultad ya que el disparo recibido, que hacía que la herida de su pierna ardiese como el mismísimo infierno, y la propia caída, le complicaban la tarea. Retaba a su enemigo con la mirada. Era consciente de que, herido y desarmado, tenía todo perdido ante el otro, pero, en un último intento desesperado, pretendió herir el orgullo del subcomisario. No esperaba que pudiese convencerlo y, aun así, sabía que nunca había sido el mejor peleador de todos, pero se guardaba un as bajo la manga que esperaba a la desesperada que lo ayudase si se terciaba un encuentro físico. Se había procurado, en el baño de la estación de autobuses, uno de los juguetes con los que había martirizado a su víctima hacía unas horas en el hotel Bahía. Se lo había guardado antes de dejar el bolso de viaje que sabía que lo iba a estorbar después, y lo llevaba escondido en el interior del bolsillo del pantalón.

Ambos jadeaban por la carrera y permanecieron callados unos segundos en lo que fue un respiro consensuado para recobrar el aliento. Marcos sopesó la situación, sin moverse ni bajar el arma. La cabeza le decía que no lo escuchase y que lo redujese pistola en mano, pero la sangre le ardía. No dejaba de pensar en Rebeca, y en que después de haberla conseguido por fin, otra vez iba a abandonarlo como un perro. No le hizo falta que se lo dijera, más allá del billete que había comprado para La Coruña. Lo había visto en sus ojos. La culpa, la vergüenza, la humillación, después de haber pasado unas horas tan maravillosas en su casa y prometerle comenzar una vida juntos, ser tan cruel como para irse sin despedirse.

—Eres un marica que no va a vengar a su compañero —gritó de nuevo Ángel para provocarlo, mientras Marcos solamente lo miraba con los ojos inyectados en sangre—. ¿Y tú te llamas policía? —El subcomisario Márquez continuó sin hacer caso a las provocaciones del otro.

—Te diré lo que vamos a hacer, idiota —habló alto y claro por fin Marcos—. Voy a bajar y vas a ser un buen chico hasta que te ponga las esposas o me veré obligado a volver a dispararte. —La sonrisa irónica en el rostro del agente de la ley hizo que la voluntad del otro se mermara y que lanzara un último intento a la desesperada.

—Seguro que tu mujer te pone los cuernos o se ha ido con otro —atacó de forma agresiva, Ángel. La cara de Marcos reflejó que el comentario no le había gustado demasiado y este continuó por esa vía—. No tienes huevos para follarte bien a tu propia mujer... ¡Normal, que se la tenga que calzar otro!

Sin decir nada, Marcos posó la pistola en el suelo, y se dirigió al borde para, de un salto, bajar a las vías. Ángel, que no se creía que el otro hubiese entrado en su juego, se abalanzó sobre él para no dejarle reaccionar.

Miguel y Tasio entraron en la estación a la carrera acompañados por una decena de agentes. No tardaron en poner orden, ni en averiguar que Marcos había ido detrás del sospechoso más que unos pocos segundos. La ambulancia también acababa de llegar, y los enfermeros corrieron a atender al agente Gómez que en ese momento ya había perdido el conocimiento por completo. También Rebeca recibió ayuda médica. El agente López respiró aliviado al ver a su gente llegar en su socorro, pues, en contra de lo que hubiese deseado, hasta que lo hicieron, había optado por quedarse a poner orden allí en vez de ir a ayudar a Marcos.

—¿Esa era? —preguntó Miguel a un Tasio que se temía lo peor y tan solo asentía con la cabeza, mientras ambos corrían en dirección a las vías acompañados por algunos agentes y por el agente López que tan solo deseaba matar a aquel que había agredido al que llevaba varios años siendo su compañero.

La puñalada llegó a traición. El asesino de viejas acababa de sacar el pequeño puñal que había escondido en su pantalón y, al igual que hizo con el otro agente en la estación, lo había clavado en el costado de Marcos moviéndolo con furia durante unos segundos para provocar más daño al policía, que luchó con rabia por defenderse hasta conseguir dominar en parte la situación. Marcos, pese a todo el dolor producido por la cuchillada *Judiesca*, se revolvió impactado con una combinación de dos *uppercut* derecha-izquierda y un volado con su mano buena que dejó sentado al otro sin poder siquiera moverse para defenderse. La paliza fue tremenda. Aun con el cuchillo clavado en el costado, Marcos demostró su superioridad, tanto física, como a la hora de pelear y los golpes volaron en todas direcciones impactando en el torso, la cara y algún otro punto menos cívico de Ángel que perdió en el proceso el conocimiento al golpearse el cráneo contra los hierros en una de las caídas. El policía estaba fuera de sí y ni siquiera escuchó a Miguel, su padre y los demás cuando al acercarse le pedían por favor que se detuviese para evitar que matase al otro.

—Marcos... ¡Nooooo! —Tasio gritó desesperado, sabiendo que su hijo podía meterse en un buen lío si continuaba golpeando al otro hasta matarlo.

Segundos y golpes después, Marcos era reducido por los compañeros y fue entonces cuando el subcomisario reparó en que tenía un puñal clavado en el torso.

—¿En qué coño estás pensando, joder? —bramó Miguel enfurecido—. Y... ¿tu pistola?

Marcos no contestó, solo continuó respirando agitado por la rabia y el esfuerzo, al tiempo que le devolvía al mundo una mirada de odio.

—Que los atiendan a los dos y que, por favor, mantengan a este hijo de puta con vida —finalizó Echeverría.

Marcos estuvo despierto durante todo el trayecto que hizo la ambulancia desde la estación de Renfe hasta el hospital Marqués de Valdecilla. Había perdido mucha sangre, pero la tensión lo mantenía alerta. Su padre iba a su lado, al igual que un par de enfermeros. Nadie dijo ni una sola

palabra en todo el recorrido.

Miguel fue en coche hasta el centro hospitalario, mientras en otra ambulancia, Ángel Ruiz Vega, que tenía la cara deformada por la ensalada de golpes recibida, iba sedado y atado, acompañado por una pareja de policías que no le perdían ojo en ningún momento.

Para cuando la primera ambulancia, la que llevaba a Marcos, llegó al hospital universitario de Valdecilla, Su madre, que había cogido un taxi al enterarse de la noticia, ya esperaba en la entrada de urgencias. Su rostro al ver a su hijo, de casi cincuenta años, pero para ella su niño de forma eterna, evidenció que la situación era grave. Amén de tener las manos destrozadas por los golpes que había asestado a su enemigo, su cara estaba pálida por la pérdida de sangre de la herida que tenía en el torso y que había dejado todo, tanto su ropa como la camilla, manchado del líquido rojo que continuaba manando de su cuerpo. La rapidez con la que los camilleros intentaban introducirlo en el edificio, tampoco ayudaba a tranquilizarse. Ella, que había sido la jefa del servicio de enfermeras del hospital hasta hacía bien poco, no se despegó de la camilla en todo el camino. Tasio intentó tranquilizarla con la mirada y algún gesto cariñoso.

La otra ambulancia llegó al poco tiempo, pero la comitiva de bienvenida fue bastante diferente. Miguel en persona y una pareja de agentes, esperaban a aquel que les había tenido en jaque durante los últimos días y tampoco se separaron del forzado «viajero» en ningún momento.

Un rato antes había llegado otro vehículo sanitario con el agente Gómez en su interior. Rebeca, que aunque no deseaba acudir al hospital fue obligada a hacerlo por el equipo clínico que se había personado en la estación de ferrocarriles de la ciudad para que le echasen un vistazo en urgencias, lo acompañaba. También el agente López.

Ángel Ruiz Vega intentaba asimilar lo ocurrido y que lo habían atrapado cuando, en un cruel giro de guion del destino, vio a la señora de por la mañana, la que le había robado el anhelo en la plaza del ayuntamiento, acompañando al policía que lo había reducido y creyó que todo debía estar siendo tan solo un mal sueño. La medicina que le estaban suministrando, que lo tenía mareado y desorientado, el disparo recibido, amén de todos los golpes encajados, también ayudaban a que lo invadiese esa sensación de turbia ensoñación. Por desgracia para él, aquello era la cruda realidad con la que la vida le pagaba todas esas fechorías que había perpetrado con total impunidad hasta ese mismo instante.

Madrid, doce de la noche

El teléfono sonó en Madrid sobre las diez de la noche para avisar a Estela y a Samuel de lo sucedido, pero al encontrarse cenando fuera, no vieron el mensaje en el contestador hasta que volvieron a su domicilio sobre la medianoche.

—Tenemos que adelantar el vuelo, Samuel —rogó Estela con cara de preocupación.

—Ahora muevo algunos hilos. No te preocupes, cariño —contestó su esposo decidido que ya realizaba mentalmente la estrategia que iba llevar a cabo para conseguir cuadrarlo todo.

Samuel junior, que idolatraba a su tío Marcos, tuvo que comerse la rabia que lo habitaba para no dejar ver delante de sus padres ninguna de las habilidades especiales que poseía. Por suerte, con gran esfuerzo, lo consiguió y se limitó a consolar a su madre, muy afectada, en el tiempo que su padre se ausentó para intentar arreglarlo todo.

—Tranquila, mamá. Ya verás cómo al final es mucho menos de lo que parece. El tío Marcos es muy fuerte.

—Ojalá —concedió entre lágrimas solamente ella.

—Qué rabia que no nos haya cogido allí. Vamos, mejor hubiera sido que no hubiera ocurrido nada, pero si estuviéramos allí ya, los abuelos, estarían algo más arropados.

—Ya, entiendo lo que quieres decir, hijo. Pero seguro que tu padre —Estela se arrepintió en el acto de haberlo nombrado así, aunque lo fuera—conseguirá que vayamos esta misma noche para la *tierruca*.

—Sí, seguro que Samuel lo consigue —respondió el hijo remarcando el nombre que compartía con su verdadero padre al decirlo, pero que no deseaba que lo fuera.

Tras unos segundos de silencio en la que los dos parecieron asimilar las últimas palabras que se escucharon en aquel salón, el más joven se levantó y ofreció uno de esos manidos remedios caseros que durante siglos parecían arreglar la mayoría de los males en situaciones de nerviosismo.

—Me voy a hacer una tila, mamá... ¿Te hago una a ti?

Santander, de madrugada

La noche fue movida para todos. A caballo entre la comisaría y el hospital de Valdecilla, las horas fueron pasando para los implicados entre declaraciones de testigos, tensas esperas velando por los heridos, sentimientos de culpa y remordimientos enfrentados de forma repentina y obligada.

Miguel, que ya se encontraba de vuelta en la jefatura central de policía de Santander, interrogó personalmente a todos los testigos. Deseaba reunir la mayor colección de pruebas para que Ángel Ruiz Vega tuviera la mayor condena posible. Al mismo tiempo, nombró un equipo con sus mejores hombres disponibles, para investigar el domicilio del detenido y otro para que fueran organizando

todo el proceso que sabía que vendría. No deseaba dejar nada al azar de cara a la justicia. Era consciente que, a veces, un buen abogado era capaz de desmontar la mejor de las acusaciones y hacer quedar como inocente, o al menos minimizar el daño en buena parte, al más malvado de los hombres. Pero esta vez, no iba a dejar absolutamente ningún cabo suelto para que eso no ocurriese.

El agente Gómez tuvo que ser operado de urgencia y su compañero, el agente López, hizo noche acompañando a la familia de su camarada. Después de muchos años de servicio juntos, ambos eran como uña y carne y sus mujeres eran amigas desde la infancia, con lo que el corazón y el alma del policía, a la espera de que llegasen buenas noticias sobre su compañero, se mantuvieron en vilo a cada segundo.

Víctor Munitis fue avisado con apremio y pudo escribir en exclusiva tanto los sucesos ocurridos en la estación como toda la evolución de la situación en el hospital. Aunque por la noche aún no era consciente de que al día siguiente también se le facilitaría la exclusiva del crimen del hotel Bahía, ya se sentía como el periodista más afortunado del mundo.

Ángel Ruiz Vega se mantuvo callado durante toda la noche. La medicación ayudó a que los golpes y el disparo propinados por Marcos no doliesen tanto, pero la situación le había cogido tan de sorpresa que no tenía ni idea de cómo iba a afrontar su vida a partir de ese momento. Fue la primera vez en toda su vida de su inmenso orgullo, que portaba gacha la cabeza.

Tasio y Asunción pasaron la noche en la habitación que la exjefa de enfermeras había conseguido para su hijo Marcos. Individual y amplia. Y aunque el diagnóstico fue menos grave de lo que aparentaba la situación en un principio, aun así, tuvieron que hacer una transfusión de sangre al policía de manera urgente y la tensión entre el matrimonio fue en aumento a cada minuto que pasaba.

—Tranquila. —Empezó a decir Tasio, sabedor de que cuando se trataba de un hijo, nada calmaba a una madre por elevadas que sean las edades de ambos—. Marcos es un hombre fuerte y saldrá de esta sin problemas.

—¿Y de lo de la gallega? —respondió afectada Asunción.

—Eso ya va a costar más —musitó Tasio, atusándose el bigote con cara de circunstancias.

—Pero qué cara más dura tiene la tipa esa —alzó la voz Asunción a causa de los nervios acumulados—. Se iba a ir sin despedirse...

—¡Sssst! —Tasio intentó calmar a su esposa—. Que todos los demás que están en el hospital no tienen la culpa de nada.

—Lo sé, lo sé, pero es que mira que nunca me gustó. —Volvió a un tono normal la mujer—. Como venga por aquí... —Asunción estaba fuera de sí.

—Como venga por aquí, pues tenemos la fiesta en paz y que se arreglen entre ellos por sí solos que ya son mayorcitos, ¿no crees?

—Es que por ganas la estrangulaba ahora mismo. —Aceptó con resignación la mujer.

—Yo tanto no, pero sí que le decía cuatro cositas a la cara. Pero... lo dicho, eso es cosa de ellos. A ver si no nos hemos metido en estas cosas cuando nuestros hijos tenían menos años y lo vamos a hacer ahora que pasan de los cuarenta.

—Sí, sé que tienes razón, pero es que a ver cómo queda el pobre de Marcos después de la que le ha preparado la tipa esa.

Un rato después, y para que el destino pudiese tentar a la suerte, Rebeca, que ya había sido examinada en el servicio de urgencias y que también había terminado los trámites con la policía por ser testigo de primera mano de lo sucedido en la estación, se personó en la habitación en la

que esperaban Asunción Y Tasio. Al entrar y ver que Marcos estaba siendo atendido por los médicos en otro lugar del hospital, se acercó a saludar a sus padres, a los que conocía bien de todos los años anteriores de la relación de amistad que había tenido con su hijo. Asunción nunca había podido ni verla, pues sabía lo que significaba para su hijo y lo que le había hecho siempre. Como la *alma mater* de la familia Márquez siempre decía: «No hay peor tortura para alguien que quiere a una persona que ser visto y tratado tan solo como amigo y no poder desengancharte hasta curarte». Tasio, sin embargo, siempre era más diplomático con este tema, aunque en esta ocasión, con los últimos hechos acaecidos, no tenía demasiadas ganas de bailarle el agua a la mujer nacidas en las lejanas tierras gallegas.

—¿Vas a esperarle o te vas a marchar ya? —Ni un segundo de tregua por parte del excomisario.

—Pues, sinceramente, no tengo ni idea de lo que debo hacer en este momento —respondió Rebeca que fue la primera vez que dejó ver algún tipo de debilidad delante de ellos—. Aunque sé que no os vais a poner en mi piel. —Rebeca hizo una pausa dramática para mirar a ambos—. Lo estoy pasando fatal.

—Haberlo pensado antes —respondió solo Asunción, sin ni siquiera mirar a la cara a la mujer que el destino parecía querer negarle de la manera que fuera como futura nuera, mientras golpeaba el piso de forma rápida y constante con su pierna derecha, evidenciando el estado de nervios en el que se encontraba.

—Asunción, créeme cuando te digo que no he hecho otra cosa que pensarlo en las últimas horas.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y un camillero, fuerte como un vikingo, dejó la cama del herido al lado de sus seres queridos. Asunción ya estaba abrazando a un Marcos atontado por la fuerte medicación recibida, cuando un médico le pidió que tuviera cuidado.

—Aún está muy débil, por lo que ahora lo que más le conviene a su hijo es descansar lo máximo posible. Ha tenido suerte, la trayectoria del pinchazo solamente le ha rozado el bazo y creemos que con la transfusión que le hemos puesto, algo de medicina y, como le digo, mucho cuidado, saldrá de esta en no demasiado tiempo. Pero debemos seguir observándolo, por lo que va a estar monitorizado al menos esta noche.

—Mil gracias, doctor Sedano. —Asunción conocía bien al hombre con el que una vez coincidió cuando este era muy joven y se encontraba haciendo las prácticas y que ahora era un reputado médico.

A las ocho de la mañana el vuelo trescientos veintiséis Madrid-Santander, aterrizó en el aeropuerto de Parayas. Nada más hacerlo y comprobar que una intensa lluvia, que se deslizaba de un cielo gris plomizo, iba a darles la bienvenida a la ciudad, Samuel, Estela y el hijo de ambos, cogieron un taxi para ir al hospital a ver a Marcos.

Esperándoles, ocultas en las sombras, dos mujeres, tan bellas como maquiavélicas, se relamían ante lo cercano de su venganza. Esa que llevarían a cabo en contra de la persona que más había dificultado las cosas sin ni siquiera saberlo. Esa que lo había complicado todo tanto para su jefe, como para el traficante de almas que tanto querían para sí y sus aventuras sexuales y que, desde que volvió a estar con ella, les había negado su cuerpo y esas habilidades especiales que tanto valoraba la pareja de concubinas para utilizarlas en el interior de su alcoba.

—Bueno, Asunción, si a esta moza le parece, lo mejor será que nosotros nos vayamos a tomar un café, y así ellos podrán hablar de sus cosas. —Optó Tasio por ponerse a los mandos de la situación.

Asunción accedió a regañadientes a secundar la propuesta de su marido y la imposible pareja procedió a zanjar lo que llevaba más de diez años esperando a ser resuelto.

Un tenso silencio se adueñó de la estancia durante los primeros segundos. Ninguno de los dos parecía tener el valor suficiente para empezar a hablar. Ambos esperaban que el otro fuese el que rompiese el hielo.

—Ibas a irte sin decirme nada, Rebeca —atacó a media voz al fin Marcos, que aun con todos los esfuerzos por parecer en plenas facultades, le costaba no dejarse llevar por la medicina.

—En realidad, estaba pensándolo cuando apareció ese hombre. —Enrocó ella, volviendo a los tiempos en los que la conversación entre ambos era menos fluida de lo que al santanderino le hubiese gustado.

—¿En serio, Rebeca? —El policía parecía resignarse a su futuro—. ¿Después de lo de ayer? —Silencio tan solo en la mujer—. Sabes que me matas, ¿no?

—En este momento, solo sé que no sé nada.

Rebeca se acercó a la cama en la que descansaba el subcomisario y, con cuidado para no hacerle daño físico, pues en el de otros tipos de daño ya nada podía hacer por evitarlo, lo abrazó con ternura. Ambos permanecieron así, en silencio, durante unos minutos.

—¿Por qué la vida es tan difícil? —reflexionó la mujer intentando controlar sus emociones que se le desbordaban más y más a cada segundo que pasaba.

—Porque si no, sería demasiado aburrida —replicó él antes de volver a guardar un silencio que no deseaba que se terminara jamás, pues sabía que significaría que aquel abrazo se apagase y con él su momentánea y ficticia felicidad.

Al tiempo y para que el destino volviese a llevar la contraria al policía, un equipo de enfermeras colonizó la habitación para atender al paciente. Rebeca se levantó de forma cuidadosa, le dio un beso en la frente que poco gustó al hombre y solamente añadió:

—Si algún día quieres verme, ya sabes dónde y cómo encontrarme.

—Quédate a mi lado —imploró Marcos a la desesperada.

—Debo irme. Debo hacerlo.

—¿Y lo de ayer?

—El más dulce de los errores —concedió Rebeca Pereira asimilando que se había equivocado.

—Que sepas que te odio cuando te pones tan gallega.

Marcos, haciendo un sobreesfuerzo, pues los puntos le dolían con solo pensar en moverse, agarró de forma fuerte la cabeza de la mujer, posó su frente en la de ella, al tiempo que no evitaba comenzar a llorar y ambos se perdieron en un mar de besos que terminaron cuando una de las enfermeras los interrumpió añadiendo un doble «ejem» que dejaba claro que ni siquiera el amor podía parar el ritmo de un hospital. Al separar sus cuerpos, sus manos se agarraron de forma intuitiva, permaneciendo así durante un par de segundos hasta que al comenzar a alejarse ella, sus dedos se fueron separando sin que nada ni nadie pudiese hacer nada por impedirlo.

—Te echaré mucho de menos, *niñuca*.

—Yo también, te lo aseguro.

Marcos supo en ese mismo instante, que nunca olvidaría esa mirada por parte de ella, mitad lástima, mitad «trágame tierra». Sin poder evitarlo, volvió a romper a llorar de forma desconsolada. Cuando la mujer de hielo abandonó la habitación, fue consciente de que nunca más volvería a saber nada de la que finalmente fue más de hielo, incluso de lo que podría haber sospechado el policía en sus peores predicciones.

Rebeca emprendió el camino de salida del hospital y de no retorno sobre la decisión tomada, no sin antes cruzarse en los pasillos con los padres de aquel al que acababa de asestar una puñalada en el corazón mucho más profunda y dolorosa que la recibida el día anterior en el costado. Tasio y Asunción, café de vaso de papel en mano, volvían para estar cerca de su hijo. No hizo falta que nadie dijese absolutamente nada, las miradas hablaron por sí solas. La de Rebeca menos culpable de lo que cabría esperar para el delicado momento que acababa de vivir, o por lo menos fingía bien parecer orgullosa y para nada frágil. La de Tasio de preocupación, pues sabía lo que se le venía encima al débil carácter de su hijo y la de Asunción directamente de odio en su máxima expresión.

Antes de abandonar el recinto, Rebeca aún tuvo otro encuentro con la otra parte de la familia del hombre al que nunca en su vida volvería a ver. Los madrileños, como los apodaban Miguel y Tasio, hacían su aparición en el hospital sin esperar ver a aquella mujer en aquel lugar.

—¡Rebeca! —Se abalanzó Estela a abrazar a la mujer que no pudo sentirse más incómoda—. No te hacía aquí. ¿Qué tal está mi hermano?

—Débil. Debe descansar —añadió distante Rebeca—. Le vendrá bien que tú estés aquí con él ahora.

Tanto Samuel como Estela supieron al instante que algo iba mal. Uno porque leyó los pensamientos en la cabeza de la mujer gallega, y la otra porque su sexto sentido femenino vibró como solamente les ocurre a ellas. Samuel junior, sin embargo, solamente pensaba que, para doblarle la edad, aquella mujer le parecía que estaba como un queso.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —preguntó curiosa Estela—. Podríamos quedar un día para hacer algo.

—Me marcho hoy mismo, Estela. Si quieres la próxima vez que baje a Madrid, te doy un toque. —La mujer de hielo intentó no parecer borde, pero, a decir verdad, lo único que deseaba

en aquel momento era marcharse de allí cuanto antes.

—Bueno, nosotros subimos donde Marcos ya. Nos veremos. —Samuel intentó zanjar la conversación, que se había vuelto un tanto tensa, con premura y educación.

Los madrileños llegaron a la habitación de Marcos casi al tiempo que sus propias hijas. Las tres niñas de los ojos del policía, que ya no lo eran tanto ni por edad ni por distanciamiento. Producto las tres jóvenes de su anterior relación con su novia desde poco más tarde de la adolescencia, María, que fue atropellada de forma trágica por un conductor borracho, llevaban un tiempo viviendo juntas en casa de su tía Irene. La relación con su padre, aunque hubiera cambiado mucho sus conductas en la última década, nunca fue la mejor. Ya que sus tres hijas le achacaban no haber sido el mejor padre, cosa que, en realidad, no distaba demasiado de la realidad. Marcos tenía esa certeza en su interior y ello le quemaba como la lava. Pero los años posteriores a la muerte de su esposa habían sido realmente difíciles para él, refugiándose muchas veces en el trabajo y lidiando de continuo contra sus problemas de adicción al alcohol. Así que, por este motivo, nunca les reprochaba en absoluto que un par de años atrás, las tres jóvenes, decidiesen en consenso ir a vivir con la hermana de la difunta esposa del subcomisario alejándose en una gran parte de él.

La situación, por lo que unos sabían y otros sospechaban que había ocurrido con Rebeca, amén de la presencia de las hijas de Marcos, fue tensa. Durante toda la mañana, el policía, que solamente deseaba estar a solas, tuvo compañía hasta que, sobre la hora de la comida, cada mochuelo volvió a su olivo, o a sus quehaceres diarios, y únicamente Estela se quedó, como tantas otras veces, a su lado.

—No me puedo creer que te haya hecho eso —comentaba casi escéptica la menor de los Márquez.

—Ya sabes, es gallega y antes de trabajar con muertos, estudió Derecho... Esto no podía ser de otra forma. —Marcos intentó tirar de ironía para evitar derrumbarse.

—Bueno, por lo menos habéis pillado al desgraciado ese.

—Sí, eso sí. —Se resignó el policía.

—Por lo que me ha dicho papá, te van a dar una condecoración desde el Gobierno central. Que sepas que el caso había cogido tanta repercusión estos días atrás, que no se hablaba de otra cosa fuera de Cantabria. Vas a salir hasta en el telediario —intentó animarlo, sabiendo que nada en el mundo podría conseguir tan imposible empresa en aquel momento.

—Bueno, ya sabes lo que se dice... desafortunado en amores, afortunado en todo lo demás. — El tono del que ya ha dejado de tener fe en la vida.

—Y ¿no crees que pueda arrepentirse y volver como ya hizo ayer? —Estela intentó insuflar un poco de positivismo al asunto.

—Por desgracia, no tiene pinta. Mi sino debe ser este, la soledad.

—Marcos, no te pongas así... ya verás cómo en un tiempo todo mejora y lo ves con otros ojos.

Estela no podía estar más equivocada. Pues desde ese momento, hasta el de su propia muerte, su hermano nunca volvió a ser feliz y vio la vida como si la mayor parte de su alma hubiese muerto aquel mismo día.

A pocos metros de allí, los doctores hicieron llegar buenas noticias a todos los que aguardaban por el agente Gómez en la sala de espera asignada. La operación había sido un éxito y ahora solamente quedaba esperar que pasara el postoperatorio de la mejor manera posible.

Víctor Munitis, que llevaba un ejemplar de *El Diario Montañés* con el artículo que había escrito en su portada debajo del brazo, trabajaba, libreta en mano, para relatar todo lo que ocurría en el hospital cuando una llamada de su oficina al teléfono de la secretaría central del hospital hizo que su semblante triunfal se engrandeciese aún más. El aviso comunicaba de forma escueta que debía ir de inmediato al Hotel Bahía, pues parecía que el asesino de ancianas había confesado que otro crimen, esta vez de una índole muy diferente a la que lo caracterizaba, había sido perpetrado por su persona en el conocido hotel de la capital santanderina. Sin mirar atrás, el periodista partió raudo hacia el lugar en el que la policía encontró el horror de una mente enferma y él mismo la gloria, pues aquellos mediáticos artículos que escribió de aquel caso hicieron que terminara pasando a otras cotas más elevadas del periodismo patrio. Siendo habitual la presencia de su pluma y firma en los principales rotativos del país. A pesar de este éxito, nunca dejó de escribir de forma ocasional para *El Diario Montañés* que lo había visto nacer periodísticamente hablando, donde siempre fue considerado como un héroe.

En una de las salas de interrogatorio de la comisaría central de la ciudad de Santander, debajo de una única bombilla que pendía del techo sostenida solamente por un cable y que era la única forma de iluminación en aquella habitación, Ángel Ruiz Vega tenía pensado cambiar la estrategia por completo. Había decidido que, ya que lo habían atrapado, por lo menos pasaría a la historia como una persona fría, calculadora y que no tenía miedo a nada. Confesó de forma chulesca, más para jactarse de ello que porque se derrumbara, los crímenes perpetrados y sus formas de realizarlos. En un primer vistazo por parte de psicólogos y psiquiatras, estos lo habían definido como un perfecto psicópata, cosa que alivió al comisario Miguel Echeverría, pues sabía que otro diagnóstico, más cercano a la demencia, dificultaría que aquel hombre diese con sus huesos en la cárcel acercándolo a una institución psiquiátrica.

Los informes de los especialistas fueron lo bastante concluyentes: «El paciente analizado conserva inalterado su sentido de la realidad y es capaz de gobernar sus propios actos, así como discernir entre el bien y el mal. Se trata de un sujeto de una peligrosidad máxima, poseedor de una inteligencia rayana en lo absolutamente brillante. Cuenta con una personalidad ególatra, que aspira al afán de protagonismo en todo momento. Mira a los ojos de su interlocutor de forma fija e imperturbable, sin bajar o desviar la mirada, incluso hablando de los más atroces de sus crímenes. Cuenta con la frialdad clásica de los psicópatas y no alberga bajo ningún concepto el remordimiento entre sus habilidades. No se conmueve ante nada de lo que le digamos, pese a intentar que se derrumbe. Con todo esto, lo definimos como un personaje verdaderamente hecho para el crimen. Un perverso sexual y una contundente máquina de matar».

En su domicilio se encontró la habitación roja, su particular museo de los horrores, donde Ángel Ruiz Vega guardaba todos los trofeos que había ido sustrayendo de casa de sus víctimas, en memoria de cada una de ellas. Aquellos objetos iban desde pequeños televisores, a rosarios, flores de plástico, joyas, alianzas, porcelanas, imágenes de santos, pasando por las instantáneas que tomaba de aquellas maltrechas señoras después de matarlas. No los guardaba por el valor de lo robado, lo hacía meramente porque para él era un morboso recuerdo. Era un hombre con una personalidad muy metódica, casi un maniático del orden, y aquella sala parecía una pequeña exposición, pues lo que allí se «exponía» estaba colocado como si de una tienda del fetichismo asesino se tratase.

Tras un juicio rápido, y pese a tener algunos antecedentes que podrían complicarle las cosas, la condena de Antonio Lavín, el carterista que tuvo el error de intentar jugársela al subcomisario Marcos Márquez, después de que el mismísimo comisario Miguel intercediera por él, fue solamente monetaria y de trabajos forzados a la comunidad. Así pues, a los pocos días salió de la comisaría con el bolsillo, el cuerpo y el orgullo herido y, pese a hablar pestes de Marcos, decidió apartarse durante una temporada de las calles, pues había aprendido bien la lección que le habían dado en la comisaría.

Parte 3
Conclusión

Los días fueron pasando y la cena sorpresa en homenaje a Tasio, aparte de dejar de ser tan inesperada, se pospuso para que Marcos pudiera recuperarse. No tardó en hacerlo. A diferencia de su ánimo, su condición física parecía mejorar como por arte de magia y justo siete días después de recibir aquel navajazo en la estación de tren, el policía recibió el alta. Samuel sonreía para sí cuando los médicos hablaban de que una mejoría tan rápida se trataba de casi un milagro.

Una semana después del sesenta y siete cumpleaños de Tasio, la familia Márquez al completo estaba citada a las ocho y media de la noche en el Gran Casino de la ciudad de Santander, ubicado en mitad de El Sardinero, una de las mejores zonas de toda la capital cántabra y un santo y seña de sus atracciones turísticas por su belleza y majestuosidad. El primero en llegar fue el homenajeado acompañado de su mujer, Ascensión. Al poco, también hicieron acto de presencia su inseparable Miguel y su mujer Eulalia, a los que él mismo juntó varias décadas antes. Las dos parejas habían salido a una de las terrazas del imponente edificio blanco para tomar una copa previa a la comilona que Samuel había organizado en honor al patriarca de la casa. La tarde, que cada vez era más noche, era perfecta en cuanto a temperatura. Y las vistas que desde allí se tenían, de la mayor parte de El Sardinero, las playas y el mar Cantábrico majestuoso, eran un auténtico privilegio. Las dos mujeres comenzaron a hablar de sus cosas, al tiempo que los dos hombres repasaban las últimas novedades del caso del Mataviejas, que se había convertido en un *boom* mediático en todas las televisiones y periódicos del país.

—¿Cómo va lo del desgraciado ese? —Hay personas que no desconectan nunca del trabajo Y Tasio, ni jubilado, lo hacía.

—Pues ahora le ha dado por colaborar, aunque más para hacerse el monstruo que porque desee ayudar de verdad. Aun así, ya teníamos suficientes pruebas como para que se pudriera entre rejas y mañana lo van a trasladar a Salamanca con lo que deberemos confiar en que nuestro trabajo haya sido el mejor —respondió Miguel, justo antes de dar una profunda calada a su cigarrillo—. Se ha encontrado una de sus tarjetas de visita en uno de los domicilios de las últimas víctimas. Parece ser que, además, tiene antecedentes, pues cumplió condena por ser el violador de la moto hace unos años. ¿Te suena?

—Me quiere sonar. —Miró Tasio al horizonte cántabro como queriendo recordar—. ¿En el setenta y ocho o setenta y nueve?

—Sí, más o menos.

—Ya caigo.

Ambos hombres se atusaban sus bigotes. Como siempre, más frondoso el de Miguel y el de Tasio más fino y cuidado. Aunque ahora los dos compartían el color blanquecino que los había ido tiñendo con el paso de los años.

—Ahí no mataba, pero ya había violentado a varias mujeres, el muy cabrón. Salió pronto, pues consiguió que en el juicio se le tuviera piedad y algunas hasta lo perdonaron *in situ*. Es un auténtico vendedor de «crecepelo». Un manipulador de libro.

—Joder, el fulano ese con antecedentes y nosotros sin saberlo. Ojalá con las nuevas bases de

datos metidas en los ordenadores esto sea más fácil para las generaciones futuras, porque me acuerdo aún de cuando para cotejar un DNI o una huella pasaban semanas.

Tasio degustaba con voracidad un chupachups que hacía las veces de ayuda para, teniendo algo en la boca, intentar engañar a su cerebro y así evitar sentir tanta ansia por fumar, además de constituir un gratificante sustento de azúcar que, si como fuera un niño, a falta del tabaco, el excomisario valoraba mucho.

—Pues sí. Una cagada de las grandes, pero como tú dices, todo irá poniéndose más de cara para los que defiendan la ley en el futuro. Aunque la tecnología también la usarán los malos, supongo, así que no sé qué decirte. Por suerte, Marcos pudo atraparlo. ¿Cómo está, por cierto?

La semana había sido muy movida para todos. Miguel se había centrado en todo lo relacionado con el caso que lo coronaría, a la postre, como un digno sucesor de Tasio y este, ahora que habían conseguido atrapar al mediático asesino de viejas, optó por dejar un tiempo de lado su colaboración como asesor del cuerpo de policía de la ciudad santanderina, para dedicarse así por completo a su familia por primera vez. Así pues, se había ocupado en cuerpo y alma a cuidar de su hijo mayor en el hospital y de aprovechar el mayor tiempo posible con su hija pequeña recién venida de Madrid.

—Esta vez no lo tengo claro. Se ha pasado la semana más encerrado en sí mismo que de costumbre. A ver si ahora que le han dado el alta, con la libertad y el aire fresco, se le levanta el ánimo.

—Ojalá —finalizó Miguel.

—Pero, bueno, ¿ya estáis hablando de trabajo? —Asunción se entrometió en la pareja de agentes de la ley—. ¿Tú no te puedes estar quieto ni jubilado, ni siquiera en la fiesta de tu cumpleaños? —Escondida tras la broma, hablaba la parte de Asunción que no le gustaba demasiado haber vivido durante tantos años con alguien que era adicto al trabajo.

—Es mi condición —replicó de forma escueta, Tasio.

—Vamos a atender al resto de los invitados. No vayan a pensarse que se han confundido de sitio, y piensen que esto es solamente un anexo de la comisaría. —Asunción guiñó un ojo, burlona, a su marido, evidenciando que tan solo quería chingarle, al tiempo que señalaba a su hija, nieto y yerno que acababan de hacer acto de presencia en la terraza, acompañados por las hijas de Marcos.

—A sus órdenes, mi general. —La réplica de Tasio fue igual de socarrona.

Todos los invitados, a excepción de Marcos, que aún no se había personado, fueron llegando. Aparte de la familia Márquez, algunos buenos amigos de Tasio del cuerpo, en activo o jubilados, y sus respectivas familias también estaban invitados al evento. Los invitados disfrutaron en la terraza del imponente edificio de estilo ecléctico con apuntes manieristas y neoclásicos, de un agradable rato de charla, copas varias y algún que otro canapé que servían los camareros que, vestidos de etiqueta, atendían, como si de una boda se tratase, a los allí presentes, aunque Tasio no dejara de pensar de forma irónica y aceptándolo a regañadientes que aquello se trataba más bien de un divorcio con su trabajo.

—¿Sabes algo de tu hermano? —preguntó Tasio a su hija Estela, pasados quince minutos de las diez de la noche ante el retraso de este.

—Qué va, estuve un rato en su casa con él, para ayudarle a organizarse, pero desde que me fui no he vuelto a tener noticias tuyas.

Las noticias del hijo mayor de los Márquez no se hicieron esperar demasiado y un desarreglado Marcos hizo su desafortunada aparición a los pocos minutos. Su estado de

embriaguez dejó mudos a todos los allí presentes. El subcomisario parecía que no había soportado la presión y había vuelto a coquetear con el alcohol a las primeras de cambio.

—¿Qué hacéis tan callados todos? —gritó el policía, al tiempo que agarró una copa de la bandeja de una camarera que pasaba por allí a la que casi hace perder el equilibrio—. ¿Esto no era una fiesta?

El hombre se tambaleó y se apoyó en una de las mesas derramando el vino de su copa sobre la comida.

—¿Qué hostias miráis? —increpó a los demás, mientras intentaba recomponerse—. ¿Nunca habéis visto a un puto borracho?

—¡Marcos! —La primera que pareció reaccionar fue su hermana, que corrió hasta su posición para ayudarlo.

—¡Déjame! —Marcos empujó con una mano a su hermana desestimando su ayuda.

La mujer salió despedida y chocó de forma brusca contra la baranda de la terraza. Los dientes de Samuel se apretaron y tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre su cuñado al instante. Al ver que no tenía otra opción, detuvo el tiempo y, por ende, a todo el mundo, para calmarse. Unos minutos después, en los que el único que mantenía la consciencia era el traficante de almas, cuando su corazón bombeaba a un ritmo algo más tranquilo, se acercó a Estela, empujándola hacia el otro lado de forma suave para detener su avance, caminó hasta donde se encontraba Marcos y le susurró al oído con tono decidido:

—En cuanto el tiempo esté de nuevo en marcha, vas a pedirle perdón a tu hermana y te vas a ir a tocar los huevos a otro lado... ¿Entendido?

El grito fue ensordecedor en el vacío sonoro que allí reinaba. Un ausente Marcos contestó afirmativamente como un autómatas con la mirada perdida en ninguna parte. Samuel estaba tan concentrado en controlarse para no arremeter con furia contra el otro, que no se dio cuenta que su hijo lo observaba todo, mientras se hacía pasar por momentánea estatua como lo eran los demás. Samuel retornó a su sitio para ocupar su posición y al reanudarse el tiempo fue a ayudar a su esposa que había estado a punto de caer al vacío por la balconada del Gran Casino y que sintió como si una fuerza misteriosa la hubiese frenado para no hacerlo.

—¿Estás bien, cariño? —Todo ternura y cuidado por parte de Samuel que contrastaba con esa otra faceta oculta y violenta de tan solo unos segundos antes.

—Sí, no ha sido nada.

Estela Márquez miraba a su hermano con más pena que rabia. Entendía cómo se sentía y nada más deseaba que pasara ese malentendido para intentar ayudarlo.

—Perdón, hermana. —Marcos siguió el guion preestablecido—. No debería haber venido en estas condiciones.

Un tambaleante Marcos, se alejó sin ni siquiera mirar atrás, al tiempo que los demás se temían lo peor para la temporada futura que parecía que iba a ser movida en ese aspecto.

—¡Marcos, quédate! —Asunción, madre y figura hasta la sepultura, fue la única que intentó frenarlo.

—Déjalo, no está para nada. Mañana será otro día. —Tasio la detuvo.

—Marcos, ¿no habrás venido en coche? —preguntó su madre.

—He venido en taxi. Dejad de tratarme como un jodido niño. Tengo casi cincuenta años, ¡hostias! —increpó el subcomisario con dificultades, mientras hacía un gesto despectivo con el brazo izquierdo sin dejar de andar.

Nadie fue detrás de él, ni siquiera sus hijas. Habían sido demasiados años de decepciones y

aquella pareció ser la gota que colmó el vaso de su confianza en él.

—Vamos a pasar dentro para comenzar con la cena, señores.

Ante el incómodo silencio, Tasio se erigió como el líder que siempre había sido. Después de que todos los invitados tomaran asiento y de que se hiciera un esfuerzo general, la velada transcurrió con la engañosa normalidad que los allí presentes quisieron otorgar a la extraña situación.

En la dimensión alternativa que utilizaba para formar su ejército, los ojos de Abraham se abrieron de golpe. Edgar Allan Poe lo había despertado de su letargo. Y sabía que, por su bien, eso solamente podía significar que se trataba de algo importante. No tardó demasiado en comprobar que realmente lo era, ni tampoco de comprender la magnitud de lo que aquello representaba.

—¡Póngame un ron! —ordenó Marcos al camarero del primer bar que encontró abierto.

—¿Alguno en especial, señor? —indagó el otro, acostumbrado a lidiar en esas y peores situaciones.

—Uno que no tarde demasiado en estar servido. —Órdago étlico en la mirada.

Marcos se sentía mareado. No tanto por el alcohol que llevaba ingerido, sino porque sabía que algo había ocurrido en la terraza del Casino con Samuel. No era la primera vez que algo así sucedía. Nunca lo había hablado con nadie, más allá de cuando lo investigaban años atrás, pero sabía que su cuñado era un ser especial, que algo raro lo envolvía. Por suerte, parecía querer a su hermana con locura. Normalmente no solía recordar nada después de ese tipo de encontronazos con él, pero la sensación de debilidad, indefensión, náuseas y aturdimiento que le quedaban por secuelas eran verdaderamente inconfundibles. Estaba enfadado consigo mismo. Toda aquella gente a la que había abochornado unos minutos antes tenía puestas sus esperanzas en él y nunca había podido responderles de la forma que ellos esperaban.

—Debo cambiar —se dijo, mascullando entre dientes, en plena barra de aquel bar que a esas horas contaba con numeroso público y que esperaba le sirviese como cobijo de su propia tormenta—. A partir de mañana dejo esta mierda y comienzo una nueva vida. No voy a terminar con mi vida solamente porque a una puta gallega le haya apetecido jugar conmigo. ¡Voy a demostrarles a todos que soy invencible y que puedo con todo lo que se me ponga por delante!

Estaba Marcos tan ensimismado en su propio discurso que no se dio cuenta de que las demás personas que se encontraban en el bar lo miraban como lo que realmente era en aquel momento, un pobre borracho infeliz que hablaba solo. Con la pena y la risa decidiendo en cada persona, que cobraba más protagonismo en su juicio ante esa escena.

De su boca salieron grandes propósitos futuros que parecía deber esperar al menos unas horas pues, Marcos, esa noche, tan solo deseaba beber hasta perder el conocimiento. Olvidar, aunque fuera solamente por un momento lo que tanta rabia le creaba por dentro.

—¡Ponga otro! —Volvió a mandar, nada más terminar de casi un trago la copa anterior.

—Pero, señor, ¿no cree que ya es suficiente?

El guardián de la barra tensó sus músculos nada más decir esas palabras, pero sabía que, al igual que ocurre en el boxeo con los golpes, una copa de menos podía ser la clave para evitar una tragedia, aunque, a veces, eso podía traducirse en un problema grave para él.

—Yo creo lo que se me ponga de los cojones. Pon la puta copa y punto. ¡Hostias!

Durante la siguiente hora, el subcomisario, que casi no podía mantenerse erguido, continuó con el ritual de autodestrucción que parecía necesitar llevar a cabo a toda costa. Durante ese tiempo en que la gente de alrededor se compadeció de él con una sensación mezclada de lástima y ofensa, pensó en Rebeca; en todo lo que había pasado con ella sin conseguirla, en lo que sintió cuando al fin lo hizo, en el sexo que compartieron, en las caricias, besos y abrazos de aquellas horas que se le antojaron como una paradisiaca ensoñación, en la tremenda oscuridad que sintió cuando ella se fue de la manera que lo hizo y en las ganas que tenía de matar al primero que se le cruzase por

ello. Esa noche no quería pensar en su familia, ni en sus hijas, a las que no quiso ni siquiera mirar en la terraza del Casino, pues sabía que una hiriente cara de decepción, a la que por desgracia ya estaba más que acostumbrado, se habría implantado en su rostro como tantas otras veces, disparando ese orgullo de padre que una vez tuvo y que en ese momento no encontraba más que para convalecerse. Esa noche solamente quería beber hasta reventar.

No demasiado lejos de allí, en una de las habitaciones de la fastuosa construcción que en otro tiempo pasado fue su propio domicilio, dos mujeres, tan bellas como peligrosas, esperaban su momento ocultas entre las sombras, observándolo todo con suma atención. Lo tenían todo preparado y, pese a su condición de implacables asesinas, se encontraban hasta nerviosas ante lo que iba a suceder en no demasiado tiempo.

—¿Crees que esto nos saldrá bien, hermana? —indagó la más pequeña de las dos *femmes fatales*, mientras se escondía tras la cortina del caserón que quedaba justo enfrente.

—Tranquila, Sylvana. Lo tenemos todo bien planeado. Además, el hermano de la puta nos va a facilitar mucho el trabajo.

—Que sepas que le has enviado a la boca del lobo —contestó la rubia.

—¿Y si le pasa algo?, hasta le habré hecho un favor. Se pasa todo el día llorando por las esquinas por la gallega esa. Es demasiado débil. —El asco gobernó su expresión—. No merece vivir.

—Y... ¿con lo otro? —El gesto de la menor se tensó—. Si nos sale mal, nos puede traer problemas.

—Ya lo veremos... pero confía en mí, hermanita, que lo tengo todo bien atado.

El homenaje a Tasio continuaba transcurriendo con la normalidad necesaria y después de una hora parecía que los invitados ya habían dejado de lado el momento de tensión protagonizado por Marcos. Samuel estaba intranquilo. El presentimiento que lo perseguía en los últimos días se había acrecentado y su esposa, a pesar de no saber absolutamente nada de su condición de traficante de almas, se lo notó.

—¿Qué te ocurre, cariño? —La mirada del amor más intenso.

—Nada, me ha dejado mal cuerpo lo de antes. Estoy preocupado por tu hermano.

Disimuló Samuel sabiendo qué tecla debía tocar para que su mujer bailase al son de la melodía que proponía.

—Yo también —concedió ella esta vez con pena en la mirada—. Mañana lo veré para intentar ayudarle. Quiero volver a acompañarle a los alcohólicos anónimos. Como en los viejos tiempos.

—Me parece una idea maravillosa —añadió con cautela Samuel—. Intentaré hablar con él. Ya verás cómo, entre los dos, le hacemos retomar el camino recto de una vez por todas.

—Eso espero, cariño —apuntilló ella con ansiedad en la voz y en el alma.

Samuel ya tenía preparada en su mente la estrategia que iba a utilizar. No le gustaba demasiado la idea de usar su magia cerca de Estela, pues se arriesgaba demasiado a atraer al ejército de la Luz de ese Dios que por ser el enemigo de su padre, también lo era de él mismo, pero esta vez iba a acabar con las ganas de llamar la atención de Marcos, ya que, al fin y al cabo, es lo que él mismo pensaba que le ocurría al policía. Después de sugerirle algunas cosas, su cuñado no volvería a causar más problemas. No, por lo menos de ese tipo.

Segundos después, Tasio Márquez se levantó, al tiempo que alzaba su copa y con la voz firme del que está acostumbrado a tener el mando, se dirigió a los demás:

—Lo primero de todo, gracias por venir a cada uno de vosotros. No se cumplen años todos los días, y aunque haya que haberlo pospuesto porque el asesino de ancianas nos ha dado más quebraderos de cabeza de los que hubiésemos deseado, por fin todo se va calmando y hoy estoy muy feliz de que estéis todos aquí a mi lado. —Miró un segundo a la silla vacía en la que debería estar sentado su hijo Marcos—. Han sido muchos años defendiendo los intereses del insigne Cuerpo de Policía de esta bendita ciudad, y aunque no quiero aburriros con mis batallitas de veterano de guerra, solamente diré que es maravilloso saber que uno ha dejado tanta gente que lo quiere a su paso. Por otro lado, también me gustaría dar las gracias al mejor compañero que se puede tener. —Señaló a Miguel—. Que, aunque hoy es un comisario con todas las letras, durante años fue una parte más de mí en este duro trabajo mientras hacíamos la calle y que entendiendo perfectamente que necesitara retirarme por aquellos problemas de salud que, por suerte, ya quedaron atrás, también ha comprendido que, de vez en cuando, mis consejos de perro viejo aún tienen algún valor importante para ayudar a otros. Para mí ha sido un completo honor poder seguir ayudándote a ti y al Cuerpo siempre que me has necesitado. —Ambos policías se hicieron un gesto de camaradería que escondía la complicidad del que ha confiado en el otro casi más que en sí mismo—. Y, para terminar, que ya os he dicho antes que no deseo aburriros demasiado, quiero hacer una mención especial a mi familia que siempre me ha apoyado y más concretamente a mi esposa que ha conseguido que los momentos duros no pareciesen tan complicados y que siempre me ha apoyado y entendido por encima de todo.

En el momento en el que Anastasio Márquez se agachó a dar un beso y un abrazo a la mujer que por más de cuarenta años había compartido sus días, la sala entera se levantó y comenzó a aplaudir. Fue en ese mismo instante en el que Samuel lo sintió.

A pocos metros de allí, Marcos Márquez salió de La Cañía tambaleándose, después de haber asaltado la despensa de botellas de ron del lugar, desoyendo al camarero que, casi implorándole, le instaba a llamar un taxi para que lo llevara a casa. Su mente funcionaba de forma errática y su visión estaba borrosa. Lo escuchaba todo a cámara lenta y en tonos graves y distorsionados. Le costaba respirar y jadeaba como un jabalí herido. Comenzó a andar por la calle Joaquín Cuesta en dirección a la plaza del Alto de Miranda golpeándose con todo lo que encontraba en su camino. Oscilando de forma errante de un lado a otro de la acera. Apoyándose en los coches, en los portales, los escaparates de las tiendas y bancos que fue encontrando a su paso y haciendo auténticos malabares de equilibrio para no darse de bruces contra el suelo, pues, aun en su etílico estado, sabía a la perfección que si se caía ya no se levantaría en varias horas. Tenía un objetivo marcado que, como si alguien lo obligara en contra de su voluntad a perseguir, debía cumplir.

Tras el brindis de Tasio, Samuel se quedó helado. La voz de su padre resonaba en su mente de forma continua y fuerte.

—Samuel, te necesito. ¡Ven conmigo! —Se repetía en su cabeza una y otra vez.

No entendía para qué lo necesitaba, pero si Abraham lo llamaba, saltándose el pacto que tenían para dejarlo tranquilo mientras Estela viviese, entendía que era para algo importante. El mensaje, de forma extraña, provenía de aquel lugar que tampoco gustó a Samuel cuando se enteró de su existencia. Esa dimensión alternativa en la que su padre se había fabricado unos infiernos a medida y al estilo de los que salían en la Biblia. Eso alarmó aún más a Samuel, que no entendió que su padre no se encontrara en el palacio de la medianoche de Moscú, que se había erigido como su residencia habitual en los últimos años.

Era consciente, porque ya había ido más veces a aquella lejana dimensión más allá de las estrellas, que, a diferencia de en la tierra por la que viajaba de un extremo a otro en cuestión de segundos, ir hacia donde se encontraba su padre le llevaría bastante más tiempo y no deseaba ausentarse tanto en ese preciso momento.

—En serio, cariño, ¿qué te pasa hoy? Tienes mala cara todo el rato. Estás pálido.

—Sí, no me encuentro demasiado bien. Creo que me voy a ir al hotel.

—¡Voy contigo! —afirmó vigorosa Estela.

—Ni se te ocurra, el chico y tú os quedáis aquí con vuestra familia. No faltaría más

—¿Seguro? —El gesto de cordero degollado hizo su presencia en la cara de la mujer.

—Por supuesto. Ven, dame un beso que me marchó a acostarme a ver si se me pasa. Deberías dormir vosotros en casa de tus padres, que para el poco tiempo que pasas con ellos al cabo del año no quiero yo estropearlo.

—De acuerdo. Si no creo que tardemos mucho en irnos, pero si por lo que sea te pones peor, llámanos. No lo dudes ni un segundo.

—Tranquila, cariño. Estaré bien. Vosotros pasadlo bien.

—A ver si te va a estar dando un infarto o algo.

—No, para nada. Simplemente es cansancio y que estaré incubando algo. Ya sabes, el cambio de temperatura de Madrid a aquí.

—No digas tonterías, si aquí se está de cine. —Estela defendería la tierra que la había visto nacer como si fuera su bien máspreciado.

—Tranquila, os dejo disfrutar y ya mañana estaré bien.

Pese a las primeras reticencias que el dejar solo a su marido sin encontrarse del todo bien suscitaban en Estela Márquez, terminó dando su brazo a torcer a condición de que a la mínima señal de que algo no marchaba como debía, llamara a la recepción del hotel para que se pusieran en contacto con ella y estar así atendido mientras ella llegaba. Al poco, Samuel se despidió de todos y le dijo a su hijo que cuidara de su madre antes de marcharse. No entendía que justo cuando aquel presentimiento tan funesto lo estaba acechando de forma tan cercana esos días, su padre lo llamara, pero sospechaba que algo tenía que ver y que pronto lo descubriría.

Samuel Abascal salió en la calurosa noche del imponente edificio blanco del Gran Casino de Santander, anduvo unos pasos hasta una callejuela trasera en la que no fuera visto por nadie más. Cerró los ojos, sus antebrazos se iluminaron. Recitó unos versos mecánicos en un extraño dialecto y, acto seguido, desapareció en la nada.

No llevaría Marcos demasiado camino recorrido por el medio de la carretera, pues cada vez que conseguía avanzar un paso desandaba al menos tres, cuando vislumbró una inconfundible luz verde, que, pese a su estado de embriaguez, detectó en el acto como la auténtica panacea de salvación que representaba en ese momento para él. Con su borrosa visión pudo ver cómo un taxi bajaba en dirección opuesta a donde se encontraba. No dudó ni un segundo y, pese a tambalearse o precisamente por eso, se abalanzó sobre el capó del coche que tuvo que pegar un gran frenazo y, aun así, terminó golpeando al subinspector que cayó de bruces en el asfalto.

—Pero ¿está usted loco? —gritó el conductor al bajar del auto.

El hombre corrió a socorrer al otro que acababa de vomitar a su lado en el asfalto.

—Vaya borrachera me llevas, ¿no, prenda? —El taxista se agachó al lado de Marcos—. ¿Estás bien?

—Sí, cr... creo que solo ha sido el golpe. —Marcos, aturdido, intentaba ponerse en pie.

—Tranquilo, buen hombre. —El conductor de la noche, acostumbrado a lidiar en ese tipo de situaciones quería asegurarse—. Que la calle no se va a ir para que puedas seguir dando bandazos por ella —comentó, al tiempo que forzó al otro a permanecer en el suelo—. ¿Dónde te he dado?

—Re... realmente en ningún lado. He pegado con las manos en... en el capó para que me vieras y, del susto, me... me he caído yo solo para atrás. —A Marcos le costaba articular las palabras.

—¿Seguro? —El otro no las tenía todas consigo—. ¿Te llevo a Valdecilla?

Sopesó unos segundos Marcos el ofrecimiento y terminó aceptándolo, consciente de que en su estado era difícil que otro taxista pudiera cogerlo.

—Está bien. Así me miran. Igual con tanto que he bebido ni me he enterado de que me has partido la pierna —replicó, intentando levantarse.

—Venga, pues vamos. —El taxista consiguió ponerlo en pie—. Me vas a joder la noche, que lo sepas.

—Por dinero no te pre... preocupes. Luego me dices lo que es y... y punto.

La cabeza le daba vueltas y por momentos, Marcos pensaba que iba a perder el conocimiento en el momento en el que se sentó en el asiento trasero del coche.

—No creo que te hayas hecho nada, si fuera así no podrías haber andado hasta el coche y tus gritos serían de áupa, pero tienes razón, mejor que te miren para que estés tranquilo. —Marcos asintió disimulando—. Pero no me vuelvas a vomitar, ¿eh, prenda? Que he lavado la tapicería ayer mismo.

Las dos maquiavélicas mujeres ya estaban preparadas. Se habían ataviado con unas exquisitas ropas y continuaban observándolo todo desde su privilegiado escondite de la mansión que, después de que Abraham se deshiciese de ella, pertenecía a los hermanos Santos-Abaunza que también poseían el cercano hotel Santemar.

—Ya casi está, hermanita —comentó Davinia—. La fase uno de mi plan ya está a punto.

—¡Qué nervios! —agregó Sylvana.

Samuel viajó de una dimensión a otra sufriendo el horrible impacto que significaba para un ser como él, medio deidad medio mortal, sintiendo cómo su interior se desgarraba y explotaba de dentro hacia fuera. Era perfectamente consciente de que una vez comenzado el trayecto ya no había marcha atrás, pero su voluntad quedó disminuida cuando el peso del cambio del espacio tiempo lo devoró por dentro. Desde luego, algo importante debía de estar ocurriendo para que su padre lo reclamara de esa forma tan acelerada. No dejó de pensar en qué sería lo que ocurría en aquel lugar, pues si los peores augurios se confirmaban y una guerra entre el bien y el mal ya hubiese comenzado, lo separaría definitivamente de su amada esposa y del mundo que había intentado construir alrededor de los dos.

En las desiertas calles de Santander un vehículo surcaba la noche, con una extraña pareja en su interior. El subinspector Marcos Márquez viajaba en el asiento trasero y miraba cómo la calle del General Dávila pasaba ante su distorsionada vista. Mientras el taxista maldecía en bajo su suerte por haberse topado con aquel borracho que le iba a complicar la noche.

—Mejor, lléveme a la comisaría —pronunció acelerado Marcos casi al llegar a la mitad de la avenida.

—¡¿Pero qué dices?! —reprochó el taxista casi gritando—. Encima de que te has tirado al *taxis*, ahora me quieres denunciar.

—No... no es eso. Pero llévame. Soy subcomisario y tengo que hacer unas gestiones importantes allí.

—Y yo soy Rita la cantaora, no te jode.

El automóvil se detuvo casi en seco haciendo que Marcos, que en su estado andaba bastante lento de reflejos, se golpeará la cara con la parte superior del asiento delantero.

—Venga, prenda, que me conozco a la gente como tú. Encima que te llevo al hospital me quieres pagar así. Hay que joderse con el puto *tarao* este. ¡Baja! —ordenó muy serio el conductor.

Pese al alcohol ingerido, Marcos atinó a sacar su pistola y su placa y pasó a apuntar al conductor que dio un respingo en su asiento al ver el arma.

—Que te he dicho que me lleves a la puta comisaría. ¡Joder!

—Vale, vale. Ahora mismo te llevo. —El taxi volvió a echar a andar—. Pero estate quietecito con el juguete, anda. Que los carga el diablo.

—Y, tranquilo, que no te voy a denunciar. Tengo que ir a hacer unas cosas, nada más.

Marcos guardó sus enseres de trabajo y apoyó su cabeza en el asiento. Cerró los ojos y, jadeante de borrachera, tomó todo el aire que pudo.

—Tan borracho y *descamisao* no parecías ningún agente de la ley.

Ante el silencio del policía el taxista pronunció:

—Oye, tú no te me mueras en el *taxis*, prenda, que no veas en qué marrón me metes.

—Tranquilo, coño. Que es solamente una borrachera, joder.

Como cada vez que Samuel viajaba a aquella dimensión alternativa que tan poco le gustaba, sintió náuseas y un fuerte dolor de cabeza al llegar. Había estado allí un par de veces antes y siempre era igual. Apareció en mitad de la nada. En una zona árida, plagada de géiseres de lava y pequeños volcanes en erupción continua. Pero, no tuvo que hacer demasiado esfuerzo para ver lo que estaba ocurriendo en realidad. A lo lejos, en el castillo de su padre, las explosiones se sucedían y entendió al instante que la fortaleza estaba siendo atacada. Sin pensarlo, se dirigió

volando hacia allí lo más rápido que pudo.

Una vez que Marcos llegó, a lomos de aquel taxi que casi lo había atropellado unos minutos antes, a la entrada a la comisaría de Santander, abrió la cartera, sacó algo de dinero y se lo ofreció al conductor.

—¿Con esto alcanza?

—Sobra —dijo el taxista, intentando devolver lo que consideraba que era demasiado.

—Pues todo para ti, por las molestias.

Marcos Márquez bajó del vehículo con todas las dificultades que su estado le generaba. Se adentró en el edificio sin mirar atrás como si una fuerza desconocida de la naturaleza le obligase a hacerlo. Saludó con una distancia extraña para tratarse de él al compañero que custodiaba el mostrador de la entrada que en el acto se dio cuenta del estado de su superior, pero que optó por devolverle las buenas noches con educación sin comentar nada más para no meterse en un posible lío, subió las escaleras que daban acceso al interior del edificio y se perdió en aquel laberinto de pasillos, despachos y celdas.

Las dos mujeres, tan bellas como maquiavélicas, que habían sido testigos privilegiadas desde su escondite en la casona, que algún día perteneció a los indios que retornaron a Cantabria desde el extranjero borrachos de poder y riqueza a partes iguales, ya habían comenzado a poner en marcha el plan con el que esperaban cambiar las cosas.

—Pero... ¿cómo sabías que el policía iba a hacer esto? —Sylvana se moría de curiosidad por saber cómo su hermana había conseguido que todo saliese como ella deseaba—. Ni con todo el poder de sugestión con el que nos dotó nuestro amo, podías saberlo.

—No puedo decirle lo que debe hacer si lo desconozco, que yo no puedo meterme en su cabeza como Abraham y leerle el pensamiento, pero tengo otros métodos.

Davinia sacó de su bolsillo una bolsita de plástico con pastillas de color negro en su interior y se las mostró a su hermana con satisfacción.

—Sin saberlo, se tomó un par de estas esta tarde. Aproveché en cuanto se fue la putita de su hermana de su casa y se las di yo misma. No tiene ni idea de eso. —La sonrisa de la hermana mayor se tornó maléfica—. Logran que una persona se desinhiba hasta conseguir que tome las decisiones más en su contra que, si no fuera por el efecto de estas cositas, nunca harían. Así que no sabía realmente por dónde iba a salir, pero sí que estaba segura de que este hombre nunca defrauda en este sentido.

—Para que luego digan que hay que tener cuidado con el diablo... la verdaderamente peligrosa es su concubina —apuntilló con humor y admiración Sylvana.

—Tú tampoco te quedas atrás en esto de ser mala, cariño.

Ambas comenzaron a reír a carcajadas cuando comenzaron a bajar las escaleras de la tercera planta de la mansión que durante un tiempo sirvió como residencia del demonio.

Marcos sabía perfectamente desde hacía unas horas lo que pretendía llevar a cabo dentro de la comisaría. Pese a todo el alcohol que había bebido, o precisamente por eso, el policía se sentía invencible. Por un momento había conseguido dejar de pensar en Rebeca y vio en la acción que esperaba efectuar como la solución más lógica para imponer la justicia que desde hacía un tiempo ya no le otorgaba a la ley que, aunque la defendiese por vocación, él consideraba corrupta, comprada y en la que, a su juicio, no ganaba el que más razón tuviese, sino el que más dinero o

«amigos» aportase al asunto. Lo comprobó en sus carnes cuando el hombre que mató a la madre de sus hijas por ir borracho al volante, cosa que, aunque compartiese adicción con aquel desgraciado, él mismo nunca volvió a hacer desde ese horrible suceso, después de tener que remover Roma con Santiago para conseguir atraparle y que la justicia pudiera castigarle por lo hecho y merecido, salió al poco tiempo de la cárcel a la calle de nuevo, como si nada, por buena conducta, ya que su padre era amigo del ministro de turno que lo así lo facilitó. Así que, esa noche, impulsado por una nueva energía que no lograba identificar de dónde nacía, pero que en ese momento ya no le importaba, el subcomisario Marcos Márquez bajó hasta los calabozos en los que aún se encontraba hospedado aquel asesino de viejas que tanto odiaba y que, según sabía, al día siguiente sería trasladado a una prisión de Castilla y León.

—Señor subcomisario, ¿qué hace usted aquí?

La cara de incredulidad del policía que velaba porque nadie escapase ni tampoco entrase a la zona donde se encontraban las celdas, ubicadas en la planta baja del edificio, fue apoteósica.

—Vengo a hablar con el detenido.

—¿Con cuál de todos?

—Ya sabes con cuál, agente Abella. Déjame pasar, anda. —Marcos, intentando disimular su estado, miraba fijamente a los ojos del otro.

—No puedo hacerlo y menos en tu estado.

Parapetado detrás de la puerta blindada que separaba aquel lugar del resto del mundo, el agente Javier Abella, hablaba al micrófono destinado a comunicarse con el exterior mientras, por debajo de la zona visible para Marcos, ya se encontraba enviando un mensaje al busca del comisario Miguel.

—¡Es una puta orden! —El subcomisario se acercó al cristal con el gesto desencajado—. Si no me dejas pasar vas a tener un grave problema, Javier. Es importante.

El cancerbero de aquella zona de barrote y ventanuco era consciente de que a aquellas horas no debía dejar entrar a nadie y menos en aquel estado en el que se encontraba, pero también que aquel que le estaba amenazando era la segunda persona con más poder en aquella comisaría. Por lo que, durante unos segundos, dudó qué era lo mejor tanto para él como para cumplir con el deber que tenía asignado.

Samuel utilizó sus poderes para volar hasta el lugar donde se desarrollaban las escaramuzas que lo habían llevado allí lo más rápido posible. Mientras lo hacía pensó en que, si los miembros de la brigada de la luz del otro habían sido tan osados de atacar aquellos infiernos de su padre, deberían tener un propósito bien marcado. Aún no entendía cuál, pero no dudaba en que enseguida iba a averiguarlo. Pensó también en si la guerra a la que tanto temía, pues lo apartaría de su amada Estela, habría comenzado ya y en por qué el ejército de su padre, preparado y poblado a consciencia no bastaba para repeler un ataque que entendía no era masivo.

Justo cuando el evento ya estaba a punto de llegar a su conclusión en el Gran Casino de Santander, un mensaje llegó al mensáfono localizador de Miguel.

—Qué extraño, ¿no?

Tasio, que se encontraba a su lado, torció el gesto al ver que se trataba del teléfono de la zona prohibida de la comisaría.

—Sí, voy a llamar ahora mismo. Disculpadme. —Se dirigió a la gente con la que estaba conversando en ese momento.

Miguel Echeverría se acercó al primer teléfono que encontró, llamó a ese número que sabía a la perfección y que sus subordinados sabían de sobra que solamente podía usarse cuando el asunto a comunicar se tratase de un problema serio. Después de que el tono sonara varias veces sin que nadie del otro lado contestase, Echeverría optó por marcar el número de la recepción de la comisaría que también se sabía de memoria. Su amigo Anastasio Márquez, esperaba impaciente a su lado.

—No lo cogen. Voy a llamar al teléfono de la entrada, que todo esto es muy raro.

Esta vez sí que hubo respuesta al otro lado, el mismo agente Abella contestó y Miguel escuchó una noticia que lo desencajó por completo.

—Aquí el comisario Miguel. ¿Qué ocurre para que me molesten a esta hora?

—Marcos Márquez ha entrado en la zona prohibida. No he tenido más remedio que abrirle. Y en un descuido me ha echado a mí.

—¿¡Cómo!?! —El grito de Miguel alertó a Tasio de que algo grave había ocurrido.

—Me amenazó con crearme un expediente y tuve que dejarlo pasar. Lo lamento.

Miguel no se molestó ni en contestar a su subordinado con el que esperaba arreglar cuentas en otro momento. Colgó el auricular en el acto y agarró del brazo con fuerza a su compañero para que lo siguiese.

—¿Qué ha pasado, Miguel?

—Ven conmigo. ¡Rápido!

—Me estás asustando.

Tasio conocía bien a su amigo y supo al momento que, para que el otro reaccionara así, debía tratarse de un asunto sumamente grave.

—Es Marcos —contestó tan solo el comisario.

Los dos hombres bajaron las magníficas escaleras centrales del edificio lo más rápido que su edad les permitió. Tasio, absorto en qué sería lo que estaba ocurriendo con su hijo, se chocó de forma fortuita con una bella joven que, ataviada con unas ropas como de otra época se cruzó de improviso en su camino.

—Disculpe. No la he visto.

El policía no se detuvo más de lo necesario a examinar demasiado a la mujer ni a sus raros ropajes, pues pensó que se trataría de una empleada del casino a punto de hacer algún tipo de *performance* en otro de los salones. Sin más, prosiguió su descenso siguiendo a Miguel a la

carrera.

—Vamos a coger un taxi, que antes vi desde la terraza que había bastantes en la parada. Así iremos más rápido —comentó acelerado Echeverría.

Detrás de ellos, dos mujeres, tan bellas como maquiavélicas, sonreían porque su plan estaba saliendo tal y como lo habían preparado.

Cuando la celda, en la que Ángel Ruiz Vega pasaba sus últimas horas antes de que a la mañana siguiente lo trasladasen con destino a la cárcel de Topas, Salamanca, se abrió en la noche con un estruendoso portazo y este vio al hombre que lo había conseguido reducir entrando a ella, no supo si aún se encontraba durmiendo, o si ya se había despertado. No dijo nada por precaución, ya que en todos los días que había pasado allí los agentes de la ley no habían sido demasiado hospitalarios con él. Solamente se incorporó e intentó ajustar sus ojos a la semipenumbra que envolvía la habitación que no se encontraba iluminada más que por algún foco lejano de los pasillos exteriores, para intentar ver si estaba armado.

Marcos cerró la puerta tras de sí. En su mano derecha portaba la pistola que su padre le había regalado y en la izquierda una linterna que activó al poco apuntando directamente su haz de luz a los ojos del otro.

El asesino de viejas se lo notó enseguida. No solo porque la luz de la linterna, pese a cegarlos en un principio, no conseguía estarse quieta, también por ese olor que tanto detestaba porque le recordaba a su padre. Aquel hombre estaba borracho como una cuba y sintió el más profundo de los ascos al instante.

Samuel se introdujo en la contienda sin esperar y, casi sin darse cuenta, enseguida se encontró luchando en una batalla a la que intentaba encontrar algún sentido. Aquello no parecía la toma de aquel lugar, pues sabía que tarde o temprano, los visitantes serían repelidos. Por lo que pudo ver entre combate y combate, los atacantes no serían más de doscientos y parecían estar dirigidos por una mujer, de facciones que en la tierra se considerarían esclavas, que parecía bastante hábil en la lucha. A todas luces era un ángel y sus enormes alas blancas resplandecían en la oscuridad que allí reinaba chocando visualmente en forma de bello contraste. Las explosiones de luz y de oscuridad se sucedían por todo el campo de batalla. Los combates se desarrollaban en la tierra, pues salvo unos pocos de los integrantes del ejército del señor de lo oscuro la mayoría de estos no podían volar y ahí los atacantes tenían una gran ventaja. No encontró a su padre por ningún lado, tampoco a Edgar Allan Poe. Tan solo vio una legión de guerreros oscuros, muy diezmada para lo que él esperaba, intentar oponerse de forma torpe, aunque con la fiereza que los caracterizaba, al ataque que estaban recibiendo los dominios de su padre. El traficante de almas no dudó ni un instante y, en cuanto las escaramuzas que tuvo contra los guerreros de la luz que le salían al paso de forma concienzuda y constante, se lo permitieron, intentó dirigirse hacia aquella que parecía llevar el mando.

—A la comisaría de Santander. ¡A toda hostia! Soy el comisario.

Miguel enseñó la placa al taxista que arrancó y comenzó a surcar la noche lo más rápido que pudo. Ya en el interior del vehículo el propio comisario puso al corriente a su compañero de lo que estaba ocurriendo en la comisaría.

—¡Joder, Marcos! —Tasio, conocedor de la gravedad del asunto, se vino abajo—. ¡Corra más, que nadie lo va a multar! —ordenó al conductor que no entendía nada de lo que le estaba

ocurriendo en el interior de su coche.

Las dos mujeres bellas y maquiavélicas visualizaron su objetivo. Estela Márquez, acompañada por su hijo, se había despedido de los últimos invitados que quedaban en el gran salón en el que habían cenado. Su madre estaba, junto a su nieto, a su lado con cara de preocupación y los tres caminaron hacia la salida. Las malvadas mujeres que lo observaban todo y que todo lo tenían planeado, decidieron que, en cuanto bajasen a la calle, sería el momento perfecto de atacar.

Durante unos segundos, el policía y el asesino guardaron un pactado silencio en el que ambos parecían estudiarse. Marcos intentaba parecer menos perjudicado de lo que realmente estaba por el alcohol y el otro, que se había posicionado en una de las esquinas que menos iluminada había encontrado, aún intentaba concebir la verdadera naturaleza de aquella visita nocturna que tan de sorpresa le había cogido.

—¡Ponte de rodillas, hijo de puta! —ordenó al fin el subcomisario que estaba bajo el efecto de las drogas y el alcohol.

El otro hizo caso omiso y lo único que hizo fue comenzar a moverse con pequeños pasitos laterales para probar los reflejos de su visita y de paso para despertarse del todo lo antes posible, pues sabía que iba a necesitarlo en no demasiado tiempo.

Aunque Samuel parecía ser más fuerte que sus oponentes, estos eran demasiados y tampoco recibió tanta ayuda por parte de los miembros del ejército de su padre que parecían moverse por el campo de batalla como pollos sin cabeza sin un superior al que seguir. Cuando ya estaba a punto de acercarse a aquella que mandaba en la otra parte, se dio cuenta de que le habían tendido una trampa que estaba preparada de antemano, pues, de forma orquestada, lo rodearon entre varios miembros de la brigada de la luz y aquel ángel rubio de grandes alas blancas lo inmovilizó en el acto con facilidad, agarrándolo por el cuello con una especie de llave desde atrás, de la que Samuel luchó en vano por escapar. El círculo que habían formado los otros cada vez era más pequeño, pues estos lo iban cerrando a cada segundo. Y nadie parecía que fuese a poder ayudarlo a salir de esa emboscada tan fácil.

En cuanto Estela, Asunción, y Samuel junior salieron a la calle, las dos concubinas hicieron su entrada triunfal.

—Hoy es su noche de suerte —comunicó Davinia con la mayor de las simpatías.

—¿Sí? —contestó de forma escueta Estela que se vio sobrepasada por los fastuosos ropajes de aquellas dos mujeres que acababan de abordarlas.

—Sí, la organización del casino ha decidido obsequiarle con una noche en aquel hotel cercano —informó Sylvana, mirando hacia el hotel Sardinero—. Si nos acompaña.

Las dos mujeres se habían colocado a ambos lados de Estela Márquez. Su hijo sospechó desde el primer momento que algo no iba bien y, de forma intuitiva, tensó los músculos.

El haz de luz de la linterna con la que Marcos apuntaba al otro no era capaz de seguirlo ante el continuo movimiento de este. Marcos comenzó a pensar que quizá, aquella no había sido buena idea y quiso reafirmarse gritando de nuevo.

—¡Te he dicho que te pongas de rodillas, o lo haces o te disparo!

Solamente silencio por respuesta dentro de aquella celda en la que ya se mascaba la tragedia que no tardaría demasiado en llegar.

—Disculpe, pero no podrá ser —intentó excusarse Estela Márquez de la forma más educada—. Estoy cansada, quiero irme a casa con mi familia, y...

Sin dejarla terminar de hablar, Davinia la agarró con fuerza del brazo y Sylvana apartó a sus dos acompañantes con fuerza. Justo cuando Asunción iba a levantar la voz, los ojos de Sylvana se volvieron negros como la propia noche en la que estaban. De forma automática, Asunción guardó silencio y se limitó a mirar al frente. Samuel junior hizo lo mismo.

—Ahora vais a quedaros quietecitos y, sin causar problemas ni decir nada, vais a seguirnos. —La menor de las concubinas habló a los dos acompañantes de Estela Márquez que también pasó a parecer un autómeta—. Y cuando nos marchemos, no recordaréis absolutamente nada de esto.

Una vez que ambas diablesas estuvieron seguras de que ninguno de ellos ofrecería resistencia, miraron alrededor para cerciorarse de que nadie los veía y comenzaron a andar hacia una de las callejas traseras del Gran Casino.

Samuel no pudo ni defenderse. No entendió qué ocurrió hasta un buen rato después. Pero, primero, la guerrera de facciones eslavas lo dejó inconsciente de un fuerte golpe con un solo dedo, en la frente y, como un pelele, lo sacó de allí escoltada por unos cuantos miembros de la brigada de la luz que la habían ayudado a llevar a cabo la trampa en la que el traficante de almas había caído sin siquiera sospechar nada. Los visitantes, una vez tuvieron lo que habían ido a buscar, se alejaron a toda velocidad, asegurándose de que nadie los seguía.

Para cuando Abraham y Edgar Allan Poe, que estaban luchando codo con codo dentro del castillo, salieron al exterior, ya no había ni rastro de Samuel ni de ninguno de los miembros de la brigada de la luz. Solamente se encontraron con los estertores de muerte que la batalla había dejado en el diezmado, por el salvaje simulacro del día anterior, ejército de Abraham que rompió en cólera al enterarse de que su hijo había sido secuestrado.

—Edgar, monta ahora mismo una patrulla. ¡Hay que encontrarlo como sea!

Poe ni replicó. Se puso manos a la obra intentando recluir los guerreros que en mejores condiciones se encontrasen para ir detrás de aquellos que habían conseguido burlar la seguridad del castillo.

Miguel y Tasio llegaron a la comisaría al poco tiempo. Tasio abrió la puerta del taxi y salió del vehículo como alma que lleva el diablo. Miguel, que ya tenía algo de dinero preparado lo tiró al asiento delantero de forma brusca, se despidió y fue detrás de su amigo.

—¿Ha salido? —preguntó Márquez al compañero que custodiaba aquel templo de la ley, quien tan solo negó con la cabeza, mientras el comisario alcanzaba a su amigo.

Ambos amigos corrieron hacia el interior de la comisaría con el alma en vilo. Desde el interior de la celda se escuchó un disparo que retumbó en el interior del edificio y Tasio y Miguel apretaron el paso hacia la zona de los calabozos.

Abraham volvió al interior de su fortaleza lleno de furia. Ignoraba de qué forma, pero la gente que lo había atacado en su propia casa, estaba al tanto de la ubicación de Giacomo, de la importancia que tenía para él y de que, al verse superado, pues su ejército había quedado para el arrastre con el juego que los ordenó llevar a cabo el día anterior, llamaría a Samuel y este, al acudir para ayudarlo, sería una presa fácil, luchando él solo, para que se lo llevarasen. Supo al momento que en aquel lugar tenía un topo y mientras caminaba pisando los cadáveres de aquellos que habían servido de cebo para hacerle creer que la brigada de la luz tenía algún interés en

Giacomo, cuando en realidad iban a por Samuel, no dudó ni un segundo de en quién tenía que desconfiar. Por otro lado, también sopesó sobre que aquello era un claro mensaje de amenaza y superioridad, pues para los otros habría sido muchísimo más sencillo haber capturado a Samuel en la tierra, pero el señor de lo oscuro entendió al instante que de esta forma el otro y sus tropas perseguían causar desconcierto, miedo y demostrar que iban un paso por delante.

Un grito enrabiado estremeció aquellos infiernos. El señor de lo oscuro recogió el cadáver de Giacomo que los ángeles del otro que habían asaltado su castillo habían matado antes de entregar ellos mismos su propia vida a la causa del «otro».

Sylvana y Davinia alcanzaron una callejuela apartada, tocaron a Estela Márquez y antes de desvanecerse, se dieron un apasionado beso.

—Por fin vamos a hacerlo, hermanita. —Davinia sonreía complacida—. Todo ha salido como habíamos esperado. Cuando vuelva Samuel, no va a tener ni idea de qué ha ocurrido.

No podían estar más equivocadas. Samuel junior no estaba en el trance que las diablasas provocaban en los seres humanos normales anulando su voluntad. No hacía más que disimular desde hacía un rato y, justo cuando las concubinas del señor de lo oscuro iban a evaporarse, tocó a una de ellas con cada mano y los cuatro desaparecieron. Asunción se dirigió, como la habían ordenado de camino, hasta la parada de taxis, rogó a la conductora que la llevara a su domicilio y se quedó profundamente dormida durante el trayecto.

Con el impedimento de los nervios, que por la situación lo atenazaban, Miguel consiguió abrir el dispositivo mecánico de la cerradura que separaba a los detenidos del exterior, mientras al fondo de los calabozos sonaron un par de disparos más. Tasio, Miguel, y un par de policías, corrieron por los pasillos hasta que al llegar a la celda del Mataviejas la encontraron abierta y un cuerpo inerte caía al suelo justo en la entrada.

Samuel se despertó en una celda luminosa. Ignoraba por completo dónde se encontraba y por qué lo envolvía una extraña sensación de mareo producida por una claridad casi cegadora que lo tenía al borde de la náusea. Se puso de pie con bastante dificultad y se acercó a una de las paredes. Aquella habitación le recordó a la de un manicomio, con la salvedad de que aquí parecía que se habían encendido un millón de lámparas fluorescentes en su interior. Aparentemente no había ninguna puerta, y tanto las paredes, el techo y el suelo parecían uniformes. El traficante de almas se acercó una de ellas y al tocarla, recibió una descarga de una energía, con la que hasta ese momento solamente había tenido contacto cuando el ángel rubio le tocó la frente un tiempo antes, que hizo que volviese a caer fulminado inconsciente en el acto.

Fuera, observándolo todo desde una habitación contigua a través de un sistema de videovigilancia invisible desde el interior de la celda de luz, el bello ángel de ojos azules, facciones casi perfectas y curvas sinuosas en su cuerpo que remarcaban su tremenda feminidad, reía complacida al ver que su presa se encontraba en ese estado de desconcierto.

—¿Lo tienes, Elena? —una voz grave y varonil resonó dentro de su cabeza.

—Por supuesto. Todo ha salido tal y como esperábamos, mi señor. —Devolvió el mensaje el ángel en forma de pensamiento a ese Dios que todo lo gobernaba—. También en la tierra. La guerra va a comenzar en breve. Voy a ponerme en marcha para terminar el encargo ahora mismo.

El bello ángel, de facciones eslavas y pelo rubio como el trigo, se volatilizó teniendo muy claro hacia dónde se dirigía.

Asunción llegó a su domicilio después de apearse del taxi, abrió la puerta de su hogar, y, ajena a todo lo que estaba ocurriendo, se metió en la cama tal y como la habían ordenado aquellas dos vampiresas que la habían asaltado a ella y a su familia un rato antes. No tardó en dormirse de forma plácida.

Hay situaciones en la vida para las que nadie está preparado y Anastasio Márquez, pese al importante cargo que había ostentado durante tantos años, no era una excepción. La visión de su hijo tirado en el suelo frente a él, sin moverse y desangrándose fue horrible. Solamente pensó en los demás miembros de su familia y en cómo les afectaría aquello. Miguel ordenó, por un lado, pedir una ambulancia a toda prisa desde el interlocutor del pasillo a los policías de la entrada y, por el otro, entró junto con los otros dos hombres que lo acompañaban al interior de la celda. El arma homicida descansaba aún humeante tirada en el suelo. El asesino de viejas se encontraba sentado en una esquina. Con las manos en alto y totalmente quieto.

—He tenido que hacerlo. Era él o yo, y no tenía ni idea si iba a venir alguien a socorrerme — se defendió sin mucho ánimo, Ángel Ruiz Vega.

—¡Cállate, cabrón! Sé que disfrutas con esto.

Miguel, enrabiado, dio un tremendo puntapié en el abdomen del otro que enseguida fue esposado por sus subordinados. El comisario no andaba desencaminado y aquel psicópata había

paladeado cada momento anterior. Había podido reducir al policía, pues su estado no lo hacía difícil, pero había preferido quitarle la pistola y dispararle en tres ocasiones al pecho. Aparte de acordarse de la paliza que le había propinado unos días antes, el recuerdo de su odiado padre salió a flote con el alcohol que rezumaba en Marcos, y, pese a saber que aquello no le facilitaría en absoluto las cosas, no pudo o no quiso contenerse.

El comisario se colocó al lado de su gran amigo Tasio que vio cómo su hijo se le murió entre sus brazos sin poder hacer absolutamente nada para evitarlo. Entre los dos intentaron que el otro tuviese una oportunidad, pero todo el esfuerzo de masajes cardiacos, súplicas y lloros fue en balde.

Para cuando llegó la ambulancia a los pocos minutos, aquel pasillo ya parecía el funeral que no tardaría en realizarse. Miguel intentaba consolar a Tasio que, ausente, pues aquello era lo peor que le había ocurrido en su vida, no dejaba de llorar en silencio, mientras pensaba tanto en su hijo como en los demás miembros de su familia y cómo les afectaría aquello.

Estela Márquez abrió los ojos y no vio nada. La oscuridad casi envolvía el lugar en el que se encontraba. A su lado, su hijo Samuel, la intentaba proteger. No había ni rastro de aquellas dos malvadas concubinas que tan bien lo habían orquestado todo, bueno, casi todo, pues no contaron bajo ningún concepto que el hijo del traficante de almas fuera a unirse a su particular fiesta.

—¿Dónde... dónde estamos?

Estela creía estar en un sueño. Lo último que recordaba eran dos bellas mujeres estrafalariamente vestidas acercársele y de repente un apagón en su memoria. La cabeza le ardía y se sentía desmesuradamente mareada. Se encontraba en una especie de cueva. La temperatura era bastante baja y el suelo en el que reposaba era cavernoso y húmedo. Vio que su hijo estaba a su lado, mirando en todas direcciones.

—No lo sé, pero tienes que hacer lo que te diga. ¿Puedes andar?

—S... sí. —Estela Márquez se puso de pie con dificultad—. ¿Qué ocurre, hijo? ¿Cómo hemos llegado aquí?

—Creo que es una trampa que nos ha tendido algún enemigo de mi padre.

Por primera vez en toda su vida, Samuel junior se dirigió a la pareja de su madre como el padre que en realidad era. Estela se emocionó al escuchar esas palabras por parte de su hijo. También se sorprendió.

—Lo sé todo, sí. —Pareció leerle la mente—. Pero ahora no es momento de ponernos a hablar. Debemos encontrar una manera de salir de aquí. Las dos mujeres de antes van a venir a por nosotros sin tardar demasiado.

En otra cámara de La cueva del Soplao, que una vez sirvió a los mineros de la región para que sus familias saliesen con tanto esfuerzo adelante y que ahora se encontraba abandonada esperando a que algún día su suerte cambiara, las dos diabólicas concubinas discutían sobre el pequeño gran contratiempo que se les había presentado.

—¿Qué hacemos con el chaval? —questionó nerviosa, Sylvana—. Si matamos a los dos, Samuel va a sospechar.

—Debemos hacer lo que teníamos planeado... ¡ya no puede haber vuelta atrás!

—¿Y si nos pilla? —Por primera vez el miedo se adueñó del gesto de la diablesa rubia.

—Hay que arriesgarse. No vamos a abandonar ahora —sentenció con firmeza Davinia—. Tampoco hay manera de que las cosas vuelvan a la normalidad sin descubrirnos a estas alturas. A ella sí, pero al chaval no podemos hacerlo olvidar.

—Y... ¿si vamos a por el chico solamente y a ella la devolvemos sin memoria?

—No digas tonterías, hermanita. Ese no es el premio que andábamos buscando. Y también tendría riesgos, muchos. SI la madre y la hija se sienten confundidas y el hijo desaparece sin dejar rastro, Samuel lo notaría. Cazar a los dos es la única opción.

Pese a la gran contrariedad que se les había presentado, Davinia se mostró firme y decidida.

—Pues a por ello, entonces.

Nada más que Sylvana pronunció esas palabras, una serie de candelabros se encendieron por toda la estancia en la que se encontraban madre e hijo, iluminando un camino sinuoso que llegaba hasta más allá de donde los ojos de ambos podían discernir.

—¿Y esto? —cuestionó aún desconcertada, Estela.

—Esto es una ratonera y yo no pienso jugar al gato y al ratón. ¡Ven conmigo, mamá!

Sin cuestionar a su hijo e impresionada por la rotunda determinación que este mostró, Estela Márquez lo siguió en dirección opuesta a la zona recién iluminada. Corrieron al principio, hasta que la luz, que cada vez quedaba más lejana a su espalda, era casi imperceptible. Madre e hijo, sin forma segura de moverse por aquel lugar abandonado que no parecía un dechado de seguridad precisamente, pasaron a andar a tientas y con mucho cuidado. En cuanto llegaron a la zona que estaba oscura en su totalidad, ubicada ya en la cámara contigua, las risas de aquellas sádicas mujeres comenzaron a escucharse de forma histriónica al tiempo desde todos los lados y desde ninguna parte en concreto, envolviendo a la pareja de supervivientes en una cruel banda sonora desesperante. Para su impotencia, Samuel junior no tenía ni idea de qué iba a hacer para escapar de aquel frío y lúgubre lugar. Estela se agarró a su hijo que, totalmente a oscuras, caminaba de forma torpe mientras sentía a las dos cazadoras moverse con rapidez a su alrededor de forma continua y que con sus risas sardónicas retumbando por el vacío del lugar, lograban desquiciarle.

En ese momento, caminando entre los destrozos que la escaramuza que acababa de tener lugar en su territorio había originado, Abraham supo que se había equivocado dando tanta importancia a la pérdida de su amado Giacomo. También fue consciente de que todo aquel incidente ocurrió, mitad por su estado de duelo y mitad por su arrogancia, que de tanto tratar con los seres humanos, pues se veía claramente superior a estos, lo había hecho acomodarse, facilitando así que todo se le volviese en su contra. Sabía que aquello tenía solución, aunque costase y se juró que jamás volvería a dejar que nada se inmiscuyese en su verdadero objetivo de venganza que arrastraba desde hacía tantos miles de años atrás y que ahora se había incrementado. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan humillado, la rabia hacía que su sangre ardiese y por un momento pensó en reunir a todas las criaturas que le quedaban disponibles e ir a intentar asaltar el cielo. Por fortuna, aquel fue solamente un pensamiento producto de la aplastante derrota que su causa había sufrido, porque él había estado a punto de morir de comodidad. Apretó los dientes y se dirigió hacia el balcón de sus aposentos.

Ordenó a las huestes de soldados, que él mismo había hecho exterminarse unos a otros el día anterior y que el ataque que había sufrido poco antes había terminado de rematar, que formase en la plaza de su castillo, que, debido a los desperfectos, ya no era tan espléndido. Salió al balcón y de forma épica les dio las nuevas consignas.

—¡El otro ha osado atacarme en un momento de debilidad! —gritó a la multitud que esperaba que su amo respondiese para saber que no estaban perdidos del todo—. ¡No se lo voy a perdonar, ni tampoco le voy a permitir que vuelva a ocurrir tal cosa! ¡Podéis creerme! A partir de este momento la estrategia será diferente. Mi hogar será este, la seguridad se reforzará, habrá patrullas

negras circulando por la tierra para repatriar más compañeros para vosotros, mi ejército, y se harán ataques al cielo del que nunca debería haber sido expulsado, para dejar claro que nosotros también tenemos poder para dañarlos. —Los ojos de Abraham brillaban en la oscuridad a la que tan solo la lava le otorgaba algo de color—. ¡Os pido perdón por haberme confiado y no haber visto venir lo que hoy ha ocurrido! ¡Os garantizo que nunca más volverá a ocurrir nada parecido! Pero antes, necesito saber una cosa... —El señor de lo oscuro dejó que sus consignas calaran en sus subordinados durante unos estudiados segundos—. ¿¡Estás conmigo!?

La respuesta fue un rugido afirmativo de la multitud que lo escuchaba, que levantando sus brazos y dándose golpes en el pecho, evidenciaron que el mensaje de su jefe había conseguido plantar la semilla de la fe en su causa de nuevo.

—A partir de ahora, yo mismo os entrenaré —escupió con rabia al pensar en la traición de la que había sido víctima—. Aquí y ahora comienza una nueva era. Y cuando recupere ese cielo que me pertenece, les daré a los que me hayan sido fieles un pedazo de él.

La muchedumbre gritaba exaltada en la gran plaza central. Abraham se introdujo en sus aposentos pensando en los siguientes movimientos que iba a llevar a cabo. Daba a su hijo por perdido, salvo que las cosas cambiasen debido a un milagro que no esperaba que fuera a pasar, por lo que su estrategia para el futuro debía ser completamente diferente a la que hasta ahora había llevado a cabo. Sentía que tenía que volver a retomar el mando de todo, que debía cortar las cabezas de los que lo habían traicionado o no habían sido capaces de repeler el ataque y, sobre todo, que debía enviar de alguna forma un mensaje de suficiencia y autoridad, tanto a sus propias tropas como al otro, y esas brigadas de la luz que tanto lo había sorprendido con el nivel demostrado en batalla.

Madre e hijo llegaron a una zona en la que ya no podían avanzar más. En la penumbra de la cueva, Samuel vislumbró con dificultad que un precipicio de bastante altura descendía ante ellos, y ambos se vieron obligados a detener su avance.

—¿Qué hacemos ahora, hijo? —preguntó casi rogando Estela Márquez—. Esto parece una pesadilla. —La mujer no pudo contener el llanto que, sin hacer ruido, dejaba caer por su rostro.

—Tú no te separes de mí. —Los héroes no siempre lo son ni se espera que lo sean, simplemente hacen lo que deben hacer cuando llega el momento.

De repente, toda la cámara se iluminó como si alguien hubiese encendido el sol. Las dos concubinas del diablo volaban alrededor de madre e hijo sonriendo de forma malvada.

—¡Qué bonito! Un hijo que pretende cuidar de su madre. ¿No te parece tierno? —dijo Davinia, que cada vez cerraba más el círculo y su vuelo se acercaba al dúo que intentaba defenderse de forma inútil cada vez que las diablasas se acercaban.

—No lo sé, hermanita... cuando los pruebe, te lo diré. —Ambas rieron a carcajadas maléficas.

Samuel junior sabía que no iba a tener demasiadas oportunidades e intentó utilizar la sorpresa para que la situación se tornase a su favor. Tenía algún que otro as en la manga que seguramente sus dos perseguidoras desconocían y entendió que aquel era el momento perfecto para mostrárselo. Extendió sus antebrazos y de ellos salió un haz de luz luminoso que parecía que se recargaba cuanta más fuerza hacía. Su madre, agarrada a su espalda, lo miró atónita, mientras Samuel junior gritaba como un animal, al tiempo que lanzaba explosiones de energía contra las diablasas que, con destreza conseguían esquivar todos los ataques mientras continuaban riéndose de forma notoria evidenciando que estaban disfrutando con aquello.

La voz de Abraham resonó en las mentes de las dos vampiresas llamándolas para reunirse con él en el palacio de la medianoche de Moscú lo antes posible y, después de mirarse de forma cómplice, decidieron terminar con aquella pantomima en la que el joven aprendiz de nada parecía mantenerlas alejadas con sus trucos. Para ese momento, Estela Márquez había cerrado sus ojos entregándose a su suerte, o a la que su hijo pudiera reportarla, y se encontraba a punto del desmayo al no lograr entender nada de lo que allí estaba pasando. Pese a lo real que aquello le parecía, tan solo esperaba que se tratase de un simple mal sueño de esos en los que te despiertas con malas sensaciones, pero que se quedan en eso, una ensoñación que no afecta en absoluto a tu vida diaria.

De un rápido movimiento, la morena de las dos concubinas se acercó a Samuel junior agarrándolo por el cuello con ambas manos, apretando hasta que la energía de sus antebrazos se apagó casi por completo. Sylvana voló tras ellos y agarró a Estela Márquez, que ahora sí había perdido el conocimiento. Justo cuando todo parecía perdido para madre e hijo, una imponente figura apareció de la nada haciendo frente a las dos maquiavélicas mujeres.

La patrulla que Edgar Allan Poe había montado para encontrar al traficante de almas volvió a los infiernos de Abraham con los brazos vacíos. El señor de lo oscuro, que llevaba un rato dudando sobre lo que deseaba hacer con Poe, por el que había apostado con fuerza como el principal candidato a ser el topo que lo había traicionado, se mostró dolido por ello. No tardó ni un segundo en meterse en su cabeza y leer su mente y, para su sorpresa, descubrir que Edgar Allan Poe no lo había traicionado. Este tan solo se había reunido a sus espaldas con Davinia unas horas antes en ese mismo lugar, para que cambiara la estrategia que Edgar estaba llevando a cabo con la bestia en la que se había convertido Giacomo y, al traerlo de vuelta en parte al mundo de las personas mínimamente racionales, convencer a Abraham de que llamase a Samuel para festejarlo y así tener a su hijo entretenido para que ellas pudieran eliminar a la chica y que el traficante de almas volviese lo más rápido posible junto a él. Mientras conversaban de cómo iban a ser las cosas a partir de aquel momento, buscó a conciencia en la cabeza del comandante de sus ejércitos y no encontró absolutamente nada que lo hiciera desconfiar. Confundido, el señor de lo oscuro solamente se repetía una pregunta para sí.

—Entonces... ¿Quién cojones ha orquestado todo esto?

Las cosas acababan de cambiar en el interior de la cueva de El Soplao de manera drástica. Enfrente de las concubinas del señor de lo oscuro, una mujer alada sonreía, mientras sus enemigas la estudiaban desconcertadas.

—¿A ti quién cojones te ha dado vela en este entierro, perra? —Davinia retó a la otra esperando cualquier movimiento para atacar.

—Mira, me agrada que tengas bien claro que esto va a acabar con tu entierro. —El ángel de facciones eslavas respiró hondo.

—Estás en minoría. ¡Vete! Todavía estás a tiempo. —La menor de las hermanas, al temblarle la voz, mostró la debilidad que su recién llegada visitante valoró.

—¿Minoría? Sois vosotras las que estáis jodidas.

Medio segundo más tarde, el ángel de imponentes alas blancas se acercó a la concubina rubia con una velocidad que sus ojos casi ni interpretaron y la dejó inconsciente de un toque en la frente que provocó una espectacular explosión de luz. En otro medio segundo, puso a salvo a Estela Márquez que continuaba desmayada, y al instante siguiente le arrebató de las manos a Samuel junior a Davinia que tan solo vio un cuerpo luminoso volar a gran velocidad de un lado a otro. Davinia, al ver que su hermana caía al vacío se apresuró a volar para recogerla. Cuando lo hizo, el ángel rubio había desaparecido llevándose consigo a la madre y al hijo. En cuestión de un par de segundos, aquel ser, que Davinia temió al instante por la demostración de poder a la que acaba de asistir, había dado al traste con el plan que, con tanto esmero, habían preparado las concubinas para quitarlos de en medio.

Miguel Echeverría acompañó en la ambulancia el cuerpo yacido de Marcos en su camino a Valdecilla para velarlo y gestionar todos los asuntos que aquello requería. Tasio necesitaba ser él mismo el que les diera la noticia a los suyos, amén de comprobar que estaban bien, pues nadie había cogido el teléfono en su casa cuando llamó allí desde la comisaría. Al hablar con el metre del casino se le había asegurado que el evento había terminado hacía más de una hora y que todos los invitados habían abandonado el recinto, por lo que, con el alma en vilo, por si había ocurrido alguna desgracia más, y con la profunda pena que le producía la muerte de su hijo, llegó preocupado a su domicilio.

Aunque su sorpresa al encontrar tan solo a su mujer en casa, pues lo último de lo que él tenía constancia era que tanto su hija como su nieto iban a dormir allí, fue mayúscula, enseguida intentó tranquilizarse a sí mismo diciéndose que seguramente estarían en el hotel con Samuel y que su cabeza solamente se estaba dejando llevar por el terrible suceso que acababa de ocurrir.

Despertó como pudo a su esposa que parecía estar bajo el efecto de una caja entera de somníferos y después de que esta le dijera que había vuelto a casa en taxi ya que no se acordaba de nada más, se preparó para decir las palabras que más le costaron sacar de su interior de toda su vida.

—Marcos ha fallecido.

No quiso adornarlo. Tampoco andarse con rodeos. Asunción rompió a llorar en el acto. De forma brutalmente desconsolada. Tasio la envolvió con sus brazos, de forma fuerte pero tierna, compartiendo su llanto y ambos permanecieron así, abrazados en la penumbra de la oscuridad que los embargaba el alma y la vida por un espacio indeterminado de tiempo hasta que Asunción venció al silencio con la voz rota.

—¡Quiero verlo! ¡Quiero ver el cadáver de mi hijo! —gritó de forma desgarradora mientras no dejaba de llorar—. Hasta que no lo vea, para mí está vivo.

Tasio comprendió en el acto que aquello no era más que una pequeña jugarreta que su desconsolado cerebro le estaba gastando.

—¡Dime que está vivo, cariño! ¡Dime que no ha muerto!

Tasio la apretó, como intentando protegerla contra su pecho, mientras ella lo golpeaba angustiada.

Una vez en el palacio de la medianoche, Davinia, que portaba a su inconsciente hermana en sus brazos, vio a su señor que tampoco parecía haber pasado la mejor de las noches. Después de que ambos se explicaran todo lo ocurrido en las horas previas, y comprobar de forma amarga que su hermana no recobraba el sentido de manera alguna, ayudó a la legión de los sirvientes sin rostro de la casa a recoger todo lo necesario, la pequeña Yass incluida, para emprender el viaje a esos infiernos que tan poco le gustaban, pero a los que tan necesario veía acudir en ese momento.

—Te lo juro, amo, no la vi ni moverse. Es rápida como un rayo y mira lo que le ha hecho a Sylvana con solo tocarla.

—Tranquila, encontraremos la manera de que se despierte. Pero ahora debemos irnos. Aquí no estamos seguros ya.

La forma en la que el señor de lo oscuro hablaba, lejos de la seguridad y prepotencia que lo caracterizaba, no dejaba en absoluto tranquila a la concubina que suspiraba de agobio y rabia.

—La descripción coincide con la misma guerrera de la luz que ha secuestrado a Samuel. Hay que averiguar algo más sobre ella, pero antes... preparémonos que nos espera una larga estancia en mis dominios.

En un reino lejano, de luz y claridad, un ángel de impresionantes alas blancas y facciones perfectas dejaba los cuerpos de madre e hijo, inertes, delante del Dios que todo lo controlaba, que, sentado en su gran trono sopesaba qué movimientos debía tomar.

—La misión ha salido exactamente como me ordenó, padre. —El gesto de profunda admiración por parte de la fémina.

—Lo sé, Elena. Nunca dudé de ti.

El poderoso ser que reinaba en todo el universo, de pelo y barba largos y blancos, ataviado nada más que con una túnica clara rematada con remaches de oro y que portaba en su cabeza una corona de un material brillante autóctono de aquel lugar, que era precioso en cuanto a forma, transmitía paz y serenidad. A su lado, una mujer, que ostentaba la misma corona y que mandaba igual que él, lo observaba orgullosa.

—¿Tú qué crees que sería lo mejor para que el hijo de Abraham se una a nuestro bando? —El hombre con más poder del universo preguntó a su mujer, pues sabía que, a la hora de tomar decisiones, esta era incluso más justa y determinante que él mismo.

—Expliquémosle lo que intentaba Abraham con su familia, y no debería costarnos que lo entienda.

El hombre de la corona asintió otorgándole la razón. Lo tenían todo hablado de antemano. Para él hubiera sido muy fácil acabar con Abraham, pues continuaba estando muy por encima en cuanto a poder, pero lo quería como un hermano e intentaba conseguir, en un acto de amor desesperado, que algún día volviese junto a él. De mientras, lo había dejado creer que tenía una oportunidad, para intentar que el tiempo lo desgastase y sus ansias de venganza menguasen. Esto era en lo único en lo que no coincidía con su mujer, que pensaba que ese hombre oscuro, al que un día tuvieron que echar de su reino por formar una revolución en su contra, era un alma perdida.

Abraham, y toda la troupe que lo acompañaba, llegó procedente de la tierra a esos infiernos a los que, paradójicamente «el otro» lo había delegado en su sagrada Biblia y a los que él había luchado con todas sus fuerzas por no habitar jamás, pues prefería la vida en la tierra. Lo hizo enfadado, triste, decepcionado y con el orgullo herido. Aunque pensó que no era tanto por la situación, más allá de la estrepitosa derrota que él mismo se había buscado, sino porque simplemente le enfadaba haber vuelto a subestimar el poder de su adversario como ya hizo antes de perder la batalla por el reino de los cielos y aquella sí que fue una dolorosa lección. De esta enseñanza esperaba sacar el provecho de no volver a acomodarse y salirse del camino nunca más. A partir de ese momento sus visitas a la tierra serían mucho más puntuales y solamente para organizar sus objetivos. No deseaba volver a fallar pues, le constaba que en el cielo aún le quedaban fieles y no deseaba que las noticias de lo ocurrido les rebajaran las ganas de continuar siguiendo su recuerdo.

Por otro lado, el señor de lo oscuro se sentía muy nervioso. «El otro» se había colado en su propia casa para secuestrar a su hijo, demostrándole que podía hacer prácticamente lo que quisiera. Por ello, y aunque mostró una rotunda determinación delante de los suyos, comenzó a sospechar que aún distaba mucho de ser un rival digno en la futura guerra que vendría. Por lo que se convenció al instante de que por delante vendrían tiempos duros en los que el entrenamiento, el esfuerzo y la convicción les ayudarían a acercarse a la victoria.

Davinia tumbó a su hermana, que aún se encontraba en un estado comatoso de inconsciencia en el que, a partir de ese momento, y hasta que se encontrara la forma de que despertarse, sería su lecho. Miró a la pequeña Yass, que mamaba con ansia del pecho de aquella mujer a la que habían robado la vida para que le sirviera de alimento a la pequeña y se prometió que llegaría el momento de vengarse. También que educaría a esa niña para que fuera la más fiera guerrera y que la trataría como a una más de sus hermanas, se despertase Sylvana o no. Se lo debía.

La celda de Samuel se abrió y aquel hombre que rezumaba poder se acercó a él. El traficante de almas se había despertado hacía un tiempo y, por su bien, no había vuelto a acercarse a nada de aquella habitación.

—¿Cómo te encuentras, Samuel?

—¿Quién eres? —interrogó el traficante de almas que no salía de su asombro ante la visita que acababa de recibir.

—Ya sabes de sobra quién soy. Dejémonos de tonterías. Vengo a hacer un trato contigo.

—¿Un trato? —Samuel se quedó descolocado.

—Sí —contestó solemne Dios.

En ese preciso instante, el ángel que lo había capturado, que ahora en vez de vestir como una terrible guerrera lo hacía como una noble princesa, hizo una efectista aparición, pues junto a ella, otros dos robustos ángeles portaban los cuerpos inertes de Estela y Samuel junior. El traficante de

almas, que, aunque se sabía en clara desventaja, no dudó ni un segundo, dio un salto de forma feroz que fue detenido en el acto por ese rey de los cielos que no deseaba que allí hubiese ningún problema, dejando a Samuel suspendido, inmóvil e indefenso.

—Tranquilo, Samuel. Solamente duermen. Los hemos salvado. Pretendían arrebatarlos.

Samuel, que pese a estar detenido en el aire, podía pensar a la perfección y no entendió a qué se refería aquel ser al que esperaba conocer en otras circunstancias y mucho más adelante en el tiempo, hasta que este lo hizo viajar a los momentos claves en los que su padre, sus concubinas, Giacomo y Poe conspiraron a sus espaldas para que, como aquel hombre tan poderoso decía, así fuera. De esta forma vio con sus propios ojos cómo todos ellos confabularon en las sombras para que su amada familia dejara de existir.

—¿Cómo sé que no me mientes? —La rabia recorría el cuerpo de Samuel que ya no necesitaba que nadie lo parase para estar quieto y escuchar.

—Lo sabes. No hace falta que hagas ningún teatro. —El otro se mostraba coherente, pero firme.

—Bueno y... ¿cuál es el trato? —Samuel esperaba que todo se torciese a partir de aquel momento.

—Lo sé todo, Samuel. Sé que nunca has creído que la causa de tu padre fuese tuya. Que solamente desees vivir una vida junto a tu mujer. Que no aceptas del todo a tu propio hijo como tuyo porque tienes miedo de que Abraham te lo arrebate. —Samuel escuchaba paciente, mientras su respiración se iba agitando—. Yo te ofrezco dejarte vivir realmente en paz con tu familia, mientras os protejo, cosa que como has visto no me será difícil, y que cuando todo esto acabe, podáis seguir haciéndolo en este reino para la eternidad. Aunque ninguno de vosotros sea nacido aquí, yo puedo conseguir eso.

—Y... ¿qué me pides por ello? —Samuel Abascal era consciente de que nadie ofrece nada a cambio de nada.

—Poca cosa, que luches a mi lado, que Elena pueda entrenar a tu hijo que te aseguro que tiene hasta más potencial que tú mismo y que me ayudes a conseguir que tu padre vuelva aquí, con los suyos y deje su estúpida cruzada. Aunque no te lo creas no he acabado ya con él, porque para mí es como un hermano y aún tengo la esperanza de poder conseguir que hagamos las paces.

—No creo que conozcas a mi padre en absoluto si piensas eso.

—Lo conozco mejor incluso que tú. Tengo mucha fe en que todo me sea propicio.

El brillo de luz en los ojos de aquel ser hizo ver a Samuel que su determinación no parecía tener límites.

—Y ¿si no acepto? —Samuel tensó la cuerda todo lo que pudo.

—No eres tan necio. Además, ya te he leído el pensamiento y sé lo que vas a hacer. ¡Elena, prepárale! Se vuelven a la tierra ahora mismo.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Samuel.

—No lo dudes, pero será dentro de bastante tiempo. De momento, a tu hijo le ha salido una amiga que no se va a separar de vosotros mientras lo instruye.

Fue lo último que dijo el hombre del pelo y la barba largos y canos antes de abandonar la estancia.

Samuel rio, pues aquel ser, que parecía estar al tanto de todo, ni siquiera le había dejado responder. Se sintió levemente esperanzado, pues aquella podría ser la oportunidad que, de forma paradójica, había estado implorando al cielo, o a lo que hiciera falta, para poder vivir su vida junto a su familia, desde hacía tanto tiempo atrás. El bello ángel de facciones esclavas sonrió a

Samuel tendiendo su mano y este la cogió sin dudar y, al poco, los cuatro estaban de vuelta en el hotel de Santander en el que los madrileños se hospedaban.

—No tardarán en despertarse —dijo con su voz de niña buena, Elena—. Os encontrareis raros unas horas, es por el viaje. No recordarán nada más que lo primero que les digas que pasó anoche. Cuando veas a tu padre, dile que os dejé libres a cambio de chantajearte para que me hagas de agente doble. Te crearemos un recuerdo en tu cabeza para que se lo crea. Transmítele muy preocupado que no piensas traicionarle, que le vas a continuar ayudando y que esperas que te ayude, pues tienes mucho miedo porque te hemos amenazado. Yo ahora me tengo que ir, pero tranquilo, estaré cerca hasta que me conozcáis. —Samuel dudó si la mirada de su acompañante fue de amenaza o de reto sensual.

—Y tú... ¿cómo aparecerás en nuestras vidas? Si puedo saberlo —cuestionó el traficante de almas antes de que la otra se esfumase.

—No te preocupes por eso. Ya he aparecido.

El bello ángel, que hasta ese momento conservaba la apariencia que tenía en el cielo, comenzó a mutar de forma mágica hasta quedar completamente desnuda. Su cuerpo era abundante en curvas, sus alas desaparecieron y sin dejar de mirar a los ojos de Samuel de forma libidinosa que, pese a intentar no aparentarlo había comenzado a sentir una atracción impropia para un hombre enamorado como lo era él, hacia la figura que se le ofrecía enfrente, pasó a estar vestida como cualquier joven de la época. Samuel, al contrario, llevó a cabo todo un gesto por su parte para intentar reafirmarse. Cambió de aspecto de los veinte que tenía, realmente desde que aceptó la oscuridad de manos de su padre hasta los cuarenta y tantos que se molestaba en representar, para estar acorde con su esposa.

—Esto va a ser divertido —añadió Elena—. ¿Has leído *Lolita*?

Fue lo último que pronunció con su sensual boca aquella que tan desconcertado tenía a Samuel y que tanto parecía disfrutar con ello. Una vez que la joven desapareció, este corrió a abrazar a su mujer y a su hijo que despertaron, tal y como había dicho la hija de Dios, sin encontrar nada extraño.

—¿Estás mejor, cariño? —preguntó Estela que se tocaba la cabeza evidenciando que le dolía sobremanera.

—Ahora sí, mi vida. —Samuel sonrió como un niño al ver a su madre—. Ayer volvisteis al hotel nada más terminar el acto del casino y me cuidasteis bien. No hemos salido aún del hotel.

El traficante de almas hizo lo que Elena le había recomendado justo un par de minutos antes y «sugirió» unos recuerdos inofensivos a su familia que tardaron unas horas aún en averiguar las malas noticias que habían llegado a su familia con la muerte de Marcos.

Unas horas más tarde, el velatorio, situado en los bajos del hospital Marqués de Valdecilla, aconteció de la forma en la que ese tipo de eventos transcurren siempre. La frialdad de la muerte revoloteaba por el ambiente a sus anchas y el dolor de la pérdida se clavaba en el mismo centro del alma de los afectados. Toda la familia directa pidió entrar al habitáculo unos minutos antes que los demás para velar el cadáver de Marcos Márquez en la intimidad.

—Sé que es duro, pero tenemos que continuar con nuestras vidas —dijo Anastasio Márquez como pudo, pues una profunda emoción lo embargaba—. Marcos así lo habría querido. Y, si como yo siempre he creído, nos está viendo por una pequeña rendija, él querría que así lo hiciésemos. Lo más importante ahora es que estemos lo más unidos que podamos y que recordemos que nadie muere mientras se le recuerda.

Ni un millón de comentarios manidos de los que se suelen utilizar en esos crudos instantes habría servido para alegrar a la familia, que, a petición de Samuel junior, guardó un minuto de silencio. Así, Tasio y su esposa Asunción, Miguel y Eulalia, Samuel, Estela, Samuel junior, y las tres hijas que Marcos había dejado huérfanas y a las que Samuel senior había prometido que no les iba a faltar absolutamente de nada mientras él viviese, se agarraron unos a otros de los hombros alrededor del ataúd y, con los ojos cerrados, rezaron en silencio durante unos minutos por su alma.

Fuera, ya esperaban numerosos amigos, compañeros y conocidos para hacer acto de presencia, dar el pésame a los allegados y demostrar la lealtad que sentían, y que casi era lo único que quedaba en esos duros momentos, hacia la persona que acababa de irse.

Epílogo

La Coruña a la mañana siguiente

Una mujer lloraba sin consuelo en la habitación donde se estaba preparando en soledad para su propia boda. Acababa de recibir una llamada desde la lejana Santander que había hecho que su mundo se derrumbase en el acto. Estela Márquez, la que podría haber sido su cuñada, le informaba de que aquel que pudo ser para siempre y que tan solo fue por unas horas, había fallecido a manos del asesino que ya había atrapado días antes en un acto que se consideraba casi como un suicidio dirigido.

El entierro se celebraría, con homenaje incluido del Cuerpo de Policía, al día siguiente y por su cabeza pasó por unos segundos la opción de que debía acudir a despedirse de aquel al que supo que mató ella misma antes que las balas de su propia pistola en aquella celda, pero mientras, sentada en el borde de la cama, se enfundaba las carísimas medias de seda que su futuro marido la había regalado para ese día, se secó las lágrimas, respiró hondo y decidió que ya que había elegido seguir el camino que ya estaba andando desde que volvió a huir de Santander, no podía hacer otra cosa que continuar con el plan trazado de antemano.

—Al final tuviste razón, Marcos —se dijo con voz amarga en la intimidad de su cuarto, mientras se limpiaba las mejillas de unas lágrimas que ya habían dejado de brotar de sus ojos—. Si no soy de hielo, lo parezco bastante.

Una salva de veintiséis disparos de escopeta, uno por cada año de servicio en el cuerpo de la Policía Nacional española, atronaron el cielo del cántabro cementerio de Ciriego, para dar el pistoletazo de salida a una emotiva ceremonia en honor de Marcos Márquez a primera hora de la tarde del último día de agosto de mil novecientos ochenta y siete.

Su muerte se había vendido a los medios como un acto heroico en el que, el policía impidió la fuga del asesino de viejas a costa de la suya propia. Por lo que se filtró, Marcos Márquez, consiguió con su honorable acción que el descarnado asesino no saliera de la comisaría en la que se encontraba recluso la noche antes de su traslado a la cárcel de Topal, Salamanca, donde cumpliría su condena. Ángel Ruiz Vega, accedió a no desmentir esta versión «oficial» a cambio de protección en el interior de la prisión, sabedor que, por su condición de violador y asesino de mujeres ancianas y desvalidas, la iba a necesitar.

Un toque de corneta osó molestar el sepulcral silencio que los allí presentes, la mayoría vestidos con sus uniformes de gala, guardaban ante el ataúd, sobre el que reposaba la bandera española y la correspondiente gorra de faena de Marcos. La familia del subcomisario rodeaba el féretro ubicada en las primeras filas. La mayoría de los allí presentes esperaba en pie, salvo algunos casos como el de Asunción que no conseguía aguantarse erguida por la fuerte emoción y el desconsuelo que la embargaban. Su marido, Anastasio Márquez, le agarraba la mano con fuerza y miraba al frente orgulloso, pues, como él mismo le había reconocido a su amigo Miguel Echeverría la noche anterior nada más ocurrir el fatídico suceso que los había llevado allí, pese a lo duro que resultaba para un padre la pérdida de un hijo, por lo menos ya solamente se recordaría

lo bueno que hizo el suyo, que fue mucho. Entre lágrimas entendió que ya nunca más tendría que estar preocupado por los problemas personales con los que Marcos lidiaba de continuo y que lo tenían siempre en vilo. En ese sentido, Tasio sabía que él también descansaría en paz, pues su labor como padre, ya estaba cumplida. Cada uno encuentra ante las diversas situaciones en las que la vida hace que nos veamos envueltos, la forma de consolarse que necesite.

Junto a la familia, numerosas personalidades se encontraban dando solemnidad al acto; como sus majestades los reyes de España, don Juan Carlos y doña Sofía, el presidente del Gobierno, Felipe González, el ministro de defensa, Narcís Serra, el ministro del interior, José Barrionuevo, el alcalde de Santander, Manuel Huerta, y el director general de la Policía Nacional, Fernando López Villanueva. También numerosos mandos policiales y decenas de compañeros del Cuerpo Nacional de Policía y algunos otros de la Guardia Civil, amén de amigos y vecinos de la víctima, completaban el plantel.

Fue un homenaje con todos los honores en el que el rey don Juan Carlos, después de haber dado su condolencia a los allegados, impuso la máxima distinción del mérito policial sobre el ataúd del difunto Marcos Márquez. El presidente del Gobierno, Felipe González, les entregó a sus tres desconsoladas hijas las medallas de oro y brillantes a título póstumo.

El periodista Víctor Munitis, se encontraba presente apuntando todo en su libreta para redactar el artículo que al día siguiente narraría lo acontecido en los mejores periódicos del país.

Tras el evento, Samuel, Tasio, Miguel y el agente López, cargaron el féretro a sus hombros y cruzaron a ritmo de la marcha fúnebre el cementerio hasta llegar al lugar donde los restos sin vida de Marcos descansarían por fin en paz. El obispo de Santander, José Antonio Del Val Gallo, ofició la misa mientras el célebre tenor cántabro, José Antonio Cobo, cantó el himno *La muerte no es el final*. Para que una nueva salva irrumpiera en el cielo a manos de los artificieros de la Policía, acompañando la caja en su descenso.

Tras el acto, un vino español para agasajar a las personalidades que habían acudido fue ofrecido en las dependencias de la comandancia de la Guardia Civil de la ciudad, que por la buena relación que mantenía con la Policía, cedió sus instalaciones para el evento.

La familia Márquez al completo, pese a no ser lo que más desease en ese momento, se personó en el cuartel de Peñacastillo. Samuel Abascal sonrió para sí al ver en una de las jóvenes camareras el rostro conocido de Elena, el ángel ahora sin alas, que, después de guiñarle un ojo al verle, no tardó en abordar a su hijo que cayó embozado casi al momento ante su impresionante belleza.

Otro suceso no le hizo tanta gracia, cuando uno de los criados le dejó un canapé con una nota rogándole que por favor saliese a la balconada de la parte de atrás del lugar.

La tarde estaba a punto de perecer ante la llegada de la noche y el sol, que ya estaba cayendo, proyectaba, en un último acto de servicio ese día, un halo de luz, aún firme y robusto, anaranjado y Samuel Abascal tuvo la visita que tanto estaba temiendo. Su padre lo esperaba degustando una copa de brandy de Jerez.

—Nunca me gustó del todo esta imitación del coñac.

El señor de lo oscuro abrió los brazos como si fueran alas y Samuel —sin saber si el otro podía percibir el odio que le tenía por haber intentado matar a su mujer y a su hijo, o como aquel Dios, que le había ofrecido protección en su visita al cielo y que se lo había prometido, el otro no encontraría en su cabeza más que lo que quisiera escuchar al leerle la mente—, lo abrazó de nuevo.

—Esperaba noticias tuyas —mintió Samuel, nervioso, aún por ver hacia dónde se encaminaría

aquel encuentro—. Te he buscado y parecía que se te hubiera tragado la tierra. Estaba asustado.

—Más bien han sido los infiernos —contestó irónico Abraham—. ¿Cómo escapaste? —El señor de lo oscuro no se anduvo con rodeos.

—De milagro y porque quieren que te traicione. —Samuel procuró contar a su padre exactamente lo que le habían aconsejado que le dijera—. Pero me han pedido que les pase información de todo lo relacionado contigo. Tranquilo, no voy a hacerlo.

—¿En serio?

—No imaginas el miedo que he pasado. Pensé que nos mataban. Nos tuvieron en una especie de piso franco, no tengo ni idea de dónde.

El señor de la oscuridad leyó la mente de su hijo, visualizando el falso recuerdo que desde el cielo querían que descubriese.

—Interesante —musitó Abraham—. Ya que me lo has contado y continuas de mi lado, vamos a utilizar esto a nuestro favor. De momento, debes hacerles creer que vas a traicionarme y a pasarles información. Yo te diré qué decir en cada momento. —Abraham, engañado por completo, intentó comenzar a tejer su tela de araña alrededor de la información que acababa de conocer—. Aunque, como ya te habrás dado cuenta, todo ha cambiado. Pronto te necesitaré.

Samuel sopesó qué debía contestar. La protección divina que le habían ofrecido le daba cierta tranquilidad, pero, aun así, su padre continuaba siendo un ser altamente peligroso al que no merecía la pena contradecir demasiado.

—Sabes que no puedo abandonar a mi familia y menos ahora. Tenemos un trato. —Se mostró firme el traficante de almas—. Y menos ahora.

—Ah, no deseo que abandones tu estúpida vida todavía. Puedes seguir jugando a la familia perfecta hasta que ella muera como acordamos.

Pese a encontrarlo diferente, como si aquella aplastante derrota de la que Samuel fue testigo de excepción en la visita guiada que le hizo Dios por el espacio tiempo y de la que su padre no habló en ningún momento, le hubiese hecho darse cuenta de que las cosas no eran tan favorables para él como antes creía, la oscuridad con la que se tiñó su rostro, hizo estremecerse al hijo del maligno.

—Pero dado que tus negocios van viento en popa, y que por los poderes que te otorgué no necesitan demasiado tiempo de ti para cuidarlos, quiero que vuelvas a ser mi traficante de almas como antes.

—Pero ¿ya no me necesitabas para esa función con tus nuevos métodos? —Samuel se mostró sorprendido.

—Verás, como te he dicho ha habido algunos cambios en mi política de gestión de la futura guerra que vendrá, con lo que si tuvieras a bien no llevarme la contraria más y hacer lo que te pido, me serías de mucha utilidad. Y continuarías teniendo mucho tiempo para tu amada esposa y tu hijo.

El claro aviso por parte de Abraham de que estaba al corriente de la verdadera naturaleza de Samuel junior no gustó demasiado al otro, que prefirió continuar disimulando.

—Está bien. Ya me irás informando de lo que quieres que haga. Esto no rompe nuestro pacto y si puedo ayudarte, lo haré. Pero, padre, por favor, en esto necesito de toda tu protección posible.

—Pues no es el mejor de los momentos, pero tendrás una patrulla de las mejores que dispongo cerca dentro de poco para que te ayuden si algo va mal.

—Esa mujer que me secuestró y chantajeó es mucho más poderosa que yo. Si algo sale mal estoy perdido. —Samuel aceptó su rol de víctima a la perfección.

—¿Quién es? ¿Te dijo su nombre? —Abraham ya sabía la respuesta de antemano.

—Me dijo que te contara que se llamaba Elena. Creo que es la mujer que me enseñaste en tu visión del futuro.

Abraham movió la cabeza de forma afirmativa como intentando digerir aquellas palabras.

—Es la hija del otro. Debí imaginármelo en algún momento. No importa, cuando te prepare, serás más fuerte que ella.

Abraham miró de repente hacia el interior del recinto y añadió:

—Ahora debo irme. Estaremos en contacto.

Fue en ese momento en el que Samuel Abascal lo notó. Vio un miedo y una precaución extrema en su padre que nunca antes había mostrado. Abraham, que ya había mirado hacia todos los flancos con mucha más frecuencia de lo que antes hacía, ya que hasta ese momento solía mostrarse tan despreocupado como si la tierra fuera suya, se desvaneció en el acto sin dejar rastro de toda la ceremoniosidad de la que acostumbraba a hacer gala.

—¿Un canapé, señor Abascal?

A su espalda sonó la dulce y suave voz de Elena, que había aparcado durante un rato la maniobra de embobamiento que estaba practicando con su hijo y que, al acercarse, había hecho que el mismísimo demonio saliese huyendo por patas, dejando claro a Samuel quién llevaba verdaderamente el peso del poder en aquella guerra.

—No, gracias —replicó Samuel que no terminaba de sentirse a gusto ante esa criatura que lo fascinaba y atraía a partes iguales.

—Y... ¿Un pastelito? —La osadía del ángel fue clara al guiñar el ojo la joven.

—Ya sabes que soy un hombre feliz y enamorado. —Enrocó Samuel decidido a cortar aquella situación por lo sano.

—Lo sé, lo valoro y lo respeto... Pero piensa que, a diferencia de ella, tú y yo, sí que somos inmortales.

Samuel, que empezaba a sospechar que sus salvadores tampoco se lo iban a poner demasiado fácil, se limitó a sonreír forzado y a adentrarse en el interior del edificio en busca de su amada esposa.

—¡Acepto el reto, señor traficante de almas!

Las facciones dulces y perfectas de Elena se tornaron lascivas, al tiempo que mordía de forma sugerente su labio inferior durante unos segundos. Al poco, volvió de nuevo al salón, con el objetivo de enamorar para poder formar después a aquel que, según su padre, iba a ser tan importante en la futura guerra que vendría.

El señor de lo oscuro, de vuelta a los infiernos donde sin saberlo estaba realmente recluido, volvió a mirar aquel libro en el que fue anotando todas las cosas del futuro que había visto en sus visiones y lo tiró con rabia contra la pared de un fuerte manotazo, pues el futuro que le era tan desfavorable no había cambiado absolutamente nada.

Fin